

EL CANTAR DE ROLDÁN



VERSIÓN
DE
FELIPE TEIXIDOR

EDITORIAL PORRÚA

AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15. MÉXICO, 1997

“SEPAN CUANTOS...”

NÚM. 279

DICCIONARIO PORRÚA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Preparado por:
ANTONIO RALUY POUDEVIDA

Revisado por:
FRANCISCO MONTERDE

**CONTIENE LAS PALABRAS BÁSICAS DEL IDIOMA
CON ABUNDANTES MEXICANISMOS, TECNICIS-
MOS, VERBOS Y NOTAS ORTOGRÁFICAS**

37ª EDICIÓN

**Un volumen de 19 x 12 cm, 856 páginas a dos colores
y un mapa político a colores de la
República Mexicana**

BREVE DICCIONARIO PORRÚA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

**INCLUYE LAS PALABRAS BÁSICAS DEL IDIOMA A NIVEL DE LAS
ESCUELAS DE ENSEÑANZA PRIMARIA CON AMERICANISMOS Y
MEXICANISMOS DE USO FRECUENTE**

Preparado por:
ANTONIO RALUY POUDEVIDA

Revisado por:
FRANCISCO MONTERDE

26ª EDICIÓN

**Un volumen de 21 x 12 cm, 461 páginas y un mapa
político a colores de la República Mexicana**

EL CANTAR
DE ROLDÁN



Coronación de Carlomagno.
según una miniatura
francesa.

EL CANTAR DE ROLDÁN

VERSIÓN DE
FELIPE TEIXIDOR

Décima edición



EDITORIAL PORRÚA, S.A. DE C.V.
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 1997

Primera edición en francés, *La Chanson de Roland*, París, 1837
Edición de Francisque Michel
Primera edición en "Sepan Cuantos...", 1974

Derechos reservados

Copyright © 1997

La versión y sus características son propiedad de la
EDITORIAL PORRÚA, S.A. DE C.V.
Av. República Argentina, 15, 06020 México, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN 968-432-514-2

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

NOTA PRELIMINAR

El Cantar de Roldán, *el más antiguo de los cantares de gesta franceses, fue escrito entre 1110 y 1125; su autor quizás haya sido el Turol-dus que aparece al final del poema. Se basa en un acontecimiento histórico.*

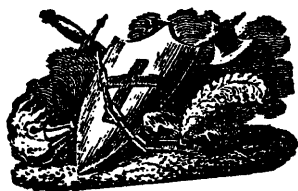
En 1832 se descubrió la redacción más antigua de El Cantar de Roldán, en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

*La presente versión se basa en el texto manuscrito número 23 perteneciente al fondo Digby de la mencionada Biblioteca, y que fue puesto al francés moderno por Joseph Bédier.**

Hemos creído pertinente añadir algunos textos relacionados con el tema y que, por otra parte, no carecen de amenidad.

Al benévolo lector la sentencia acerca de esta nueva versión española de El Cantar de Roldán, destinada al gran público. No ha sido tarea fácil, y para llevarla a su término hemos contado con la inteligente ayuda de María del Carmen Merodio, colaboradora de esta Editorial.

F. T.



* *La Chanson de Roland publiée d'après le manuscrit d'Oxford' et traduite par Joseph Bédier. L'Édition d'Art. París, 1922.*



CARLOMAGNO
Codex 84 de Gotha
Escuela franconia del siglo IX-X

EL CANTAR DE ROLDAN

...De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. (En: *Don Quijote*.)

I

Carlos, el rey, nuestro emperador, el grande, siete años cabales ha morado en España. Ha conquistado la altiva tierra hasta el mar. No hubo castillo que ante él resistiera ni ciudad ni muralla que él no abatiese. Salvo Zaragoza, que se levanta sobre una montaña, sometida al rey Marsil, que no ama a Dios: es Mahomá a quien sirve y es Apolo a quien invoca. No podrá guardarse de la desgracia que le acecha.

II

Está el rey Marsil en Zaragoza. Allá se fue a un vergel, bajo su sombra se acuesta sobre una grada de mármol azul. Son más de veinte mil los que le rodean. Llama a sus condes y a sus duques:

—Entended, señores, qué plaga nos azota. Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha llegado a este país, para confundirnos. No tengo ejército que pueda darle batalla ni mi gente posee la fuerza para quebrantar la suya. ¡Aconsejadme vosotros, mis hombres sabios, y evitadme la muerte y la afrenta!

No hay pagano que responda una sola palabra si no es Blancandrín, del castillo de Maluenda.

III

Era Blancandrín mesurado entre los paganos. Por su arrojo, buen caballero; por su llaneza, buen consejero de su señor. Así dice al rey:

—¡No os espantéis! Mandad a Carlos, el orgulloso y denodado, palabras de fiel servicio y de grande amistad. Le daréis osos, leones y canes, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana. Con ellos podrá pagar largamente a sus soldados. Hacedle saber que ya luchó bastante en esta tierra. Que debe tornar ya a Francia, a Aquisgrán, y que vos le seguiréis allí, en la fiesta de San Miguel, para recibir la ley de los cristianos. Que por vuestro honor y vuestro bien, queréis ser vasallo suyo. Si rehenes quiere, enviadlos presto. Diez o veinte para mejor lograr su confianza. Enviémosle los hijos de nuestras mujeres. Perezca él, yo le

enviaría el mío. Mejor es que ellos pierdan sus cabezas y no que nosotros perdamos, nosotros, franquicia y señoría, y que nos veamos llevados a mendigar.

IV

Dice Blancandrín:

—Por mi diestra y por la barba que flota al viento sobre mi pecho, a la hora veréis desbaratarse a los ejércitos de Francia. Los francos se irán a Francia: es su tierra. Y cuando retornen cada uno a su feudo más preferido, y Carlos a Aquisgrán, su capilla, en el día de San Miguel tendrá su alta corte. La fiesta pasará, el plazo cumpliráse, el rey no sabrá de nosotros ni palabra ni nueva. Es orgulloso, y cruel su corazón, y mandará cortar los pies de nuestros rehenes. Más vale que allá pierdan ellos sus cabezas y no perder nosotros la clara España, la hermosa, y que no padezcamos males y angustias.

—¡Tal vez dice verdad! —se dicen los infieles.

V

El rey Marsil, celebrado su consejo, llama a Clarís de Balaguer, a Tamarite y a Endropín, su par; a Priamón, Guarlán el barbudo, Maquiner y su tío; a Maheu, Joüner y Malbino de Ultramar, y a Blancandrín, para manifestar su pensamiento. Entre los más felones ha escogido a diez.

—Señores barones, iréis a Carlomagno, que ahora cerca la ciudad de Cordres. Llevaréis en vuestras manos ramas de olivo, que significa paz y humildad. Si por vuestra destreza logro un buen acuerdo, yo os regalaré pilas de oro y plata, y las tierras y feudos que queráis.

—¡Colmado nos han! —dicen los infieles.

VI

El rey Marsil, acabado su consejo, dice a los suyos:

—Iréis, caballeros, con ramas de olivo en la mano, a decir a Carlomagno, el rey, que, en nombre de su Dios, me otorgue su merced; que antes de acabado un mes iré a su zaga con mil de mis vasallos; que yo recibiré la ley cristiana y me convertiré en su vasallo en todo amor y en toda fe. En verdad, si rehenes quiere, los tendrá.

Dice Blancandrín: —Así obtendréis un buen acuerdo.

VII

Marsil hace traer diez mulas blancas que le envió el rey de Cilicia. De oro son los frenos; las sillas, recamadas están de plata. Jinetes en ellas van los mensajeros, llevando en las manos ramas de olivo. Fueron a Carlos, que tiene a Francia en su bailío. Carlos no puede guardarse: le engañarán.

VIII

Se ha puesto jubiloso el emperador y de buen humor. Córdoba ya es suya. Las murallas ha destruido. Las piedras de sus catapultas derrumbaron los torreones. Grande es el botín que recogieron allí los caballeros: oro, plata y preciosas armaduras. Ni un infiel ha quedado en la ciudad; todos fueron muertos o hechos cristianos.

En un gran vergel está el emperador. A su vera Roldán y Oliveros, el duque Sansón y el altivo Anseis, Godofredo de Anjou, gonfalonero del rey, y Garín y Gerer, con otros muchos caballeros de la dulce Francia, hasta quince mil. Sentados están sobre blancos tapices de seda, jugando al ajedrez y a las damas los más viejos y graves, mientras esgrimen sus espadas los ágiles donceles. Bajo un pino, cerca de un agapando, han aderezado un trono, todo él de oro puro. Está allí sentado el rey, el dueño de la dulce Francia. Blanca es su barba y florida su cabeza. Hermoso el cuerpo y fiero su talante. A quien le busque, no es preciso mostrarlo. Los mensajeros ponen pie a tierra y le saludan con todo amor y con todo bien.

IX

Blancandrín habla él el primero, y dice al rey:

—¡Salud, en nombre de Dios Glorioso, a quien debemos adorar! Escuchad lo que os dice el esforzado rey Marsil. Sabedor de la ley que salva, quiere, de sus riquezas, daros a manos llenas. Osos y leones y lebreles encadenados, setecientos camellos y mil azores mudados. Más cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana, colmados de tan gran número de besantes de oro fino, que os bastan para pagar largamente a vuestros soldados. Pero ya morasteis mucho tiempo en este país. Os viene bien de regresar a Francia, a Aquisgrán. Allí os seguirá mi señor; él os lo asegura.

El emperador tiende su manos hacia Dios, inclina la cabeza y comienza a meditar.

X

Aún está el rey con la cabeza inclinada. Su palabra jamás fue apresurada; tal es su costumbre, no habla más que a su gusto. Cuando se irguió, al fin, su rostro estaba lleno de fiera. Y dice a los mensajeros:

—Bien hablasteis. Pero el rey Marsil es mi gran enemigo. De semejantes palabras, las que acabáis de decir, ¿cómo podré fiarme?

—Tendréis rehenes —dice el sarraceno—. Diez, quince o veinte. Aunque él perezca, yo os traeré a mi hijo, y con él vendrán otros de más alta alcurnia. Cuando estéis de vuelta en vuestro palacio soberano, celebrando la gran fiesta de San Miguel del Peligro, allí os seguirá mi señor; él os lo asegura. Quiere ser hecho cristiano en vuestros baños que Dios hizo para vos.

Carlos responde: —Así, aún puede ser salvo.

XI

Bello era el crepúsculo y claro el sol. Carlos hace llevar a los establos las diez mulas, y ordena alzar una tienda en medio del ancho vergel, para albergar a los diez mensajeros. Doce sargentos cuidan grandemente de sus servicios, y allí permanecen toda la noche hasta que apunta el claro día. Al alba se levanta el emperador. Oyó misa y maitines; se ha ido bajo un pino; convoca a sus barones a consejo. En todos sus propósitos quiere por guía a los de Francia.

XII

El emperador se va cabe un pino, y para celebrar consejo convoca a sus barones: el duque Ogier y el arzobispo Turpín, Ricardo el Viejo y Enrique, su sobrino; el esforzado Acelino, conde de Gascuña, Tibaldo de Reims y Milón su primo. Vienen también Garín y Gerer, y con ellos, el conde Roldán, y Oliveros el esforzado y noble. De francos de Francia se juntan más de mil. Y entre ellos acude Ganelón, que haría la traición. Entonces comienza aquel consejo que tuvo mal fin.

XIII

—Señores barones —dice el emperador Carlos—. El rey Marsil me ha enviado sus mensajeros. De sus riquezas me quiere dar a manos llenas, osos y leones y lebreles listos para la trailla, setecientos camellos y mil azores ya salidos de muda, cuatrocientos mulos cargados del oro de Arabia, además de cincuenta carros. Pero él me pide que me vaya a

Francia. Me seguirá a mi palacio de Aquisgrán y recibirá nuestra ley, que él reconoce ser la más santa. Será hecho cristiano y es de mí que recibirá sus provincias. Pero yo no sé cuál sea el fondo de su corazón.

—¡Desconfiemos! —dicen los franceses.

XIV

El emperador dijo ya su pensamiento. El conde Roldán, que no acuerda con el rey, se yergue y comienza a refutarle, y le dice:

—¡Ay de vos si fiáis en Marsil! He aquí que ha siete años cabales nos vimos en España. Yo os conquisté a Napal y Monubles. Yo tomé a Valtierra y las tierras de Pina, Balaguer, Tudela y Sevil. Y entonces el rey Marsil hizo gran traición: De sus infieles mandaba quince, cada uno con su rama de olivo, y todos os decían las mismas palabras. Tomasteis el consejo de vuestros francos. Asaz locamente fuisteis aconsejado. Enviasteis al infiel a dos de vuestros condes, el uno era Basán y el otro Basilio. Cerca de Peraltilla, en la montaña, tomó sus cabezas. ¡Proseguid la guerra según fue comenzada! Llevad a Zaragoza vuestras abanderadas huestes. Poned cerco a la ciudad, aunque esto dure toda vuestra vida, y vengad así a aquellos que el felón hizo matar.

XV

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho, sin dar respuesta buena o mala a su sobrino. Los francos callan, fuera de Ganelón, que se yergue sobre sus pies y se acerca a Carlomagno. Muy altivo comienza su razón, diciendo al rey:

—¡En mala hora si hacéis caso al truhán, sea yo o quien fuese, que os hablare por vuestro bien! ¡Cuando el rey Marsil os anuncia que, las manos a Dios, se ha de trocar en siervo vuestro, y conservará a toda España como un don de vuestra gracia y que recibirá la ley que guardamos, a aquel que aconseje rechazar tales promesas, poco le importa, señor, de qué muerte hayamos de morir! Consejo que dicte el orgullo no debe prevalecer. ¡Dejemos a los locos, atengámonos a los sabios!

XVI

Entonces se adelantó Naimón; no había mejor vasallo en la corte. Le dijo al rey:

—Habéis oído bien la respuesta que os dio Ganelón. Es sensata. Sólo falta seguirla. El rey Marsil en su guerra está vencido; habéis tomado todos sus castillos. Vuestras catapultas y sus piedras han roto sus murallas. Quemasteis sus ciudades y vencisteis a sus hombres. Hoy

que os pide que lo recibáis en vuestra gracia, sería un pecado ir más lejos. Y puesto que él quiere ofrecer en garantía sus rehenes, esta gran guerra no debe ir más adelante.

—¡Bien habló el duque! —dicen los franceses.

XVII

—Señores barones, ¿a quién mandaremos a ver al rey Marsil en Zaragoza?

El duque Naimón responde: —Yo iré si me dais licencia. Dadme en esta hora el guante y el bastón.

Dice el rey: —Vos sois hombre de gran consejo. Por estas barbas mías, vos no os alejaréis tanto de mí. Volved a sentaros, porque de nadie fuisteis requerido.

XVIII

—Señores barones, ¿a quién podremos enviar al sarraceno que reina en Zaragoza?

Y Roldán responde:

—Yo puedo muy bien ir allá.

—Vos no iréis, ciertamente —dice el conde Oliveros—, vuestro corazón es áspero y orgulloso. Vendríaís a las manos, y de ello tengo miedo. Si el rey quiere, yo puedo bien ir allá.

El rey responde: —Callad los dos. Ni uno ni otro pondréis allí las plantas. Por estas barbas que veis aquí blancas todas, ¡mal haya quien me designe a uno de los doce Pares!

Los francos enmudecen, y quedan confundidos.

XIX

Turpín de Reims se levanta, sale de la fila y dice al rey:

—¡Dejad en paz a vuestros francos! Siete años han morado con vos en esta tierra. Hartas penas han sufrido. Pero dadme, señor, el bastón y el guante, y yo iré a ver al sarraceno de España. Así conoceré cómo es el hombre.

Responde irritado el emperador: —¡Volved a sentaros en esa blanca alfombra! ¡Y no habléis más de ello, si no es con orden mía!

XX

—Caballeros francos —dice el emperador Carlos—. Elegidme un barón de mi marca que pueda llevar a Marsil mi mensaje.

—¡Que vaya mi padraastro Ganelón! —dice Roldán. Y dijeron los franceses:

—En verdad, es hombre para ello. Fuera de él, no hallaréis otro más prudente.

El conde Ganelón se llena de angustia. De su cuello va quitándose las grandes pieles de marta, y se queda con la ajustada túnica de seda. Le brillaban los ojos, el semblante muy fiero. Noble es su cuerpo y ancho su pecho; es tan hermoso que todos sus Pares le contemplan.

—¡Loco! —dice a Roldán—. ¿Por qué tu frenesí? Recuerda bien que yo soy tu padraastro, y he aquí que me señalas para tratar con Marsil. Si Dios me concede que de allá vuelva, he de infligirte tal quebranto que dure mientras vivas.

Roldán responde: —¡Palabras de orgullo y de locura! Todos lo sabéis, no me curo de amenazas. Y si para tal mensaje es menester un hombre sesudo, y al rey le place, estoy presto. Yo iré allá en vuestro lugar.

XXI

—Tú no irás en mi lugar —responde Ganelón—. Ni eres tú mi vasallo, ni soy yo señor tuyo. Carlos ordena que yo atienda a su servicio. Yo iré a Zaragoza y veré a Marsil. Pero antes que yo aplaque el gran enojo en que me veis, habré hecho alguna de mis tretas.

Roldán, al oírlo, se pone a reír.

XXII

Cuando advierte Ganelón que Roldán se le ríe, tiene tal pesar que a poco estalla de ira, y está a punto de perder los sentidos.

Y dice al conde:

—No os amo, a vos que habéis hecho recaer en mí elección tan contra justicia. Esclarecido emperador, heme aquí ante vos. Quiero cumplir vuestro mandato.

XXIII

—Marcharé a Zaragoza —añade—, ya que hacerlo es preciso; bien lo sé. Pero quien allí va, no puede retornar. Sobre todas las cosas, acordaos que mi esposa es vuestra hermana. Un hijo me ha dado, el más hermoso que existe; es Balduino —dice— que será un valiente y a quien he legado mis tierras y mis feudos. Tomadlo bajo vuestra guarda, mis ojos no le volverán a ver.

—¡Tierno tenéis el corazón! —responde Carlomagno—. Pues os lo mando, iros ya.

XXIV

—Ganelón —añade el rey—: acercaos y tomad el bastón y el guante. Ya lo oisteis bien. Los francos te han elegido.

—Señor —dice Ganelón—: Todo lo ha hecho Roldán. En mi vida podré ya quererle. Ni a Oliveros, porque es su compañero, ni a los Pares, por el gran amor que todos le tienen. ¡Yo les reto ante vuestra presencia!

—Estáis asaz colérico —dice el rey—. Partiréis, puesto que es mi voluntad.

—Así lo haré. Mas sin nadie que me guarde, tal como Basilio y su hermano Basán.

XXV

El emperador le tiende su guante, el de su mano derecha. Pero el conde Ganelón no hubiera querido estar allí. Cuando va a tomarlo, cae el guante al suelo, y los francos exclaman:

—¡Dios! ¿Qué señal es ésta? De este mensaje ha de venirnos gran desgracia.

—Señores —dice Ganelón—, de ello oiréis las nuevas.

XXVI

—Señor —añade Ganelón—, dadme ya vuestra licencia. Pues tengo que partir, no quiero retardarme.

—¡Id con licencia de Jesús, y con la mía! —dice el rey—. Y con la diestra le absuelve, haciendo la señal de la cruz. Y le da el bastón y el breve.

XXVII

El conde Ganelón se retira a su campamento, y se adereza con las mejores armas que posee. A sus pies pone espuelas de oro, y ciñe a su costado la espada Murglés. Monta en su corcel Tachebrún, mientras le sostiene el estribo su tío Guinemaro. Allí hubieseis visto llorar a muchos caballeros. Todos le dicen:

—¡Lástima da ver vuestra proeza! Mucho tiempo morasteis en la corte del rey, y todos os tuvieron por noble vasallo. Al que os señaló para partir ni el mismo Carlos podrá proteger ni salvar. No, el conde Roldán no debió pensar en vos, que descendéis de ilustre linaje.

Y después le dicen:

—Señor, llevadnos con vos.

—No place así a Dios Nuestro Señor —responde Ganelón—. Mejor es que sólo yo muera y vivan tantos buenos caballeros. A la dulce Francia, señores, habéis de volver. Saludaréis en nombre mío a mi esposa y a Pinabel, mi amigo y Par. Y a Balduino, mi hijo... Dadle vuestra ayuda y tenedle por vuestro señor.

Ya en camino, empieza a andar.

XXVIII

Bajo los altos olivares cabalga Ganelón. Ha alcanzado a los mensajeros sarracenos y a Blancandrín, que se ha rezagado con él. Ambos departen con gran cautela, y dice Blancandrín:

—¡Varón maravilloso es Carlos! Conquistó Apulla y toda la Calabria. Cruzó la mar salada y logró para San Pedro el tributo de la Inglaterra. Mas ¿qué pretende hallar aquí, en nuestra tierra?

—Tal es su placer —responde Ganelón—. No se hallará hombre que le valga.

XXIX

Blancandrín dice:

—Gentes muy nobles son los francos. Pero un gran daño están haciendo a su señor esos condes y esos duques que le aconsejan de tal guisa. Le apremian y le pierden a él y a muchos otros con él.

—Eso —responde Ganelón— no es verdad, que yo sepa, de nadie sino de Roldán, el cual algún día ha de padecer por ello. Una mañana estaba el emperador sentado a la sombra, y se le acercó su sobrino, con la cota puesta, que de los bordes de Carcasona venía con el botín. En la mano traía una manzana bermeja, y dijo a su tío: —Tomad, hermoso señor. De todos los reyes yo os doy en presente las coronas—. Su mismo orgullo ha de perderle, porque cada día se abandona a la muerte. Venga quien le mate, tendremos paz plena.

XXX

—Roldán —dice Blancandrín— es digno de odio; quiere reducir a su merced toda nación y sobre toda tierra tiene pretensiones. Mas para tales empresas, ¿con qué cuenta?

—Con los francos —responde Ganelón—. Tanto le quieren, que nunca le han de faltar. Él les da profusamente oro y plata, mulos y corceles, mantos de seda y armaduras. Al mismo emperador le ofrece todo lo que quiere. Y él le conquistará estas tierras hasta Oriente.

XXXI

Tanto cabalgaron Ganelón y Blancandrín, que uno al otro se hicieron, en buena fe, una promesa: buscar cómo hacer que maten a Roldán. Tanto cabalgaron por caminos y veredas, que ya echan pie a tierra en Zaragoza, cabe un tejo.

A la sombra de un pino se ha levantado un trono guarnecido de seda de Alejandría. Allí está el rey que tiene toda España. Veinte mil sarracenos le rodean, ninguno de ellos dice palabra, por las nuevas que podrían escuchar. He aquí que se acercan Ganelón y Blancandrín.

XXXII

Blancandrín se aproxima al rey Marsil, trayendo de la mano al conde Ganelón, y dice así:

—Salud en nombre de Mahoma y de Apolo, cuyas santas leyes guardamos. Hemos llevado a Carlos vuestro mensaje. Alzó sus dos manos al cielo, alabó a su Dios, sin dar otra respuesta. Os envía, helo aquí, un suyo noble barón, que de Francia es y ricohombre. Por él sabréis si tendréis o no paz.

—Que hable —responde Marsil—. Le escucharemos.

XXXIII

Pero el conde Ganelón ya lo había pensado. Comienza a hablar con gran arte; como hombre, que sabe hablar bien. Y dice al rey:

—¡Salud en nombre del Dios el Glorioso, a quien debemos adorar! He aquí lo que os manda Carlomagno, el esforzado. Recibid la santa ley cristiana y él os dará en feudo la mitad de España. Si no queréis aceptar este acuerdo, seréis cautivo, y atado de viva fuerza, a la ciudad de Aquisgrán seréis llevado; ahí, por juicio, acabará vuestra vida. Moriréis de muerte infamante y vil.

Se estremece el rey Marsil. En su mano tiene un dardo, de oro recubierto; quiere lanzarlo, pero es impedido.

XXXIV

El rey Marsil tiene mudada la color, blande su jabalina. Cuando Ganelón le ve, pone mano a su espada, sacándola de la vaina, a la largura de dos dedos. Le dice:

—¡Bella y clara sois! ¡Tanto tiempo en corte real os he llevado! ¡Y nunca dirá el rey de Francia que fenecí yo solo contigo en tierra

extranjera, sin que los más valientes os hayan comprado por vuestro precio!

—¡Rehuyamos la contienda! —se dicen los infieles.

XXXV

Tanto le rogaron los sarracenos, los mejores entre ellos, que sobre su trono se ha vuelto a sentar Marsil. Y dice el califa:

—Nos ponéis en un mal paso al querer abatir al francés. Debéis escucharle y atenderle.

—Señor —dice Ganelón—: cosas son éstas que conviene que yo tolere. Pero por todo el oro que Dios hizo, ni por todas las riquezas que hay en esta tierra, callaría yo, si ha lugar, todo lo que Carlos, el poderoso rey, os manda, os manda por mí, como a su mortal enemigo.

Ganelón llevaba un manto de marta cibelina recamado de seda de Alejandría. Se despoja de él y Blancandrín le recibe. Pero su espada bien se guarda de soltarla. La sostiene su puño derecho por el pomo dorado. Y los infieles dicen:

—¡Es un noble barón!

XXXVI

Ganelón avanza hacia el rey, y le dice:

—Os irritáis injustamente porque Carlos, que reina sobre la Francia, mande deciros esto: Recibid la ley de los cristianos, y él os otorgará en feudo la mitad de España. La otra mitad será para Roldán, su sobrino. ¡Lo partiréis con un vecino muy orgulloso! Si vos no queréis aceptar este trato, el rey vendrá a cercaros en Zaragoza. A viva fuerza seréis cautivo y atado, y os llevarán a la ciudad de Aquisgrán sin que para el camino tengáis palafrenero ni caballo de batalla, mulo ni mula, donde podáis cabalgar; sino que os arrojarán sobre una mala bestia de carga. Y entonces, por juicio, os cortarán la cabeza. Nuestro emperador os envía este breve.

Y lo alarga al infiel con la mano derecha.

XXXVII

Palidece de enojo el rey Marsil. Rompe el sello, arroja al suelo la cera, mira el breve y ve lo que allí está escrito.

—Carlos, que posee la Francia en su bailía me manda acordarme de su dolor y de su cólera por Basán y su hermano Basilio, de quienes

tomé las cabezas en los montes de Peraltilla. Si quiero rescatar mi vida, ordena que le mande al Califa, mi tío, sin lo cual nunca seré por él amado.

Entonces el hijo de Marsil toma la palabra. Le dice al rey:

—Ganelón ha hablado como un loco. Ha hablado de más; ya no tiene derecho a vivir. Entregádmelo, y haré justicia.

Cuando esto escucha Ganelón, blande su espada, retrocede hacia un pino, sus espaldas contra el tronco.

XXXVIII

Se retiró Marsil a su vergel, se llevó consigo a sus mejores vasallos. Va con ellos Blancandrín, el del pelo encanecido; Jurfaret, su hijo y heredero, y el Califa, su tío y fiel. Blancandrín dice:

—Llamad al francés. Él ha de servirnos; me lo ha jurado por su fe.

—Traedle, pues —dice el rey—. Y Blancandrín toma por la mano derecha a Ganelón y lo conduce por el vergel hasta el rey. Entonces se discute la vil traición.

XXXIX

—Buen caballero Ganelón —le dice Marsil—. Os traté con harta ligereza cuando, llevado de mi cólera, quise heriros. Quiero ofreceros en prenda estas pieles de marta cibelina, las que en oro valen más de quinientas libras. Antes de la noche de mañana os habré pagado con hermoso desagravio.

—No lo rehúso —responde Ganelón—. ¡Que Dios, si a Él le place, os lo recompense!

XL

Marsil dice:

—Ganelón, sabed, en verdad, que dispuesto está mi corazón a amaros mucho. Quiero escucharos hablar de Carlomagno. Ya es muy viejo, ya ha gastado su tiempo. A mi parecer que ya tendrá unos doscientos años pasados. Ha llevado su cuerpo por tantas tierras, ha recibido su escudo tantos mandobles, a tantos ricos reyes ha reducido a la mendicidad, ¿cuándo se cansará de guerrear?

—Carlos —responde Ganelón— no es aquel que vos pensáis. No hubo hombre que al verle y conocerle no dijese que el emperador es un valiente. Yo no sabría encarecerle y loarle bastante; hay en él más honor y virtudes que pudieran expresar mis palabras. Su gran valor, ¿quién puede describirlo? ¡Dios hizo resplandecer en él tanta nobleza! Prefiere la muerte a faltar a sus barones.

XLI

Dijo el pagano:

—Me maravillo y hay causa para ello. Este Carlomagno tan viejo y lleno de canas, a mi entender tiene doscientos años, o más. Por tantas tierras ha llevado su cuerpo con fatigas; tantos tajos de lanzas y jabalinas ha recibido; ha reducido a mendigar a tantos reyes ricos, y ¿no está aún harto de hacer sus guerras?

—¡Jamás —dice Ganelón—, en tanto viva su sobrino! Nadie tan valeroso como Roldán bajo el manto del cielo. Es tan valiente como su compañero Oliveros. Y los doce Pares, tan queridos por Carlos, forman su vanguardia con veinte mil caballeros. Seguro está Carlos, sin temor a ningún hombre viviente.

XLII

—Me maravilla grandemente —dice el sarraceno—. Carlomagno está ya canoso y blanco. Según mi cuenta, ha de tener más de doscientos años. Por tantas tierras ha pasado en sus conquistas, tantas heridas recibió de buenas espadas cortantes, mató y venció en batalla a tantos poderosos reyes, y ¿aún no se harta de guerrear?

—Jamás —dice Ganelón—, mientras viva Roldán. No hay otro tal desde aquí hasta el Oriente. Y tan bravo como él es su compañero Oliveros. Y los doce Pares, que Carlos ama tanto, forman su vanguardia, con veinte mil franceses. Carlos está en seguro. Él no teme a hombre vivo.

XLIII

—Buen caballero Ganelón —dice el rey Marsil—: tengo un ejército; nunca veréis uno más bello. Puedo juntar cuatrocientos mil caballeros: ¿No podré combatir a Carlos y a sus franceses?

—¡No hay tal! —responde Ganelón—. Perderíais allí vuestros infieles en masa. Dejaos de locuras. Sed prudente. Dad al emperador tantos bienes que todos los franceses queden asombrados. Por veinte rehenes que vos le enviéis, el rey se volverá a la dulce Francia. Tras él irá la retaguardia. Creo que su sobrino, el conde Roldán, irá en ella, y Oliveros también, el cortés y el esforzado; ya son muertos los dos Condes, si encuentro quien me escuche. Carlos verá abatido su orgullo, y le pasarán los deseos de seguiros combatiendo.

XLIV

—Buen caballero Ganelón —dice Marsil—. ¿Cómo podría yo hacer que pereciera Roldán?

—Muy bien lo podré decir —responde Ganelón—. El rey vendrá a los mejores puertos de Cize. Tras él quedará la retaguardia. Allí estará su sobrino Roldán, y el poderoso conde Oliveros, en quien tanto confía, y en su compañía veinte mil franceses. De vuestros infieles enviadles cien mil, y que libren una primera batalla. Las tropas de Francia serán allí maltrechas y las vuestras sufrirán gran matanza. Pero librad asimismo una segunda batalla. Que caiga en la una o en la otra, Roldán no podrá escapar. Habréis así cumplido una hermosa gesta de caballería, y en toda vuestra vida no tendréis más guerra.

XLV

—Quién pudiera conseguir que allí mismo fuera muerto Roldán; Carlos perdería el brazo derecho de su cuerpo, y esto sería el fin de esos maravillosos ejércitos. Jamás reunirá Carlos tan grandes levas, y la Tierra de los Mayores quedaría en reposo.

Marsil, al oír esto, besa en el cuello al franco y después empezaron a llegar sus tesoros...

XLVI

—Nada vale un acuerdo —dice el rey Marsil—. Habréis de jurarme traicionar a Roldán.

—Sea así, como os plazca —responde Ganelón—. Y sobre las reliquias de su espada Murgleis jura la traición, y así quedó ajustada la fechoría.

XLVII

Había allí un sitio todo de marfil. Marsil hace traer un libro donde está escrita la ley de Tervagán y de Mahoma. Jura, el sarraceno de España que, si en la retaguardia se encuentra a Roldán, le atacará con toda su gente, y si le es dado hacerlo, allí morirá Roldán.

Ganelón responde: —Pueda vuestra voluntad cumplirse.

XLVIII

Viene entonces un infiel, Valdabron, y se acerca al rey Marsil. Con franca sonrisa, habla a Ganelón:

—Tomad mi espada. No hubo otra mejor. El pomo solamente vale más de mil monedas de oro fino. Por amistad, hermoso caballero, os la doy; vos nos ayudaréis en la empresa de alcanzar la retaguardia del valeroso Roldán.

—Así será —responde el conde Ganelón. Y se besan en el rostro y en la barba.

XLIX

Llega después Climorin, otro infiel, y con clara sonrisa dice a Ganelón:

—Tomad mi yelmo; no sé de otro máspreciado, y ayudadnos contra el marqués Roldán, en tal medida que podamos afrentarlo.

—Así será —responde Ganelón. Y se besan en la boca y en el rostro.

L

Llega después la reina Abraima, y dice a Ganelón:

—Os quiero mucho, señor, porque mi señor y todos sus hombres os quieren grandemente. A vuestra mujer enviaré dos collares. Son todos de oro, con jacintos y amatistas. Más valen que todas las riquezas de Roma. Vuestro emperador jamás los tuvo tan bellos.

Los ha tomado el conde y los guarda en su escarcela.

LI

Llama el rey a Malduit, su tesorero.

—¿Está dispuesto el tesoro para Carlos?

—Lo está, señor, —responde— con lo mejor: setecientos camellos cargados de oro y plata, y veinte rehenes de los más nobles que existen bajo el sol.

LII

Marsil pone la mano sobre el hombro de Ganelón y le dice:

—Sois prudente y esforzado. Por esta ley que vos tenéis por la más santa, no retiréis ya más de nosotros vuestro corazón. Quiero daros en masa mis riquezas: diez mulos cargados de oro, el más fino de Arabia. No pasará año que no os haga don parecido. Aquí están las llaves de esta ancha ciudad. De sus grandes tesoros hago ofrenda al rey Carlos. Mas seguid que Roldán quede a la zaga. Si con él logro topar en algún puerto o desfiladero, yo he de entablar con él una batalla a muerte.

—Me parece que ya tardo demasiado —responde Ganelón. Y montando en su corcel va por su camino.

LIII

El emperador retorna a sus cuarteles. Ha llegado a la ciudad de Gulina, que el conde Roldán había tomado y destruido. Cien años estuvo desierta desde ese día. El rey aguarda nuevas de Ganelón y el tributo de la España, la grande tierra.

Al alba, cuando el día se levanta, Ganelón, el conde, llega a su campo.

LIV

Mucho madrugó el emperador. Ya escuchó la misa y los maitines, y ante su tienda está erguido sobre la verde hierba; allí están Roldán y Oliveros, el esforzado, Naimón el duque y muchos otros. Llega el felón, el perjuro Ganelón, y comienza a hablar con gran astucia, diciendo al rey:

—Dios os salve. De Zaragoza os traigo las llaves, helas aquí, y he aquí también un gran tesoro que os traigo y veinte rehenes: ponedlos bajo buena guardia; y el rey Marsil, el esforzado, os manda decir que, si no envía al Califa, no debéis culparlo. Yo vi con mis ojos a cuatrocientos mil hombres en armas, vestidos de cota, muchos ya con el yelmo atado y ceñidas las espadas de pomo de oro nielado, que escoltaban al Califa hasta cruzar con él el mar. Huían de Marsil a causa de la ley cristiana, que no querían recibir ni guardar. Pero no habían singlado cuatro leguas al viento cuando la tempestad y el huracán los sorprendieron. Todos se ahogaron; jamás veréis ya de ellos uno solo. Si el Califa estuviese con vida, yo lo hubiera traído. En cuanto al rey pagano, señor, tened por cierto que no habrá pasado este primer mes sin que os siga al reino de Francia. Él recibirá la ley que vos guardáis. Con las manos a Dios se volverá vuestro hombre. De vos tendrá el reino de España.

—Que sean dadas gracias a Dios —dice el rey—. Bien me habéis servido, y por ello tendréis gran recompensa.

Entre las filas de los ejércitos resuenan mil clarines. Los francos levantan el campo y cargan las acémilas. Y todos se encaminan hacia la dulce Francia.

LV

Carlomagno asoló España. Tomó los castillos, violó las ciudades. Su guerra —dice— está acabada. Hacia la dulce Francia cabalga el emperador. A la noche, el conde Roldán sujeta a su lanza el gonfalon.

En la cima de un otero lo yergue hacia el cielo. A esta señal, los francos acampan por todo el contorno. Entonces, por los anchos valles, vienen cabalgando los infieles. La cota llevan puesta, el escudo al cuello, atado el yelmo, la espada ceñida y la lanza aparejada.

En un bosque, en la cima de los montes, hacen alto. Son cuatrocientos mil los que esperan el alba. ¡Dios, qué dolor que nada sepan los franceses!

LVI

El día se va. La noche se hace negra. Duerme Carlos, el poderoso emperador. Tuvo un sueño: estaba en los grandes puertos de Cize. Entre sus puños tenía su lanza de fresno. El conde Ganelón la arrebató, y tan rudamente la sacude, que hacia el cielo vuelan las astillas. Carlos duerme. Aún no despierta.

LVII

Después de esta visión otra le sucede. Sueña que está ya en Francia, en su capilla de Aquisgrán. Un oso cruel le muerde el brazo derecho. Del rumbo de Ardena ve venir a un leopardo que, osadamente, se arroja a su cuerpo. Del fondo de la sala se precipita un lebel. Corre hacia Carlos al galope y, brincando, corta al oso la oreja derecha y lucha furiosamente con el leopardo. Dicen los franceses:

—¡He aquí una grande batalla! ¿Cuál de los dos vencerá?

No lo saben. Carlos duerme. No ha despertado.

LVIII

Pasa la noche, el alba se levanta clara. Entre las filas del ejército el emperador cabalga altivamente.

—Señores barones —dice el emperador Carlomagno—. Examinad los puertos y los pasos estrechos y escogedme quien haga la retaguardia.

—Será Roldán, mi hijastro —dice Ganelón—. No tenéis barón de tan grande valentía.

El rey le escucha, le mira duramente. Después le dice:

—Sois un demonio. Se os ha entrado en el cuerpo un mortal frenesí. ¿Quién irá, pues, ante mí a la vanguardia?

—Ogier de Dinamarca —responde Ganelón—. No tienes barón que mejor que él lo haga.

LIX

El conde Roldán se ha oído nombrar; entonces habla como un caballero debe hacerlo:

—Señor padrastro: A fe mía que os quiero. Me habéis elegido para la retaguardia. Carlos, el rey señor de la Francia, no perderá, lo creo, aquí ni palafranco ni caballo de batalla, ni mulo ni mula, caballo de silla ni caballo de carga que no haya sido disputado por la espada.

—Verdad decís, bien lo sé —responde Ganelón.

LX

Cuando Roldán escucha que ha de quedarse a retaguardia, dice irritado a su padrastro:

—¡Ah, truhán! ¡Hombre malo, de mal linaje! ¿Habías tú creído que dejaría yo caer el guante a tierra como tú hiciste ante Carlos con el bastón?

LXI

—Alto emperador —dice el barón Roldán—. Dadme el arco que tenéis en el puño. Nadie podrá reprocharme, así lo creo, el haberlo dejado caer, como hizo Ganelón con el bastón que acababa de recibir su mano derecha.

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho. Lloro, no puede contenerse.

LXII

Se acerca entonces Naimón. Mejor vasallo no hubo en la corte. Dice al rey:

—Ya lo oís. El conde Roldán está poseído de cólera. Helo aquí elegido para la retaguardia, y no tenéis barón alguno que pueda reemplazarle. Donadle el arco que vos habéis tenido, y buscadle gentes que puedan asistirle.

El rey le ofrece el arco, y Roldán lo ha recibido.

LXIII

El emperador dice a su sobrino Roldán:

—Sobrino, buen caballero. Bien lo sabéis. La mitad de mis huesos os ofrezco y os dejaré. Retenedlas, es vuestra salvación.

—Nada quiero de ellas —dice el conde—. Dios me confunda si desmiento mi linaje. Me bastan veinte mil francos bien audaces. Vos cruzad tranquilo los puertos. Haríais mal en temer a nadie mientras yo viva.

LXIV

El conde Roldán ya cabalga en su caballo de batalla. Hacia él viene su compañero Oliveros y Garín, y Gerer, el valeroso conde. Vienen también Atón y Berenguer. Y Ástor y el viejo Anseis. Y Gerardo de Rosellón, el altivo, y el rico duque don Gaíferos.

—¡Por mi cabeza —dice el arzobispo—, que yo también voy!

—¡Y yo con vos! —dice el conde Gualterio—. Fiel soy a Roldán, y no debo fallarle.

Y entre todos escogen a veinte mil caballeros.

LXV

El conde Roldán llama a Gualterio de Ulmo, y le dice:

—Tomad mil franceses de Francia, nuestra tierra, y ocupad las cimas y los desfiladeros para que el emperador no pierda uno solo de los hombres que con él están.

—Por vos bien debo hacerlo —responde Gualterio. Y con mil franceses de Francia, que es su tierra, Gualterio sale de filas y va por cumbres y gargantas. Nadie se atreverá a bajar, aunque lleguen las peores nuevas, sin que setecientas espadas hayan sido desenvainadas. En este día se libró una dura batalla con el rey Almarís, del país de Balferna.

LXVI

Altos son los montes y tenebrosos los valles. Ásperas las rocas, siniestros los desfiladeros. Este mismo día, los franceses los pasaron con gran quebranto. A quince leguas se escucha su marcha. Cuando llegan a la tierra de sus mayores y divisan la Gascuña, dominio de su señor, se acuerdan de sus feudos, de sus doncellas y de sus nobles mujeres. No hay quien no lllore de ternura. Y sobre todos los demás, Carlos está lleno de angustia: en los puertos de España ha dejado a su sobrino. La piedad le agobia, y no puede contener su llanto.

LXVII

Los doce Pares han quedado en España; en su compañía, veinte mil franceses; todos sin miedo y sin temor a la muerte. El emperador

se tornó a Francia. Oculta bajo el manto su angustia. Junto a él cabalga el duque Naimón, que le dice:

—¿Qué os atormenta?

—Quien lo pregunta me ofende —responde Carlomagno—. Es tan honda mi cuita que no puedo callarla. Sé que Francia ha de ser destruida por Ganelón. Una visión tuve esta noche, de parte de un ángel: entre mis puños, Ganelón rompía mi lanza. Ved que fue él quien designó a mi sobrino para mandar la retaguardia. En marca extranjera le he dejado. ¡Dios! Si le pierdo, no tendré quien lo reemplace.

LXVIII

Carlomagno llora, sin poder reprimirse. Cien mil franceses se enternecen y temen por Roldán, poseídos de un extraño miedo. Ganelón, el fementido, le traicionó. Ha recibido del monarca infiel grandes dones, oro y plata, mantos y vestidos de seda, mulos y caballos, camellos y leones. Marsil ha enviado desde España a sus barones, condes, vizcondes, duques, emires, generales y a los hijos de los contores. En tres días ha juntado cuatrocientos mil hombres. Redoblan en Zaragoza los tambores. En la torre más alta yerguen a Mahoma, y cada infiel le reza y adora. Después, a marchas forzadas, cabalgan todos por la Cerdeña. Cruzan los valles y los montes, y en fin avizoran los gonfalcones de los de Francia. La retaguardia de los doce compañeros no dejará de aceptar la batalla.

LXIX

El sobrino de Marsil se adelanta montado en un mulo, a quien azuza con un bastón. Y dice a su tío, riendo graciosamente:

—Hermoso rey y señor: largamente os he servido, y por todo salario recibí penas y tormentos. ¡Cuántas batallas he librado y ganado! Otorgadme un feudo: el galardón de asestar contra Roldán el primer golpe. He de matarlo con mi tajante espada. Si Mahoma quiere velar por mí, yo libertaré a todas las comarcas de España, desde los puertos hasta Durestant. A Carlos le rendirá la fatiga. Los franceses se regresarán; no tendréis más guerra en toda vuestra vida.

El rey Marsil, en señal, le ha dado el guante.

LXX

El sobrino de Marsil tiene el guante en el puño, y dice a su tío con palabra fiera:

—Buen rey y señor: gran don me hicisteis. Ahora elegidme doce de vuestros barones. Con ellos combatiré a los doce Pares.

El primero que acepta es Falsarón, que era hermano del rey Marsil, y dice:

—Señor sobrino: vos y yo iremos a esta batalla, y le daremos buen remate. Será atacada la retaguardia de la gran hueste de Carlos. Es cosa juzgada: nosotros los mataremos.

LXXI

De otra parte llega el rey Corsabíin. Es de Berbería y conoce las artes maléficas. Habla como un noble varón; por todo el oro de Dios no quiere cometer una cobardía. Malprimis de Berbegal viene al galope; de correr a pie, sería más veloz que un caballo. Ante Marsil clama con voz muy alta:

—Apersonado en Roncesvalles, si allí encuentro a Roldán, yo sabré humillarlo.

LXXII

Un emir hay allí de Balaguer. Es su cuerpo muy gentil, y su rostro arrojado y sereno. Una vez montado en la silla, se hace fiero bajo la armadura. Por su valor es ya muy afamado. Noble varón si fuera cristiano. Ante Marsil, exclama:

—A Roncesvalles iré a jugarle el cuerpo. Si allí encuentro a Roldán, es muerto. Y muerto Oliveros y todos los doce Pares y muertos todos los franceses con gran duelo y gran vileza. Carlos el Grande es ya viejo. Desatina. Tendrá bastante con mantener la guerra. España nos quedará horra.

El rey Marsil bien le da sus gracias.

LXXIII

Allí está un almanzor de Moriana. No hay otro más felón en las tierras de España. Ante Marsil hace gala de sus balandronadas:

—Yo llevaré mi gente a Roncesvalles. Son veinte mil hombres con escudos y con lanzas. Si encuentro a Roldán, es muerto. Juro matarlo por mi fe. No habrá ya día en que Carlos no haya de lamentarse.

LXXIV

He aquí a Turgis de Tórtoles. Es conde, y la ciudad de Tórtoles es suya. Mala muerte desea a los cristianos. Se pone ante Marsil, junto a los otros, y dice al rey:

—¡Nada temáis! Más vale Mahoma que San Pedro de Roma. Si le servís, quedará el honor del campo por nosotros. Buscaré a Roldán en Roncesvalles, y nadie podrá protegerle contra la muerte. Ved mi espada, que es buena y larga. Quiero ensayarla contra Durandarte. ¿Cuál quedará humillada? Habréis de oírlo muy pronto. Fenecerán los franceses si contra nosotros se aventuran. Para Carlos el Viejo esto será duelo y afrenta. Jamás sobre la tierra llevará corona alguna.

LXXV

Viene por otro costado Escremis de Valtierra. Es sarraceno, y Valtierra es su feudo. Ante Marsil exclama, entre la multitud:

—A Roncesvalles voy, para abatir el orgullo. Si encuentro a Roldán, no saldrá con su cabeza, ni Oliveros, aquel que manda en los demás. Todos los doce Pares están emplazados ya para perecer. Los franceses morirán, la Francia se verá vacía de ellos, y Carlos en penuria de buenos vasallos.

LXXVI

Hay en otra parte un pagano, Estercuel, y con él Tamarite, un su compañero, los dos feloneés y probados traidores. Marsil les dice:

—¡Avanzad, señores! Iréis a Roncesvalles. a cruzar los puertos, y ayudaréis a conducir mi gente.

—¡Señor, bajo vuestro mandato! —responden ambos—. Atacaremos a Roldán y a Oliveros. Contra la muerte nada pueden los doce Pares. Nuestras espadas son buenas y tajantes. Las haremos rojas de sangre caliente. Morirán los franceses, y Carlos les llorará. Os daremos la tierra de los antepasados. Venid allí, rey; en verdad lo veréis: os daremos al mismo emperador.

LXXVII

Llega corriendo Margaris de Sevil. Es suya aquella tierra hasta las Cazmarinas. Por su belleza las damas le son amigas, y ninguna hay que, al verlo, no se alegre y sonría. No hay infiel que sea tan buen caballero. Viene entre la multitud y por encima del rumor grita al rey:

—No temáis. A Roncesvalles iré a matar a Roldán. Tampoco salvará su vida Oliveros, y los doce Pares quedaránse para su martirio. Ved mi espada de pomo de oro: el emir de Premirán me la envió. En sangre bermeja, os juro, he de sumergirla. Morirán los franceses. Francia sufrirá por ellos gran afrenta. Carlos el Viejo, el de la barba florida, ha de tener, cada día que viva, duelo y enojo. Antes de un

año tendremos a Francia por botín y un lecho en el burgo de San Dionisio.

El rey infiel se inclina ante él, profundamente.

LXXVIII

Por otro lado llega Chernublo de Monegros, cuya cabellera barre la tierra. Puede, como jugando, envanecerse cuando está de humor de llevar un peso mayor que cuatro mulos bien albardados. Se cuenta que en el país donde ha nacido nunca brilla el sol, no crece el trigo, la lluvia no cae y no cuaja el rocío. No hay piedra que no sea toda ella negra. Y muchos dicen que allí mean los diablos. Chernublo dice:

—Me he ceñido mi buena espada; en Roncesvalles la teñiré de rojo. Si en mi camino encuentro a Roldán el esforzado y no le acometo, no lo creáis jamás. Con mi espada conquistaré a Durandarte, morirán los franceses y Francia quedará desierta.

A estas palabras, los doce Pares se juntan. Con ellos llevan cien mil sarracenos, ansían, arden por combatir. Y bajo un pinar van a armarse.

LXXIX

Los infieles se arman con sus cotas sarracenas, casi todas de tres espesas capas de malla; se atan sus buenos yelmos de Zaragoza, y se ciñen espadas de acero vienés. Poseen ricos escudos, y lanzas valencianas, y gonfalones blancos, azules y bermejos. Abandonan sus mulos y palafrenes y montan en corceles, cabalgando en filas cerradas.

Claro es el día y bello es el sol. No hay armadura que toda no centellee. Mil clarines suenan para que todo sea más bello. Es grande el estruendo. Lo oyen los franceses, y Oliveros dice:

—Señor compañero. Pienso que habremos contienda con los sarracenos.

Responde Roldán: —¡Oh! ¡que Dios nos la conceda! Es deber nuestro sostenernos aquí por nuestro rey. Por el señor debemos soportar toda desgracia y sufrir grandes calores y grandes fríos, y aun perder cuero y pelo. ¡Que cada uno se emplee en asestar recios mandobles, para que no se cante de nosotros un mal cantar! El entuerto es de los infieles; de los cristianos el derecho. ¡De mí no habrá nunca mal ejemplo!

LXXX

A un altillo ha subido Oliveros. Mira a la derecha, y ve avanzar por un verde valle al ejército de los infieles. Llama a Roldán, su compañero, y le dice:

—¡Del lado de España veo llegar tal rumor, tanta lorigas que brillan, tantos yelmos que flamean! Éstos pondrán a nuestros franceses en gran angustia. Ganelón lo sabía, el vil, el felón, el traidor, por quien fuimos elegidos ante el emperador.

—Callad, Oliveros —responde Roldán—. Es mi padraastro. No quiero que de él digas palabra.

LXXXI

A un altillo ha subido Oliveros. Desde allí contempla en plenitud el reino de España y a los sarracenos, que se han juntado en tan grande masa. Fulguran los yelmos con gemas engastadas en oro, y las adargas y las cotas brillantes, y las lanzas con los gonfalones sujetos a los hierros. No logra contar los cuerpos de batalla. Son tantos, que no podría llevar la cuenta. Oliveros queda turbado. Apresurándose cuanto puede, baja de la altura y se acerca a los franceses para contarles lo que ha visto.

LXXXII

Dice Oliveros:

—He visto a los infieles. Jamás hombre sobre la tierra vio tantos. Habrá ante nosotros unos cien mil, escudo al brazo, sujeto el yelmo, vestida la blanca loriga. Y brillan sus lanzas negras, con el asta erguida. Tendréis batalla como no la hubo jamás. ¡Señores franceses, que Dios os dé su fortaleza! ¡Resistid firmemente para que no seamos vencidos!

—¡Maldito sea el que huya! —dicen los franceses—. ¡Nadie os ha de flaquear hasta la muerte!

LXXXIII

Dice Oliveros:

—Los paganos se muestran fuertes, y nuestros franceses me parecen bien pocos. Roldán, mi compañero, haced sonar el cuerno. Carlos lo oirá y retornarán las huestes.

—Sería obrar como loco —responde Roldán—. En la dulce Francia perdería mi renombre. No tardará Durandarte en asestar grandes gol-

pes. Su hoja se empapará de sangre hasta el oro de la guarda. Los traidores infieles han llegado a los puertos para desdicha suya. Os juro que a todos ha marcado ya la muerte.

LXXXIV

—¡Roldán, mi compañero, tañed el olifante! Carlos lo escuchará y regresarán los ejércitos. Y nos socorrerá con todos sus barones.

Roldán responde:

—¡No quiera Dios que por mí sean mis padres afrentados, y que la dulce Francia caiga en tal menosprecio! He de golpear fuerte con Durandarte, mi buena espada que tengo ceñida al costado. Vais a ver su hoja ensangrentada. Los felones paganos se han juntado para su misma perdición. Yo os lo juro que todos están ya entregados a la muerte.

LXXXV

—¡Roldán, mi compañero, tañed vuestro olifante! Carlos lo oirá, porque pasa ahora los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los franceses.

—¡No quiera Dios —responde Roldán—, que jamás hombre alguno diga que por los paganos haya yo hecho tañer el corno! Nunca podrán echarme en cara esto los míos. Cuando entre en la gran batalla, yo asestaré mil golpes, y setecientos, y veréis ensangrentado el acero de Durandarte. Los franceses son audaces y lucharán con valor. Los de España no podrán escaparse de la muerte.

LXXXVI

—¿Por qué habíais de quedar deshonrado? —dice Oliveros—. He visto a los sarracenos de España. Cubren los valles, los montes, las landas y todos los llanos. ¡Grandes son los ejércitos de esta casta extranjera y bien menguadas nuestras fuerzas!

—¡Así crece mi ardor! —responde Roldán—. ¡No quiera Dios Nuestro Señor ni sus ángeles que por mi causa Francia pierda su valor! ¡Prefiero morir que caer en la vergüenza! ¡Cuanto más golpes demos, más nos amará el emperador!

LXXXVII

Roldán es bravo, y Oliveros es prudente. Ambos son de prodigioso valor. Una vez a caballo, y en armas, jamás por miedo a la muerte esquivarán una batalla. Buenos son los dos condes, y altivas

sus palabras. Los infieles traidores galopan furiosamente. Oliveros dice:

—¡Mirad, Roldán! ¡Éstos andan muy cerca de nosotros; mas Carlos está demasiado lejos! No os habéis dignado tañer el olifante, y si el rey estuviese aquí, no nos amagaría tal peligro. Mirad hacia arriba, hacia los puertos de España, podréis ver un ejército digno de piedad. Quien hoy formó la retaguardia, jamás la formará otra vez.

—¡No habléis tan locamente! —responde Roldán—. ¡Maldito el corazón que en el pecho se acobarde! Resistiremos con firmeza en nuestro puerto. Seremos nosotros quienes mandemos en justas y refriegas.

LXXXVIII

Al ver Roldán que habrá batalla, se torna más fiero que el leopardo o el león. E interpela a sus francos y a Oliveros:

—¡Señor compañero, amigo, no habléis de esta manera! El emperador que nos dejó franceses, nos ha escogido estos veinte mil, y sabía que ninguno de ellos era cobarde. Por su señor deben soportar grandes males, sufrir grandes calores y grandes fríos, perder sangre y carne. Golpead con vuestra lanza y yo con Durandarte, mi buena espada que el rey me ha donado. Si yo muero, el que la tenga podrá decir:

—Esta fue la espada de un noble vasallo.

LXXXIX

Por otra parte, he aquí al arzobispo Turpín. Monta y espolea a su corcel, y sube a una colina yerma desde donde llama a los franceses y los sermonea:

—Señores barones —dice—: Aquí nos dejó Carlos. Por nuestro rey debemos bien morir, ayudad a sostener a la cristiandad. Tendréis batalla, podéis estar seguros, pues con vuestros propios ojos habéis visto a los sarracenos. Pedid a Dios el perdón. Yo os absolveré para sanar vuestras almas. Si morís, seréis santos mártires, y os serán reservados sitiales en el más alto paraíso.

Los francos desmontan y se postran en tierra. Y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Por penitencia les manda acometer.

XC

Los francos se alzan y se ponen en pie. Bien absueltos quedan, limpios de sus pecados, y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Montan de nuevo en sus veloces corceles. Armados están

como cumple a caballeros, y bien aderezados para la batalla. El conde Roldán llama a Oliveros, y le dice:

—Señor compañero. Bien dijisteis. Ganelón nos ha traicionado. Por ello recibió su salario en oro, en riquezas y en dineros. ¡Pueda el emperador vengarnos! El rey Marsil nos ha comprado por trato. ¡Pero la mercancía sólo la tendrá por la espada!

XCI

Los puertos de España, Roldán pasa montado en Vigilante, su caballo, buen corredor. Se ha revestido de sus armas, que le sientan muy bien, y se va blandiendo su lanza. Apúntala contra el cielo, y hay atado al hierro un gonfakón todo blanco. Las franjas le caen hasta las manos. Noble es su cuerpo; su rostro, claro y risueño. Junto a él va su compañero, y los francos le aclaman por su fiador. Él mira amenazante hacia los sarracenos, y después, dulce y humilde, hacia los franceses. Y les dice gentilmente estas palabras.

—Señores barones: ¡Al paso! ¡Poco a poco! Los infieles acuden a buscar su martirio. Antes de la noche habremos ganado un bello y rico botín. Ningún rey de Francia conoció otro parecido.

Así hablaba, cuando chocaron los dos ejércitos.

XCII

Oliveros dice:

—No tengo el corazón para palabras. No os dignasteis tocar el olifante, y nos falta Carlos. Él no sabe palabra de estas cosas, él, tan esforzado, y la culpa no es suya. Y los valientes que aquí se encuentran tampoco merecen vituperio. Ahora, pues, cabalguemos contra esa gente con todo nuestro coraje. ¡Señores barones, teneos firmes en batalla! Por Dios os lo suplico. No penséis sino en matar. ¡Golpe dado por golpe recibido! Y no olvidemos el grito de guerra de Carlos.

A estas palabras los franceses dan el grito de guerra:

—¡Montjoie! — *«Mi Joyosa», espada de Carlomagno*

Quien los hubiese oído gritar ¡Montjoie!, tendría memoria de una hermosa bizzarria. Luego cabalgan, ¡Dios!, tan ligeramente, y, por más apresurarse, clavan las espuelas y se hunden en la refriega. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Los sarracenos los reciben sin temblar. He aquí que francos e infieles se han juntado.

XCIII

El sobrino de Marsil tiene por nombre Aelrot; cabalga el primero ante las huestes, y va diciendo a nuestros franceses feas palabras;

—¡Felones franceses, hoy vais a mediros con nosotros! Quien debió ser vuestra guarda, os ha traicionado. ¡Bien loco el rey que os dejó en los puertos! En este día la dulce Francia perderá su renombre, y Carlos el Magno el brazo derecho de su cuerpo.

Cuando Roldán lo ha oído, ¡Dios, qué gran dolor el suyo!, espolea su caballo, le deja galopar a rienda suelta y acomete a Aelrot lo más rudamente que puede. Le parte el escudo y le abre la loriga, le parte el pecho y le rompe los huesos; todo el espinazo le resquebraja. Con su lanza le arroja fuera el alma. Le hunde el hierro fuertemente; se estremece el cuerpo, con gran lanzada lo abate, cae muerto del caballo, y la nuca se le parte en dos mitades. Roldán, entre tanto, no cesa de hablarle:

—No, hijo de siervo, Carlos no está loco, y jamás pensó hacernos traición. Dejarnos en los puertos fue obrar como un valiente. En este día la dulce Francia no dejará de ser enaltecida. ¡Golpead, franceses, que el primer golpe es ya nuestro! ¡El derecho está con nosotros, y con estos felones está la injusticia!

XCIV

Aquí está un duque, que tiene por nombre Falsarón; éste era hermano del rey Marsil, que tenía la tierra de Datán y Abirón. No hay peor truhán bajo el cielo. Es tan ancha su frente, que entre los dos ojos puede medirse un buen medio pie. Siente gran dolor cuando ve a su sobrino muerto. Se desprende de la turba, carga a rienda tendida, lanza el grito de guerra de los infieles, y les grita a los franceses una injuria:

—¡En este día la dulce Francia perderá su honor!

Oliveros le escucha y se irrita; clava en su corcel las espuelas doradas y asesta al infiel un golpe de verdadero barón. Le parte el escudo, le desgarrá la cota, le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon; a plena lanza lo levanta de los arzones y lo abate, ya muerto. Le mira caído en tierra. Ve yacente al traidor, y entonces le dice con fiereza:

—¡De tus amenazas no me curo, hijo de siervo! ¡A ellos, franceses, que bien los hemos de vencer!

Grita:

—¡Montjoie!—, es la contraseña de Carlos.

XCV

Aquí está un rey que tiene por nombre Corsablín. Vino de Berbería; una tierra lejana. Él grita a los otros sarracenos:

—Podemos resistir la batalla. Los francos son tan pocos que bien podemos despreciarlos. No será Carlos quien salve aquí uno solo. He aquí el día en que morirán.

El arzobispo Turpín bien lo ha escuchado. No hay bajo el cielo un hombre a quien él odie más. Hince en el corcel las espuelas de oro fino, y gallardamente va a golpearlo. Le parte el escudo, le deshace la cota y le hunde en la carne su lanzón. Empuja con fuerza, le sacude, le zarandea, y a un pleno golpe de asta cae muerto sobre el camino el infiel. Turpín mira a tierra, yacente ve al felón; no dejará de hablarle un tanto:

—Infiel, hijo de siervo. ¡Habéis mentido! Carlos, mi señor, puede siempre salvarnos. No tienen los franceses corazón para huir. A vuestros compañeros haremos volver grupas. Y quiero daros una nueva: ¡Tendréis que enfrentaros con la muerte! ¡Matad, franceses! ¡Que nadie lo olvide! ¡Este primer golpe es ya nuestro, a Dios gracias! —Y grita: —¡Montjoie!—, para quedarse dueño del campo.

XCVI

Y Garín ataca a Malprimis de Berbegal. El buen escudo del infiel no vale ya un ochavo. Garín le quiebra la bloca de cristal y la mitad cae por tierra. Le rompe la cota hasta la carne; le hunde en el cuerpo su buena lanza y el moro cae derribado como una mole. Su alma, Satanás se la lleva.

XCVII

Y su camarada Gerer acomete al emir. Le parte el escudo, le desmalla la cota, le hunde en las entrañas su buena lanza, apoya fuertemente, le atraviesa el cuerpo con el hierro, y a plena asta le derriba muerto en el campo. Oliveros grita:

—¡Hermosa es nuestra batalla!

XCVIII

El duque Sansón va a herir al almanzor. Le rompe el escudo guarnecido de oro y ornado de florones. Su espesa cota poco puede guarnecerle. Le atraviesa el corazón, el hígado y los pulmones y, ¡llórela el que quiera!, le derriba muerto.

—¡El golpe es de valiente! —dice el arzobispo.

XCIX

Y Anseis dejó libre a su corcel, y acomete a Turgis de Tórtoles. Le rompe el escudo bajo el brazal dorado, desgarrá de parte a parte su doble loriga y le hinca en el cuerpo el hierro de su fuerte lanza. Hunde, y sale la punta por la espalda. Al gran empuje le derriba muerto a tierra. Roldán exclama:

—¡Ese golpe es de un valiente!

C

Y Engleros, el gascón de Burdeos, espolea su caballo, suelta las riendas y se lanza a acometer a Escremis de Valtierra. Le parte el escudo, que lleva al cuello, le desjunta las alguazas, le rompe el almófar de la loriga, y le llega al pecho, bajo la garganta. A lanza plena le derriba muerto de su silla, diciéndole:

—¡Heos aquí, pues, en perdición!

CI

Y Atón golpea a un infiel, Estercuel, en el cuero del escudo, por delante, en tal guisa que le desgarrá los cuarteles blancos y bermejos. Le rompe los paños de su loriga, y le hunde en su cuerpo su lanza que bien punza, arrojándole muerto de su veloz caballo. Después le dice:

—¡Buscad ahora quien os salve!

CII

Y Berenguer hiere a Tamarite. Le parte el escudo, le deshace la cota, a través del cuerpo le hiende su fuerte lanza. Entre mil sarra-cenos lo derriba muerto. De los doce Pares, he aquí que diez han sido muertos. Sólo dos están con vida: es Chernublo y es el conde Margarís.

CIII

Margarís es un valiente caballero, hermoso y fuerte, ágil y ligero. Espolea, y va a herir a Oliveros. Le rompe su escudo bajo la bloca de oro puro. Su lanza le roza los costados. Dios guarda a Oliveros. Su cuerpo no ha sido tocado. El asta tiene rota, pero él no ha sido derribado. Margarís sigue adelante, sin tropiezos, y hace sonar la trompa para rehacer a los suyos.

CIV

Maravillosa es la batalla, y se torna en un cuerpo a cuerpo. El conde Roldán no se escatima, y alancea mientras el asta le dura. Después de quince golpes, la ha roto y destruido. Y tira de Durandarte, su buena espada, toda desnuda. Espolea, y va a herir a Chernublo. Le parte el yelmo donde resplandecen carbunclos; le parte el turbante y con ello el cuero del cráneo, le raja la faz, entre los ojos; la cota blanca de menudas mallas, y todo el cuerpo hasta las bragas. A través de la silla, incrustada de oro, la espada alcanza al caballo. Le parte el espinazo sin buscar la juntura, y lo derriba ya muerto en el prado, sobre la hierba espesa. Después le dice:

—¡Hijo de siervo, en la ruta de la desgracia os habéis puesto! De Mahoma no tendrás ayuda. ¡Un truhán como vos no ganará la batalla!

CV

El conde Roldán cabalga por el campo; en la mano Durandarte, que bien raja y parte. De los sarracenos hizo gran carnicería. ¡Quién le hubiese visto echar el muerto sobre el muerto, y la sangre desparrramar en charcos! Tiene ensangrentados la cota, sus dos brazos y su buen corcel. La sangre llega desde las crines del caballo hasta los lomos. Y tampoco reposa Oliveros, ni los doce Pares, ni los francos, que redoblan los golpes. Los infieles mueren, otros desfallecen. Y el arzobispo dice:

—Sea bendita nuestra baronía. ¡Montjoie!

Es el grito de armas de Carlos.

CVI

Y Oliveros cabalga a través de la contienda. De su asta rotá, no le queda más que un trozo. Va a herir a un infiel, Malón. Le parte el escudo, cubierto de oro y de florones; le hace saltar del cráneo los dos ojos, y se esparcen los sesos hasta los pies. Y le derriba muerto entre otros que yacen sinnúmero. Después mata a Turgis y a Esterciel. Pero el muñón de lanza se le hace astillas entre sus mismos puños. Roldán le dice:

—¿Qué hacéis, compañero? En una tal batalla no me curo de un madero. Sólo valen el hierro y el acero. ¿Dónde está vuestra espada, que llamáis Altaclara? De oro es la guarnición, el pomo de cristal.

—No puedo desénvainerla —responde Oliveros—. ¡Tantos trabajos tenía!

CVII

Mi señor Oliveros desenvainó su buena espada, aquella que tanto le ha requerido su compañero Roldán, y le muestra cual buen caballero cómo se sirve de ella. Luego hiere a un infiel, Justino de Valferrado. Le parte por mitad la cabeza y le raja el cuerpo y la loriga recamada, y la buena silla cuyas gemas están engarzadas en oro; y a su caballo le parte el espinazo. Le derriba muerto sobre el prado, y Roldán dice:

—Por hermano os reconozco. ¡Si el emperador nos ama, es por asestar estos golpes!

—¡Montjoie! —resuena por todas partes.

CVIII

El conde Garín monta al caballo Sorel, y su compañero Gerer a Paso-de-Ciervo. Dejan libres las riendas, clavan los dos sus espuelas y se lanzan a herir a un infiel, Timocel, el uno sobre el escudo, el otro en la loriga. Las dos lanzas se quiebran en el cuerpo. Cae muerto, hacia atrás, en un barbecho. ¿Quién de los dos fue más ligero? Nunca lo oí decir, ni sé cuál de los dos pudo serlo más.

El arzobispo les ha matado a Siglorei, el encantador aquel que ya había bajado a los infiernos a donde le llevara Júpiter, por sortilegio.

—He aquí una presa que se nos tenía reservada —dice Turpín. Y Roldán responde:

—¡Vencido está el hijo de siervo! ¡Hermano Oliveros, he aquí los golpes que me placen!

CIX

La batalla se ha vuelto más encarnizada. Francos e infieles se asestan mandobles maravillosos. Si el uno ataca, el otro se defiende. ¡Cuántas astas rotas y ensangrentadas! ¡Cuántos gonfalones y enseñas desgarrados! ¡Cuántos buenos franceses que pierden su joven vida! Nunca volverán a ver a sus madres y esposas, ni a los de Francia, que les esperan en los puertos. Carlos el Grande llorará y se lamentará pero ¿de qué servirán sus quejas? De él no tendrán ayuda. Malamente le ha servido Ganelón, el día en que fue a Zaragoza a vender a sus fieles. Por haberlo hecho perdió la vida y los miembros, por juicio, en Aquisgrán, donde fue condenado a ser colgado; y con él treinta de sus parientes, que no esperaban semejante muerte.

CX

La batalla es maravillosa y pesada. Roldán y Oliveros bien combaten en ella. Y el arzobispo ha asestado ya más de mil golpes. Los doce Pares no se quedan atrás, ni los francos, que atacan todos juntos. Mueren por centenas y por millares los infieles. El que no huye, no halla ningún refugio. De buen o mal grado deja allí su vida. Los franceses pierden allí sus mejores sostenes. Nunca verán a sus padres y a sus parientes, ni a Carlomagno, que les aguarda en los puertos. En Francia se levanta una extraña tormenta. Una tempestad cargada de truenos y de vientos, de lluvia y de granizo, desmesuradamente. Los rayos caen tupidos y raudos. La tierra tiembla. Desde San Miguel del Peligro hasta los Santos, desde Besançon hasta el puerto de Wisant, no hay casa donde no reviente un muro. A pleno mediodía, caen grandes tinieblas. Ninguna claridad, sólo cuando se rasga el cielo. Nadie lo ve que no quede espantado. Muchos dicen:

—¡Llegó la consumación de los tiempos! ¡He aquí que llegó el fin del mundo!

Ellos no lo saben. No dicen verdad. Es el gran dolor por la muerte de Roldán.

CXI

Los francos se han batido con todo el corazón, fuertemente. Los infieles han muerto en multitud, por millares. De los cien mil, apenas dos han logrado salvarse. El arzobispo dice:

—¡Nuestros hombres son muy valientes! ¡Ningún rey tuvo mejor ejército bajo el cielo! En los anales de los francos queda escrito que Carlos tuvo buenos vasallos.

Discurren por el campo, buscando a los suyos. Lloran de dolor y de lástima sobre sus parientes, del fondo de su corazón, y en su amor. Viene contra ellos, con su gran ejército, el rey Marsil.

CXII

A lo largo de un valle se acerca el rey Marsil con las huestes que él ha juntado. Ha formado y cuenta veinte cuerpos de batalla. Resplandecen los yelmos, donde hay ricas piedras engastadas en oro. Y fulguran los escudos y las cotas bruñidas. Siete mil clarines anuncian la acometida. Es grande el estruendo por toda la comarca. Roldán dice:

—Compañero Oliveros, mi hermano: Ganelón el felón ha jurado nuestra muerte. La traición no puede quedar oculta. Pero el emperador tomará fuerte venganza. Vamos a entablar una batalla áspera y dura. ¡Jamás hombre alguno habrá visto parecido encuentro! Yo com-

batiré con Durandarte, mi espada, y vos, compañero, con Altaclara. ¡Por cuántas tierras las hemos llevado! ¡En cuántas batallas hemos con ellas vencido! ¡De ellas no debe cantarse un mal cantar!

CXIII

Contempla Marsil el martirio de los suyos. Hace sonar los cuernos y sus bocinas, y galopa con el grueso de su gran ejército. Adelante cabalga el sarraceno Abismo; no hay otro más felón entre sus tropas. Lleno está de vicios y de grandes crímenes. No cree en Dios, el hijo de Santa María. Es tan negro como pez derretida. Más que de todo el oro de Galicia gusta del crimen y de la traición. Nunca le vio nadie reír ni jugar. Pero es muy atrevido y valiente, y por eso es querido del felón, el rey Marsil. Lleva por enseña un dragón, en torno del cual se agrupa la gente sarracena. Mal le quiere el arzobispo, y desde el punto en que lo ve, desea batirlo.

—Este moro me parece harto hereje —se dice en voz muy baja—. Lo mejor es, con mucho, que vaya a darle muerte. Jamás pude resistir cobardía ni cobarde.

CXIV

Comienza la batalla el arzobispo. Monta el caballo que tomó a Gresalle, un rey a quien dio muerte en Dinamarca. El corcel tiene buena rienda, es veloz. Tiene ágiles los cascós, corto el muslo, patas lisas, largos los flancos, ancha la grupa y muy alto el espinazo. Su cola es blanca y amarilla la crin, pequeñas las orejas y la cabeza toda leonada. No hay bruto que le iguale en la carrera. ¡Con qué bizarría espolea a su corcel el arzobispo! Va a atacar a Abismo; nadie le hará volver grupas. Va a herirle sobre el escudo recamado de pedrería, de topacios, amatistas y carbunclos fulgurantes. En Val Metas fue donado por un diablo al emir Galafe, y el emir a Abismo. Turpín le acomete sin piedad. Después que lo ha herido yo creo que el escudo apenas vale un ochavo. Traspasa al sarraceno de uno a otro costado, y lo derrumba muerto sobre la tierra desnuda. Los franceses dicen:

—¡He aquí una hermosa proeza! ¡En manos del arzobispo el báculo no llevará deshonra!

CXV

Los franceses ven que los infieles son muchos: cubren los campos por todas partes. Son muchas las veces que gritan a Oliveros, a Roldán y a los doce Pares para que los defiendan. El arzobispo les descubre su pensamiento:

—Señores barones. No penséis en nada malo. Por Dios os ruego que no huyáis, para que ningún valiente pueda cantar de vosotros un mal cantar. Mejor es que muramos en la contienda. Pronto llegaremos nuestro fin; de ello tenemos la promesa. No viviremos más allá de ese día; mas por una cosa salgo garante: las puertas del santo paraíso se os abrirán de par en par, y os sentaréis junto a los Inocentes.

A estas palabras los francos se sienten tan reconfortados que ninguno de ellos deja de gritar:

—¡Montjoie!

CXVI

Hay allí un sarraceno de Zaragoza —la mitad de la ciudad es suya—, Climorin, que nunca fue hombre prudente. Es aquel que, al recibir el juramento del conde Ganelón, por amistad le besó en la boca y le donó su yelmo y su carbunclo. Él afrentará —dice— a la Tierra de sus mayores, y arrancará al emperador su corona. Monta el caballo que él llama Barbamosca, más raudo que gavilán o golondrina. Le hinca las espuelas, le suelta el freno y se lanza a acometer a Engleros, de Gascuña. Ni el escudo ni la cota le podrán resguardar. El infiel le hunde en el cuerpo la punta de su lanza, empuja fieramente y le atraviesa de parte a parte. A lanza tendida, le derrumba en tierra gritando:

—¡Fácil es de aplastar esta turba! ¡Golpead, infieles, para romper el cerco!

Dicen los franceses:

—¡Dios! ¡Qué valiente perdemos!

CXVII

El conde Roldán llama a Oliveros:

—Señor compañero, ved muerto a Engleros. No teníamos caballero más valiente.

Responde el conde:

—Que Dios me conceda vengarlo—. Y clava en su corcel las espuelas de oro puro. Enarbola a Altaclara, el acero ya está ensangrentado, y con toda su fuerza se precipita a matar al infiel. Se ensaña la hoja en la llaga y cae el sarraceno. Los demonios se llevan su alma. Después mata al duque Alfayén, le corta la cabeza a Escababí y desarzona a siete árabes; ninguno de ellos podrá ya tomar parte en la batalla. Roldán dice:

—¡Mi compañero monta en cólera! A mi lado bien vale su precio. Por estos mandobles Carlos ha de querernos más—. Y en voz muy alta grita:

—¡Dad, caballeros!

CXVIII

De otro lado surge otro infiel, Valdabron, por quien fue armado caballero el rey Marsil. Es señor de los mares con cuatrocientas galeras, y no hay hombre de mar que no esté bajo su férula. Él tomó a Jerusalén por traición, y violó el templo de Salomón y mató al patriarca ante las fuentes bautismales. Él es quien recibió el juramento del conde Ganelón y le donó la espada y mil monedas de oro. Monta el caballo Gramimundo; un halcón es menos raudó. Le azuza bien con sus agudas espuelas y acomete a Sansón, el duque, el rico; le parte el escudo, le rompe la cota y le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon. A lanza tendida, le desazona y le derriba muerto.

—¡Dad golpes, infieles, pues venceremos sobradamente!

—¡Dios! ¡Gran dolor por tal barón! —dicen los franceses.

CXIX

El conde Roldán, al ver muerto a Sansón, bien podéis creer que es arrebatado de gran dolor. Azuza a su caballo y corre en pos del infiel, con toda su fuerza. Empuña a Durandarte, que vale más que oro puro. Allá va el valiente, y asesta al enemigo un golpe desaforado sobre el yelmo, donde hay gemas engastadas en oro. Le hiende la cabeza y la cota y el tronco, la buena silla gemada y el mismo espinazo del corcel. Y —lo alabe o lo maldiga el que quiera— mata a los dos.

—¡Golpe cruel! —dicen los infieles—. Roldán responde:

—No puedo amar a los vuestros. ¡Está con vosotros el orgullo y la sinrazón!

CXX

Había allí un africano llegado de África. Es Malquidán, hijo del rey Malquid. Sus armas son todas de oro batido y resplandecen al sol sobre todas las otras. Monta en un corcel llamado Saltoperdido, y no hay bruto que le pueda igualar en la carrera. Él se adelanta a herir a Anseis sobre el escudo. Le parte los cuarteles de rojo y azul, le desgarran las telas de la loriga y le hunde en el cuerpo la lanza, hierro y madera. El conde es ya muerto. Su tiempo es acabado.

Dicen los franceses: —¡Barón! ¡Lástima de ti!

CXXI

Por el campo va Turpín, el arzobispo. Jamás tonsurado alguno cantó misa que su persona haya hecho tales proezas. Le dice al infiel:

—¡Que Dios te envíe todos los males! Has matado a quien mi corazón llora.

Y lanza al buen caballo hacia adelante, y hiere al infiel sobre su escudo de Toledo, con tal golpe, que lo derriba muerto sobre la hierba verde.

CXXII

Por otro lado hay un infiel, Grandonio, hijo de Capuel, rey de Capadocia. Monta un corcel llamado Marmorio, más raudo que ningún pájaro que vuela. Suelta las riendas, pica espuelas y acomete a Garín con toda su fuerza. Le rompe su rojo escudo haciéndole caer de su cuello. Después le destroza la loriga y le hunde en el cuerpo el gonfalón azul, derribándole muerto sobre una alta roca.

También mata a Gerer, su compañero, a Berenguer y a Guido de San Antonio. Por fin, se lanza sobre Austorí, un rico duque, que poseía en señoría a Valance y Envers sobre el Ródano. Ya lo derriba muerto. Los infieles se regocijan. Los francos exclaman:

—¡Qué mengua la nuestra!

CXXIII

El conde Roldán empuña su espada ensangrentada. Bien escuchó descorazonarse a los franceses, y tal es su dolor que cree que su corazón va a estallar. Y dice al infiel:

—¡Que te otorgue Dios todos los males! ¡Has matado a uno que espero vendértelo muy caro!

Y espolea a su corcel. ¿Quién vencerá?

CXXIV

Grandonio era esforzado y valiente, potente y audaz en la lucha. En su vía da con Roldán; jamás le ha visto, empero le reconoce por su fiero rostro, por su cuerpo gentil, por su mirada, por su porte. Tiene miedo: no puede defenderse. Quiere huir, pero en vano. El conde le asesta un golpe tan maravilloso que le parte todo el yelmo, hasta el nasal, le rompe la nariz, la boca y los dientes, y todo el tronco con su cota de buenas mallas, y la cabeza y los barrenes argentados de la silla dorada de su caballo. Hiende profundamente el lomo del caballo. No hubo remedio, ha matado a los dos, y los de España gimen todos bien adoloridos. Los franceses dicen:

—¡Bien ataca nuestro fiador!

CXXV

Maravillosa es la batalla y cada vez más atropellada. Los franceses acometen con vigor y rabia. Cortan puños, costados, dorsos, hienden las vestimentas hasta la carne viva. Y la sangre corre en claros hilos sobre la hierba verde. ¡Tierra de los Mayores, Mahoma te maldiga! ¡Sobre todos los pueblos, tu pueblo es audaz! Y no hay un sarraceno que no grite:

—¡Marsil! ¡Cabalga, rey nuestro! ¡Necesitamos tu ayuda!

CXXVI

La batalla es maravillosa y grande. Los franceses hieren con sus lanzas bruñidas. ¡Si hubieseis visto tanto dolor: tantos hombres muertos, heridos, ensangrentados! Yacen el uno sobre el otro, cara al cielo o rostro en tierra. Los sarracenos no pueden por más tiempo sostenerse. Quieran o no, abandonan el campo. Y los franceses, con todo su arrojo, van dándoles caza.

CXXVII

Dice a Oliveros el conde Roldán:

—Señor compañero, confesadlo, el arzobispo es muy buen caballero. No lo hay mejor bajo el cielo: tal sabe combatir con la espada y la lanza—. El conde responde:

—¡Vayamos, pues, en su ayuda!

A estas palabras los francos recomienzan. Duros son los golpes, pesada la contienda. Los cristianos sienten gran angustia. ¡Qué bello es ver a Roldán y a Oliveros cómo acometen y a la espada dar tajos! El arzobispo da golpes con su lanza. De aquellos que han matado, se puede estimar el número; está escrito, dice la gesta, en los cartularios y en los breves: mataron a más de cuatro millares. A los cuatro primeros asaltos bien aguantaron la embestida; el quinto asalto les pesó grandemente. Han muerto casi todos los caballeros franceses, fuera de sesenta, que Dios ha escatimado. Antes que mueran se venderán muy caros.

CXXVIII

El conde Roldán ve la gran matanza de los suyos, y llama a Oliveros, su compañero:

—Gentil señor, amado compañero, ¡por Dios! ¿qué os parece? ¡Ved cuántos valientes yacen en tierra! ¡Buena razón tenemos para

apiadarnos de la dulce Francia, la bella! ¡Qué desierta va a quedar, falta de tales barones! ¡Rey, amigo! ¿por qué no estáis aquí? Hermano Oliveròs, ¿qué podremos hacer? ¿Cómo enviarle estas nuevas?

Oliveros dice:

—¿Cómo? No lo sé. ¡Podría ponerse en duda nuestro honor, y prefiero morir!

CXXIX

—Yo haré sonar el olifante —dice Roldán—. Carlos lo escuchará, que va pasando los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los francos.

—¡Esto —respondió Oliveros— ha de ser para todos vuestros parientes una gran vergüenza, y el oprobio y el deshonor les pesaría toda la vida! Cuando yo os pedí hacerlo, vos no lo hicisteis. Hacedlo ahora, pero ya no será por mi consejo. ¡Tocar el olifante no sería digno de un valiente! ¡Mas cómo tenéis ensangrentados vuestros dos brazos!

—¡He dado hermosos golpes! —dice el conde.

CXXX

—Nuestra batalla es dura —dice Roldán—. Tañeré mi cuerno, el rey Carlos ha de oírlo.

Dice Oliveros:

—Hacer tal no cumple a un valiente. Cuando os dije de hacerlo, compañero, vos no os habéis dignado. Si el rey hubiese estado con nosotros, nada hubiéramos sufrido. Los que aquí yacen, ningún reproche han merecido. ¡Por esta mi barba, que si yo vuelvo junto a la gentil Alda, mi hermana, nunca habéis de yacer entre sus brazos!

CXXXI

Dice Roldán:

—¿Por qué esta cólera contra mí?

—Compañero —responde Oliveros—, vuestra es la falta, porque valor sensato y locura son dos cosas, y es mejor medida que jactancia. Si murieron nuestros franceses, fue por vuestra ligereza. Jamás podremos servir a Carlos. Si me hubieseis creído, mi señor hubiera vuelto, y hubiéramos ganado esta batalla. Y el rey Marsil sería ya muerto o prisionero. Vuestra proeza, Roldán, en mala hora vimos. Carlos, el grande, de quien nunca habrá semejante hasta el día del juicio final, jamás tendrá ya nuestra ayuda. Vais a morir y Francia se verá deshonrada. Hoy fina nuestra leal amistad. Antes de la noche nos separaremos, y esto será duro.

CXXXII

Ha escuchado el arzobispo que se querellaban, y, espoleando el caballo, con sus espuelas de oro puro, acude a ellos y les reprende a los dos:

—Señor Roldán, y vos, señor Oliveros: ¡os ruego en nombre de Dios que no disputéis! Tañer el cuerno no podrá ya salvaros, y, sin embargo, tañerlo será siempre lo mejor. Venga el rey, y podrá vengarnos. No deben los de España volver alegres. Nuestros francos, al poner pie en tierra, nos encontrarán muertos y hechos cuartos; nos conducirán en ataúdes, sobre bestias de carga, y nos llorarán, llenos de dolor y de piedad. Seremos sepultados en los atrios de las iglesias; no seremos pasto de lobos, de puercos ni de perros.

—¡Bien decís, señor! —responde Roldán.

CXXXIII

Roldán se lleva a sus labios el olifante. Lo emboca bien y lo hace sonar con todas sus fuerzas. Altas son las montañas y prolongada la voz del olifante. A treinta grandes leguas se le oye cómo se dilata. Carlos lo oye; y lo oyen todos sus cuerpos de tropa. El rey dice:

—¡Los nuestros libran batalla!

Al punto le responde Ganelón:

—Si otro lo hubiera dicho, ciertamente veríamos en ello una gran mentira.

CXXXIV

El conde Roldán, con pena y congoja, con gran dolor, tañe su olifante. Brota la clara sangre por su boca. Tiene rota una sien. El sonido del cuerno se derrama a lo lejos. Carlos lo escucha al pasar los puertos. El duque Naimón lo escucha, lo escuchan los francos. Y el rey dice:

—¡Es el olifante de Roldán! No lo tañería si en batalla no estuviese empeñado.

—¡Nada de batallas! —responde Ganelón—. Vos sois anciano, vuestra cabeza es ya blanca y florida, pero vuestras palabras son de niño. Conocéis bien el gran orgullo de Roldán. Maravilla que Dios pueda sufrirla tanto. ¿No fue a tomar Napal sin vuestras órdenes? Los sarracenos hicieron una salida y combatieron al buen vasallo Roldán, que después hizo inundar la pradera ensangrentada para borrar las huellas del combate. Por una sola liebre, hace tañer el olifante todo el día. Ahora debe ser algún juego que hace delante de sus Pares. ¿Quién, bajo el cielo, habrá de atreverse a presentarle

batalla? Cabalga, pues. ¿Por qué habéis de deteneros? La Tierra de nuestros mayores están aún lejana de nosotros.

CXXXV

El conde Roldán tiene la boca ensangrentada. Tiene rota su sien. Tañe dolorido el olifante, con angustia. Carlos le escucha, y le escuchan los franceses. Dice el rey:

—¡Ese cuerno tiene largo aliento!

—Algún valiente está sufriendo grandes trabajos —responde el duque Naimón—. Seguro estoy de que él está librando batalla. El mismo que lo ha traicionado es el que ahora os pide que falléis en vuestra empresa. ¡Armaos; dad al viento vuestro grito de guerra, y socorred a vuestra hermosa mesnada! Bien lo escucháis: es Roldán que desespera.

CXXXVI

El emperador hizo sonar los cuernos. Echan pie a tierra los franceses, y se arman de sus lorigas y yelmos, y de espadas guarnecidas de oro. Llevan escudos bien labrados, grandes y fuertes lanzas, gonfalones blancos, rojos y azules. Todos los barones de sus huestes montan en corceles, que espolean mientras siguen los desfiladeros. No hay uno que no diga al otro:

—¡Si volvemos a ver a Roldán aún vivo, con él daremos grandes golpes!

¿De qué sirven las palabras? Han tardado demasiado.

CXXXVII

Avanza el día. Brilla el atardecer. Las armaduras resplandecen contra el sol; cotas y yelmos flamean, y los escudos pintados de flores, y las lanzas y los gonfalones dorados. Cabalga lleno de cólera el emperador, y los franceses afligidos y enojados. No hay uno que no lllore con dolor, y por Roldán están transidos de angustia. El rey hizo prender al conde Ganelón, y lo entrega a los cocineros de su casa. Llama a Besgón, su cocinero mayor, y le dice:

—Besgón, guárdame bien a este bellaco. Ha entregado por traición a mis mesnadas.

Besgón lo recibe bajo su custodia, y lo pone en las manos de cien pinches, unos mejores y otros peores. Le arrancan los pelos de la barba y de los mostachos. Cada uno le asesta cuatro puñetazos. Y luego le apalean con leños y bastones; le echan al cuello una cadena, como a un oso, y lo cruzan afrentosamente sobre una acémila. Así lo guardan hasta el día de devolverlo a Carlos.

CXXXVIII

Altos son los montes y tenebrosos y grandes los valles profundos, las aguas violentas. Atrás y adelante suenan los clarines, y todos a un tiempo responden al tañido del olifante. El emperador cabalga irri-tado, y los franceses llenos de pesadumbre y enojo. Nadie hay que no llore y se lamente. Y ruegan a Dios que preserve a Roldán hasta que lleguen al campo de batalla todos juntos. Entonces, todos con él acometerán. ¿Para qué las oraciones? No les servirán de nada. Han tardado. No pueden llegar a tiempo.

CXXXIX

Cabalga el rey Carlos lleno de coraje. Sobre su cota se expande su barba blanca. Todos los barones de Francia espolean fuertemente a sus corceles; no hay uno que no se lamente de no poder estar ya junto a Roldán, el capitán, cuando combate a los sarracenos de España. En tal infortunio se encuentra, que no creo que pueda sobrevivir. ¡Qué barones, Dios, los sesenta que aún quedan en su compañía! ¡Jamas rey ni capitán pudo tenerlos mejores.

CXL

Roldán escudriña los montes y las landas. Ve derribados y muertos a muchos de los de Francia y los llora, como gentil caballero.

—¡Señores barones, que Dios os perdone! Que conceda a todas vuestras almas el Paraíso. Que las guarde entre santas flores. Nunca vi vasallos mejores que vosotros. ¡Habéis por tanto tiempo, y sin reposo, estado a mi servicio, conquistando para Carlos tan dilatados países! El emperador os sustentó en mala hora. ¡Tierra de Francia, sois un dulce país, pero hoy el peor azote os ha desolado! ¡Barones franceses, os he visto morir por mí, sin poder defenderos ni salvaros! ¡Dios, que jamás ha mentido, venga en vuestra ayuda! Oliveros, hermano, yo no os debo fallar. Moriré de dolor si alguien no me mata. ¡Señor compañero, volvamos a acometer!

CXLI

El conde Roldán ha tornado a la batalla. Esgrime a Durandarte y da tajos con brío. Despedaza a Faldrón de Puy, y a otros veinticuatro de los más principales. Jamás hombre alguno anheló tanto vengarse. Como el ciervo huye ante los perros, así ante Roldán huyen los infieles. El arzobispo dice:

—¡Muy bien lo hacéis! Así debe portarse un buen caballero, bien armado, que monta un buen caballo. De otra manera, no vale cuatro ochavos. ¡Que se haga monje en un cenobio para rogar allí cada día por nuestros pecados!

—¡Matad, no perdonéis a nadie! —responde Roldán—. Y a estas voces se rehacen los francos. Pero sufren allí gran quebranto los cristianos.

CXLII

Hombre que sabe que no habrá cuartel, se defiende fuertemente en tal batalla. Por eso los francos se hacen arrojados, como leones. Y he aquí que viene contra ellos Marsil, como verdadero barón. Monta en un caballo que él llama Gañún. Le espolea y acomete a Bevón; era éste señor de Dijon y de Beaune. Le rompe el escudo, le rasga la cota, y, sin causarle otro mal, le derriba muerto. Después mata a Ives y a Marfil, y con ellos a Gerardo de Rosellón. El conde Roldán no está muy lejos. Le dice al infiel:

—¡Dios te maldiga! ¡A la mala has matado a mis compañeros! Lo pagarás, antes que nos separemos, y sabrás el nombre de mi espada.

Como verdadero barón le acomete y le parte el puño derecho. Luego corta la cabeza a Jurfaret el Rubio; era hijo del rey Marsil. Y los infieles gritan.

—¡Ayúdanos, Mahoma! ¡Vosotros, dioses nuestros, vengadnos de Carlos! En esta tierra nos ha puesto tales felones, que primero morirán que dejarnos libre el campo. Entonces huyamos —se dicen uno a otro—. Y cien mil se van. Vuelva a llamarlos quien fuere, ellos ya no retornarán.

CXLIII

¿De qué sirve su desbandada? Si huyó Marsil, ha quedado su tío Marganice, que tiene a Cartago y Etiopía, una tierra maldita. Bajo su señorío la casta de los negros; sus narices son grandes, largas sus orejas. Se juntan de ellos más de cincuenta mil. Lanzas sus caballos con intrepidez y furor, y gritan el grito de armas de los infieles.

—Recibiremos el martirio —dice entonces Roldán—. Sé bien que no nos queda mucho tiempo de vida. ¡Pero malhaya aquel que no se venda caro! ¡Acometed, señores, contra espadas bellacas! Y disputad vuestros muertos y vuestras vidas para que la dulce Francia no sea infamada por nosotros. Cuando venga a este campo Carlos, mi señor, y vea qué escarmiento hicimos en los sarracenos y que por uno de los nuestros hallará quince de ellos muertos, no dejará, ciertamente, de bendeciros.

CXLIV

Cuando Roldán contempla la maldita gente, que es más negra que la pez, y nada tiene blanco sino los dientes, dice:

—Ahora en verdad lo sé. Es hoy el día en que tendremos que morir. ¡A ellos, mis francos, porque yo vuelvo a empezar!

—¡Maldito el que se contenga! —dice Oliveros. Y a estas palabras los francos se lanzan contra las huestes sarracenas.

CXLV

Cuando ven los infieles que los franceses son pocos, se enorgullecen entre ellos y se reconfortan; se dicen el uno al otro:

—¡La sinrazón está con el emperador!

Marganice monta un caballo bayo. Azuza fuertemente a su corcel con sus espuelas doradas y hiere a Oliveros por detrás en plenas espaldas. La lanza le atraviesa el pecho y asoma por delante. Luego dice:

—¡Rudo golpe habéis recibido! Carlos, el rey Magno, os dejó en los puertos para vuestra desdicha. Si algún mal nos ha hecho, de ello no debe alabarse. Sólo en vos he vengado con creces a todos los nuestros.

CXLVI

Siente Oliveros que está herido de muerte. Blande a Altaclara, la del bruñido acero, y hiere a Marganice sobre el agudo yelmo todo dorado. Hace saltar por tierra sus florones y pedrerías, y le parte la cabeza hasta los dientes. Remueve la herida con la hoja de su espada y lo derriba muerto. Le dice después:

—¡Maldito infiel! No digo que Carlos nada haya hoy perdido, pero al menos tú no podrás ir al reino de donde eras a envanecerte ante ninguna mujer, ni ante ninguna dama, de haberme arrebatado un adarme, ni de habernos dañado a mí ni a ningún otro en el mundo.

Después llama a Roldán para que le ayude.

CXLVII

Oliveros siente que está herido de muerte. Jamás podrá vengarse a su placer. En lo más tupido de las huestes pelea como verdadero barón. Hace pedazos astas y broqueles, muñecas y pies, sillas y lomos. Quien le hubiese visto descuartizar infieles, arrojar muerto sobre muerto, recordaría a un buen caballero. Nunca echa en olvido el grito de guerra de Carlos, y exclama con alta y clara voz:

—¡Montjoie!—. Llama a Roldán, su Par y su amigo: —Señor compañero, ¡venid a mí prestamente! ¡Con gran dolor en este día hemos de separarnos!

CXLVIII

Roldán contempla el rostro de Oliveros. Lo ve empañado, lívido, descolorido, pálido. Corre su clara sangre a lo largo de su cuerpo; sobre tierra caen los cuajarones.

—¡Dios! —dice el conde—. Ya no sé qué hacer. ¡Señor compañero, gran lástima de vuestra proeza! Jamás nadie valdrá lo que vos. ¡Ah! ¡Dulce Francia, qué despoblada quedarás sin tus mejores vasallos, humillada y decaída! ¡Gran daño para el emperador!

Después de estas palabras, desfallece sobre el caballo.

CXLIX

He aquí a Roldán desvanecido sobre su caballo, y a Oliveros herido de muerte. Ha sangrado tanto que sus ojos se enturbiaron. Ya no ve con claridad para reconocer, de lejos o de cerca, hombre viviente. Cuando topa con su compañero, le hiere sobre su yelmo cubierto de oro y gemas, y se lo hiende hasta la nariguera, aunque no le llega a la cabeza. A este golpe Roldán le ha mirado, y le pide, dulcemente, por amor:

—Mi señor compañero, ¿hacéis esto adrede? Soy yo, Roldán, aquel que tanto os ama. Nunca me habéis retado.

—Ahora escucho bien vuestra voz —dice Oliveros—. Pero no os veo. ¡Pluguiera a Dios que os viese! Os he herido. Perdonadme.

—Ningún daño he recibido —responde Roldán. —Os perdono aquí y ante Dios.

A estas palabras, se hacen reverencia el uno al otro. Y de este modo, con gran amor, se separaron.

CL

Oliveros siente que la muerte le acongoja. En la cabeza se le vuelven los ojos, pierde el oído y acaba por cegar. Echa pie a tierra, y en ella se tiende. En voz alta dice sus culpas, junta las manos, erguidas hacia el cielo, y ruega a Dios que le otorgue el Paraíso y que bendiga a Carlos, a la dulce Francia, y, sobre todos sus hombres, a Roldán su compañero. Le flaquea el corazón, rueda su yelmo; todo su cuerpo se allana contra la tierra. El conde ha muerto. No fue larga su morada. El valeroso Roldán le llora y plañe. Jamás oiréis sobre la tierra un hombre más dolorido.

CLI

Roldán ve que su amigo ha muerto, que yace con la faz contra la tierra, y, muy dulcemente, sobre él le dice el adiós:

—Señor compañero, ¡lástima de vuestro arrojo! Juntos fuimos días y años, y jamás me hiciste mal, jamás os lo hice. Cuando aquí te veo muerto, me es dolor vivir.

A estas palabras, el marqués desfallece sobre su caballo, que él llama Vigilante. Sus estribos de oro fino le mantienen erguido en la silla. No podrá caerse doquier se incline.

CLII

Antes de que Roldán se recobrara, reanimara y repusiera de su desfallecimiento, un gran daño le sobrevino: muertos son ya los franceses. Todos los ha perdido, menos al arzobispo y a Gualterio de Ulmo. Gualterio ha bajado de los montes, y contra los de España ha combatido fuertemente. Muertos están ya sus hombres; vencidos son por los infieles. Quiera o no, huye hacia los valles, invoca a Roldán para que le ayude.

—¡Ah, conde gentil, hombre esforzado! ¿Dónde estás? ¡Nunca tuve miedo cuando tú estabas allí! Soy yo, Gualterio, el que conquistó a Monteagudo; yo, el sobrino de Droón, el viejo y canoso. Por mi proeza, tú me preferías entre tus caballeros. Rota está mi lanza y atravesado mi escudo, y mi cota desgarrada, hecha jirones. Voy a morir, pero me he vendido caro.

Estas últimas palabras Roldán las ha escuchado. Aguija su caballo, y viene hacia Gualterio con gran prisa.

CLIII

Roldán está lleno de dolor y de cólera. En lo más recio del acoso, comienza a pelear. Veinte derribó muertos de la gente de España; seis, Gualterio; cinco, el arzobispo. Los infieles dicen:

—¡Ah, los felones! ¡Guardad, caballeros, de no dejarlos vivos! ¡Traidor es el que no acuda a atacarlos, y cobarde el que los deje huir!

Y rompen en clamores y alaridos. De todas partes vuelven al asalto.

CLIV

El conde Roldán es un noble guerrero. Gualterio de Ulmo es un muy buen caballero. El arzobispo es un prohombre cabal. Ninguno

de los tres quiere fallarle a los demás. En lo más duro del combate se arrojan sobre los infieles. Ponen pie a tierra mil sarracenos; a caballo son cuarenta mil. ¡Vedlos cómo no se atreven a acercarse! De lejos les arrojan lanzas y venablos, picas y flechas, dardos y jabalinas. A los primeros golpes han matado a Gualterio. A Turpín de Reims, le atraviesan el escudo, le rajan el yelmo y le hieren la cabeza. Rompen y destrozan su cota, traspasan su cuerpo con cuatro lanzadas. Matan, bajo él, a su caballo. ¡Gran duelo cuando cae el arzobispo!

CLV

Cuando Turpín de Reims, el valiente, se ve derribado del caballo y traspasado el cuerpo por cuatro lanzadas, raudo se pone en pie. Busca con la mirada a Roldán, corre hacia él y sólo le dice una palabra:

—¡No estoy vencido! ¡Un valiente, mientras vive, no se rinde!

Desenvaina a Almaza, su espada de bruñido acero, y en lo más recio de la pelea asesta mil golpes y más. No tardará Carlos en decir que no escatimó a persona alguna, porque hallará en torno al arzobispo a cuatrocientos sarracenos, heridos unos, otros atravesados de parte a parte, y otros con la cabeza tronchada.

Así lo cuenta la gesta. Así lo cuenta aquel que presencié la contienda, el barón Gil, a quien Dios hace milagros, y que antaño hizo la Carta en el monasterio de Laon. El que esto no sepa no lo puede entender.

CLVI

El conde Roldán se bate noblemente, pero su cuerpo está empapado de sudor quemante, y siente en la cabeza un gran dolor. Rotas están sus sienes de haber tañido el cuerno. Pero quiere saber si Carlos vendrá. Toma el olifante, y lo suena, pero débilmente. El emperador se detiene, escucha.

—¡Señores —dice—, la desgracia sobre nuestras cabezas! Roldán, mi sobrino, se nos va en este día. Por el tañido de su cuerno conozco que no vivirá mucho más. ¡Quien quiera juntársele que apresure su caballo! ¡Haced sonar vuestros clarines, todos los que haya en este ejército!

Sesenta mil clarines suenan, tan alto, que retumban los montes y responden los valles. Los infieles los escuchan y se guardarán de reír. Unos a los otros se dicen:

—¡Muy pronto Carlos estará sobre nosotros!

CLVII

—¡Vuelve el emperador! —se dicen los infieles—. De los de Francia, escuchad los clarines. Si Carlos vuelve, gran pérdida se nos llega. Si Roldán sobrevive, recomienza nuestra guerra; España, nuestra tierra, es perdida.

Cuatrocientos se rejuntan —con sus yelmos— de los que se estiman los mejores en la batalla. Y emprenden contra Roldán un áspero y duro asalto. El conde tiene, por su parte, hartos trabajos.

CLVIII

El conde Roldán, cuando los ve venir, se hace más fuerte, más fiero, más ardoroso. Él no cederá mientras viva. Monta en el caballo, que llaman Vigilante; le azuza con sus espuelas de oro fino, y se lanza en lo más recio de la lucha; va a arremeter contra todos. A su lado el arzobispo Turpín. Los infieles se dicen uno al otro:

—¡Amigo, retirémonos! De los de Francia hemos escuchado los olifantes. Vuelve Carlos, el poderoso rey.

CLIX

El conde Roldán nunca ha amado al cobarde, ni al orgulloso, ni al ruín, ni al caballero que no fuese buen guerrero. Así dice al arzobispo Turpín:

—Señor, estáis a pie, mientras yo estoy a caballo. Por amor vuestro, me mantendré firme en este lugar, y juntos aguardaremos aquí lo bueno y lo malo. No os dejaría por hombre alguno hecho de carne. Devolveremos este asalto al infiel. Los golpes más certeros son los de Durandarte.

El arzobispo dice:

—¡Maldición para quien bien no luche! Carlos vuelve: él nos vengará.

CLX

Los infieles dicen:

—¡En mala hora nacimos! ¡Un día doloroso ha amanecido para todos nosotros! Perdimos a nuestros señores y a nuestros Parés. Vuelve Carlos, el esforzado, con su gran ejército. De los de Francia oímos los clarines sonar claro. Es grande el estruendo de su grito ¡Montjoie! El conde Roldán es de tan fiero arrojo, que ningún hombre hecho de carne le vencerá jamás. Lancemos contra él nuestras flechas y dejémosle el campo.

Contra él arrojan dardos y jabalinas sin número. Y lanzas y venablos de puntas emplumadas. Le parten, le agujerean el escudo, le rompen y destrozan la cota, pero a su cuerpo no le han llegado. Sin embargo, le han herido a Vigilante, de treinta heridas, y, bajo el conde, lo derriban muerto. Los infieles huyen; renuncian. El conde Roldán allí se ha quedado, pie a tierra sin caballo.

CLXI

Huyen los infieles con furia, iracundos; hacia España se apresuran, con gran afán. El conde Roldán no logra darles alcance. Ha perdido a Vigilante, su corcel. De grado o por fuerza allí ha quedado desmontado. Se acerca al arzobispo Turpín para prestarle ayuda. Le desata de la cabeza su yelmo exornado de oro, y le desembaraza de su blanca loriga ligera. Le toma el brial y lo corta todo; cubre sus anchas llagas con los paños. Le toma después en sus brazos y le estrecha contra su pecho. Sobre la verde hierba le recuesta suavemente. Y, con mucha dulzura, le ruega:

—¡Ah, gentil señor, dadme licencia! Ved muertos a tantos de nuestros compañeros que nos fueron tan caros. No debemos abandonarlos. Quiero ir a buscarlos y a reconocerlos, a juntarlos y ponerlos en fila ante vos.

—¡Id y volved! —contesta el arzobispo—. El campo queda por vos y por mí. ¡A Dios gracias!

CLXII

Roldán parte. Va a través del campo, solo. Busca por los valles, busca por los montes. Allí encuentra a Ivolin y después encuentra al gascón Engleros. Allí encuentra a Garín y Gerer su compañero, y después encuentra a Berenguer y Atón. Allí encuentra a Sansón y Anseis, y después encuentra a Gerardo el Viejo, de Rosellón. Uno por uno se los lleva, él, el valiente, y regresa con ellos, hacia el arzobispo. Ante sus rodillas los ha puesto en fila. El arzobispo llora; no puede contenerse. Levanta su mano y les da su bendición. Después dice:

—¡Lástima de vosotros, señores! ¡Que Dios, el glorioso, reciba todas vuestras almas! ¡En el Paraíso las ponga con las santas flores! A mi vez, cuánto me angustia la muerte. Yo no podré volver a ver al emperador, el potente.

CLXIII

Vase Roldán de nuevo a buscar por el campo. Encuentra a Oliveros, su compañero. Le aprieta contra su pecho, le abraza estrecha-

mente. Como puede, retorna al arzobispo, y recuesta a Oliveros junto a los otros, sobre un escudo. El arzobispo les absuelve y les persigna por la señal de la cruz, y entonces se redobla el dolor y la piedad.

—¡Oliveros, hermoso compañero! —dice Roldán—. Vos que fuisteis hijo del duque Raniero, que dominaba en la marca del Val de Runer. ¡Para romper una lanza y romper escudos, para vencer y abatir a los orgullosos, para sostener y aconsejar a los probos, en ninguna tierra hubo mejor caballero!

CLXIV

El conde Roldán, cuando ve muertos a sus Pares y a Oliveros, que él amaba tanto, se entenece y rompe a llorar. Su rostro ha perdido la color. Tan grande es su duelo que no puede permanecer en pie. Quiera a no, cae en tierra desfallecido.

—Barón, ¡lástima de vos! —exclama el arzobispo.

CLXV

Cuando ve el arzobispo desfallecer a Roldán, sufre una pena, la más grande pena que ha sufrido nunca. Ha extendido la mano; ha tomado el olifante. Hay en Roncesvalles un agua que corre, y quiere ir allí, para darle de ella a Roldán. A pasos lentos se aleja, tambaleándose. Pero está tan débil que no puede avanzar. Fuerzas no le quedan, tanta sangre ha perdido. En menos tiempo del que puede cruzarse una fanega de tierra, el corazón le falla, cae de bruces. La muerte le estrecha duramente.

CLXVI

Vuelve en sí de su desmayo el conde Roldán, y se endereza sobre sus pies, pero padece un gran sufrimiento. Mira hacia lo alto y mira hacia lo bajo. Sobre la hierba verde, junto a sus compañeros, ve tendido al noble barón, el arzobispo, de quien Dios hizo su enviado entre los hombres. El arzobispo dice sus culpas, y dirige sus ojos al cielo. Junta sus dos manos y las eleva rogando a Dios que le conceda el Paraíso. Muerto es el guerrero de Carlos. Por sus grandes batallas y por sus bellos sermones fue contra los infieles, toda su vida, su campeón. ¡Que Dios le otorgue su santa bendición!

CLXVII

El conde Roldán ve al arzobispo yacer en tierra. Le vio fuera del cuerpo las entrañas, y gotear el cerebro de su frente. Sobre el

pecho, bien en su mitad, le ha cruzado las manos blancas y tan bellas. Sobre él comienza Roldán su plañido, según la ley de su tierra.

—¡Ah, gentil señor, caballero de buena solera, yo te encomiendo en esta hora al Glorioso del cielo! Nadie cumplirá nunca tan de buen grado su servicio. Jamás, después de los apóstoles, hubo tal profeta para sostener la ley y atraer a ella a los hombres. ¡Pueda vuestra alma no padecer privación alguna! ¡Que la puerta del Paraíso le sea abierta!

CLXVIII

Roldán siente que está próxima su muerte. Se le derrama por las orejas su cerebro. Ruega a Dios por sus Pares, para que Él los acoja. Después, por sí mismo, ruega al ángel Gabriel. Toma el olifante, para que nadie le haga un reproche, y con la otra mano empuña a Durandarte, su espada. Avanza algo más lejos que un tiro de ballesta, hacia España, por un barbecho. Sube a un altozano. Allí, bajo un hermoso árbol, hay cuatro gradas de mármol. Sobre la hierba verde se desploma boca arriba. Allí desfallece, porque la muerte se acerca.

CLXIX

Altos son los montes, altos los árboles. Hay allí cuatro gradas de mármol que brillan. Sobre la hierba verde, el conde Roldán ya desfallece. Le espía un moro que se finge muerto y yace entre los otros, mancillado su cuerpo y su rostro de sangre. Se pone en pie, y se acerca. Era bello y fuerte, y de gran valentía. En su orgullo comete la locura por la cual ha de morir. Se apodera de Roldán, de su cuerpo y de sus armas, y dice esta palabra:

—¡Está vencido el sobrino de Carlos! ¡He de llevarme a la Arabia esta espada!

Pero al arrastrarlo, el conde Roldán recobra levemente los sentidos.

CLXX

Siente Roldán que le toman su espada. Abre los ojos y dice estas palabras:

—¡Que yo sepa, tú no eres de los nuestros!

Y mantiene asido el olifante que no quiso perder, y con él hiere al moro sobre el yelmo gemado, guarnecido de oro. Le rompe el acero, y el cráneo y los huesos; le hace saltar de la cara los dos ojos, y ante sus pies lo derriba muerto. Después le dice:

—Infiel, hijo de siervo, ¿cómo fuiste tan osado para apoderarte de mí, a tuerto o a derecho? ¡Todo el que lo sepa ha de tenerte por un

loco! He aquí hendido el pabellón de mi olifante; y caído el oro y el cristal.

CLXXI

Siente Roldán que su vista se enturbia. Se yergue y se esfuerza tanto como puede. Su rostro ha perdido la color. Hay ante él una piedra bruna; diez veces la hiere, lleno de rencor y de dolor. Restalla el acero, pero no se rompe ni se mella.

—¡Ah! —dice el conde—. ¡Ven en mi ayuda, Santa María! ¡Ah Durandarte, la buena Durandarte, qué pena siento por vos! ¡Cuando yo muera, no podréis ya estar bajo mi guarda! ¡Cuántas batallas he ganado en el campo raso por vos! ¡Anchas tierras he domeñado para Carlos, el de la barba encanecida! ¡No vendréis a manos de hombre que pueda huir delante de otro! Un buen vasallo os poseyó largo tiempo: nunca habrá otra parecida en Francia, la santa.

CLXXII

Roldán golpea las piedras de sardónice. Restalla el acero, pero no se mella ni se rompe. Cuando él ve que no puede romperla, dentro de sí la compadece:

—¡Ah, Durandarte, qué bella eres; qué clara y bruñida! ¡Cómo brillas y fulgas al sol! Estaba Carlos en los valles de Moriana, cuando desde el cielo Dios le ordenó por un ángel que te donase a uno de sus condes capitanes. Entonces el rey gentil, el Magno, me ciñó la espada. Por ella le conquisté Anjou y la Bretaña. Por ella le he conquistado Maine y Poitou. Yo le conquisté Normandía, la franca. Yo le conquisté Provenza y Aquitania, Lombardía y toda la Romanía. Le conquisté la Baviera y todo Flandes, Borgoña y Polonia enteras. Constantinopla, donde él ya había recibido el homenaje, y Sajonia, donde él hace lo que quiere. Por ella conquisté Escocia y la Inglaterra, su cámara, como él la llamaba. Por ella he conquistado tantas y tantas comarcas como posee Carlos, el de la barba blanca. ¡Por esta espada sufro gran cuita y dolor! ¡Antes morir que dejarla a los infieles! ¡Dios, nuestro Padre, no consintáis que Francia padezca tal afrenta!

CLXXIII

Golpea Roldán contra un negro peñasco, y lo hiende hasta el punto que yo no sé deciros. La espada ni se mella ni se rompe, sino que rebota hacia el cielo. Cuando ve el conde que no la podrá romper, muy dulcemente la compadece dentro de sí.

—¡Ah, Durandarte, qué bella y santa eres! Tu pomo de oro está lleno de reliquias. Hay un diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionisio y un trozo de túnica de Santa María. No es justo que te posean los infieles: sólo a cristianos debes servir. ¡Ojalá nunca vengas a manos de un cobarde! ¡Por ti, cuántas extensas tierras habré conquistado, que hoy posee Carlos el de la barba florida! El emperador es rico y poderoso.

CLXXIV

Siente Roldán que la muerte lo va tomando todo. De su cabeza le va bajando hasta su corazón. Corre a ponerse bajo un pino; se tiende sobre la verde hierba, su rostro contra la tierra. Bajo él pone su espada y su olifante. Ha vuelto su rostro hacia el lado de la gente infiel: así lo ha hecho porque quiere que Carlos diga, y todos los suyos, que ha muerto vencedor, él, el conde gentil. Con débiles y repetidos golpes de pecho, carga sus culpas. Por sus pecados, tiende hacia Dios el guante.

CLXXV

Siente Roldán que su tiempo es acabado. Está tendido sobre una escarpada colina, vuelto el rostro hacia España. Con una de sus manos se golpea el pecho:

—¡Dios! —dice—. Por tu gracia, *mea culpa*, por mis pecados grandes y pequeños que cometí desde la hora en que nací hasta este día en que me ves aquí abatido.

Y tiende hacia Dios su guante derecho. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

CLXXVI

El conde Roldán se acostó bajo un pino. Hacia España tiene vuelto su rostro. De muchas cosas le vienen los recuerdos: de las tierras que ha conquistado él, el valeroso; de la dulce Francia; de los hombres de su linaje; de Carlomagno, su señor, que le ha sustentado. Por todo llora y suspira, sin poder impedirlo. Y, no dejándose en el olvido, reconoce sus culpas y pide a Dios perdón.

—¡Padre verdadero, que jamás has mentido: Tú, que recobraste a Lázaro de entre los muertos; Tú, que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros, por los pecados que cometí durante mi vida!

Ha ofrecido a Dios su guante derecho. San Gabriel lo ha tomado de su mano. Sobre su brazo ha inclinado la cabeza, y avanza, juntas las manos, hacia su fin. Dios le envía su ángel Querubín y a San

Miguel del Peligro. Con ellos se acerca San Gabriel. Entre todos conducen el alma del conde al Paraíso.

CLXXVII

Roldán ha muerto. Dios tiene su alma en los cielos. El emperador llega a Roncesvalles. No hay allí ruta ni sendero, ni una vara, ni un pie de terreno libre, donde no yazga un francés o un infiel. Carlos exclama:

—¿Dónde estáis, sobrino hermoso? ¿Dónde el arzobispo? ¿Dónde el conde Oliveros? ¿Dónde está Garín, y Gerer, su compañero? ¿Dónde Atón y el conde Berenguer? ¿Dónde Marfil e Ivolin, a quien yo tanto quería? ¿Qué ha sido de el gascón Engleros? ¿Y el duque Sansón? ¿Y el esforzado Anseis? ¿Dónde está Gerardo de Rosellón, el viejo? ¿Dónde están los doce Pares que aquí había yo dejado?

¿De qué sirve que los llame, si ni uno de ellos puede responder?

—¡Dios! —dice el rey—. ¡Buenas razones tengo para estar desolado! ¿Por qué no estuve aquí al empezar la batalla?

Y se tira de las barbas, como hombre lleno de ira. Lloran sus caballeros barones. Contra la tierra veinte mil desfallecen. Por ellos el duque Naimón siente gran piedad.

CLXXVIII

No hay barón ni caballero que de piedad no llore dolorosamente. Lloran a sus hijos, a sus hermanos, a sus sobrinos y amigos y a sus señores feudales. Contra la tierra muchos ya desfallecieron. El duque Naimón fue el primero que, como hombre sabio, dijo al emperador:

—Mirad hacia adelante, a dos leguas de nosotros. Veréis por los anchos caminos levantarse gran polvareda; tan ingente es la hueste sarracena. Así, pues, cabalgad. ¡Vengad tanto dolor!

—¡Ah, Dios! —dice Carlos—. ¡Están ya tan lejos! Aconsejadme según el derecho y el honor. ¡Es la flor de la dulce Francia lo que me han arrebatado!

Y llama a Atón y a Gebuino, a Tibaldo de Reims y al conde Milón:

—Guardad el campo de batalla, por montes y valles. Dejad a los muertos como están. ¡Que ni bestia ni león los toque! ¡Que no los toque escudero ni criado! ¡Que nadie los toque, yo os lo mando, hasta que Dios nos conceda volver a este campo!

Y ellos responden dulcemente, en su amor:

—¡Justo emperador, señor amado, así lo haremos!

Y allí quedan con ellos mil de sus caballeros.

CLXXIX

El emperador hace sonar los clarines. Después cabalga él, el valeroso, con su gran ejército. Han obligado a los de España a volver las espaldas, y siguen el rastro con un mismo corazón todos juntos. Cuando el emperador ha visto declinar la tarde, desmonta sobre la verde hierba, en un prado. Se prosterna en tierra y ruega al Señor Dios que por él el sol se detenga, que se retarde la noche y que se alargue el día. Se le acerca un ángel —aquel que acostumbra a hablarle—. Presto le da este mandamiento:

—Carlos, cabalga. No te ha de faltar la claridad. Es la flor de Francia lo que tú has perdido, y Dios lo sabe. Podrás vengarte de la turba criminal.

Así dice, y el emperador monta a caballo.

CLXXX

Por Carlomagno hizo Dios un gran milagro; porque el sol se detiene, inmóvil. Huyen los infieles, y los francos, tenaces, les van dando caza. Los acorralan, al fin, en Val de las Tinieblas, y hacia Zaragoza los empujan aprisa, les asestan golpes con todo su corazón. Les cortan las sendas y los caminos más anchos. El Ebro está delante de ellos. El agua es allí profunda, temible, violenta. No hay allí barca, ni armadía, ni chalán. Los infieles suplican a uno de sus dioses, Tervagán, y después se precipitan. Pero nadie les protegerá. Los que llevan yelmo y loriga son los más pesados, y todos se hunden hasta el fondo. Los otros van flotando a la deriva. Los más afortunados beben hasta la hartura. Todos se anegan, al fin, con gran angustia. Los francos exclaman:

—¡Desdicha fue para vosotros haber visto a Roldán!

CLXXXI

Cuando Carlos ve que todos los infieles están muertos —unos alcanzados por el hierro y la mayor parte ahogados— y el gran botín que sus caballeros han hecho, desmonta, el rey gentil, se postra en tierra y da gracias a Dios. Al levantarse, el sol se ha puesto. Y dice el emperador:

—Es hora de acampar. Para volver a Roncesvalles es ya tarde. Cansados y agotados están nuestros caballos; desensillad, quitadles de sus bocas los frenos y por los prados dejadlos que se refresquen.

—Decís bien, señor —responden los francos.

CLXXXII

El emperador ha acampado. Los franceses echan pie a tierra en el país desierto, quitan las sillas a los caballos y les quitan los frenos dorados. Los sueltan por los prados. Allí encontrarán mucha hierba tierna. No puede regalárseles mejor. El que está fatigado, duerme acostado en tierra. Esta noche no se pusieron guardias en el campo.

CLXXXIII

El emperador se ha tendido en un prado. Su gran lanza colocó cerca de la cabecera, él, el esforzado. Esta noche no ha querido desarmarse, y conserva su blanca loriga recamada, y lleva atado su yelmo de oro gemado y ceñida su espada Gozosa, que jamás tuvo par, y que muda la color treinta veces al día. Nosotros sabemos bien qué acaeció a la lanza con que fue lacerado Nuestro Señor en la cruz; Carlos, por la gracia de Dios, posee la punta, que hizo incrustar en la empuñadura de oro. Por este honor y esta gracia la espada recibió el nombre de Gozosa. Los barones de Francia no deben olvidarla; de ella tomaron su grito de guerra "Montjoie". Y por esto ningún pueblo puede sostenerse contra ellos.

CLXXXIV

Clara es la noche, y brillante la luna. Acostado está Carlos pero lleno de pesar por Roldán, y en su corazón se duele por Oliveros, y por los doce Pares, y por los franceses. En Roncesvalles los ha dejado muertos, todos ensangrentados. Lloro y se lamenta; no puede contenerse, y ruega a Dios que salve sus almas. Fatigado está pues es muy grande la pena. Se duerme. No puede más. Por todos los prados los franceses se han dormido. Ni un caballo puede mantenerse en pie; si quieren hierba, la comen tumbados. Mucho aprendió aquel que ha sufrido.

CLXXXV

Carlos duerme como hombre torturado por una pena. Dios le envía a San Gabriel, a quien confía la custodia del emperador. Toda la noche permanece el ángel junto a la cabecera. Por una visión, le anuncia una batalla que le ha de ser librada. Se la muestra por signos funestos. Carlos ha alzado su mirada hacia el cielo, y allí ve los truenos, los vientos y el granizo, y las tormentas, y las tempestades prodigiosas, en medio de gran aparato de llamas y de fuego que, de repente, cae sobre todo su ejército. Arden las lanzas de

fresno y de manzano y los escudos hasta sus bloca de oro puro. Crujen las astas de sus lanzas agudas, se tuercen las cotas y los yelmos de acero. Carlos ve a sus caballeros en gran desgracia. Después osos y leopardos quieren devorarlos; serpientes y víboras, demonios y dragones. Y más de treinta mil perros hay allí contra los francos que gritan:

—¡Carlomagno, ven en nuestra ayuda!

El rey está conturbado por el dolor y la lástima. Él quisiera ir allá, pero se siente impedido. De un bosque se abalanza contra él un gran león, lleno de rabia, de orgullo y de arrojo. El león le hace su presa y le acomete. Ambos luchan cuerpo a cuerpo. Pero Carlos no sabe quién está debajo ni quién está encima. El emperador aún no se ha despertado.

CLXXXVI

Después de esta visión otra le vino:

Él estaba en Francia, en Aquisgrán, sobre un estrado, y tenía a un oso encadenado con dos cadenas. Por el lado de Ardena veía venir a treinta osos, y cada uno hablaba como un hombre; le decían:

—Devolvednoslo, señor. No es justo que lo retengáis más tiempo. Es nuestro pariente. Le debemos nuestra ayuda.

De su palacio llega corriendo un lebel. Sobre la hierba verde, más allá de los otros, ataca al oso más grande. Allí el rey contempla un maravilloso combate. Pero no sabe quién vence ni quién es el vencido. Ved lo que el ángel de Dios ha mostrado al barón. Carlos duerme hasta la mañana siguiente y ya claro el día.

CLXXXVII

El rey Marsil ha huido a Zaragoza. Puso pie a tierra a la sombra de un olivo, y entrega a sus hombres su espada, su yelmo y su loriga. Sobre la hierba verde se acuesta, miserablemente. Entera ha perdido su mano diestra, y tanta sangre le brota que desfallece de angustia. Ante él, su mujer, Abraima, llora y grita, se lamenta a grandes voces. Con ella más de veinte mil hombres, que maldicen a Carlos y a la dulce Francia. Corren hacia Apolo, que adoran en una cripta y se quejan y le ultrajan feamente:

—¡Ah, dios malvado! ¿Por qué nos condujiste a tamaña afrenta? ¿Cómo has tolerado la derrota de nuestro rey? ¡A quien fielmente te ha servido, le pagas con bien menguado salario!

Después le quitan el cetro y la corona. Lo derriban por tierra a sus pies, y lo muelen a palos. Después arrancan su carbunclo a Terzagán. A Mahoma lo arrojan en un foso donde puercos y perros le patean y le muerden.

CLXXXVIII

Marsil ha vuelto de su desmayo. Se hace conducir a su cámara de bóveda, donde hay trazados y pintados emblemas de diversos colores. Y la reina Abraima llora con él, y se arranca los cabellos, llamándose a sí misma ¡desventurada!, y después en alta voz exclama:

—¡Ah! ¡Zaragoza, qué desamparada te ves al perder a tu rey gentil, que te tenía sujeta a su bailía! ¡Felones fueron nuestros dioses que esta mañana le fallaron en batalla! Cometerá una cobardía el emir, si no viene a combatir con esa raza atrevida, con esos esforzados tan fieros que no se cuidan de sus vidas. El emperador de la barba florida es valiente y sobrado de jactancia. Si el emir le ofrece una batalla, no la ha de rehuir. ¡Qué duelo no haber un hombre que lo mate!

CLXXXIX

Siete años cabales ha morado en España, de viva fuerza, el emperador. En ella conquistó castillos y ciudades sin número. El rey Marsil se esfuerza en resistirlo. Ya en el primer año hizo sellar sus breves; de Babilonia ha requerido a Baligán: es el emir; el anciano cargado de días que vivió más que Virgilio y que Homero. Que él venga a Zaragoza a socorrerlo. Si no lo hace, Marsil renegará de sus dioses y de todos los ídolos que adora. Y recibirá la ley cristiana. Hará la paz con Carlomagno.

Mas el emir está lejos, y ha tardado demasiado. Llama a sus gentes de cuarenta reinos; manda aprestar sus grandes embarcaciones, esquifes, lanchas, galeras y navíos. Cabe Alejandría hay un puerto, cerca del mar: allí hace reunir toda la flota. Es en mayo, el primer día del verano, cuando lanzan al mar todas sus armadas.

CXC

Grandes son las armadas de esta odiada raza. Singlan los infieles a fuerza de velas; reman y gobiernan. En la punta de los mástiles y sobre las altas proas centellean numerosos carbunclos y linternas. Tal claridad arrojan de lo alto que, a la noche, el mar es allí más bello. Como ya se acercan a la tierra de España, la costa se ilumina toda y resplandece. Hasta Marsil ha llegado la nueva.

CXCI

La gente de los infieles no se cura de hacer escalas. Dejan el mar y penetran en aguas dulces. Detrás queda Menorca y después

Mallorca. Remontan el Ebro con todas sus naves. Brillan linternas y carbunclos sin número, y durante toda la noche les prestan una gran claridad. Al amanecer llegan a Zaragoza.

CXCH

Claro es el día y brillante es el sol. El emir ha bajado de su nave. A su derecha avanza Espanelís, y tras ellos marchan diecisiete reyes, y condes y duques, de los cuales no sé el número. Bajo un laurel, en medio de un campo, tienden sobre la hierba verde un tapiz de seda blanca, y levantan allí un trono, todo de marfil. En él se sienta el pagano Baligán, mientras los otros permanecen en pie. Su señor habla el primero:

—Escuchad, valientes caballeros libres: Carlos, el rey, emperador de los franceses, no tiene derecho a comer si yo no lo permito. Por toda España me vino haciendo grande guerra. En la dulce Francia quiero requerirle. No descansaré en toda mi vida mientras él no sea muerto o se confiese vencido.

En rehén de su palabra, golpea su rodilla con el guante derecho.

CXCIII

Puesto que él lo dijo, promete firmemente que, por todo el oro que existe bajo el cielo, no dejará de ir a Aquisgrán, donde tiene Carlos sus consejos. Sus hombres lo alaban y le aconsejan de la misma manera. Entonces llama a dos de sus caballeros, el uno es Clarifán y el otro Clariano:

—Sois —les dice— hijos del rey Maltrayén, que acostumbraba a llevar con buena voluntad los mensajes. Yo os encargo que vayáis a Zaragoza. Anunciad de mi parte al rey Marsil que he venido a ayudarle contra los franceses. Si encuentro ocasión, ha de haber una gran batalla. En prenda, dadle doblado este guante bordado de oro y que se calce con él su mano derecha. Llevadle también este bastoncito de oro puro, y decidle que venga a mí para reconocer su feudo. Yo iré a Francia para guerrear contra Carlos. Si él no implora mi gracia, postrado a mis pies, y no reniega de la ley de los cristianos, yo quitaré de su cabeza la corona.

—Señor, bien habéis hablado —responden los infieles.

CXCIV

Baligán añade:

—¡Barones, a caballo! Que lleve uno el guante y el otro el bastón.

—¡Querido señor —responden ambos—, así lo haremos!

Tanto cabalgan que ya están en Zaragoza. Salvan diez puertas, cruzan cuatro puentes y recorren las calles donde están los burgueses. Cuando se aproximan a lo alto de la ciudad, escuchan un gran rumor que llega del palacio. Allí está reunido un tropel de infieles que lloran, gritan y llevan gran duelo: lamentan no tener ya a sus dioses Tervagán, Mahoma y Apolo, y se dicen uno al otro:

—¡Desdichados! ¿Qué será de nosotros? ¡Nos ha caído gran azote! Perdimos al rey Marsil: ayer el conde Roldán le tronchó el puño derecho. Tampoco tenemos a Jurfaret el Rubio. ¡Toda España estará en adelante a su merced!

Los dos mensajeros ponen pie a tierra frente al portón.

CXCV

Dejan sus caballos bajo un olivo; dos sarracenos les han tomado las riendas. Y los mensajeros se recogen los mantos, y luego suben a lo más alto del palacio. Al entrar ambos en la sala abovedada, hacen por amistad un mal saludo:

—¡Que Mahoma, que nos tiene en batalla, y Tervagán y Apolo, nuestro señor, salven al rey y guarden a la reina!

—¡Locas palabras escucho! —dice Abraima—. Estos dioses que nombráis, nuestros dioses, nos han fallado. En Roncesvalles han hecho feos milagros. Han dejado degollar a nuestros caballeros. Han abandonado a mi señor, que veis aquí, en la batalla. Él ha perdido su mano derecha: Roldán la tronchó, el conde poderoso. ¡Carlos tendrá ya en señoría a toda España! ¿Qué será de mí, dolorida, desventurada? ¡Ay! ¿No habrá aquí quien me mate?

CXCVI

Clariano dice:

—¡Señora, no habléis más en balde! Somos mensajeros de Baligán, el infiel. Él defenderá a Marsil, así lo ha prometido. En prenda le envía su guante y su bastón. Tenemos en el Ebro cuatro mil chalanes, esquifes, barcos y veloces galeras; tantos navíos que he perdido de ellos la cuenta. El emir es fuerte y poderoso. Irá a Francia en pos de Carlomagno. Se sabe capaz de matarlo o de reducirlo a su merced.

—¿Por qué va tan lejos? —dice Abraima—. Más cerca de aquí podréis hallar a los francos. Siete años hace que en este país mora el emperador. Él es audaz y buen guerrero. Morirá antes que huir de un campo de batalla. No hay bajo el cielo rey a quien él tema menos que se teme a un niño. Carlos no teme a hombre vivo.

CXCVII

—¡Basta! —dice el rey Marsil. Y a los mensajeros:

—Señores, es conmigo con quien hay que hablar. Ya lo veis; la muerte me estrecha, y yo no tengo ni hijo ni hija ni heredero. Uno tenía y éste ayer noche lo mataron. Decid a mi señor que venga a verme. El emir tiene derechos sobre la tierra de España. Si él la quiere, yo se la entrego en feudo. ¡Pero que él la defienda contra los franceses! Yo le daré un buen consejo en lo que atañe a Carlomagno. De este día en un mes ha de ser prisionero del emir. Vosotros le llevaréis las llaves de Zaragoza. Decidle que no tendrá que irse si él me cree.

—Bien decís, señor —responden ellos.

CXCVIII

Dice entonces Marsil:

—Carlos, el emperador, ha matado mis hombres, ha devastado mis tierras. Mis ciudades por él han sido forzadas y violadas. Esta noche acampó a orillas del Ebro. De nosotros le separan siete leguas: yo las he contado. Decidle al emir que conduzca aquí sus ejércitos. ¡Yo le ruego, por vosotros, que entable allí la batalla!

Les ha entregado las llaves de Zaragoza, y los dos mensajeros, a la vez, hacen reverencia ante Marsil. Y con su venia se regresan.

CXCIX

Los dos mensajeros han montado a caballo. A rienda suelta se alejan de la ciudad, y se dirigen en busca del emir con gran confusión. Le presentan las llaves de Zaragoza, y dice Baligán:

—¿Qué habéis sabido? ¿Dónde está Marsil, a quien os envié?

—Herido está de muerte —responde Clariano—. En el paso de los puertos estaba ayer el emperador. Quería retornar hacia la dulce Francia, y había formado una retaguardia muy propia para darle honor; porque allí estaba su sobrino, el conde Roldán, y Oliveros, y todos los doce Pares y veinte mil de los de Francia, todos caballeros. El rey Marsil, el esforzado, les libró batalla. Él y Roldán se enfrentaron, y Roldán le asestó tal golpe con su Durandarte, que le separó del cuerpo el puño derecho. Mató al hijo de Marsil, tan amado de su padre, y a los barones que llevaba éste consigo. Marsil volvió huyendo; ya no podía resistir, y el emperador, con violencia, le persigue. El rey os ruega que le socorráis. Él os cede en franquicia el reino de España.

Baligán comienza a meditar. Tal duelo le acomete que está cerca de volverse loco.

CC

—Señor emir —dice Clariano—, en Roncesvalles se libró ayer una batalla. Muerto fue Roldán y con él el conde Oliveros, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. De sus franceses, veinte mil fueron muertos. El rey Marsil perdió allí la mano derecha, y el emperador le persiguió violentamente. En esta tierra no queda ya un caballero que no haya sido muerto por el hierro o ahogado en el Ebro. En la ribera han acampado los franceses. Tan cerca están de nosotros en esta tierra que, si vos queréis, la retirada va a serles muy dura.

La mirada de Baligán se vuelve fiera; su corazón se llena de gozo y de ardor. De su trono se alza, y erguido, grita:

—¡Barones! ¡No tardéis! ¡Salid de los navíos! ¡Ensillad y cabalgad! Si no se escapa el viejo Carlomagno, pronto hemos de vengar al rey Marsil. ¡Por la mano derecha que ha perdido, yo le entregaré la cabeza del emperador!

CCI

De los bajeles han salido los infieles de Arabia. Después montan en sus caballos y en sus mulos. Empiezan a cabalgar, ¿qué podrían hacer mejor? Y el emir, que les puso en movimiento, llama a Gemalfin, uno de sus fieles:

—Yo te confío todos mis ejércitos.

Después, monta en su caballo bayo. Con él van cuatro duques, y tanto cabalga que llega a Zaragoza. En un vestíbulo de mármol echa pie a tierra, y cuatro condes le sostienen el estribo. Por la escalinata sube hasta el palacio, y Abraima acude a su encuentro, y le dice:

—¡Cuitada de mí! ¡Nacida en mala hora, señor! ¡He perdido a mi señor, y con qué afrenta!

Abraima se deja caer a sus pies; el emir la levanta, y los dos suben hacia la cámara llenos de dolor.

CCII

El rey Marsil, apenas ve a Baligán, llama a dos sarracenos de España y les dice:

—Tomadme en vuestros brazos y alzadme.

Con su mano izquierda ha tomado uno de sus guantes, y dice al emir:

—Señor rey, os entrego todas mis tierras, y Zaragoza y el feudo que de ella depende. Estoy perdido y he perdido todo mi pueblo. Y el emir responde:

—Gran pena tengo por ello. Y no puedo departir con vos largamente. Sé que Carlos no me aguarda. Pero recibo vuestro guante.

Lleno de dolor, se aleja llorando. Baja las gradas del palacio, monta en su caballo, y regresa a sus tropas a fuerza de espuelas. Cabalga con tal ímpetu que se adelanta a los demás lanzando a cada instante este grito:

—¡Venid, infieles! ¡Los franceses ya se precipitan en su huida!

CCIII

En la mañana, cuando empezó a apuntar el alba, Carlos, el emperador, despierta. San Gabriel, que le custodia en nombre de Dios, alza la mano y lo persigna. El rey se desciñe sus armas, las depone y, como él, en todo el ejército se desarman los demás. Luego montan en sus corceles, y por los largos caminos y por las sendas largas cabalgan con gran presteza. Van a ver el prodigioso daño en Roncesvalles, allí donde fue la batalla.

CCIV

A Roncesvalles ha llegado Carlomagno. Por los muertos que él encuentra comienza a llorar. Dice a los franceses:

—Señores, id al paso. Debo ir adelante de vosotros, por mi sobrino, que quisiera volver a encontrar. Estaba en Aquisgrán el día de una fiesta solemne, cuando mis valientes caballeros se ufanaron de grandes batallas, de fuertes asaltos que libraron. Yo oí a Roldán una cosa: que si él debía morir en reino extraño, se habría adelantado a sus hombres y a sus Pares, y que se hallaría vuelto su rostro hacia el país enemigo: así, el valiente, terminaría como vencedor.

Un poco más lejos de lo que se puede arrojar un bastón, más allá de los demás, sube el emperador a un altozano.

CCV

Mientras va buscando a su sobrino, halla en el prado tantas hierbas, cuyas flores están bermejas de la sangre de sus barones. Le viene una gran lástima y no puede contener el llanto. Bajo dos árboles ha llegado. Allí reconoce, sobre tres peñas, las huellas de los golpes de Roldán. Sobre la hierba verde ve que yace su sobrino. ¿A quién sorprenderá que él se estremezca de dolor? Baja del caballo, allá va corriendo. Entre sus dos manos [sostiene la cabeza de Roldán]. Y es tal su angustia que sobre él desfallece.

CCVI

El emperador vuelve de su desmayo. El duque Naimón y el conde Acelino, Godofredo de Anjou y su hermano Enrique, le sostienen, le alzan bajo un pino. Ve a sus pies yacente a Roldán y, con dulzura, sobre él, le dice el adiós:

—¡Roldán amigo, que Dios te perdone! Ningún hombre vio tal caballero que, como tú, pudiese acometer y ganar tan grandes batallas. Ya mi honor ha comenzado a declinar.

Carlos no puede más y desfallece.

CCVII

El rey Carlos vuelve de su desfallecimiento. Cuatro de sus barones le sostienen con las manos. Él mira al suelo y ve yacente a su sobrino. Su cuerpo se conserva hermoso, pero ha perdido la color. Vueltos tiene los ojos, y todos llenos de tinieblas. Sobre él dice Carlos su lamento por el amor y por la fe.

—¡Roldán, amigo! ¡Que entre flores lleve Dios tu alma al Paraíso, entre los glorificados! ¡A qué mal señor has seguido en España! No amanecerá un día en que yo por ti no sufra. ¡Cómo va a decaer mi fortaleza y mi ardimiento! ¡Ya no tendré quien afiance mi honor: me parece no tener ya un solo amigo bajo el cielo! ¡Parientes me quedan, pero ninguno tan esforzado!

A manos llenas se arranca sus cabellos. Cien mil franceses están traspasados de un dolor muy grande; ni uno deja de deshacerse en lágrimas.

CCVIII

—Roldán amigo, yo me iré a Francia. Cuando esté en Laon, en mi dominio privado, de todos los reinos vendrán vasallos extranjeros. Me preguntarán: “¿Dónde está él, el conde capitán?” Les diré que murió en España, y ya siempre reinaré lleno de dolor, y jamás tendré un día sin llorar y sin gemir.

CCIX

—¡Roldán amigo, valiente, hermosa juventud! Cuando yo esté en Aquisgrán, en mi capilla, acudirán mis vasallos y me pedirán nuevas. Y yo se las diré, extrañas y duras: “¡Ha muerto mi sobrino, aquel que tantas tierras me hizo conquistar!” Contra mí se rebelarán los sajones, los húngaros y los búlgaros, y tantos otros pueblos malditos; los romanos y los de Apulla y todos los de Palerna, los de África

y los de Califeria. ¿Quién conducirá tan valerosamente mis ejércitos, ahora que él ha muerto, él, que siempre nos guiaba? ¡Ah, Francia, cómo quedas desolada! ¡Es tan grande mi dolor que ya no quisiera vivir más!

Y se mesa su barba blanca. Con ambas manos se arranca de su cabeza los cabellos. Cien mil franceses contra la tierra desfallecen.

CCX

—¡Roldán amigo, que Dios haya merced de ti! ¡Que tu alma esté en el Paraíso! ¡El que te ha muerto, es a Francia a quien sumió en la desgracia! Tanto es mi duelo que quisiera dejar de vivir. ¡Oh, mis caballeros, que por mí habéis muerto! ¡Quiera Dios, el hijo de Santa María, acordar que mi alma, antes de llegar a los grandes puertos de Cize, se separe de mi cuerpo este mismo día, y sea puesta entre vuestras almas, y mi carne enterrada cerca de vosotros!

Llora y se mesa la barba blanca. Y el duque Naimón dice:

—¡Grande es la angustia de Carlos!

CCXI

—Señor emperador —dice Godofredo de Anjou—. ¡No os entreguéis tan por entero a este dolor! Por todo el campo, haced que busquen a los nuestros, que los de España han matado en la batalla. Mandad que los lleven a una misma fosa.

—Tañed vuestro cuerno —dice el rey—, para dar la orden.

CCXII

Godofredo de Anjou ha tañido su cuerno. Los francos descienden del caballo. Carlos lo ha ordenado. A todos sus amigos que hallan muertos, los van llevando luego a una misma fosa. Hay en sus huestes obispos y abades en gran número. Hay monjes y canónigos y clérigos tonsurados. Y en nombre de Dios los absuelven y les dan la bendición. Ellos queman mirra y tomillo. A todos les inciensan gallardamente, y después con gran honor, los entierran. Luego, allí los dejan; ¿qué podrían después hacer por ellos?

CCXIII

El emperador hace aparejar para el entierro a Roldán, a Oliveros y a Turpín el arzobispo. Ante sus ojos a los tres los ha hecho abrir. Manda poner sus corazones en un sudario de seda y encerrarlos en un

blanco sarcófago de mármol. Después toman los cuerpos de los tres barones y, bien lavados con esencias y con vino, se les envuelve en pieles de ciervo. El rey llama a Tibaldo y Gebuino, al conde Milón y a Atón, el marqués:

—Conducidlos en tres carros.

Bien los cubren con lienzos de seda de Galacia.

CCXIV

El emperador ya quiere regresar, cuando ante él aparecen las vanguardias de los infieles. De la tropa más cercana vienen dos mensajeros. En nombre del emir, le anuncian la batalla:

—Rey orgulloso. Nada te valdrá para volverte. ¡Mira a Baligán que cabalga tras de ti! Grandes son los ejércitos que él trae de Arabia. ¡Antes de la noche veremos cuán cierta es tu valentía!

Carlos, el rey, se sujeta la barba y recuerda su duelo y lo que ha perdido. Lanza a lo lejos una fiera mirada sobre toda su gente y grita con voz alta y fuerte:

—¡Barones franceses! ¡A caballo y a las armas!

CCXV

El emperador es el primero en armarse. Con presteza se ha endosado la loriga, se ata el yelmo y se ciñe a Gozosa, de quien el mismo sol no logra menguar la claridad. Cuelga de su cuello un escudo de Biterna, y toma y blande la lanza. Después monta en Tencedor, su buen caballo: lo conquistó en los vados de Marsuna, al desarzonar y derribar muerto a Malpalín de Arbona. Suelta las riendas al caballo. Le espolea con ahínco y se lanza al galope. Le contemplan cien mil hombres. Ha invocado a Dios y al apóstol de Roma.

CCXVI

Por todo el campo los de Francia ponen pie a tierra, y más de cien mil se aparejan a la vez. Poseen equipajes a su gusto, son vivos sus caballos, muy bellas son sus armas. Montan con gran destreza. Si es llegada la hora, ellos sabrán sostener la batalla. Penden sus gonfalones hasta rozar los yelmos. Cuando ve Carlos aquella tan gentil apostura, llama a Jocerán de Provenza, al duque Naimón y a Antelmo de Mayenza, y les dice:

—Podemos confiar en tales caballeros. ¡Bien loco será el que se arroje en medio de ellos! Si los árabes no renuncian a venir, creo cobrarme muy cara la muerte de Roldán.

—¡Que Dios nos lo conceda! —responde el duque Naimón.

CCXVII

Llama Carlos a Rabel y a Guinemán. Así habla el rey:

—Señores, yo os lo mando. Ocupad los puestos de Roldán y de Oliveros. Que el uno lleve la espada y el otro el olifante, y cabalgad los primeros, al frente. Con vosotros quince mil de los francos, todos bachilleres, y valientes entre nuestros valientes. Tras ellos avanzarán otros tantos: Gebuino y Guinemán tendrán por jefes. Naimón el duque y Jocerán el conde formarán en bello arreo estos dos cuerpos de batalla. Si la hora llega, la lucha será grande.

CCXVIII

Los dos primeros cuerpos de batalla se componen de franceses. Después se establece el tercero; en éste están los vasallos de Baviera. Se estima su número en veinte mil caballeros. Por su lado no ha de flaquear ni una línea de batalla. No hay bajo el cielo gente que Carlos quiera tanto, aparte los de Francia, conquistadores de reinos. El conde Ogier, el danés, el buen guerrero, los mandará, pues es esforzada gente.

CCXIX

Tres cuerpos de batalla tiene ya el emperador Carlos. Naimón, el duque, forma el cuarto, de barones llenos de valor. Son de Alemania, y todos los estiman en veinte millares. Provistos están de buenos corceles y de buenas armas. Jamás por miedo de la muerte pondrán pies en polvorosa. Germán, el duque de Tracia, los conduce. Morirá antes que cometer cobardía.

CCXX

Naimón el duque y Jocerán el conde han formado con normandos el quinto cuerpo de batalla. Son veinte mil, según estiman los franceses. Poseen bellas armas y veloces caballos. Morirán antes que rendirse. Bajo el cielo no hay pueblo que mejor se comporte en la batalla. Los guiará Ricardo el Viejo. Él asestará buenos golpes con su tajante lanza.

CCXXI

El sexto cuerpo de batalla está nutrido por bretones. Hay allí treinta mil caballeros. Todos cabalgan como verdaderos barones; llevan lanzas con el asta pintada, sus gonfalones al viento. Eudes se

llama su señor. Él llama al conde Nevelón, a Tibaldo de Reims y a Atón el marqués:

—Guiad mi gente. Os confiero este honor.

CCXXII

Seis cuerpos de batalla tiene ya el emperador. El duque Naimón establece entonces el séptimo. Se compone de potevinos y de barones de Auvernia. Pueden ser cuarenta mil caballeros. Buenos caballos poseen, y son sus armas muy bellas. Se forman aparte en una honzonada al pie de un otero, y Carlos los bendice con su mano derecha. Jocerán y Gaucelmo serán quienes los conduzcan.

CCXXIII

Y el octavo cuerpo de batalla lo ha formado Naimón, de flamencos y barones de Frisa. Son más de cuarenta mil caballeros. Allí donde ellos estén no flaqueará jamás la batalla. El rey dice:

—Éstos bien me han de servir.

Ellos dos, Reinalte y Aimón de Galacia, los guiarán como buenos caballeros.

CCXXIV

Naimón y el conde Jocerán han formado de valientes el noveno cuerpo de batalla. Son los de Lorena y Borgoña. Tienen cincuenta mil caballeros bien contados, atado el yelmo, endosada la loriga. Llevan fuertes lanzas, de astas cortas. Si los árabes no rehúsan el combate, ellos bien las blandirán cuando carguen contra ellos. Los conducirá Terrín, el duque de Argona.

CCXXV

El décimo cuerpo de batalla lo forman barones de Francia. Son cien mil de nuestros mejores capitanes. Gallardos son sus cuerpos, fiero su talante, floridas sus cabezas, blancas sus barbas. Van revestidos de cotas y lorigas de doble tejido de mallas, y ciñen espadas de Francia y de España. Sus escudos bien labrados ostentan diversos emblemas. Después montaron a caballo y reclaman la batalla, gritando:

—¡Montjoie!

Carlomagno está con ellos, Godofredo de Anjou lleva el oriflama. Estuvo en San Pedro, y se llamaba Romano, pero ya cambió su nombre por Montjoie.

CCXXVI

De su caballo desciende el emperador. Sobre la verde hierba se postra, rostro contra tierra. Vuelve la faz hacia el sol levante, y de todo corazón invoca a Dios:

—¡Padre verdadero, guárdame en este día, Tú que salvaste a Jonás y lo sacaste del vientre de la ballena; Tú que perdonaste al rey de Nínive y libraste a Daniel del terrible suplicio de la fosa donde estaba con los leones; Tú que protegiste a los tres niños en el horno ardiente! ¡Que tu amor nos asista en este día! ¡Por tu gracia, si así te place, concédeme que pueda vengar a mi sobrino Roldán!

Acabadas sus preces, se yergue, y persigna su frente con la señal todopoderosa. Después sube a su silla sobre el veloz caballo. Naimón y Jocerán le han sostenido el estribo. Toma su escudo y su lanza tajante. Noble es su cuerpo, gallardo y de bella prestancia. Claro y confiado su rostro. Luego cabalga firme sobre los estribos. Delante y detrás suenan los clarines. Más alto que ninguno resuena el olifante. Por piedad de Roldán lloran los franceses.

CCXXVII

Muy noblemente cabalga el emperador. Sobre su pecho, fuera de la loriga, expande su barba. Por amor a él, hacen lo mismo todos los demás: por esto se reconocerán los cien mil franceses. Cruzan, llenos de angustia, los montes y las alturas rocosas, los profundos valles, los desfiladeros. Ya salen de los puertos y de las tierras áridas. Ya entran en España y se quedan en medio de un llano.

Hacia Baligán han vuelto sus vanguardias. Un sirio le dice el mensaje:

—Vimos a Carlos, el rey orgulloso. Fieros son sus hombres: no sabrían flaquear. Armaos. Ahora mismo tendréis batalla.

—Hermosa se anuncia —responde Baligán—. Tañed los clarines para que lo sepan mis infieles.

CCXXVIII

Por todo el ejército hacen tañer sus tambores, y sus bocinas, y las trompas, alto y claro. Echan pie a tierra los infieles para revestirse de sus armaduras. El emir no quiere mostrarse el más lento; se viste una loriga en que los paños son azulados, y se sujeta el yelmo, guardado de oro y pedrería. Después se cñe la espada al costado izquierdo; en su orgullo, le han dado un nombre. Él oyó hablar de la espada de Carlos, y llama a la suya Preciosa. Y ¡Preciosa! es su grito

de armas en batalla. Lo hace pregonar a sus caballeros, y se cuelga después, del cuello, un grande y ancho escudo. La bloca es de oro, los bordes de cristal. La correa es de buen paño de seda, con círculos bordados. Toma la lanza, por él llamada Maltet; el asta, del grosor de una maza; su hierro bastaría para cargar un mulo.

Baligán ha montado sobre su corcel. Marcules de Ultramar le sostiene el estribo. Tiene el emir ancha la horcajadura, estrechos los flancos y anchos los costados; grande el pecho y bien conformado; fuertes los hombros, la tez muy clara y el rostro fiero. Su cabellera ondulada, tan blanca como la flor de primavera; y su valentía, cuántas veces bien la ha probado. ¡Dios, qué barón, si él fuese cristiano! Pica las espuelas a su corcel; la sangre brota muy clara bajo la espuela. Toma su galope, salta un foso tan ancho que bien puede medir cincuenta pies. Los infieles gritan:

—¡Éste es el que está hecho para defender sus comarcas! ¡No hay un francés que venga a justar contra él que, quiera o no, no pierda su vida! ¡Muy loco está Carlos al no marcharse de aquí!

CCXXIX

El emir parece un verdadero barón. Es blanca su barba, como una flor. En su ley es hombre muy sabio, y en la batalla muy fiero y denodado. Su hijo Malprimis es gran caballero. Es de alta estatura y robusto; se parece a sus antepasados. Dice a su padre:

—Entonces, señor, ¡adelante! Si vemos a Carlos bien será una sorpresa.

—Le veremos —dice Baligán—, porque es muy valeroso. Muchos anales dicen de él grandes loores. Pero no tiene ya a su sobrino Roldán; no tendrá la fuerza de resistirse a nosotros.

CCXXX

—Bello hijo Malprimis —le dice Baligán—, el otro ayer fue muerto Roldán, el buen vasallo, y Oliveros, el valiente y esforzado, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. Veinte mil combatientes de los de Francia fueron muertos. Todos los otros no los cambio por el valor de un guante. En verdad, el emperador regresa. El sirio, mi mensajero, así me lo anuncia. Diez grandes cuerpos de batalla se aproximan. Muy valiente es aquel que sopla el olifante. Con el claro sonido de un cuerno le responde su compañero, y ambos cabalgan los primeros al frente; con ellos quince mil franceses, de los donceles que Carlos llama sus hijos. Otros tantos les siguen. Éstos combatirán orgullosamente.

—Yo os pido una gracia —dice Malprimis—: que yo dé el primer golpe.

CCXXXI

—Hijo Malprimis —le dice Baligán—, yo os concedo lo que me habéis pedido. Iréis a acometer en esta hora a los franceses. Con vos irá Torleu, el rey persa, y Dapamor, el rey vilticio. Si podéis dar mate a su gran orgullo, yo os donaré un jirón de mis dominios, desde Cherián a Valmarqués.

—¡Gracias os doy, señor! —responde Malprimis. Se adelanta y recibe el don, la tierra que ahora pertenece al rey Florián. Jamás la podrá ver. Nunca será investido de ese feudo, ni será suyo.

CCXXXII

Cabalga el emir en medio de las filas de sus tropas. Le sigue su hijo, el de alta estatura. El rey Torleu y el rey Dapamor disponen en la misma hora treinta cuerpos de batalla. Cuentan con caballeros en grandísimo número; el cuerpo menor ha cincuenta mil. El primero está formado de los de Bozanta, y el segundo de los de Milcenia, de grandes cabezas; sobre sus espaldas, a lo largo de la espalda, tienen cerdas como los puercos. El tercero lo forman los de Nubia y de Blos, y el cuarto los de Brusia y Esclavonia. El quinto los de Sorabia y de Serbia, y el sexto los de Armenia y Mauritania. El séptimo los de Jericó, el octavo los de Nigricia, el noveno los kurdos y el décimo los de Balisa la Fuerte. Es una horda que jamás quiso el bien. El emir jura, por cuantos juramentos puede, por los milagros de Mahoma y por su cuerpo.

—¡Bien loco está Carlos de Francia, que cabalga hacia nosotros! Habrá batalla, si él no la esquivá. Ya nunca llevará la corona de oro.

CCXXXIII

Después forman otros diez cuerpos de batalla. El primero, de feos cananeos; han venido de Valfrutas por el atajo. El segundo, turcos; el tercero, persas, y el cuarto petchenecos. El quinto, los sulanios y los de Avers. El sexto, de ormalandos y egeos. El séptimo, los del pueblo de Samuel, y el octavo, los de Brusa. El noveno, los de Clavers, y el décimo los de Occitana la Desierta, casta que nunca sirvió a Dios. Jamás habréis oído hablar de peores felones. Tienen el cuero tan duro como el fierro; así no tienen que curarse de yelmo ni de cota. En la batalla son recios y tozudos.

CCXXXIV

El emir ordenó otros diez cuerpos de batalla. El primero está formado por gigantes de Malpersa. El segundo, por los hunos, y el tercero por los húngaros. El cuarto, por los de Bagdad la dilatada, y el quinto por los de Valpenosa, y el sexto, por los de Marasca, y el séptimo, por los lituanos y astrimonios, y el octavo, por los de Heraclea, y el noveno, por los de Clarbona, y el décimo por los de Fronda, los de luegas barbas. Es una casta que jamás amó a Dios. Las gestas de los francos cuentan treinta cuerpos de batalla. Grandes son sus ejércitos, donde ya suenan las trompas. Los infieles cabalgan como valientes.

CCXXXV

El emir es muy poderoso señor. Por delante de él hace llevar un dragón, el estandarte de Tervagán y de Mahoma, y una imagen del felón Apolo. Diez cananeos cabalgan en torno, que van sermoneando en voz muy alta:

—¡El que por nuestros dioses quiera ser salvado, que les sirva y les ruegue con toda humildad!

Bajan la cabeza los infieles; sus yelmos resplandecientes se inclinan hacia la tierra. Y los franceses dicen:

—¡Pronto vais a morir, truhanes! ¡Pueda este día confundiros! ¡Vos, Dios nuestro, defended a Carlos! ¡Que en su nombre esta batalla sea ganada!

CCXXXVI

El emir es un jefe muy sabio. Llama a sus hijos y a los dos reyes:

—Señores barones, cabalgaréis en la vanguardia. Mis cuerpos de batalla los guiaréis todos; pero de éstos yo quiero retener tres de los mejores: el primero, de turcos; el segundo, de ormalandos, y el tercero, de gigantes de Malpersa. Conmigo irán los de Occitana; son ellos los que atacarán a Carlos y a los franceses. Si el emperador me reta, yo he de arrancarle la cabeza de sus hombros. Y no le será dictada, ¡que bien lo sepa! ninguna otra ley.

CCXXXVII

Grandes son las huestes, bellos los cuerpos de batalla. Entre infieles y francos ya no hay monte, ni valle, ni otero, ni bosque, ni selva, que puedan esconder una tropa. Se miran cara a cara, a campo abierto. Baligán dice:

—¡Ahora, pues, mis infieles, cabalgad para buscar la batalla!
Amborio de Oliferna lleva el pendón. Al verlo, gritan su nombre
los infieles:

—¡Preciosa! —Que es su grito de armas.

Y los franceses gritan:

—¡Que este día vea vuestra pérdida!

Y gritan de nuevo con vigor:

—¡Montjoie!

El emperador hizo sonar los clarines y el olifante, que suena más claro que todos. Los infieles dicen:

—Gentil es la hueste de Carlos. Vamos a trabar una muy áspera y furiosa contienda.

CCXXXVIII

Ancho es el llano y la comarca a lo lejos se descubre. Brillan los yelmos con pedrería engarzada en oro, y los escudos, y las lorigas bordadas, y las lanzas, y las insignias sujetas a los hierros. Resuenan los clarines, y sus voces son más claras. El olifante suena muy alto el toque de embestida. El emir llama a su hermano, Canabeu, el rey de Florida, que posee las tierras que llegan hasta Valsevré, y le muestra los cuerpos de batalla de Carlos:

—¡Ved el orgullo de Francia, la muy alabada! El emperador cabalga muy gallardo. Va detrás con esos viejos que dejaron flotar sobre sus lorigas las barbas tan blancas como la nieve sobre el hielo. Éstos bien combatirán con sus espadas y sus lanzas; ruda y encarnizada tendremos la batalla; jamás vio nadie ninguna semejante.

Muy lejos, adelante de su tropa, mucho más lejos de lo que podría lanzarse una vara desnuda, cabalga Baligán. Y grita:

—¡Venid, infieles! ¡Pues yo iré derecho!

Blande su lanza y la vuelve contra Carlos.

CCXXXIX

Carlos el Grande, cuando ve el emir y el dragón, el estandarte y la insignia, y cuán grande es la fuerza de los árabes y cómo cubren toda la comarca, fuera del terreno que él posee, el rey de Francia exclama:

—¡Barones franceses! ¡Sois buenos vasallos; grandes batallas habéis sostenido! Mirad los infieles: son felones y cobardes. Toda su ley no les vale un denario. Si es numerosa su ralea, señores, ¿qué puede importarnos? Quien no quiera venir al instante conmigo, ¡que se vaya!

Luego azuza a su corcel con las espuelas. Tencedor salta cuatro veces, y los francos dicen:

—¡Este rey es un valiente! ¡Cabalgad, esforzados! ¡Ninguno de nosotros os hemos de fallar!

CCXL

Claro fue el día, esplendente el sol. Bellos son los ejércitos, potentes los cuerpos de batalla. Los de vanguardia se enfrentan. El conde Rabel y el conde Guinemán sueltan las riendas y espolean vivamente a sus veloces caballos. Entonces los francos se lanzan a la carrera y comienzan a dar con sus jabalinas.

CCXLI

El conde Rabel es caballero atrevido. Hince en su corcel las espuelas de oro fino y acomete a Torleu, el rey persa. Ni loriga ni escudo resisten al golpe. Le hunde en el cuerpo su lanza dorada y lo abate muerto sobre un pequeño matorral. Los franceses dicen:

—¡Que Dios nos asista! El derecho está del lado de Carlos. ¡No debemos fallarle!

CCXLII

Y Guinemán justa contra el rey vilticio. Le rompe toda la adarga, en donde están pintadas unas flores, le desgarrá la loriga y le hunde en el cuerpo todo el gonfalón, y, llore o ría, lo derrumba muerto. A este golpe, los de Francia exclaman:

—¡Golpead, barones! ¡No tardéis! ¡El derecho está con Carlos, contra la gente odiada! ¡Dios nos ha escogido para proclamar el verdadero juicio!

CCXLIII

Malprimis monta un caballo todo blanco. Se lanza a las filas de los francos, y va de uno al otro dando grandes golpes y derribando el muerto sobre el muerto. El primero entre todos, grita Baligán:

—¡Oh, mis barones, por largo tiempo os he sustentado! ¡Ved a mi hijo: es a Carlos a quien busca para juntarse con él! ¡A cuántos barones ha desafiado con sus armas! ¡Uno más valiente que él yo no lo pido! ¡Socorredle con vuestras lanzas afiladas!

A estas palabras los infieles se lanzan, asestando duros golpes. Grande es la carnicería. La batalla es maravillosa y pesada. Ni antes ni después jamás se vio otra más ruda.

CCXLIV

Sin número son las huestes, audaces las tropas. Han chocado todos los cuerpos de batalla. Y los infieles acometen maravillosamente. ¡Dios! ¡Cuántas astas partidas por la mitad, cuántos escudos rotos, cuántas lorigas con sus mallas deshechas! Cubren la tierra y la hierba verde y fina del campo. El emir invoca a sus fieles:

—¡Golpead, barones! ¡Sobre la ralea cristiana!

La batalla es dura y obstinada. Ni antes ni después se vio otra más áspera. Durará, sin tregua, hasta la noche.

CCXLV

Requiere a los suyos el emir:

—¡Matad, paganos; sólo habéis venido a matar! Os daré nobles y hermosas mujeres; os daré feudos, tierras, dominios.

—¡Así debemos hacerlo! —responden los infieles.

Tanto vuelan los brazos que se les rompen muchas de sus lanzas. Entonces desenvainan más de cien mil espadas. Ved la pelea horrible y dolorosa; el que esté en medio de ellos sabe lo que es una batallà.

CCXLVI

El emperador invoca a sus franceses:

—Señores barones. Yo os quiero; tengo en vosotros fe. Por mí habéis librado muchas batallas, conquistado reinos, degradado reyes. Bien lo reconozco, y quiero daros, por soldada, mi cuerpo, tierras y dineros. Vengad a vuestros hijos, a vuestros hermanos, y a vuestros herederos, que la otra tarde en Roncesvalles fueron muertos. Bien lo sabéis; combatir a los infieles es un derecho que me pertenece.

—¡Señor, verdad decís! —responden los franceses.

Y en torno al rey se juntan veinte mil, que a una voz le juran su fe y no fallarle ni por muerte ni por angustia. Ellos sabrán bien emplear la lanza. A la hora herirán con las espadas. La batalla es maravillosamente encarnizada.

CCXLVII

Cabalga Malprimis por mitad del campo. En los de Francia está haciendo una gran carnicería. Naimón, el duque, le mira fieramente y, como valiente que es, le ataca. De su escudo, le desgarrá el cuero; de su cota, le rompe los dos paños, y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon amarillo; lo abate muerto entre otros que yacen sin número.

CCXLVIII

El rey Canabeu, hermano del emir, espoiea sin piedad a su caballo. Desnuda está su espada: el pomo es de cristal. Hiere a Naimón sobre su yelmo; se lo parte en dos mitades. Con su espada de acero le ha roto cinco lazos; de nada le sirve su almófar a Naimón; le hiende la cofia hasta la carne, y le arroja a tierra un pedazo. Rudo fue el golpe; el duque parece fulminado. Va a caer, pero Dios le ayuda. Con sus dos brazos se ase al cuello de su corcel. Si el infiel repite el golpe, es muerto el noble caballero. Carlos de Francia acude, y le socorrerá.

CCXLIX

En gran desgracia está sumido el duque Naimón. Y el infiel se apresura a herirle de nuevo. Carlos le dice:

—¡Truhán! ¡Es por tu desdicha que te enfrentas con él!

Y en su audacia, le acomete. Le parte el escudo al infiel, se lo aplasta contra el corazón. Le rompe la cota y lo derriba muerto. La silla queda vacía.

CCL

Carlomagno, el rey, está lleno de dolor cuando ve ante sí herido a Naimón y derramada la clara sangre del duque sobre la verde hierba. Inclinado sobre él le dice:

—Hermoso caballero Naimón, cabalgad a mi costado. Muerto es ya el truhán que os puso en tal brete. Por esta vez le hundí en el cuerpo mi lanza.

—¡Señor —responde el duque—, a vos me confío! Si sobrevivo, nada habéis de perder.

Después, con todo amor y con toda fe, van uno al lado del otro, y con ellos veinte mil franceses. No hay uno que no hiera y no dé tajos.

CCLI

El emir cabalga por el campo. Va a acometer al conde Guinemán. Le aplasta su escudo blanco contra el corazón, le hace trizas los puños de su cota, le abre en dos el pecho y le abate muerto de su veloz corcel. Después ha matado a Gebuino y a Lorant, y a Ricardo el Viejo, el señor de los normandos. Los infieles gritan:

—¡Preciosa bien vale lo que vale! ¡Golpead, infieles, que tenemos quien fíe por nosotros!

CCLII

¡Es hermoso ver a los caballeros de Arabia, a los de Occitana, de Heraclea y de Bascla! ¡Cómo asestan golpes con sus lanzas! Y, por su parte, los francos no piensan en romper sus filas. De los franceses y de los infieles muchos han muerto. Hasta la noche la batalla es enconada. ¡De los barones de Francia cuántos murieron! ¡Qué de duelos aún hasta que termine!

CCLIII

Franceses y árabes pelean a voluntad. ¡Cuántas astas son rotas, cuántas lanzas resplandecientes! Quien hubiese visto estos escudos destrozados, quien hubiese oído los crujidos de las blancas cotas y rechinar los escudos contra los yelmos; quien hubiese visto caer a tanto caballero, dar alaridos tantos hombres y morir contra la tierra, tendría el recuerdo de tan gran dolor. Esta batalla es fatigosa de soportar. El emir invoca a Apolo y Tervagán, y también a Mahoma:

—¡Mis señores dioses: largo tiempo os he servido! ¡Todas vuestras imágenes he de labrarlas de oro puro!

Ante él llega un su fiel, Gemalfin. Malas noticias le trae, así habla:

—Baligán, señor. Una gran desgracia ha caído sobre vos. Vuestro hijo, Malprimis, lo habéis perdido. Y Canabeu, vuestro hermano, ha sido muerto. Dos franceses tuvieron el honor de vencerles. Uno de los dos es el emperador, según yo creo. Es un barón de alta estatura, que parece un poderoso señor. Blanca tiene la barba como flor de abril.

El emir inclina la cabeza por el peso del yelmo. Su rostro se ensombrece. Su dolor es tan fuerte que ya piensa en morir. Y llama a Jangleu de Ultramar.

CCLIV

El emir dice:

—Avanzad, Jangleu. Sois hombre de pro, y de gran sabiduría. Siempre tomé vuestro consejo. ¿Qué os parece de los árabes y de los francos? ¿Alcanzaremos la victoria en esta batalla?

Y él responde:

—Sois muerto, Baligán. Vuestros dioses no han de poder salvaros. Carlos es fiero, sus hombres son valientes. Jamás vi raza tan atrevida en el combate. Pero llamad en vuestra ayuda a los barones de Occitana, turcos, árabes y gigantes. Venga lo que viniere, no tardéis.

CCLV

Deja el emir sobre la cota su barba blanca como la flor del espino. Suceda lo que fuere, él no quiere ya esconderse. Emboca una bocina de claro timbre y es tan alto su tañido, que sus infieles lo escuchan. Por todo el campo se juntan sus tropas. Los de Occitana braman y relinchan; los de Heraclea gañen como perros. Con qué temeridad van buscando a los franceses; lanzándose a lo más espeso, los acometen y los separan. De un golpe derriban allí, muertos, siete millares

CCLVI

El conde Ogier jamás conoció la cobardía. Jamás mejor barón vistió loriga. Al ver romperse los cuerpos de batalla de los franceses, llama a Terrín, el duque de Argona, a Godofredo de Anjou y al conde Jocerán. Muy fieramente exhorta a Carlomagno:

—¡Ved cómo los infieles matan a vuestros hombres! ¡No placará a Dios que vuestra cabeza ciña la corona, si vos no atacáis al punto para vengar vuestra afrenta!

No hay quien responda una sola palabra. Todos espolean fuertemente y lanzan a fondo sus caballos y acometen a los infieles donde los encuentran.

CCLVII

Carlomagno, el rey, acomete maravillosamente. Y Naimón el duque, y Ogier el danés. Y Godofredo de Anjou, que lleva la insignia. Y mi señor Ogier el danés es valiente entre todos. Espolea su corcel, lo lanza con gran fuerza, y va a matar a aquel que lleva el dragón; con tal golpe, que derriba al momento, a sus pies, a Ambrosio, al dragón y la insignia del rey. Baligán ve su gonfalon abatido, y envilecido el estandarte de Mahoma. Entonces, el emir comienza a entrever que con él va la sinrazón y con Carlomagno el derecho. Los infieles de Arabia vuelven grupas. El emperador invoca a sus franceses:

—¡Barones, decid, por Dios, si me habéis de ayudar!

—¿Por qué lo preguntáis? —responden los franceses—. ¡Felón será quien no acometa a ultranza!

CCLVIII

Pasa el día, se acercan ya las vísperas. Francos e infieles se acometen con las espadas. Los que enfrentaron a éstos ejércitos son tan bravos el uno como el otro. Y no olvidan sus gritos de guerra:

—¡Preciosa! —clama el emir.

Carlos:

—¡Montjoie! —su famoso santo y seña.

A sus voces altas y claras, se han reconocido. En medio del campo se juntan y se requieren. Se reparten grandes golpes de lanza sobre sus adargas ornadas de círculos. Uno a otro se las rompen por debajo de las anchas bloca. Los paños de las dos lorigas se desgarran, pero ninguno de ellos se llega a la carne. Las cinchas se rompen, resbalan las monturas. Los dos reyes caen. Pero se incorporan y pronto se ponen de pie. Ambos desenvainan furiosos sus espadas. Esta lucha no se trabará de nuevo. Sin muerte de hombre no puede darse por acabada.

CCLIX

Muy valiente es Carlos, el de la dulce Francia, mas el emir no le teme ni tiembla. Los dos levantan sus espadas desnudas, y sobre los escudos se dan recios golpes. Se parten los cueros y las maderas, que son dobles. Caen los clavos; las bloca vuelan en pedazos. Después, a cuerpo descubierto, se acometen sobre las lorigas. Despiden centellas sus claros yelmos. No puede acabar esta lucha sin que uno de los dos reconozca su yerro.

CCLX

Dice el emir:

—¡Carlos, entra en razón! ¡Resuélvete a mostrarme que te arrepientes! En verdad tú me has matado a mi hijo y es muy contra derecho que reivindiques mi país. ¡Conviértete en mi vasallo, vente a Oriente como mi servidor!

Carlos responde:

—A mi entender sería una gran villanía. A un infiel no le debo conceder ni paz ni amor. Recibe la ley que Dios nos revela, la ley cristiana. Al pronto te amaré. Sirve y confiesa al Rey Todopoderoso.

—¡He aquí que predicas un mal sermón! —dice Baligán—. Entonces vuelven a atacarse a golpes de espada.

CCLXI

El emir es de gran vigor. Le da a Carlomagno sobre su yelmo de acero bruñido; se lo parte sobre la cabeza y lo hiende. La hoja baja hasta la cabellera y arranca un palmo entero de carne, o más; el hueso queda desnudo. Carlos vacila y va a caer. Pero Dios no quiere que lo maten ni que lo venzan. San Gabriel está otra vez a su lado, y le pregunta:

—Rey magno, ¿qué haces?

CCLXII

Cuando Carlos oye la santa voz del ángel, ya nada teme. Sabe que no ha de morir, y le vuelven su vigor y sus sentidos. Con la espada de Francia golpea al emir. Le rompe el yelmo, donde centellean las gemas; le abre el cráneo y el cerebro se derrama. Le hiende la cabeza hasta la barba blanca, y sin más recurso, lo abate muerto. Grita, entonces, ¡Montjoie! a fin de que los suyos se le reúnan.

Al grito, el duque Naimón ha venido. Él tiene a Tencedor, y el rey magno vuelve a montar en él. Huyen los infieles. Dios no quiere que allí queden. Los franceses han llegado al fin tan deseado.

CCLXIII

Huyen los infieles por la voluntad de Dios. Los franceses, y el emperador con ellos, los persiguen. Dice el rey:

—Señores, vengad vuestros duelos. Haced vuestra voluntad, y que se iluminen vuestros corazones, porque he visto esta mañana a vuestros ojos llorar.

—¡Señor, así debemos hacerlo! —responden los franceses.

Y cada uno asesta grandes golpes, tantos como puede. De los infieles que allí quedan, bien pocos escaparon.

CCLXIV

El calor es fuerte y el polvo se levanta. Los infieles huyen y los franceses los acosan. Hasta Zaragoza les persiguen. A lo alto de su torre ha subido Abraima, con ella sus clérigos y canónigos de la falsa ley que nunca amó Dios. No están ordenados ni tonsurados. Cuando ella ve a los árabes en tal rota, exclama en voz alta:

—¡Ayúdanos Mahoma! ¡Ah, gentil rey, he aquí vencidos a nuestros hombres! El emir fue muerto, de muerte afrentosa.

Cuando lo oye Marsil, se vuelve hacia el muro; sus ojos derraman lágrimas, inclina su cabeza. Ha muerto de dolor abrumado por el infortunio. Y entrega su alma a los viles demonios.

CCLXV

Muertos [...] son los infieles, y Carlos ha ganado su batalla. De Zaragoza la puerta ha derribado; sabe que ella ya no será defendida. Toma la ciudad. Penetran las tropas. Por derecho de conquista ellas dormirán allí aquella noche. Lleno de orgullo está el rey de la barba

encanecida. Y Abraima le ha rendido las torres, las diez grandes y las cincuenta chicas. Quien obtiene la ayuda de Dios, bien acaba sus tareas.

CCLXVI

Pasó el día, cayó la noche. Clara es la luna y las estrellas brillan. El emperador ha tomado Zaragoza. Por mil franceses hace registrar a fondo la ciudad, las sinagogas y las morerías. A golpes de mazo y de hacha destruyen las imágenes y todos los ídolos: allí no ha de quedar ni maleficio ni sortilegio. El rey cree en Dios, quiere servirlo, y sus obispos bendicen las aguas. Se conduce a los infieles hasta el baptisterio, y si alguno se resiste a Carlos, el rey hace que lo cuelguen o lo quemen o lo maten por el hierro. Más de cien mil son bautizados verdaderos cristianos; mas no la reina. Ella será llevada cautiva a la dulce Francia. El rey quiere que se convierta por amor.

CCLXVII

La noche pasa, se levanta el día claro. Carlos guarnece las torres de Zaragoza. Deja allí mil caballeros bien probados: ellos guardarán la ciudad en nombre del emperdor. El rey monta a caballo; lo mismo hacen todos sus hombres. Y Abraima, que es llevada cautiva; pero él nada quiere hacerle, más que el bien. Emprenden la marcha llenos de alegría y arrestos. Ocupan Narbona a viva fuerza, y se van. Carlos llega a Burdeos la famosa. Sobre el altar del barón San Severino deposita el olifante, lleno de oro y de monedas. Los peregrinos que allá van pueden verlo todavía. Pasa el Girona en los grandes bajeles que allí encuentra.

Hasta Blaye ha conducido a su sobrino, y a Oliveros, su noble compañero, y al arzobispo, que fue sabio y valiente. En blancos féretros hizo colocar a los tres señores, en San Román; es allí que reposan los valientes. Los franceses los confían a Dios y a sus Nombres.

Por valles y por montes cabalga Carlos hasta Aquisgrán sin hacer alto en su jornada. Tanto cabalga que ya desmonta ante las gradas. En cuanto llega a su palacio soberano, ordena venir, por mensajeros, a sus jueces, bávaros y sajones, lorenenses y frisonos. Llama a los alemanes, llama a los borgoñones, y a los potevinos, normandos y bretones. Y a los de Francia, que, entre todos, son sabios. Entonces comienza el juicio de Ganelón.

CCLXVIII

El emperador ha vuelto de España. Viene a Aquisgrán, la mejor sede de Francia. Sube a su palacio y entra en la sala. Y he aquí que a su encuentro sale Alda, una hermosa doncella. Y dice al rey:

—¿Dónde está Roldán, el capitán, que juró tomarme por esposa?

Carlos está sumido en gran dolor y pena. Lloro y se meca la barba blanca:

—¡Hermana, amiga querida! —dice—. ¿Por quién preguntas tú? Por un muerto. Haré por ti el mejor trueque: será Ludovico. No podría encarecerte algo mejor. Es mi hijo. Es quien poseerá mis comarcas.

—Vuestra palabra me es extraña —responde Alda—. ¡A Dios no le place, ni a sus santos, ni a sus ángeles, que, muerto Roldán, pueda yo vivir!

Pierde la color. Cae a los pies de Carlomagno. Y muere al punto. ¡Que Dios tenga piedad de su alma! Los barones franceses lloran y la compadecen.

CCLXIX

Alda, la bella, ha llegado a su fin. Cree el rey verla desmayada, y se apiada de ella, y llora. La toma por las manos, la levanta. Sobre los hombros cae la cabeza. Cuando Carlos la ve muerta, manda luego por cuatro condesas. A un monasterio de monjas la conducen: toda la noche, hasta el alba, la velan. En la anchura de un altar, la entierran con gran pompa. El rey altamente la ha honrado.

CCLXX

El emperador ha regresado a Aquisgrán. Ganelón, el felón, entre cadenas de hierro, está en la ciudad ante el palacio. A un palo le amarraron los siervos. Las muñecas le ataron con correas de piel de ciervo, y le azotan fuertemente con varas y bastones. No merece otra recompensa. Con gran dolor espera allí su juicio.

CCLXXI

Escrito está en la antigua gesta que, de cada país, Carlos manda por sus vasallos. Se han juntado en Aquisgrán, en la capilla, en el gran día de una fiesta solemne; según dicen muchos, en la del barón San Silvestre. Desde entonces comienza el juicio y he aquí la historia de Ganelón, que ha traicionado. El emperador le hace llevar a su presencia.

CCLXXII

—Señores barones —dice Carlomagno el rey—. Juzgadme a Ganelón, según derecho. Él vino con el ejército hasta España, junto a mí. Él me ha quitado a veinte mil de mis francos. Y a mi sobrino, que ya no veréis jamás, y a Oliveros, el valeroso y cortés, y a los doce Pares; él les ha traicionado por dineros.

—¡Vergüenza sobre mí —dice Ganelón—, si de esto hago misterio! Roldán me hizo perjuicio en mis bienes y en mi oro. Por eso busqué su ruina y su muerte. Pero en que haya aquí traición, no lo concedo.

—Tendremos consejo —responden los franceses.

CCLXXIII

Ante el rey está, de pie, Ganelón. El cuerpo tiene muy gallardo; el rostro arrebolado. Si fuese leal, se creería ver en él un paladín. Mira a los de Francia, y a todos los juzgadores, y a treinta de sus parientes que se hallan junto a él. Después grita con voz alta y fuerte:

—¡Por el amor de Dios, barones, escuchadme! Yo fui, señores, con el ejército junto al emperador. Yo le servía con toda fe y todo amor. Roldán, su sobrino, me tomó odio y me condenó a la muerte y al dolor. Fui enviado como mensajero al rey Marsil, y, por mi astucia, pude salvarme entonces. Desafié a Roldán, el esforzado, y a Oliveros, y a todos sus compañeros. Carlos y sus nobles barones escucharon mi reto. ¡Me he vengado, pero no fue traición!

—Tendremos consejo —responden los franceses.

CCLXXIV

Ve Ganelón que comienza un gran juicio. De sus parientes treinta están allí. Entre ellos hay uno a quien los demás atienden: es Pinabel, del castillo de Sorence. Sabe hablar bien y decir sus razones como es menester. Buen vasallo para defender sus armas. Ganelón le dice:

—Y vos, amigo, alejad de mí la muerte y la calumnia.

—Pronto seréis salvo —dice Pinabel—. Si se halla un francés que en juicio os condenare a ser colgado, quiero que el emperador, a él y a mí, nos lleve juntos a la justa, cuerpo contra cuerpo. Mi espada de acero le dará el mentís.

Ganelón, el conde, se inclina a sus pies.

CCLXXV

Bávaros y sajones han entrado en consejo, y los potevinos, normandos, franceses, alemanes y tudescos se hallan en multitud. Los de Auvernia son los más corteses. Por causa de Pinabel hablan en voz baja, y se dicen uno al otro:

—Conviene dejarlo como está. Abandonemos el juicio y roguemos al rey que por esta vez proclame que Ganelón es perdonado. Que Ganelón le sirva desde ahora en adelante con toda su fe y todo su amor. Roldán está muerto. Jamás podréis ya verlo. Ni el oro ni la plata pueden ya devolvérselo. ¡Muy loco sería quien combatese a Pinabel!

Ni uno hay que no lo apruebe, fuera de Terrín, el hermano de mi señor Godofredo.

CCLXXVI

Hacia Carlomagno retornan sus barones. Y dicen al rey:

—Señor, os lo rogamos. Proclamad libre al conde Ganelón. En adelante os servirá con todo amor y toda fe. Dejadle vivir, porque es un muy grande señor. Ni oro ni plata podrán devolveros a Roldán.

—Sóis unos felones —dice el rey.

CCLXXVII

Cuando ve Carlos que todos le han fallado, inclina la cabeza con dolor, y dice:

—¡Desgraciado de mí!

Pero he aquí que viene hacia él un caballero, Terrín, hermano de Godofredo, un duque angevino. Enjuto tiene el cuerpo, feble y esbelto. Negros los cabellos y rostro asaz moreno. No es muy alto ni muy bajo. Cortésmente dice al emperador:

—Hermoso rey y señor, no os apenéis de esta manera. Largo tiempo os he servido, bien lo sabéis. Por mis antepasados, debo yo hablar como vais a oír: aunque Roldán no hubiese agraviado a Ganelón, Roldán estaba a vuestro servicio; esto ya debe bastar para guardarle. Ganelón es un felón, en tanto que le ha traicionado. Es contra vos contra quien fue perjuro e hizo fechoría. Por esto yo juzgo que debe ser colgado y que de ello muera y que su cuerpo sea tratado como el de un felón que hizo felonía. Si él tiene un pariente que me quiera desmentir, con esta espada que cño quiero a la hora sostener mi juicio.

—¡Bien habéis dicho! —dicen los franceses.

CCLXXVIII

Ante el rey se ha presentado Pinabel. Grande es, y esforzado; ágil y valiente. El que reciba un golpe suyo, su tiempo ha terminado.

—Señor —dice al rey—, éste es vuestro tribunal. Mandad que no promueva tal escándalo. Aquí está Terrín, que ha juzgado ya. Yo impugnó su juicio y voy a combatir contra él.

Y alarga al rey, en el puño, un guante de piel de ciervo: el guante de su mano derecha.

El emperador dice:

—Buenos rehenes quiero.

Treinta parientes se ofrecen en leal fianza. Y el rey dice:

—A mi vez yo os la tomaré.

Y los pone bajo buena guardia hasta que el derecho se manifieste.

CCLXXIX

Cuando ve Terrín que habrá batalla, presenta a Carlos su guante derecho. El emperador da por él fianza, y luego hace traer cuatro bancos a la plaza. Allí van a sentarse los que deben combatir. A juicio de todos, se han retado según las leyes. Es Ogier de Dinamarca quien ha concertado el doble desafío. Después ellos piden sus caballos y sus armas.

CCLXXX

Puesto que ya están prestos a enfrentarse en batalla, ambos se confiesan y son absueltos y bendecidos. Oyen sus misas y reciben la Comunión, y dejan a las iglesias grandes ofrendas. Después, los dos vuelven a presencia de Carlos. Se han calzado sus espuelas; se han revestido sus cotas, blancas, fuertes y ligeras, y sujetan, sobre sus cabezas, yelmos bruñidos. Se ciñen espadas guarnecidas de oro puro; cuelgan de sus cuellos el escudo cuartelado; empuñan con la diestra lanzas afiladas, y, por fin, enjillan sobre sus rápidos corceles. Lloran entonces cien mil caballeros, que por amor a Roldán tienen piedad de Terrín. Cuál será el fin, Dios bien lo sabe.

CCLXXXI

Cabe Aquisgrán, la pradera es muy ancha, y allí van a justar los dos barones. Ambos son esforzados y de gran destreza y son veloces y ardorosos sus corceles. Bien los espolean y sueltan del todo las riendas. Con todo su vigor llegan ambos a embestirse. Los escudos se rompen, vuelan hechos pedazos. Las cotas se desgarran y estallan las

cinchas. Se resbalan los arzones y caen a tierra las sillas. Cien mil hombres lloran, que los ven.

CCLXXXII

Contra la tierra han caído los dos caballeros. Con presteza se ponen en pie. Pinabel es fuerte, ágil y ligero. Se requieren uno al otro. Ya no tienen sus corceles. Con las espadas de pomo de oro puro golpean y regolpean sobre los yelmos de acero. Los golpes son fuertes, para hendir los yelmos. Grande es la angustia de los caballeros franceses.

—¡Ah, Dios mío! —dice Carlos—. ¡Haced resplandecer el derecho!

CCLXXXIII

Pinabel dice:

—¡Terrín, date! Seré tu vasallo por fidelidad y por amor. ¡A tu placer te daré de mis riquezas, pero busca que el rey se avenga con Ganelón!

—No me llevará mucho tiempo tomar consejo —responde Terrín—. ¡Vergüenza sobre mí si consiento en nada de eso! ¡Que en este día Dios haga resplandecer el derecho!

CCLXXXIV

Dice Terrín:

—Pinabel, eres muy valiente; eres grande y fuerte, tus miembros bien modelados, por tu vasallaje te conocen tus Pares. A Carlomagno lo haré avenirse. De Ganelón se hará justicia, y no pasará un día que de ella no se hable.

—¡No place así al Señor Dios! —responde Pinabel—. Yo quiero defender a todos mis parientes. No retrocederé por ningún hombre mortal. Mejor morir que ser reprochado.

Y vuelven a golpear sus espadas contra sus yelmos incrustados de oro. Contra el cielo vuelan, claras, las chispas. Separarlos nadie podría. Este combate no puede acabar sin que un hombre muera.

CCLXXXV

De grandes hazañas caballero es Pinabel de Sorence. A Terrín le hiere sobre su yelmo provenzal. Brota el fuego, la hierba se enciende. De la hoja de acero presenta a Terrín la punta, que resbala por su frente. La mejilla derecha ha quedado ensangrentada y ensangrentada la cota, de la espalda a lo ancho del pecho. Dios le protege. Pinabel no le ha derribado muerto.

CCLXXXVI

Terrín ve que está herido en el rostro. Su sangre cae clara sobre la hierba del prado. Golpea a Pinabel sobre su yelmo de bruñido acero, lo parte en dos, le hiende hasta la nariguera, y le hace derramar los sesos. Revuelve la hoja en la herida y lo derriba muerto. Con este golpe es ya ganada la batalla.

—¡Dios ha hecho un milagro! —gritan los franceses—. Es de justicia que Ganelón sea colgado, y los parientes que por él respondieron.

CCLXXXVII

Cuando Terrín hubo ganado la batalla, viene hacia él Carlos, el emperador. Cuatro de sus barones le acompañan: el duque Naimón, Ogier de Dinamarca, Godofredo de Anjou y Guillermo de Blaye. El rey ha tomado a Terrín en sus brazos. Con grandes pieles de marta de su manto le seca la faz. Después arroja el manto y lo revisten con otro. Con mucha ternura, desarman al caballero. Se le monta en una mula árabe y se le conduce con alegría y con un bello arreo. Los barones regresan a Aquisgrán y echan pie a tierra en la plaza. Entonces disponen la muerte de los otros.

CCLXXXVIII

Carlos convoca a sus duques y a sus condes, y les dice:

—¿Qué me aconsejáis hacer con éstos que he retenido? Vinieron al juicio por Ganelón, y por Pinabel se han entregado a mí en rehenes.

—¡Ni uno de ellos tiene derecho de vivir! —responden los francos.

El rey llama a Basbrún, y le dice:

—Ve y vuelga a todos al árbol del bosque maldito. Por estas barbas, donde los pelos son canos, si se escapa uno solo, eres muerto y llegado a tu perdición.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —responde.

Con cien sargentos se los lleva a viva fuerza. Son treinta, todos fueron colgados. Quien traiciona pierde a los otros consigo.

CCLXXXIX

Entonces, se vuelven bávaros y alemanes, potevinos, bretones y normandos. Todos se han puesto de acuerdo, y los franceses los primeros, en que Ganelón debe morir en maravillosa angustia. Se traen cuatro corceles, y a ellos se le atan los pies y las manos. Fogosos y veloces son los caballos. Ante ellos cuatro sargentos les azuzan contra una yegua

que está en medio del campo. Ganelón ha llegado ya a su perdición. Todos sus nervios se distienden, todos los miembros de su cuerpo se rompen; sobre la hierba verde se derrama su clara sangre. Ganelón ha muerto de la muerte que merece un felón probado. Cuando un hombre traiciona a otro, no es justo que de ello pueda envanecerse.

CCXC

Cuando el emperador hubo tomado venganza, llamó a sus obispos de Francia, a los de Baviera y a los de Alemania:

—En mi casa tengo a una noble prisionera. Ella ha oído ya tantos sermones y parábolas, que quiere creer en Dios y pide ser hecha cristiana. Bautizadla para que Dios posea su alma.

Responden:

—Que le den madrinas.

En los baños de Aquisgrán bautizan a la reina de España. Le han escogido el nombre de Juliana. Cristiana se hizo por verdadero conocimiento de la santa ley.

CCXCI

Cuando el emperador hizo justicia, y aplacada su gran cólera, hizo cristiana a Abraima. El día declina. La noche se tornó oscura. El rey se acostó en su cámara de bóveda. De parte de Dios, San Gabriel viene a decirle:

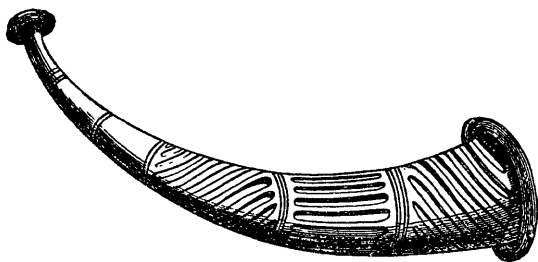
—¡Carlos, convoca a tus huestes por todo el imperio! A viva fuerza te presentarás en la tierra de Bira; socorrerás al rey Bibiano en su ciudad de Edesa, donde los infieles le han cercado. Allí los cristianos te llaman y te reclaman.

El emperador no hubiera querido ir.

—¡Dios! —dice—. ¡Qué de penas en mi vida!

Derraman lágrimas sus ojos y se mesa su barba blanca.

Y aquí termina la gesta de Turoldo.



Y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán, tamaño como una grande viga... (En: *Don Quijote*.)

Y... ROLDÁN ¿QUIÉN ERA?...

ROLDÁN HISTÓRICO ROLDÁN LEGENDARIO

LA SEGUNDA BATALLA Y LA DERROTA DE LOS FRANCOS
EN RONCESVALLES

LA BATALLA DE RONCESVALLES SEGÚN LA LEYENDA

ALGO DE CRÍTICA HISTÓRICA

FÁBULA DENTRO DE LA LEYENDA BERNARDO DEL CARPIO

MARSILIO, EL REY MORO

TURPÍN, EL SANTO ARZOBISPO DE REIMS

OLIVEROS, PAR DE LOS FRANCOS

*

NOTA DE AMÉRICO CASTRO

*

RONCESVALLES

*

RONCESVALLES Y BERNARDO DE BALBUENA

*

ILUSTRACIONES

*

CRONOLOGÍA

*

BIBLIOGRAFÍA

*

ROLDÁN EN MÉXICO

“Y... acuérdome que se llegó un caballero, que se decía Alonso Hernández Puerto Carrero, y dijo a Cortés: ‘Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a estas tierras:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad:
cata las aguas del Duero
do van a dar en la mar.

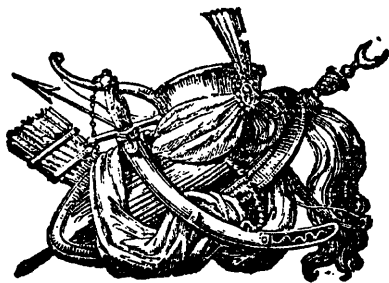
Yo digo que mire las tierras ricas, y sabeos bien gobernar.’ Luego Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: ‘Denos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán’...”

HERNÁN CORTÉS
En: Bernal Díaz

“...Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldán a prueba.

En: *Don Quijote*



Y... ROLDÁN ¿QUIÉN ERA?...

La batalla de Roncesvalles y El brujo de Barga. Historia, Leyenda y Folklore. Por el doctor D. Agapito Martínez Alegría. Canónigo-bibliotecario de la Real Colegiata. Pamplona, 1929.

ROLDÁN HISTÓRICO

Milón, duque de Angers, capital del antiguo ducado, que comprendía las regiones francas del departamento Maine y Loira, regadas por estos dos ríos (Loira y Maine), de su matrimonio con Bertha, que algunos llaman Gisla y la creen emparentada con Carlo-Magno, tuvo un hijo, que se llamó Rolando, al que otros llaman Orlando (especialmente se nombra así por los romances), los italianos Rolandino y los españoles Roldán; si hemos de creer a los “cantos de gesta”, nació el año 736.¹

La figura de este héroe se destaca en las luchas que Pipino el Breve tuvo contra los islamitas.

Ya Carlos Martel, padre de Pipino, había batallado largos años con los árabes aliados del duque de Aquitania, vencidos en la famosa jornada guerrera de Poitiers, en el año 732; pero nuevamente, invadiendo la Normandía y la Bretaña, en vida de su hijo y sucesor, se extendían como inmensa mancha de aceite por los dominios francos. Al frente de Bretones y Normandos, puso Pipino a Rolando, joven bizarro, hijo de los duques de Angers, y como tromba arrolladora, cayó sobre las huestes de la Media Luna, derrotándolas y empujándolas para siempre a las olas del Atlántico.

¹ Copiamos de Huarte en su mans. “Sylva de Varia Licción”, folios 72 vuelta: “Adviértase de paso que el Conde Milón de Anglante, padre de Don Roldán, siendo general de Francia murió en batalla en los campos de Cea, en el reino de León de España y su cuerpo está enterrado en el mismo reino en el Real Monesterio de san Facundo y Primitivo de la villa de Sahagún, que es de Benitos, donde se tiene en mucha veneración en un sepulcro relevado, con un gran epitafio entre cuerpos de muchos Santos. Afirmo esto porque lo he visto en el mismo Monesterio.”

Grandes proezas debió hacer en estas correrías bélicas, pues como el último duque de Bretaña se hubiese retirado a un monasterio y sus hijos destrozasen el ducado, disputándose dos de ellos la sucesión con guerras intestinas, Pipino nombró a Rolando Prefecto de la Bretaña y los naturales, enamorados de sus prendas, le reconocieron por aclamación.

Era de paz y de bienestar había llegado para los invictos Bretones con el paternal e invencible gobierno de Rolando, cuando en 778 Karlos hizo la gran leva de armas en todo su reino y a ella acudió Rolando con sus valientes huestes bretonas.

Todo lo que después sucedió ya sabemos: él mandaba la retaguardia con otros distinguidos caballeros, y que él pereció con todos los suyos nos lo dicen *nominalmente* todas las crónicas del siglo VIII.²

Murió a los 42 años, y no es improbable afirmar que sus restos quedaron sepultados en Roncesvalles, en la capilla de Carlo-Magno, de Ibañeta.³

Escribe Eginhardo que los Bretones no tenían otra dependencia del rey franco que la paga anual de un tributo.

La muerte de Roldán llenó de luto a los bravos Bretones y lloraban su orfandad con sencillos cantares elegíacos, que sus bardos componían y los pastores cantaban en las laderas de los montes y las vaquerillas en los lindes de sus prados siempre verdes.

Estos cantares, recogidos y amplificados por los troveros del N., y mediodía de Francia, por los trovadores provenzales, por los romanceros españoles, formaron los "cantos de gesta" y los interminables romances que endulzaban con su música cadenciosa el camino de las Peregrinaciones.

² "In prelio Eggindhardus regiae mensae praepositus, Anshelmus comes palatii et Hruodlandus Britanici limitis praefectus cum aliis commipluribus interficiuntur".

Hablando Eginhardo secretario y biógrafo de Carlomagno, de la rota de Roncesvalles escribe: "En el combate fueron muertos Eggihardo, mayordomo de la mesa del Rey; Anselmo, conde de Palacio; Rolando, prefecto de las costas de Bretaña con otros muchísimos" (Vita Karoli Magni; D. Bouquet, tomo V, pág. 93). Véase asimismo "Eginh. Ann." y los Annales de Metz; el Poeta Sajón "Anales de los Hechos de Carlo Magno Emperador", el Silense, los Annales de Aniano, los de Tiliano, etc. todos nombran a Roldán entre los muertos.

³ En una sepultura de Blaye (Francia) que se decía de Roldán, se leía este epitafio atribuido a Carlo Magno: "—Tu patriam repetis tristis, nos orbe relinquis—Te tenet aula niteris, nos lacrymosa dies—Sed qui lustra gerens octo et binos super annos—Ereptus terris justus ad astra redis." Esto es: "Tú vuelves a la Patria dejándonos tristes en la tierra—Tú, glorioso, habitas en el Cielo, mientras nosotros pasamos días de lágrimas—Cuando cumplías cuarenta y dos años—Eras arrebatado de la tierra a la patria de los justos."

Averiguóse que estos versos fueron compuestos por el falso Turpin en el siglo XI, pero en cuanto a la edad de Roldán está conforme con otros autores. (V. "Sepultures de Roland", Colás, pág. 7.)

Acaso pareció a los Bretones que nadie podría sustituir a su llorado Rolando, pues a la muerte de éste sacudieron todo yugo de dominación y se negaron a pagar el tributo, por lo que Carlo-Magno se vio obligado a reducirlos por las armas.

Y... nada más hemos podido averiguar de este histórico paladín de los ejércitos carolingios.⁴

Su celebridad es póstuma; al soldado semioscuro, que sucumbe en la montaña herido de muerte por los dardos acerados de los Vascones, se le adorna con la aureola de la santidad y se le coloca en el más alto pedestal de los héroes medioevales.

Su nombre, como el nombre venerado de un mártir, se coloca en el martirologio de muchas iglesias; y en las catedrales de Francia, los cristales policromados del siglo XIII, que cierran los rasgados ventanales góticos llevan la imagen *glorificada* de San Rolando.

El "Codex de Compostela", editado por el P. Fita, S. J., dice: "...Rolando, vencedor en muchas guerras contra infieles, muere angustiado por la sed, como un perfecto mártir de Cristo. Su cuerpo sagrado se enterró devotamente en la basílica de San Román, de Blaye (Francia), por los compañeros de sus hazañas. (En Francia se popularizó el siguiente dicho:

‘Ojalá muriese yo
de sed, cual Roland murió...’)”⁵

⁴ Recogemos estas brevísimas notas biográficas del documentado "Diccionario Universal de Morery" (1753; letra R.) y de "Bibliografía Crítica" (Miguel de San José; Madrid, 1742).

El Codex Compostelense añade: "Antes de llegar a España, a donde le llevó el celo por la Fe de Jesucristo, pasando por Blaye, invocó fervorosamente a San Román, dentro de su basílica, pidiéndole su protección en aquella guerra contra infieles. Él era de noble familia, pariente de Carlomagno. En aquella iglesia donde él oró reposa el cuerpo de este bienaventurado Mártir de Cristo" (Edición del P. Fita).

Ya sabremos toda la verdad (?) del sepulcro de Blaye.

⁵ La gran rota de Roncesvalles se consideró durante varios siglos de la Edad Media como un martirio militar, tan terrible y sangriento como glorioso para los francos, que habrían muerto en defensa de la Fe de Cristo, víctima de la perfidia de los infieles; se unieron, pues, dos amores santos: "la Religión y la Patria", que aquellas generaciones de la sencilla idealizaron en sus romances épicos.

"El 'Rhollandus' —dice Menéndez Pelayo en sus 'Estudios sobre el teatro de Lope de Vega'— gobernador de la Marca de Bretaña, ligeramente indicado en uno de los textos de Eginhardo, toma las proporciones de *Aquiles de esta epopeya*."

"Él, con los Doce Pares, acaudilla la retaguardia del ejército de Carlo Magno compuesto de 20,000 hombres; él es el Mártir de la Cristiandad en aquella sangrienta rota, y serán siempre inmortales, mientras haya espíritus capaces de sentir las bellezas de la poesía ingenua, viril y humana, aunque se presente revestida de formas anticuadas y toscas, sus solemnes palabras a Turpín y

Esto, por cierto, es bien creíble, pues cuando el cuerpo se desangra por las heridas que le han inferido, es de necesidad fisiológica sentir sed, por falta de líquidos en el organismo, sed que se acentúa y aumenta, produciendo angustias mortales a medida que la sangre se escapa de las arterias.

ROLDÁN LEGENDARIO

No añadiremos una palabra a las sugestivas narraciones del falso Turpín, de la "Chanson de Roland", y de algunos romances castellanos y poemas italianos.

En el relato provenzal, Milón es un Senescal de Carlo Magno, que se escapa después de haber contraído matrimonio secreto con Bertha, hermana muy querida del rey, refugiándose en Lombardía y pasando en los caminos de Italia todo género de penalidades, hasta que la esposa, desfallecida y con los pies ensangrentados, se desmaya a la orilla de una fuente, cerca de Imola, en donde da a luz un niño bellísimo, que, al rodar por el suelo y caer al arroyuelo, es bautizado por su padre con el nombre de Roland (de rouler: rodar), y que al españolizarse se convirtió en Roldán (el que rueda), y en italiano Rolandino (niño rodando).

Milón, para sustentar a "sus dos carísimas prendas", se hace leñador y el niño se cría en pleno bosque, luchando con las alimañas y adquiriendo fuerzas hercúleas.

Su madre tiene en un sueño la visión de su gloria futura; le ve vencedor de los Sarracenos y en el carro de las Edades, coronado de laureles, le ve pasear triunfante por todos los pueblos de la tierra.

Cuando Carlos volvía de Roma, al pasar por Sutri, vio un espectáculo que poderosamente le llamó la atención: un hermoso niño de cara infantil, pero robusto como un mozo, capitaneaba a otros treinta jóvenes y les arengaba con aire de veterano soldado.

Llamóle el rey, y a su presencia pudo admirar lo noble de sus facciones y la desenvoltura marcial de sus movimientos.

Los soldados, movidos de una irresistible simpatía hacia el extraordinario muchacho, le dan parte de sus provisiones y acaba de conmover a Carlomagno la ternura filial con que aparta para sus padres una parte de la ración que le han dado.

Decídese el rey a seguir sus pasos, y tras de él llega a la cueva donde viven sus padres, pero, ¡qué emocionante sorpresa al reconocer a Bertha y Milón! Su primer movimiento es de indignación contra su antiguo Senescal, hasta el extremo de desenvainar su espada contra

Oliveros, el toque tardío y desesperado de su cuerno de marfil, la tierna despedida que como a ser animado dirige a su fiel espada *Durenda*, cuando por tres veces intenta en vano estrellarla contra la roca."

él; mas la joven esposa llora y el gracioso niño se interpone, arrojándose con los brazos abiertos a su tío y desarmándole; esta brutalidad encantadora cautiva a Carlomagno, que abraza amoroso a Rolando, mientras exclama: "Tú serás el halcón de la Cristiandad." La reconciliación de Bertha y Milón con el rey, a instancias del bravo muchacho, no se hace esperar y el niño se educa en el real palacio y al lado del futuro emperador.

Algún tiempo más tarde, en guerra contra los árabes, gana, después de repetidos triunfos, el Condado del Mena, y en sucesivas correrías llegó a ser el terror de la Media Luna.

Según el falso Turpín, una de sus hazañas fue la siguiente: el gigante Ferragut, uno de los descendientes de Goliath, que había venido de Siria, cuyo cuerpo era invulnerable menos por el ombligo, tuvo con Rolando una pública controversia, acerca de la Religión de Jesucristo, en la cual Rolando pulverizó sus alegatos y obtuvo un triunfo dogmático, que exacerbó al gigante hasta llamarle a público desafío.

Acudió al palenque el jefe Bretón, después de invocar la ayuda de San Miguel de Peril y de excitar su arrojo, con el recuerdo de Alda, su bella prometida y, cual otro David, del primer golpe mató al gigante Ferragut, introduciendo certera su Durindana, por el punto vulnerable del nieto de Goliath...

El "Codex de Compostela" añade: "El ardor de su fe le hace pasar a España, para acabar con las naciones pérfidas de los hijos del Islam; él es uno de los "Doce Pares" que van a la cabeza del ejército de Carlos; él aniquila las huestes islamitas; él es el héroe de brazo vigoroso; el guerrero hercúleo, que luchando solo contra veinte, espanta la avalancha de guerreros sarracenos."

En los desfiladeros de Roncesvalles sucumbe víctima de una traidora emboscada, después de haber partido una roca de diamantino "sardónix" con la espada invencible, su fiel e idolatrada Durindana.

Cuando Carlos anunció a la bella Alda "la del brazo blanco", la muerte del cristiano paladín, ella muere de dolor y el rey lleva su cuerpo a Aix-la-Chapelle (Aquisgrana o Tisgrana, ciudad imperial de la baja Alemania), y manda darle sepultura honrosa al pie de un altar, en un monasterio de monjas.

"Ad un muster de nuneins est portee"

"La noit la guaitent entresqu'a l'ajurnee."

"Lunc un alter belement l'enterrerent".

"Mult grant honur i ad li Reis dune."

(Chanson de Roland, v. 3730 y sigs.)

⁶ Como Aix-la-Chapelle fue la residencia favorita de Carlomagno, sobre todo en invierno, esta ciudad sirvió de sepulcro a todos los personajes distinguidos que vivieron en la época carolingia. Lo mismo se dice de Roldán, los

La famosa espada se llama "Durindana", por los italianos y españoles; "Durenda", en la crónica del falso Turpín; "Durandat", por Demín, y "Durandarte", por muchos historiadores de la edad moderna.⁷

Con ella dicen los de Itxassou (Francia-Bajos Pirineos), abrió la roca en el "Pas de Roland"; en el pirineo aragonés, llamado "breca", está la "brecha de Roldán": cuando Roldán se veía morir abandonado de los suyos, arrojó su espada para que los infieles no se apoderasen de ella y ésta, al volar por los aires, tropezó con la roca pirenaica y, cortándola, abrió una hendidura de 60 metros; como la roca se abriese después otros 40 metros, a este tercio inferior se le llama "falsa brecha"; esta peña partida es el puerto de "Monte-perdido", encima del valle de Arazas; sobre este puerto se ve el pico llamado "casco de Roldán".⁸

En las montañas de Huesca está el "salto de Roldán", que llaman a un grande puerto abierto entre dos montañas: en Urroz, aún se enseña una gran mole de piedra dentro del poblado, la cual dicese que arrojó Roldán desde los altos de Roncesvalles...

Nos haríamos interminables si hiciésemos mención de los lugares de Francia, Italia, Alemania, etc., en donde la leyenda ha fijado recuerdos de este personaje celeberrimo.

Esta espada, con la que obró tan estupendas hazañas, se decía que era la "Durandarte", conservada en la armería real de Madrid;

Doce Pares y otros; parece mentira que la sencillez de aquellas generaciones medioevales, no pensaran que, de admitir todas estas consejas, la bella Aix-la-Chapelle hubiese sido un vasto cementerio.

⁷ En la catedral de Verona hay una estatua de Roldán que apoya sus brazos sobre una gran espada en la que se lee: "Durendart".

Nadie ha sabido explicar satisfactoriamente el sentido de esta palabra.

Los cantos de gesta dicen que fue forjada por un tal Galand y que perteneció al joven Eaumond, hijo del emir Agoland; y que habiéndole muerto Roldán en una batalla se apoderó de su espada y ya no la dejó el paladín, siendo ella, como le dice un poco antes de morir, el instrumento de todas sus victorias.

Otra versión dice que Carlomagno la recibió de manos de un ángel con el expreso deseo de que la entregara al mejor de sus capitanes, y como éste fuese Roldán, a él la entregó aquel poderoso monarca.

⁸ Es muy notable el paso por este lugar en el invierno; el camino de este puerto, que va más de un kilómetro por una cornisa de la roca, se halla helado varios meses de invierno y los naturales del país perforan los grandes bloques de nieve endurecida que en los recodos interceptan el paso que está a 2,804 metros de altura.

Como es tan grande la cantidad de nieve acumulada, inmensos aludes caen arrastrándose por la montaña sepultando a veces a los pasajeros.

Los de la región ya saben que es necesario pasar aquellos pasos peligrosos en el más absoluto silencio; pues a veces basta la trepidación de la voz, cuyos ecos se reconcentran en las concavidades, para hacer que se desgajen los aludes gigantescos, que arrastran a su paso todo lo que encuentran: viajeros, animales, árboles y hasta edificios.

hemos visto esta espada y fácilmente nos hemos convencido de que es del siglo XIV, y de que no pudo pertenecer a Roldán.⁹

LA SEGUNDA BATALLA Y DERROTA DE LOS FRANCOS EN RONCESVALLES

“La derrota de Carlo Magno en 778 —dice nuestro ilustre Campión—¹⁰ produjo dos resultados importantísimos: 1º en los vencidos, afán de tomar el desquite y de reducir a toda la Baskonia, por fuerza de armas; 2º en los vencedores, conveniencia de aliarse con los Sarracenos, o mejor dicho, con los muladíes”,¹¹ para poder resistir la avalancha del inmenso imperio occidental, que se les venía encima a cada paso.

“Ya no tuvieron momento de reposo los hijos de la montaña; tan pronto se sometían, aunque fuera simuladamente a los Francos, como se levantaban contra ellos; ya se aliaban a los moros, ya les resistían o les ganaban terreno en ruda lucha, como débil barquilla agitada por las olas bravas, entre escollos enfrentados.”

En estas revueltas, y conociendo Pepino II, hijo de Carlo Magno el carácter indomable de los Vascones, les dio, para conciliárselos, un jefe de su raza, Aznar Sánchez-Lúpiz, nieto de Lupo II, el duque vascón, del cual hablamos arriba, pero no le dio la dignidad de Duque, sino que le llamó Conde de Vasconia.

Pero la Vasconia estaba ya para declararse mayor de edad y para dar a luz a su primer rey, por lo que la tutela de Aznar-Sánchez no

⁹ Huarte, en su *Historia de Roncesvalles*, “manuscrito del año 1612” dice, folio 84: “En medio del escudo (de Roncesvalles) está la espada durindana o ‘duro golpe’ de Roldán, la cual en estos tiempos la tiene el rey de España en su armería real con un letrado que decía *‘Esta es sin segunda’*.”

“Todas estas cosas, cornetas, estribos y mazas hoy en día permanecen en el mismo Roncesvalles dentro de la capilla mayor ante el altar colgadas entre lámparas de plata. Los franceses principales, como son embajadores, caballeros y otras personas principales, pasando por Roncesvalles suelen entrar en la iglesia y las hacen bajar y las veneran besándolas y he visto llorar de ternura a algunos por sola la memoria de cosas tan insignes.”

¹⁰ Campión: “Nabarra en su Vida Histórica” en la “Geografía General del País Vasco Navarro”, pág. 414.

¹¹ Eran los “muladíes” los cristianos que, renegados de la fe de Cristo, se sometían al emir, convirtiéndose al mahometismo. Hubo muchos, pero la mayor parte de las conversiones fueron simuladas y circunstanciales y siempre por pura conveniencia; por esto la tradición se conservó en la mayor parte de los hogares muladíes o renegados determinando esto a que siempre formaban una clase aparte en la población árabe y berberisca con ideas y costumbres distintas; y a que en las insurrecciones, aun habiendo transcurrido mucho tiempo del cambio de religión, fácilmente se volviesen a la fe cristiana.

Entre los cristianos se llamaban de sangre infecta los que en sus antecedentes no había árabes, herejes o muladíes.

fue acatada, y sólo se dejó sentir, casi momentáneamente, en los valles limítrofes de Aquitania; es decir, en los valles de Baztán, Valcarlos, Roncesvalles, Erro, Arriasgoiti, Lizoain y Egiús.

La región de Estella, la más irreductible y siempre independiente, la primera que se llamó Navarra, comprendía las tierras que se extienden desde Álava (incluyendo una pequeña parte oriental de ella), hasta las más remotas orillas del río Arga, esto es, los valles de Campezu y Lane, los de Aguilar y Berroza, de Yerri, de Allín, de Gue-sálaz, de Mañeru y de Goñi, de Arellano y toda la Ribera, hasta los dominios del walí de Tudela y obedecían a uno de aquellos dos duques hermanos, hijos de la desterrada familia Jimena, nacidos probablemente en el antiguo palacio de Viguria (el Vigorra de los historiadores antiguos), García Jiménez e Íñigo Jiménez, al primero, según todos los indicios.

La región de Pamplona vivía bajo el ducado de uno de estos dos hermanos, probablemente del segundo, Íñigo, y se extendía hasta la Jacetania y aún a la Jacetania después de Aznar-Sánchez.

Estos dos hermanos Jiménez habían llevado las alianzas con los islamitas, hasta casarse una hija del segundo con el moro Muza.

En estas circunstancias se encontraba Vasconia cuando el glorioso reino de Navarra dio sus primeros latidos (año 824).

Los hermanos Jiménez (García e Íñigo), provocaron un alzamiento, probablemente para sacudir todo yugo extraño; ahora, el de los invasores cristianos del norte; después, el de los invasores musulmanes del mediodía, con los que por el momento les unía una alianza, por cierto bien frágil. Advertido de ello Pepino, reunió numerosas huestes, y, al mando de los condes Eblo y Aznar, las mandó a Vasconia, en la primavera del año 824.

Campión llama a esta expedición lo que denominarían los periódicos de hoy "demostración armada": las crónicas francas están reservadísimas sobre el fin de esta acción guerrera y dicen que fueron a ultimar cierto negocio ("negotio peracto...", el Astrónomo: "in-juncto negotio...", Eginhardo), y Olóriz, en su "Resumen Histórico", dice, pág. 26: "no sin llevar a efecto cierto oscurísimo trabajo encaminado, sin duda, a precipitar la ruina de Navarra".

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que los dos condes pasaron con sus ejércitos los Pirineos y llegaron a Pamplona, sin encontrar en el camino dificultad alguna; entraron en la ciudad sin que opusiera resistencia (¿qué resistencia había de oponer una ciudad desmantelada y completamente abierta?), y "allá", dice Jaurgain, en "La Vasconie", "cumplieron la misión que se les había confiado".

Pero los Vascones no estaban ociosos; Íñigo Jiménez se había unido a su hermano García,¹² y había pedido la ayuda de sus dos yernos

¹² Íñigo Jiménez y García Jiménez, hijos de Jimeno Lúpiz, que fue hijo de Lupo II, duque de Vasconia del 768 al 778, el cual era a su vez hijo de

García Íñiguez, llamado el "Malo",¹³ y el moro Muza: de esta manera se proponían los hijos de Jimeno ver independiente y unida toda la Vasconia y en su mente estaba ya formada la Monarquía pirenaica.

Era natural en éstos preparar la emboscada, para hacer la acometida de *guerrillas*, pues, en batalla campal, a la que nunca se habían lanzado, era seguro el fracaso, dada la superioridad de soldados de los Francos.

Pero era una temeridad parapetarse en Roncesvalles, cuya rota carolingia estaba aún muy frseca y los Francos habían de pasar aquellos lugares con toda clase de precauciones; por eso se corrieron hacia el norte y esperaron ocultos en los bosques de Cisa.

Los condes Eblo y Aznar-Sánchez, volvían de Pamplona y pasaron sin novedad el desfiladero de Roncesvalles y las pendientes de Atzobiskar;¹⁴ mas, ya pasado el puerto de Cisa e internados en sus espesos montes, cuando más en seguro se creían, se ven acometidos y arrollados, como arrolla al bosque de pinos el alud del alto pirineo, rodeados los Francos por todas partes de enemigos, sin tener tiempo de formarse en orden de batalla, fueron vencidos y sus condes Eblo y Aznar hechos prisioneros.

En el reparto del botín entre los Vascones y Sarracenos, tocó Eblo a Muza y Aznar a Íñigo Jiménez; el primero fue enviado al emir de Córdoba, como trofeo de guerra; y seguramente su cabeza adornaría las almenas de la sultana ciudad, como era costumbre de los Agarenos. Aznar, que era hijo de Sancho Lúpiz, el hermano segundo de Jimeno, y por tanto nieto también, como los Jiménez, de Lupo II, fue perdo-

Eudón, duque de Aquitania y de Vasconia hacia el año 710. (Jaurgain: "La Vasconie", tomo I, caps. II, III y IV.)

¹³ García el Malo era hijo de Galindo Velascotones y de Da. Fakilo; estuvo casado con una hija de Aznar Galíndez; mas, un día del mes de junio, que los historiadores dicen fue el día de San Juan, Aznar y su hijo Céntulo, suegro y cuñado del Malo, le hicieron una pesada burla encerrándolo dentro de un granero en la villa llamada Bellosta, por lo que irritado García mató a su cuñado Céntulo y repudió a la hermana de éste, su esposa, casándose con Oña, hija de Íñigo Jiménez, llamado Aritza. Tenía éste otra hija casada con Muza, señor de Borja y Terreros, el cual confunden algunos con Muza Ben Fortún; y con Muza y García sus yernos y con García su hermano se unió Íñigo para la segunda acometida contra los Francos en los puertos y montes de Cisa en Roncesvalles.

¹⁴ De ser cierto lo que dice el Astrónomo, que al volver en una ocasión las tropas de Ludovico Pío, de Pamplona, antes de pasar por Roncesvalles, al atravesar los pueblos de Vasconia, recogían las mujeres e hijos de los vascos y al pasar por el desfiladero famoso de la derrota carolingia, los colocaron entre las filas de los soldados para evitar así una nueva emboscada; creemos que sería en esta ocasión y que al llegar al puerto de Cisa, creyéndose ya seguros, abandonaron confiados las mujeres y niños vascos y penetraron en los bosques Ciséreos, que eran territorio de Aquitania, donde fueron nuevamente víctimas de una inopinada agresión y fácilmente vencidos.

nado y, tras solemnes protestas de eterna amistad, marchó libre a Aquitania.

Los crónicas árabes, que en esta segunda derrota están explícitas, nos aseguran que el combate tuvo lugar en los puertos de Cisa, no lejos de la "Cruz de Carlo Magno"; y que los sarracenos, aliados del rey de Pamplona y de los navarros, tomaron en él parte activa.

"Los Walfes de la frontera —dicen— libraron este año 209 (de la hégira 209; de la era cristiana, 824) sangrientas batallas contra los cristianos de las montañas de los Francos, y los vencieron e hicieron entre ellos grande carnicería en los estrechos valles *de los montes* de puerto-Cisa."¹⁵

Están, pues, conformes los anales francos con las crónicas árabes, en señalar la derrota, el lugar donde se llevó a cabo y la alianza de los Vascones con el enemigo común: el Agareno.

Por lo demás, poco duradera y realmente circunstancial fue esta unión, naturalmente extraña, pues pocos años más tarde, en 832, vemos al primer rey de Pamplona, con el concurso de su primo el conde Aznar-Sánchez, hacer la guerra al temible emir de Andalucía.

"Los vencedores de Eblo y Aznar —dice nuestro insuperado Campión—, fueron Íñigo Aritza, su hermano García Jiménez y los dos yernos de aquél, Muza y García el Malo."

"Es cosa muy natural que enviasen uno de los prisioneros al Emir y dejasen libre al pariente, quien ya había recibido daños y agravios de ellos.¹⁶ Esta *segunda batalla* de Roncesvalles, en la cual tomaron parte los Sarracenos, se confundió, andando el tiempo, con la primera, hazaña propia de los Baskones solos."¹⁷

¿Murió en esta batalla García, uno de los dos hermanos Jiménez? Creemos que sí; para lo cual hay que conciliar el parecer de Jaurgain, el cual afirma que murió en 818, y el de Campión, que escribe asistió a la derrota del 824.

Como después del 824 no se menciona García Jiménez en ninguno de los anales, ni en las diferentes crónicas francas, ni, por último, en las cronologías reales de Navarra, con fundamento se puede pensar que en esta batalla desapareció, y es verosímil que sucumbió en ella.

Si hubiese sobrevivido a este triunfo, veríamos otra vez las riendas de Vasconia en manos de los dos duques hermanos; mas, por el

¹⁵ Conde, "Historia de la Dominación de los Árabes en España", t. I, p. 260.

¹⁶ Como se aprovechara Aznar Sánchez de las luchas fratricidas de Pepino y Carlos el Calvo, hizo una incursión por las tierras de Jacetania, ocupadas por los moros, y les ganó el territorio de Jaca y fundó el condado de Aragón; pero bien pronto Íñigo Aritza y su hermano García se lo arrebataron espada en mano e hicieron el citado condado feudo suyo. (Jaurgain: "La Vasconie", tomo I, p. 123.) Éstos eran los agravios recibidos.

¹⁷ Campión: "Nabarra en su Vida Histórica", pág. 416, en la "Geografía General del País Vasco-Navarro", tomo I.

contrario, a raíz de la victoria la unidad de Vasconia vuelve a restablecerse.

Íñigo Aritza o el Fuerte,¹⁸ agrega a sus dominios, por derecho de conquista, los valles que mandaba Aznar, esto es, desde Valcarlos hasta Egüés y desde Baztán hasta el Roncal, y toda la Jacetania; y por muerte de su hermano García, todas las regiones occidentales, quedando Íñigo señor único de la invicta Vasconia, tan codiciada como indomable.

Y como final de esta narración histórica permítanos nuestro ilustre maestro señor Campión que hagamos nuestras estas sus palabras: "Y ya tenemos delante de los ojos al primer Rey de Navarra, auténtico e indubitable: Íñigo Jiménez Aritza. Los vencedores cristianos del segundo Roncesvalles habrían ido a dar gracias al Monasterio de San Zacarías o al de Leire, y allí, acaso por consejo de los Monjes, le habrían alzado sobre el pavés..."¹⁹

Como decíamos arriba y ha podido ver el lector atento, no hay motivo para confundir estas dos acciones guerreras: la primera fue en el año 778, en tiempo de Carlo Magno, y capitaneados los ejércitos francos por el mismo emperador; la segunda en 824, diez años después de la muerte de aquél; la primera fue un triunfo de los Vascones

¹⁸ Véase lo que escribe D. Manuel Oliver y Hurtado en el discurso sobre los principios del reino pirenaico, pág. 25: "Debió morir Íñigo Arista, por orden natural antes que su hermano García, alcanzando algo más por otra parte las memorias legítimas que restan de este último"; hace una llamada con el Nº 37 y escribe en la nota: "Escritura de donación de la villa de Ortolu al Monasterio de San Martín de Cillas... otorgada en la era DCCCLX VIII (año 860) reinando el rey García Jiménez en Pamplona y el conde Galindo en Aragón. Hay otras dos escrituras fechadas por el reinado de García Jiménez en Pamplona, una era DCCCLX VI (año 858) y otra en la era DCCCII (año 864)... pero estas no merecen fe...". Hay que fiar tan poco de la primera como de las dos últimas; y lo cierto es que en 861 ya reinaba el hijo de Íñigo Aritza. La data de las tres es dudosa y por eso no rectificamos nada de lo que aquí escribimos, respecto de García Jiménez (852-860).

¹⁹ "Nabarra en su Vida Histórica", pág. 416 y añade: "Nómina de los Monarcas pirenaicos: I. Íñigo Jiménez Aritza (824-852).—II. García I Jiménez (852-860).—III. García II Íñiguez (860-882).—IV. Fortuño el Monje (882-905).—V. Sancho I Garcés (905-926).—VI. García III Sánchez (926-970).—VII. Sancho II Garcés Abarca (970-994).—VIII. García IV Sánchez el Tembloso (994-999).—IX. Sancho III Garcés el Mayor (999-1035).—X. García V Sánchez el de Nájera (1036-1054).—XI. Sancho IV Garcés el de Peñalén (1054-1076).—XII. Sancho V Ramírez rey de Pamplona y Aragón (1076-1094).—XIII. Pedro Sánchez rey de Pamplona y Aragón (1094-1104).—XIV. Alfonso I Sánchez el Batallador rey de Pamplona y Aragón (1104-1134).—XV. García VI Ramírez el Restaurador (1134-1150).—XVI. Sancho VI Garcés el Sabio (1150-1194).—XVII. Sancho VII Sánchez el Fuerte (1194-1234)." Este último, fundador de esta Iglesia Colegiata y vencedor de las Navas de Tolosa.

"Grupo de héroes; su corona el yelmo; su trono la silla del caballo; su cetro la espada; su curso el de la avalancha; desde las cimas brumosas al valle, a la soleada llanura; con el ímpetu de quien vislumbra la tierra prometida."

solos, contra lo más granado del reino de los Francos; la segunda fue una victoria, fruto de la poderosa coalición de los Bascos,²⁰ y de los muladíes aragoneses, al mando de los Jiménez y de Muza y García el Malo contra los de Aquitania, dirigidos por los condes Eblo y Aznar; la primera, no fue verdadera batalla, sino una emboscada y una sorpresa bélica, bien meditada y hábilmente ejecutada, en represalia justa y legítima de la injustificada desmantelación de Iruña, el *castrum* de los Vascones; la segunda fue un verdadero combate librado para defender la independencia de Vasconia, arrebatada en gran parte por el hijo de Carlo Magno; la primera tuvo lugar en las vertientes *meridionales* de Atzobiskar y en la hondonada de Roncesvalles; la segunda en el puerto de Cisa y en las vertientes *septentrionales* de Atzobiskar o montes ciséreos; la primera fue dolorosamente célebre para los Francos, por el rey que la sufrió y los personajes que en ella sucumbieron; la segunda fue gloriosamente importante para Vasconia, porque con sus laureles se tejió la primera cuna del Reino-pirenaico.

LA BATALLA DE RONCESVALLES SEGÚN LA LEYENDA

Ya dijimos arriba que las Costas de Bretaña lloraron de tal suerte su orfandad a la muerte del caballero sin par, su Prefecto Rolando, que tradujeron su pena y dolor en canciones populares, medio ele-

²⁰ Decimos de los Bascos y no de los Vascones, porque hay indicios de que también los de habla vascuence vecinos de Vasconia intervinieron en esta segunda acción guerrera de Roncesvalles. Hay en Pasajes de San Juan (Guipúzcoa), una ermita, recostada en la falda de una montaña, dedicada a Ntra. Sra. de la Piedad, patrona de los marineros; en su muro interior hay adosadas en la pared dos grandes placas de barro cocido con inscripciones del siglo xvii; una de las inscripciones está en latín, la otra en castellano; de esta última transcribimos una copia fiel y exacta:

“Dando las gracias por la victoria
alcanzada y cumpliendo con el voto hecho
a Dios y a la bienaventurada María
siempre virgen en la era de 814
cuando fuimos a Orieriaga y puerto
del Pirineo que agora se llama Roncos Valles
a pelear contra el ejército
de Carlo Magno rey de los Franceses
con nuestro pueblo de la Vazconia por
sí mismos y sus compañeros del Pasaxe
vencedores; Juanes de Ubilla me fecit.”

La que está escrita en latín dice exactamente lo mismo.

Parécenos que Pasajes, por su situación geográfica pertenecía a Vasconia, pero el texto “con nuestro pueblo de Vazconiä” da a entender *que en otro tiempo* pertenecieron a Vasconia.

gíacas, medio épicas, las cuales dieron origen al famoso poema medioeval llamado la "Canción de Roldán".

Corto y sencillo en sus principios, fue hinchándose y creciendo en el camino de Burdeos a Compostela, merced a la inspiración y libertad poéticas de los juglares y troveros franceses, de los cancioneros españoles y, sobre todo, de los trovadores provenzales, los cuales le adornaron con hazañas fantásticas y maravillas tan inverosímiles que, exprimiéndolo, se puede sacar un poco más de historia que de "Las Mil y una Noches".

Por esto dice muy bien el infatigable analista Gastón París, que el autor de este canto es... "Legión", y que lastimosamente le han cubierto con un vestido flamante pero tejido de errores geográficos e históricos y adornado con epopeyas demasiado legendarias.

Y así es, en efecto; pues nada tan distante de la verdad como la horripilante descripción que hace de estas montañas de Roncesvalles:

"... Muy altos y empinados son sus montes;
"profundos, tenebrosos son sus valles
"donde aturde el ruido de torrentes
"que espumosos van saltando hasta los mares."

"Sus rocas, cuya cresta toca al cielo
"tajadas cual si espada de gigante
"desde el cielo al profundo del abismo
"las dejara partidas en dos partes."

"Angostos y torcidos sus caminos
"pendientes y perdidos en selvajes
"de espanto y de pavor llenan el ánimo
"del que cruza tan lóbregos lugares."

Sin embargo, los más elevados montes no llegan a 1,600 metros de altura sobre el nivel del mar, y no sin razón se llaman éstos "bajos pirineos".

Las rocas no existen, ni tajadas ni sin tajar, pues todas las cimas están cubiertas de verde vegetación y las pendientes de espeso arbolado; sólo alguna pequeña cresta rocosa se destaca, en la verdura, como el diminuto islote en la superficie azul del océano.

El camino, que no es otra cosa que la vía romana de Bourdeaux-Astorga y el camino de romería de las antiguas Peregrinaciones, es de pendiente larga, pero casi recta y suave por los montes de Cisa, hasta Atzobiskar; casi llano de Cisa a Ibañeta por la ladera sur de Atzobiskar, y corto, recto y no muy pendiente, de Ibañeta a la llanura extensa de Roncesvalles, Burguete, etc.

Pasemos de la geografía a la historia y encontraremos aún más exageraciones e inexactitudes.

“Carlo Magno, el de la barba florida, emperador de los Francos, tenía 37 años de edad, y era ya el emperador más poderoso del mundo: defensor infatigable de la fe de Cristo, y propagador de su culto; había edificado magníficos templos y fundado insignes monasterios; la fama de su santidad se había extendido por toda la tierra.”

“Alonso el Casto, rey de las Españas, que sentía acercarse el fin de sus días sin tener sucesión, temiendo que, a su muerte, el reino suyo fuese entregado a los adoradores de Mahoma, vino a ofrecer sus dominios al gran rey de los Francos, Carlos el Grande; pero los Astures y Cántabros, a espaldas de los cuales se hacía este testamento, le negaron su obediencia.”

“Entonces fue cuando el walí de Zaragoza Ibn-el-Arabi, vino a pedir el apoyo del gran emperador cristiano para independizarse del gran Califa de Córdoba Abderrahmán I. El deseo de manifestar a los Cántabros y Astures, con sus armas invencibles, que no en vano había aceptado su reino; su celo por convertir a la fe cristiana a los adoradores de Mahoma, de Apolo y de Tervagant, que casi llenaban la península ibérica, y el afán de extender sus dominios hasta las costas africanas, para, con razón, ser ungido Emperador de Occidente, le decidió a hacer un llamamiento urgente a sus ‘Doce Pares’, que con sus huestes incontables habrían de formar el ejército más fuerte de la tierra.”

Como un solo hombre, acudieron todos al real llamamiento:

“El bravo Durandarte, el gran Ricardo
”Gaiferos, Naimo, Otón y Belenguero
”Anselmo, don Turpín, Avivio, Alardo
”el alemán Godofre, el fiel Rainero
”de todos hecho un escuadrón gallardo
”lanzando rayos de su ardiente acero
”por el revuelto ejército de España
”rompiendo van en mortandad extraña.”

“Llevan a la cabeza al mismo emperador, que cubría su cabeza con un casco de hierro, terminado en vistoso penacho de plumas negras, sostenido con una brillante fíbula de esmeralda, el amplio manto verde sobre su túnica blanca como la lana de los corderos, que en el Pirineo pacen y triscan, de la cual estaba tejida; calzados sus pies y piernas con peludas correas de buey silvestre, y montando brioso corcel colorado, enjaezado de pieles, con ricas aplicaciones de oro y con estribos y frenos de plata.

”Y pasan a España por las puertas de la Marca Hispánica y por los puertos de Cisa y los desfiladeros de Erronçabal.

”Y se libra gigante batalla en las orillas del Ebro, que retrata en sus ondas la inmortal Cesaraugusta.

"Rolando, cuyos brazos nervudos bambolean pesadas mazas de hierro, hace una verdadera sarracina: los sarracenos, que escapan a sus golpes, son machacados por Karl en las arenas del gran río; la 'durindana' del héroe de Bretaña, se emborracha de sangre mahometana.

"Pero el día se acaba, y la batalla no se decide completamente en favor de los cristianos.

"Turpín, que, durante la batalla, reza los salmos implorando el auxilio del Dios de las Batallas, manda al sol que detenga su carrera, y el sol, como en tiempo de Josué, se detiene arbolado por el rojo crepúsculo vespertino, hasta que la sultana del Ebro abre sus puertas a los seguidores de Cristo.

"Karlos convierte la ciudad al Cristianismo, y, tomando el rico botín de la victoria y por rehenes a los Árabes principales, con sus arreos y esclavos, vuelve a su país, parando en Iruña, para el descanso de sus bravos soldados.

"Allá piensa que las murallas ciclópeas de la capital de Vasconia pueden ser un día baluarte inexpugnable de los sarracenos, si ellos ocuparan la ciudad, y la dismantela, destruyendo hasta el suelo sus muros.

"En esta confianza, y después de haber dictado sabias leyes para el bien público, camina hacia el Pirineo y llega a Erronçabal.

"Pero, ¡ah!, que los Caballeros de la región galaica, los Astures y los Cántabros indomables, se habían aliado con el Emir de Córdoba Aliah-tán, el cual había mandado a su valido Marsilio, rey moro, al frente de un grueso ejército, y reunidos en las fragosidades de la gigante cordillera de Atzobiskar, al paso de los francos, obedeciendo al rugido del cuerno de buey, salieron de sus emboscadas y les acometieron con recio empuje.

"Ya la vanguardia coronada por el cristiano emperador había repasado los montes de Cisa y llegaban sus caballos a beber las corrientes heladoras del Nive cuando apenas tocaba en Ibañeta la retaguardia; las armas aliadas acorralan a los Francos; éstos tiemblan, pero, acostumbrados a vencer, se reponen del primitivo pavor; hacen alto, resisten, combaten, pero no hay dique capaz de contener la avalancha impetuosa de guerreros que se les ha echado encima, arrolladora.

"Chocan horrifonas las dos armas; caen unos, levántanse otros; y es tal el furor de los aliados que los Francos titubean, cejan y, empujados con violencia, mueren unos, retroceden otros, y estrechados todos por el hierro, son precipitados por la pendiente, cayendo envueltos en piedras, troncos de árboles y flechas, a la oscura profundidad del barranco."

Los soldados de Karlos conocen su situación desesperada; mueren al golpe penetrante de las lanzas sus caudillos; entra en ellos una alborotada confusión, el pánico y el desorden, y cada uno solo procura ya ponerse a salvo en la espesura del bosque.

Pero en vano: están cercados y mueren víctimas del furor implacable de los hijos del Islam.

Rolando, el Prefecto de las Marcas de Bretaña, hace esfuerzos heroicos de valor; ha visto a los otros Pares caídos en el suelo, palpitando en agonía sangrienta, y su fiel "durindana", movida por supremos esfuerzos, siembra la muerte a su alrededor.

Allá se ve a Bernardo del Carpio, que con su alado caballo acude a todas partes; él ha tenido combate singular con cada uno de los nobles Pares y a todos ha dejado encharcados en su sangre humeante; tan pronto se ve su blanco caballo en la cresta de la montaña como en la hondonada del bosque; y todos dirían, si no le reconociesen por su manto dorado echado al viento y su cabellera de oro, que el apóstol San Jaime corría por los aires en aquel campo de batalla.

El rey Marsilio, llenando los huecos que al caer de los Astures se producen, va acabando con el poco movimiento de vida que sus aliados, en pos de sí, dejan, y todos realizan hazañas y proezas de valor.

Ya no queda vivo más que el coloso Rolando, a quien su tío Karlos encomendó la dirección de la retaguardia; él solo libra el último episodio triste de la derrota.

"Rodeado de veinte sarracenos, sostiene con ellos dura pelea, hasta que los vence y los machaca, pero también él sucumbe desangrándose por las heridas que ha recibido."

"En su agonía siente llegar, lanza en ristre, un caballero moro que ondeando al viento su jaique de nieve se precipita sobre el héroe; entonces saca fuerzas de valor, se levanta y, con un golpe de su fiel 'durindana', parte por medio al caballero y al caballo."

Aunque el pecho tiene herido, aplica a su boca ensangrentada el cuerno de marfil, que colgado del cinturón llevaba para pedir socorro a la vanguardia y, soplando, le hace rugir de tal manera que le rompe por un costado, abriéndole grande brecha; a pesar de ello, Karlos, que estaba ya en su reino, a cuatro leguas de Atzobiskar, llega a percibir su sonido.

En fin, sintiendo de muy cerca la muerte y no queriendo a ningún precio dejar su fiel espada durindana en manos de los infieles, pretende romperla dándole tres recios golpes sobre la roca de "Sardonix", pero es la roca la que se abre en dos mitades, quedando a la espada una boca como señal de esta su postrer proeza.

Entonces confiesa a voces sus pecados, pide perdón a Dios y a su bella prometida Alda y, muriendo de reseco, bajan los ángeles, que hacen brotar al lado de su boca una fuente de tersos cristales, en la que sacia su sed de agonía.

Expira en seguida dulcemente, mientras San Miguel de Peril y San Gabriel, y un coro de espíritus angélicos llevan el alma del noble Bretón a los gozos de Paraíso.

Karlos, que jugaba al ajedrez en una casa de Luzaide, llamada después de Bonconseil,²¹ reunió en consejo a sus capitanes al oír la bocina de su caro Rolando y se apresuró a volver en auxilio de la retaguardia.

Mas, cuando escalando los puertos de Atzobiskar y de Cisa llega a Erroncabal, no ve más que un cementerio inmenso de cadáveres iluminados por la pálida luz de la luna y los carros de armas, de bagajes y de botín, deshechos y saqueados.

Los vencedores, ágiles como los corzos de estas montañas, habían huido después de acabar con la vida del último soldado franco, llevándose el inmenso botín que Karlos había acumulado en su triunfal carrera.

Eginhardo, en su "Vita Karoli", dice expresamente: "Karlos no pudo vengar sus muertos; ya no queda más consuelo a su corazón, para siempre atribulado, que cumplir con sus difuntos los últimos deberes de cristiano, dándoles piadosa sepultura."²²

"Así lo hace (continúa la leyenda), edificando un gran carnario subterráneo, coronado con la cruz del Redentor."

El rey de los Francos perdió en esta aventura la flor de sus ejércitos: allá perecieron los doce insignes Pares, el santo arzobispo de Reims, Turpín, y lo más granado de la Caballería franca...

*

Esta es la leyenda sugestiva y bella que, uniendo la histórica rota carolingia con un Roncesvalles fantástico y un Rolando de colosales maravillas, ha sido fuente inagotable de inspiración para los vates de la Edad Media.

Los cancioneros de la España guerrera y caballeresca le han dedicado sus mejores romances; los rimadores de Alemania la han hecho el asunto de sus más bellos cantares; los troveros y juglares del norte y mediodía de Francia la han llorado con sus mejores cantos épicos; los trovadores provenzales vaciaron en este asunto su inspiración, su rima lírica y sus cadencias insuperadas; innumerables vates italianos han

²¹ En Valcarlos corre de boca en boca una leyenda respecto de esta casa; la hemos oído cantar a nuestro amigo muy querido D. Crispín Urroz (q.e.p.d.) médico que fue de aquella hermosa villa navarra fronteriza por espacio de muchos años.

Cuando Carlomagno pasó los Pirineos con la vanguardia de su ejército, descansó en este caserío de Mocospel y en una de sus habitaciones jugaba al ajedrez con sus capitanes cuando supo la derrota de Roldán y de la retaguardia que mandaba; allá mismo, celebrado consejo con los jefes militares, acordaron en volver a socorrer a la retaguardia; desde entonces la casa se llamó de Bonconseil (del buen consejo), que después, por corrupción de la palabra, se ha llamado el caserío de Mocospel; esto dio motivo a que el relicario esmaltado de la Colegiata se llamara el "ajedrez de Carlo Magno".

²² Eginhardo, "Vita Karoli Magni", ad annum 778 (Bouquet: tomo V).

hecho a Rolandino el héroe de sus cantos dulcísimos; y esta batalla hizo centellear la imaginación vivísima de Ariosto en su "Orlando Furioso".

Es más: los rudos camaradas de Guillermo el Conquistador entonaban sobre el campo de batalla de Hastings la "Chanson de Roland", y los turistas de nuestra época han advertido con sorpresa que las hazañas de Roldán se cantan, ¡hasta en los países glaciales de Feroe! (islas inglesas), y ¡hasta en la sombría y volcánica Islandia!... El pescador que rema su barcarola en aquellos mares brumosos, el pastor que guía el numeroso rebaño de ovejas por los flancos pelados de aquella isla lejana, y la vaquerilla que teje su sayal de lana en las rústicas barreras de sus prados, endulzan su soledad con un canto quejumbroso, en cuyas coplas se gime y se llora "por la triste suerte del joven caballero Rolando, prometido de la bella Alda, el cual sucumbió a los golpes de los Sarracenos... ¡¡allá abajo!!... ¡¡¡muy lejos; muy lejos!!!... en los sombríos desfiladeros de Ronsvaldwoollen."

ALGO DE CRÍTICA HISTÓRICA

No sería extraño que, al concluir la lectura de esta legendaria epopeya, exclamase algún lector: ¡lástima que no sea verdad tanta belleza!

Es necesario, sí, quitar todo oropel para que el purísimo oro de la Historia brille en el entendimiento, iluminándolo y, encantándolo, cautive el corazón.

Desde luego, es ya indiscutible entre los investigadores y sanos críticos, que Carlo Magno sólo una vez pasó por Vasconia, y una sola vez sufrió la humillación de una derrota en Roncesvalles, el día 15 de agosto del año 778; éste es el sentir de Jaurgain, de Gastón París, de Cardaillac, de L. Colás, de Dubarat, de Daranatz, de Campión en "Nabarra en su Vida Histórica"; de Moret Ohienart, Marca, etc., y, en fin, de todos los que, prescindiendo de los romances y "cantos de gesta", han bebido en las fuentes claras de los anales y cronicones depurados y han gastado largos años en quitar polvo secular a pergaminos y vitelas, hasta que han encontrado datos fidedignos y decisivos.

Así, pues, no es cierto que Alonso el Casto interviniera en la derrota, ni personalmente ni por medio de sus Astures o Cantabros; para comprobar lo cual, no hay más que recordar que el año 778 sostenía de cetro de Asturias el rey Silo y que el reinado de don Alonso duró del 791 al 842.

Es verdad que a fines del siglo VIII (año 798), estando Carlo Magno en Aquisgrán, recibió a Basílico y a Fruela, embajadores del rey Casto, los cuales llegaron a pedir su amistad ofreciéndole, como presentes dignos de la grandeza imperial, una rica tienda de campaña

de valiosísimas telas moriscas, con broches y cerraduras de plata y oro y con todo su regio ajuar, juntamente con otros muy preciados despojos, botín de una importante incursión que en tierras de moros hizo don Alonso en las orillas donde el Tajo desemboca.

Es también probado que hubo en los últimos años de Carlo Magno estrecha amistad entre el poderoso restaurador del Imperio de Occidente y el rey de las montañas cántabro-galaicas; es muy verosímil que en los cálculos de don Alonso entrara el ensanchar sus dominios por territorio musulmán, con la ayuda poderosa de Carlo Magno, pero, es asimismo indiscutible que nunca las Armas de estos dos monarcas cristianos fueron unidas a combate alguno.

De la misma manera está investigado que ni los musulmanes, ni otros ejércitos extraños, sino los Vascones y sólo los Vascones, como ya sabemos, fueron los vencedores de aquella ingente derrota. "Ellos solos —dice Cardaillac—, vengaron sus legítimos agravios, dentro de sus propios dominios.

FABULA DENTRO DE LA LEYENDA

Cuatro personajes, completamente fabulosos, pero en cuya fisonomía pueden sorprenderse rasgos bien marcados de otros personajes históricos, aparecen como héroes vencedores o vencidos, en la epopeya carolingia: Bernardo del Carpio, héroe cristiano del reino de los Astures, y Marsilio, paladín de los Musulmanes, *vencedores*; Turpín, el santo Arzobispo de Reims, y Oliveros, uno de los Doce Pares, *vencidos*.

BERNARDO DEL CARPIO

Bernardo del Carpio es un guerrero imaginario, en absoluto, en el siglo VIII; pero el romance no lo inventó, sino que, como dice muy bien Milá y Fontanals, en su tratado "De la poesía heroico-popular castellana", trasladó a la época carlovingia y fantaseó las proezas de Bernardo, hijo del Conde de Rivagorza y de Pallars, casado con doña Toda, hija del conde de Jaca, Galindo, que escribió con su espada páginas preciosas peleando contra la morisma.

Cuando los trovadores españoles aprendieron de los juglares franceses la "Chanson de Roland", la transformaron de tal suerte que de ella hicieron un romance que venía a ser protesta viva del sentimiento nacional contra toda extranjera invasión.

El romance castellano introduce también un héroe nacional, al lado de los anónimos vencedores, prototipo caballeresco, que pone enfrente del héroe franco de los "cantos de gesta": ante Roldán, aparece nuestro Bernardo del Carpio.

Supongo al lector ansioso de saber algo de este fantástico paladín y es justo entresacar algo de su vida romancesca. Dícese que vivió durante el reinado de Alfonso II, el Casto.

El P. Mariana escribe: "Los gloriosos principios de este Príncipe (D. Alonso), se amancillaron y oscurecieron con un desastre y afrenta que sucedió en su casa-real; y fue que su hermana, la infanta doña Jimena, olvidada del respeto que debía a su hermano y a su honestidad, puso los ojos en Sancho, conde de Saldaña, sin reparar, hasta casarse con él."

"Fue el matrimonio clandestino, y de él nació el infante 'Bernardo Carpanse o del Carpio', que, según Ambrosio de Morales, era 'muy gran caballero, en gentil disposición y hermosura, en fuerzas y en destreza y en consejo y en esfuerzo; así que se aventajaba mucho sobre todos nuestros españoles'."

Cuando nació este niño, creyéndolo el rey fruto de ilícitos amores, encerró al conde de Saldaña en una fortaleza.

Mozo era ya Bernardo, cuando aún ignoraba las desgracias de sus legítimos padres; mas un día, dos damas llamadas Urraca Sánchez y María Meléndez, lo pusieron en su conocimiento por medio de dos caballeros parientes suyos que solían acompañarle.

Desde entonces, su vida se desliza entre súplicas al rey, por la libertad de su padre, avalorando estos ruegos con cien proezas que lleva a cabo, haciendo correrías guerreras en tierra de moros, y en otras tantas negativas del monarca, que no perdona la aparente infamia.

Un día vino a la cámara de su tío don Alfonso, con las armas ensangrentadas y cargados sus pajes de riquísimos despojos de los Sarracenos; puso todo a los pies del rey y, arrodillándose, imploró por vez postrera perdón para su padre; y, como el rey continuase en su resistencia, Bernardo huyó de la corte y, a cuatro leguas de Salamanca, donde está ahora la villa de Alba, edificó el castillo del Carpio, del cual él mismo tomó el apellido.

Desde allá hacían incursiones ya por el reino de los Astures, robando sus ganados y talando sus campos, ya por tierras moriscas, enriqueciéndose con rico botín.

Los grandes de Salamanca aconsejaron al rey que libertase al padre de Bernardo, y Alfonso II accedió a la súplica, con la condición de que abandonara la fortaleza del Carpio y fuese entregada al reino.

El amor ardentísimo de Bernardo al autor de sus días y el ansia suprema que tenía de abrazarle, le hicieron capitular y entregar su castillo. Por fin iban a realizarse los sueños de toda su vida, pronunciando su lengua el dulce nombre de "padre", y oyendo el gratísimo acento de "hijo y salvador", pero ¡ay!, Sancho, el conde de Saldaña, había muerto en su mazmorra y, al abrirse los oxidados cerrojos de la torre, Bernardo no pudo más que besar la mano helada del desgraciado esposo de la princesa doña Jimena, su madre infortunada...

“Pues como le hubiesen despojado de su castillo —dice Mariana—, y como la muerte le despojase de su padre, abandonó su tierra y se internó en Navarra.”

“Y como los nobles Astures, protestando del testamento de su rey, se alzan iracundos y acuden a los pirineos de Vasconia, en son de guerra contra el monarca extranjero, a ellos se une el del Carpio, que los capitanea y, enfrente de Rolando, hace maravillas de valor, y vence y, en singular desafío, da muerte al coloso de los Francos...”

Después de esto, toma el báculo de peregrino, y en el camino de romería, muere santamente...

MARSILIO, EL REY MORO

Sólo tejiendo retazos de las crónicas árabes, de las narraciones del Obispo de Tuy, y de las épicas estrofas de la “Canción de Rolando”, se puede escribir algo de este sarraceno misterioso, que compartió sus proezas con Bernardo del Carpio y Roldán y, en opinión de Lucas de Tuy, desbarató la retaguardia de los Francos, y coronó su frente con los primeros laureles de la ingente derrota de Atzobiskar.

Después que Abderrahmán I tomó posesión de su emirato, estableciendo el califato árabe-español, independiente de Asia y África, con el último y único vástago de la familia sarracena Beni-Omeya, que tantos años había reinado en Damasco y que se creía extinguida, después de la horripilante cena, que el próximo descendiente de Mahoma, el feroz Abdallah dio a los noventa descendientes de los Omníadas, degollándolos traidoramente sobre las mesas del festín; se ocupó el joven y generoso monarca muslim en sembrar el orden y la paz, en el vasto territorio peninsular en que asentaba su dominio.

Para ello puso walíes o gobernadores de las ciudades importantes a los jaiques más principales y más de su confianza.

Tocó a Sevilla el notable Abdelmelek ben Omar, el legendario *Marsilio*, del romance medioeval.

Cuando Yussuf, el único defensor y develador incansable de la proscrita familia de los Abassidas, levantó banderas contra el emir, proclamándose él mismo emir legítimo de España y llamando al joven Omeya “el intruso” (adaghel), el joven Abderrahmán mandó a su walí favorito de Sevilla, *Marsilio*, para que sofocara la rebelión.

Marsilio, que contaba los triunfos por batallas, pronto recobró todas las ciudades de que Yussuf se había apoderado.

Continuando la persecución del indomable fehri, le alcanzó en los campos de Lorca, acuchilló terriblemente sus huestes y el mismo Yussuf sucumbió acribillado de heridas; su cabeza fue enviada al emir, que mandó colgarla en una de las puertas de los muros de Córdoba (año 759).

Deseosos de vengar la muerte de su padre, recogieron su bandera ensangrentada los tres hijos mayores del fehri, enarbolándola, en son de guerra eterna a los Omeyas, por varios lugares de la península.

El hijo mayor, vencido, fue igualmente decapitado y su cabeza fue colgada en el mismo aldabón que la de su padre; perdonó la vida Abderrahmán a los otros dos hijos, y los puso prisioneros.

Entre tanto, el viejo Hixem ben Adra, reunió las huestes dispersas de los fehriés y, acaudillándolas, sorprendió a Sevilla, la saqueó, y pasó a cuchillo a cuantos encontró a su paso; vuelve Marsilio de sus correrías guerreras y obliga a Hixem a correr a Medina-Sidonia, donde se encerró con todos los caudillos facciosos que allá le esperaban.

El célebre Marsilio fue sobre ellos y tanto apretó el cerco que los sitiados, no pudiendo resistir por más tiempo y aprovechando la oscuridad de una noche tempestuosa, salieron por varias puertas de la ciudad, y se precipitaron sobre aquel bosque de lanzas de los de Marsilio.

La súbita arremetida desordenó al principio el ejército del esforzado walí de Sevilla y, aprovechando la confusión, pudieron muchos escapar y, escalando las serranías de Ronda, se libraron de una muerte segura; pero Hixem, menos afortunado, tuvo la desgracia de que su brioso corcel cayese y, envuelto por un grupo de soldados, fue llevado, oyendo incesantes rugidos de triunfo, al terrible Marsilio.

Acordóse el temible walí de la benignidad del emir; y temiendo que, en su excesiva bondad, le hiciese gracia de la vida, cortó la cabeza del venerable viejo y, como de costumbre, la mandó a Córdoba en señal de triunfo (año 765).

¡Ah!, pero los partidarios de la dinastía caída jamás perdieron la esperanza de verla resucitada y triunfante.

Corría el año 768, cuando innúmeras bandas dispersas de africanos se unieron a los peninsulares partidarios de los Abassidas y, acaudillados por Abdel-Gafir, invadieron las comarcas de Antequera y como arrolladora marea blanca se precipitaba sobre la bella ciudad del Betis.

Noticioso de esta aproximación, armóse el valeroso Marsilio y, con intrepidez insuperada, salió a su encuentro.

Mandó de descubierta a su hijo al frente de un destacamento, pero, joven inexperto, asustado ante el ataque brutal de la caballería de Gafir, volvió bridas a su caballo y corrió a refugiarse al lado de su padre; Marsilio no pudo reprimir la cólera que esta huida le produjo; enristró ciegamente su lanza, le derribó del caballo, dándole lastimosa muerte, mientras, en su paroxismo loco exclamaba: "tú no eres hijo del valiente Marsilio: ¡muere, cobarde!, que los hijos de Meruán no han huido jamás."

"Sangrienta y brava —dice un célebre historiador— fue la lucha que se emprendió al día siguiente. El grueso de la facción acudió a

Sevilla, en la confianza de que Ayub-ben-Salem les abriría las puertas de la ciudad. Abdel-Gafir ocupó a Alxarafe (San Juan de Alfarache), donde esperó las tropas de Marsilio.”

“Al penetrar en las calles este intrépido jefe, una lluvia de venablos y de saetas, lanzadas desde las ventanas, diezmó sus filas; sus mejores oficiales pagaron con la vida tan temerario arrojo y el mismo Marsilio cayó gravemente herido. Entre tanto, en Sevilla, ejecutábase otra, no menos sangrienta tragedia.”

“Ben-Salem se había alzado abiertamente en favor de los rebeldes; había ocupado el alcázar y degollado su guarnición. A. Gafir, triunfante en Alxarafe, recibió aviso de avanzar; sus feroces hordas entraron, sin obstáculo y ya de noche, en Sevilla; el palacio del walí fue brutalmente destrozado, robadas las casas de los opulentos vecinos y entrados a saco los almacenes de víveres y armas. ¡Infausta noche fue aquella!... Cuando la desenfrenada soldadesca se hallaba entregada a los horrores del más atroz vandalismo, vino a completar la confusión del sombrío cuadro la entrada de la caballería de Marsilio, que, capitaneada por sus lugartenientes, penetró por las calles de la ya horrorizada población. Las tinieblas de la noche, el estrépito de los caballos, el sonido de los instrumentos bélicos, los ayes de los moribundos y el crujir de las armas, todo formaba un conjunto de lúgubres y espantosas escenas; hasta que el resplandor del nuevo día vino a poner término al negro y sangriento cuadro. Abdel-Gafir, con sus rebeldes, se vio obligado a evacuar la ciudad y los sevillanos respiraron, que hartos lo habían menester.”

Pero tanta discordia y tan violento estado de cosas no podía durar. Púsose al frente de todos los ejércitos el mismo emir, y, caminando de victoria en victoria, arrolló completamente a los rebeldes.

Más de cincuenta cabezas de jaiques africanos fueron repartidas y adornaron los muros de las principales poblaciones de Andalucía. El vencedor dio sabias medidas para restituir la paz y dictó leyes enérgicas para que el rescoldo de la rebelión, que nunca se apagó, no saliese a la superficie.

Trasladóse el magnánimo Abderrahmán, de los campos de batalla a Sevilla, para visitar y consolar a su valiente y fiel Marsilio, el cual, además de las heridas, sufría un tormento moral insufrible que en su alma se había adentrado por la muerte que, en un momento de ciego arrebató, había dado a su hijo.

El emir creyó que Marsilio no podría sobreponerse al dolor si vivía en Sevilla; la silueta de aquel hijo, tan gallardo y tan amado en otros tiempos, había de ser proyectada en la sombra de las palmeras de sus jardines, incesantemente, y retratada en las márgenes del Betis.

Era necesario mandarlo a otro país, lejos, muy lejos de aquella tierra, cuyos encantos se convirtieron, en un momento fatal, en fuen-

tes de dolor... y le nombró walí de Cesaragusta y de toda la España oriental, el año 772.

Poco tiempo vivió, después de este nombramiento, pues en el otoño del 777, viéronse bogar en los mares africanos unos esquifes alados que traían a España al famoso "Eslavo", aquel otro fihirita de ojos azules, como los lagos de Alejandría, y de cabellera dorada como los rayos del sol oriental, a cuyo calor se había criado; el cual, luego de haber pisado tierra española, se apresuró, como asegura Dozy, a entablar negociaciones con Suleimán, el walí de Zaragoza, a fin de establecer una alianza contra el emir de Córdoba.

Abderrahmán-ben-Abib, que tal era el nombre del "Eslavo", acariciaba la idea de destronar a Abderrahmán I, para imponer la soberanía del califa de Oriente, que, a la sazón, era Al-Mhadí-Ben-Almanzor.

A pesar de lo que afirma Dozy, de la coalición y de su presentación a Carlo Magno, históricamente comprobado sólo está que el "Eslavo" vino a España y que intentó coaligarse con los enemigos del emir español para establecer al de Oriente.

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que, para el año 777, el gran Marsilio había muerto, acaso víctima de remordimientos monstruosos, y había sido sustituido por Suleimán Ibn-el-Arabi, del que luego volveremos a ocuparnos.

Y he aquí el célebre personaje que los cantos de gesta han hecho rey y le han hecho resucitar para que asista a la rota de Atzobiskar, y ha sido el héroe a quien cantó Ariosto y traído por Cervantes a la escena del retablo de Maese Pedro, en el *Quijote*.²³

TURPÍN, EL SANTO ARZOBISPO DE REIMS

¿Cómo iban a prescindir los devotos peregrinos, en sus cantos de romance, de un Capellán, que al lado del abanderado y a la izquierda del rey cabalgase en blanco corcel y tremolara el signo bendito de la Redención, en las batallas?... Y se fijaron, claro está, en el arzobispo de Reims, que era el Primado de Francia (en tiempo de las peregrinaciones), y que habría de llamarse Turpín, porque así lo aseguraba él mismo (el falso Turpín, del cual hablaremos luego).

Hubo en Reims (Francia), un Arzobispo que, siendo monje de San Dionís, monasterio que estaba situado cerca de París, fue elevado a la dignidad arzobispal.

Llamábase Tilpino (Thilpinus).

²³ Parece que el nombre de Marsilius, como se lee en el romance latino, viene de Marfilus u Omarfilus, que eso significa Ben-Omar; y ese era el verdadero nombre del árabe Marsilio: Abdel-melek-Ben-Omar.

Como rey moro y vencedor de Carlo Magno es romanesco y legendario; como Walí de Sevilla y de Zaragoza es rigurosamente histórico. (Véase: "Conde", parte I; "Abulfeda", Annales musul.; "Al Makari" y "Lafuente", tomo II.

Distinguióse tanto por sus dotes de gobierno y sobre todo por sus virtudes, que Carlo Magno pidió al Romano Pontífice que le nombrase Primado, aunque, según los historiadores, no significaba la dignidad de Primado, sino el privilegio de ser metropolitano, es decir, Primado de las diócesis sufragáneas.

Parece, sin embargo, cierto que desde entonces al prelado de Reims se llamaba en los documentos pontificios "*Episcopus et Primas Remensis Diocesis in sola sujectione R. Pontificis permanens*" (Obispo y Primado de la Diócesis de Reims, el cual está sujeto solamente al Romano Pontífice).

Una de sus ponderadas disposiciones fue: sustituir los canónigos seglares de la catedral de San Remigio, por monjes Benedictinos que a la sazón eran observantísimos.

Ludovico Pío, sucesor del Emperador de Occidente Carlo Magno, celebró una reunión de los hombres más sabios y santos de su tiempo y entre otros (muy pocos), asistió el venerable arzobispo de Reims, Tilpino.

Murió en Reims, en olor de santidad, y por espacio de algunos siglos estuvo en el Martirologio, y la Diócesis de Reims celebraba su fiesta con gran solemnidad el día 2 de septiembre.

Ninguno de sus biógrafos dice que acompañó a Carlo Magno, y mucho menos que asistiera a ninguna batalla y desde luego es enteramente gratuito afirmar que murió en la rota de Roncesvalles y decir que se llamaba Turpín.²⁴

²⁴ La "Chanson de Roland" en su verso 3689 y siguientes, da a entender que los despojos mortales de Roldán, de Oliveros y del arzobispo Turpín, fueron transportados a Blaye por mandato de Carlomagno y que fueron inhumados en esa villa francesa, en la cripta de la iglesia de San Román; dicen traducidos al romance:

De su sobrino Rolando
y Olivier su compañero
y Turpín el Arzobispo
los tres muy nobles guerreros
a la iglesiola de Blaye
fizo transportar los huesos
do en blancas arcas de mármol
descansan mientras al Cielo
sus almas, con San Román
y los Angeles subieron...

"Yo vuelvo a recordar —dice L. Colás— que el arzobispo Turpín murió mucho tiempo después de la batalla de Roncesvalles, en el año 800."

"En el epitafio de Turpín que en Reims adornaba la losa de su sepulcro y que se ha conservado hasta hoy, se mencionan todas sus virtudes pero no se dice nada de las hazañas que le atribuye la leyenda y tampoco dice de su asistencia al desastre carlovingio. El Turpín de Roncesvalles es un personaje imaginario."

("Les Sepultures de Roland", p. 6.)

Dispútase entre los investigadores la época de su vida; y mientras unos dicen que ascendió a la silla arzobispal el 760 y que murió el 2 de septiembre del 800, otros afirman que nació el 775, y que vivía aún en tiempo de Ludovico Pío (814).

Mas he aquí que, a fines del siglo XI, un monje, según consta en los Anales Francos de Charles Cointe, y en todos los serios historiadores, que vivía cerca del 1100, escribe un libro "Historia de gestis seu vita Caroli Magni el Rollandi", cuyo autor se apellida Juan Turpín, Arzobispo de Reims.

El fingido arzobispo remense cuenta los hechos de Carlo Magno, como testigo ocular, dando cuenta detallada y exagerada de la vida y milagros del Emperador.

Parece que el monje fue francés, aunque escribió su obra en latín; pero no faltan historiadores franceses, entre ellos Ohienart, en su "Notitia utriusque Vasconiae", que afirman fue español.

Sea de esto lo que quiera, este libelo vino de perlas a los cancioneros provenzales, para dedicar unas páginas de sus trovas al inseparable Capellán de Carlo Magno, cantando a su santidad y a su valor, y como los juglares franceses habían aprendido en España que el Arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, fue un santo en su vida episcopal y fue un héroe en las Navas de Tolosa, tremolando la cruz bendita, para dar ánimo y esfuerzo a los combatientes, introducen ellos en su "Chanson" otro Arzobispo Turpín, del cual había de ser émulo el Prelado español.

Es necesario, pues, concluir con Jean Le-Pelletier, en su "Comentarium falsi Turpini", que no existió el tal Turpín y que el santo Arzobispo Tilpino ni siguió a Carlo Magno, ni escribió libro alguno, ni fue testigo de las batallas carolingias.

OLIVEROS, PAR DE LOS FRANCOS

Entre los personajes imaginarios y de romance, ninguno tan novelesco como Oliveros, así como Guarinos; los historiadores ni tan siquiera han tomado en consideración estos nombres para vindicar la verdad de la historia carolingia.²⁵

²⁵ Los cantores épicos de la Edad Media dedican algunos versos, muy pocos, a Oliveros. Dicen que fue hermano de la "bella Alda", la prometida de Rolando y que su cuerpo yace en Blaye, pueblo de la "Champaña", al lado del de Roldán y Turpín.

Acerca de esto y para confirmarnos de que Oliveros no existió más que en la imaginación de los trovadores provenzales, nos parece oportuno copiar aquí lo que escribe H. Tomás Leodio en su "Vita Friderici II", lib. I, pág. 5.

"Las crónicas francesas nos cuentan que Carlo Magno y sus Doce Pares eran de raza de gigantes. Para saber si esto era verdad, Francisco I, el rey francés prisionero de España, amante entusiasta de todas las antigüedades, al

Nosotros, en particular, de estos dos supuestos guerreros sólo hemos de decir, con todos los buenos analistas, que estos nombres fueron, ni más ni menos, que ripios del romance épico y un modo algo airoso de afirmar en sus versos que los Doce Pares perecieron. Pero veamos con brevedad cómo estos cinco personajes se esfuman rápidamente, puestos en el crisol de una juiciosa crítica: si en realidad existieron, no asistieron, ciertamente, a la célebre derrota de Carlo Magno.

En primer lugar, debe notarse la anomalía (que en buena crítica histórica se llama argumento negativo), de que ningún autor ni crónica

volver de su cautiverio se detuvo en Blaye y, entrando en la iglesia de San Román, bajó a la cripta donde estaban enterrados Roldán, Oliveros y San Román. Los sepulcros de mármol que le enseñaron eran de dimensiones ordinarias."

"Hizo romper un pedazo de mármol del sarcófago que se decía de Roldán y mirando su interior hizo un gesto, y sin decir una palabra, mandó ajustar el trozo arrancado a su sitio, con cal y cemento. Aparentemente pareció no haber aclarado sus dudas aquel examen ocular."

"A los pocos días el príncipe de palacio, Federico, que había ido a Cognac para saludar a Francisco I, a la vuelta se hospedó en Blaye y quiso ver los famosos sepulcros. Acompañábamos a Federico, su médico el doctor Langa y yo. Un lego hacía de cicerone. Mientras el príncipe se entretenía examinando distintos objetos de la cripta, nosotros preguntamos con insistencia al cicerone si era cierto que todavía se conservaban enteros los huesos de aquellos paladines de Carlo Magno y si eran tan grandes como él decía. —Es cierto —respondió el lego— la fama no ha mentido una sílaba y si las dimensiones de los sarcófagos son tan pequeñas, es porque aquí sólo se trajeron, de Roncesvalles, los huesos atados en un hacecillo.—Las arcas estaban preparadas y como los fémures eran más largos que el hueco interior, hubo necesidad de quitar mármol a las paredes internas a fin de introducir íntegros los huesos—..."

"Nosotros quedamos admirados de la talla gigantesca de aquellos héroes, pues, según nuestras medidas, el hueso fémur había de tener más de tres pies de largo."

"Subió el príncipe a la iglesia con el cicerone y nosotros nos quedamos rezagados con vehementes deseos de ver aquellos formidables huesos; el mortero que unía el pedazo de mármol, quitado por orden del rey, estaba fresco aún; no nos fue muy difícil abrir nuevamente el sepulcro, mas... ¡qué desilusión!... allá no había más que muy pocos huesos y el mayor no era ni más largo que mi dedo ni más grueso que dos veces el dedo pulgar..."

"Ajustamos de prisa el fragmento de mármol y abandonamos la cripta riéndonos de la fullería del buen cicerone..."

"Este pasaje —agrega L. Colás— es interesante e instructivo; en él encontramos esa tenacidad tan frecuente en querer conservar a toda costa, y con perjuicio de la verdad histórica, aquellas tradiciones insostenibles que han dado fama a algunos lugares antiguos. De aquí se formaban los cantares populares que contribuían a extender estos engaños, como los que aún se cantan en las floridas riberas del río Girona:

Roland, paladín famoso
de Carlos noble pariente
en el silencio de Blaye
duerme el sueño de la muerte."

Comentario: ¡¡Así se escribe la Historia!!

de la época habla de estos personajes con los nombres con que nos los presenta el romance.

Suponiendo que todos cinco, o alguno de ellos, vivieran en el siglo VIII, es preciso analizar las fuentes históricas coetáneas, para filtrar la verdad, tan enturbiada por romances y leyendas y aun por historiadores de buena fe de posteriores tiempos.

Eginhardo, el cronista del primer emperador de Occidente, y su riguroso coetáneo, nada habla de éstos, ni en su "Vita Karoli Magni", ad annum 778 (D. Bouquet, tomo V), ni en sus anales publicados en Colonia el año 1521.

El mismo expresivo silencio guardan los anales Tilianos, Metenses y Silenses, el Astrónomo en su "Vida de Carlo Magno", el "Codex Compostelense" (España Sagrada, de Flórez), etc.

Para nosotros constituye un argumento decisivo, por la no existencia de aquellos guerreros, el tratar los "Anales Complutenses", obra asaz documentada y curiosa, con prolija minuciosidad de los orígenes del condado de Castilla y de sus relaciones con Vasconia, y no dar noticia alguna de ellos, como guerreros carolingios.

Pero tenemos argumentos afirmativos concluyentes: el historiador concienzudo P. Masdeu, en su "Historia Crítica de España", apura, con su peculiar sagacidad analítica, los orígenes de Castilla, Navarra, Aragón y Sobrarbe, y rechaza la asistencia de los famosos paladines romanceros en la derrota de Roncesvalles.

De la misma opinión negativa es el P. Risco, Jaurgain, y todos los historiadores serios contemporáneos.

De lo expuesto resulta que Rolando, Prefecto de Bretaña; Anselmo, conde de Palacio en la corte de Carlo Magno, y Aggihardo, mayordomo de la mesa del rey, son personajes históricos que mandaban la retaguardia y perecieron en la rota; que Turpín, Arzobispo, y Marsilio, rey moro, evocan el recuerdo de un Prelado de Reims y de un esforzado walí sarraceno, que no asistieron a la batalla; que Bernardo de Carpio es un guerrero enteramente legendario, y que Oliveros, Guarinos y los otros Pares, no existieron más que en los "cantos de gesta" y en los romances.

Asimismo se desprende que la leyenda embelleció los hechos históricos en consorcio con la poesía, y de esta manera se formaron en la Edad Media los cantares épicos que engañaron a tantos cronistas y que han sido causa de que críticos muy respetables hayan acabado por negar en absoluto la venida de Carlo Magno a España y, por ende, su famosa derrota.

Hemos concluido. Nuestro principal propósito no ha sido describir con pormenores históricos la derrota de los Francos por los Vascones del siglo VIII, en las gargantas de Roncesvalles; sólo hemos querido, en la medida de nuestras humildes fuerzas, deslindar los campos de la Historia y de la Leyenda.

Nos hemos convencido de que durante varios siglos de la Edad Media, la Leyenda ha luchado con la Historia en este episodio carolingio, y la ha vencido... y la ha arrollado... y la ha derribado del pedestal en que legítimamente la colocaron los analistas de los siglos VIII, IX, X y XI.

Con este pobre trabajo, primer fruto de nuestras largas lecturas y prolijas investigaciones, hemos querido ayudar a los cronistas de esta época a colocarla nuevamente en su trono, despojando a la Leyenda del manto real que la había arrebatado y con el que se había disfrazado y a dejar a ésta en el lugar ínfimo que le corresponde; en el pórtico, acaso, pero siempre fuera del santuario de la Verdad.

¿Habremos conseguido nuestro intento?... Como nadie es juez en causa propia, al lector amable, gustosos, confiamos el fallo.

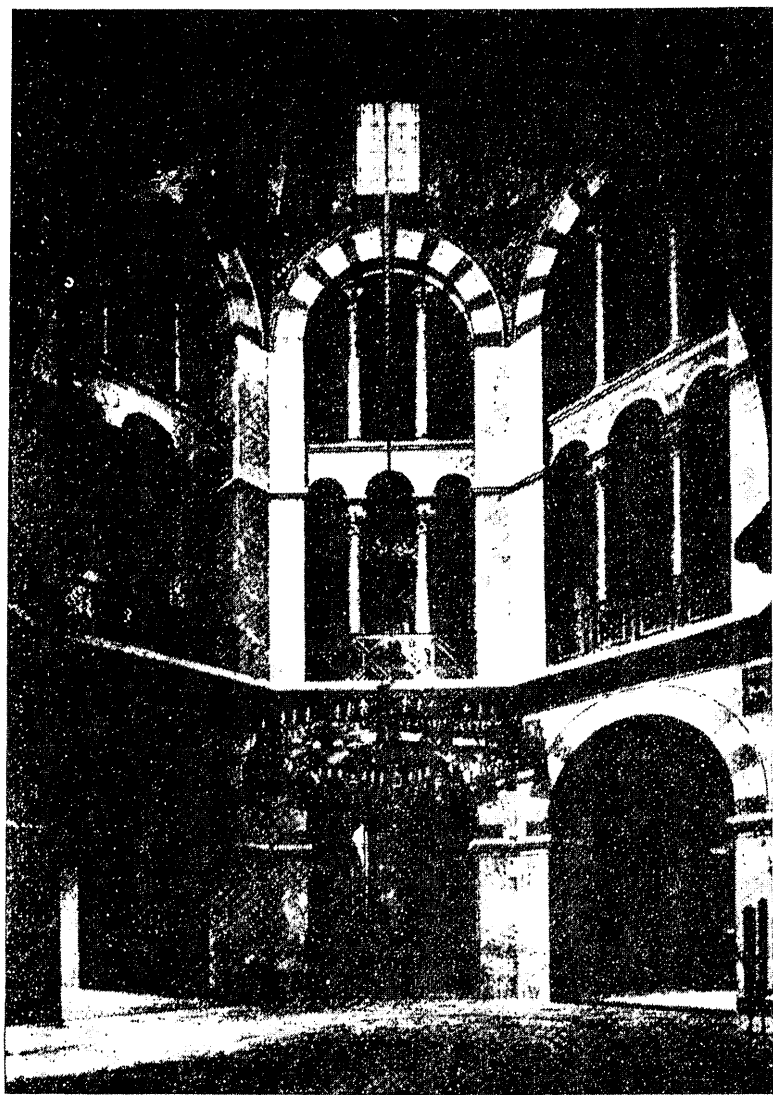


ILUSTRACIONES



CARLOMAGNO (?) *circa* 810

Procedente de la Catedral de Metz, actualmente en el Louvre.



Aquisgrán. Catedral.

El octágono de la *capella regia* de Carlomagno.



Lucha de Roldán y de Ferragut.
(Capitel del Palacio de los duques
de Granada, Estella, Navarra.)



Combate de caballeros; episodio de *El Cantar de Roldán*. Escultura de la fachada occidental en la Catedral de Angoulême.

El Cantar de Roldán en el vitral llamado de Carlomagno en Chartres (Francia).

(Ofrecido hacia 1200 por el gremio de peleteros. Consta de 21 paneles.)



Combate de Roldán con Ferragut de Nájera según el capítulo XVII de la *Crónica* del Pseudo Turpín.*

* Esta *Crónica* constituye el Libro IV del *Libro de Santiago* cuyo manuscrito original —el famoso *Códice Calixtino*— se conserva en la catedral de Santiago de Compostela.

El Cantar de Roldán en el vitral de la Catedral de Chartres (Francia).



Roldán trata de romper su espada en un peñasco que se hiende al golpe. Inspirado en la tirada CLXXXIII del *Cantar*. A la derecha, según lo que canta la tirada CXXXV, Roldán toca el olifante para llamar a sus huestes. En ambas representaciones, Roldán ostenta el nimbo de la santidad.

ROLDAN EN MEXICO

HISTORIA DEL EMPERADOR

CARLO MAGNO,

EN LA CUAL

SE TRATA DE LAS GRANDES PROEZAS Y HAZAÑAS

DE LOS

DOCE PARES DE FRANCIA,

Y DE COMO FUERON VENDIDOS

POR EL TRAIIDOR DE GANALÉN,

Y LA

Cruda batalla que hubo Oliveros con Pierabres, de Alejandria,
hijo del Almirante Balán.



MÉXICO:

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO,
calle de las Escalerillas n. 13.



1845,

(B.F.T.)

BATALLA DE RONCESVALLES

199. DE LA BATALLA DE RONCESVALLES

*Cantado y bailado por el indígena Gregorio Taponeras,
de Cuanalá, Texcoco, Méx. Comunicó el señor
Federico Gómez de Orozco*

Mala la hubites, franceses,
en esa de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra,
murieron los doce Pares.
Llorando está Carlomagno,
pues mataron a Rolando,
con él lloran los guerreros,
los cielos están llorando.
Ya no siguen adelante
ni llevan sus banderolas,
ya no toca el orifante
y las tiendas están solas.

.....

Tomado de: *El Romance Español y el Corrido Mexicano*. Estudio comparativo por Vicente T. Mendoza. Imprenta Universitaria, México, 1939, p. 412.

HISTORIA DE CARLOS MAGNOS Y DE LOS DOCE PARES DE FRANCIA

INTRODUCCION. RETO

II

Flauta

Caja

simile

Para terminar

D.C. Cod. Lib.

Flauta $\text{♩} = 120$
Caja

89 tr. tr. tr. tr. tr.

simile

Para terminar

D C ad lib

IV

Flauta $\text{♩} = 138$
Caja

89

1. 2.

simile

Para terminar

D C ad lib

V

Flauta $\text{♩} = 120$
Caja

89

1. 2.

simile

Para terminar

D C ad lib

VI

Flauta $\text{♩} = 120$
Caja

89

simile

Para terminar

D C ad lib

Música recogida en 1931. (Tomado de *Investigación Folklórica en México...* Vol. I, Inba-sep, México, 1962.)

RONCESVALLES EN EL DICCIONARIO MADDOZ

POR AMÉRICO CASTRO

Al reproducir el artículo sobre Roncesvalles, que figura en el Diccionario Madoz, queremos, además de facilitar al lector una excelente descripción del famoso lugar en donde se desarrolla la gesta de Roldán, rendir homenaje a un ilustre español, del cual D. Américo Castro, con autoridad de excepción, señala la validez permanente de su obra.

“... saliendo del campo de la filosofía, de la ciencia y de la literatura, nos encontramos con algo desconcertante entre 1845 y 1850, con el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, por Pascual Madoz, en 16 tomos, impresos a dos columnas y en letra compacta. Parecerá, al pronto, una ingenuidad fijarme yo en eso, aunque más de un siglo después, esta obra no ha sido superada. ¿Cómo fue posible en tan pocos años, en un país de malos caminos y con comunicaciones tan deficientes, llevar a cabo esta obra, para España, colosal? Don Pascual Madoz disciplinó a los curas y secretarios de ayuntamiento en toda España y en sus colonias de entonces; todos enviaron informaciones que en la mayoría de los casos aún son valiosas. Aunque se suponga el incentivo de que las ciudades y las aldeas saliesen en letra de molde, no es menos admirable el prodigio de haber movilizado don Pascual la conciencia y el saber de sí misma en toda la nación. Las famosas *Relaciones topográficas*, de Felipe II, han sido publicadas en este siglo, con dificultades y lentitudes. Para el organizador y compilador de este *Diccionario*, el “individualismo”, la incuria, la falta de conexión entre unos y otros españoles, todo eso y mucho más fue puesto en paréntesis, como en una gran tregua de Dios. Los españoles “cooperaron” en este caso como si fueran anglosajones o germánicos. Ni Madrid, ni ninguna capital iberoamericana poseen todavía una Biblioteca Nacional con libros y catálogos como las de los Estados Unidos, Suecia o Suiza. La gloria

y la gratitud a la sombra de don Pascual Madoz, un modesto y genial creador de eficaz convivencia por encima de los egoísmos apocados de cada rincón. He ahí un caso de "individualismo", mucho más difícil que el de quienes ofrendan su vida a una causa pasionalmente insensata.²⁰ (Américo Castro, *La realidad histórica de España*. 5ª edición. Editorial Porrúa, S. A. Biblioteca Porrúa, núm. 4. México, 1973, pp. [23-24].



²⁰ Al recordar la ingente construcción estadístico-geográfica de don Pascual Madoz, surge la no menos gigantesca de don Francisco Coello, "teniente coronel" y "capitán de ingenieros", autor del *Atlas de España y sus posesiones en Ultramar*, con 65 mapas plegables, con tapas de cartón para su cómodo manejo. Una Real Orden, de 3 de septiembre de 1848, recomendaba su adquisición a los ayuntamientos. "En cada hoja, además del mapa de la provincia, figuran los planos particulares de sus principales poblaciones, y extensas noticias estadísticas e históricas, escritas por don Pascual Madoz." Así pues, el *Diccionario* de Madoz estaba coordinado con el trabajo cartográfico de Coello, para su tiempo extraordinario en España. Ignoro si existen estudios de tan excepcional contribución a la cultura española —ojalá los haya—, en un momento en que ésta era sumamente tenue, y la vida de la nación andaba desquiciada. Todavía en 1912 utilizaba yo los mapas de Coello en mis andanzas por las tierras del antiguo reino de León, a caza de fenómenos geográfico-lingüísticos. Da gran optimismo imaginar a Madoz y Coello haciendo trabajo de equipo en Madrid, entre 1845 y 1850, llevando a buen término tareas que entre nosotros han solido a veces iniciarse, sin luego pasar de sus cimientos; o se resuelven en trabajo de baja calidad, precipitado y farfullero. Comparable a lo hecho por Madoz y Coello han sido la *España Sagrada*, del Padre Flores; la primera edición del *Diccionario de Autoridades*, en 1736; y, anteriormente, la *Biblioteca Vetus et Nova*, de don Nicolás Antonio. Pero insisto en que lo más sorprendente en el caso de Madoz fue la dimensión nacional de su esfuerzo, el poner a trabajar a millares de españoles, olvidados por un momento de su "personalismo", de sus lamentos y protestas, y de sus querellas intestinas e interregionales.

“Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles”.

RONCESVALLES: 1. con ayunt. en la prov. de Navarra, part. jud. de Aoiz (6 leg.), aud. terr. y dióc. de Pamplona (7); es aduana terrestre de primera clase desde que en agosto de 1845 se suprimió la de Valcarlos. SIT. al pie del Pirineo a $\frac{1}{4}$ leg. de su cima por S., en la garganta misma y camino de Pamplona a San Juan de Pie del Puerto, en medio de una pequeña llanura rodeada de cerros de alguna elevación; el CLIMA es muy húmedo y frío, propenso a reumatismos y afecciones del pecho. Tiene 34 CASAS que forman 2 calles y una plaza, y una fuente de aguas exquisitas; pero lo que hace notable esta pobl. es la real casa e insigne colegiata dedicada a Ntra. Sra. de Roncesvalles; esta igl. está bajo la protección inmediata de la Silla apostólica y es de patronato de S. M., quien en las vacantes nombra prior, que era de su real consejo; tiene uso de pontificales y jurisd. *cuasi nullius*; también se intitula gran abad de Colonia, aunque no consta, por los varios invendios del archivo, de dónde le viene este dictado. Como es igl. recepticia, no hay número fijo de canónigos, eligiendo éstos y el prior los que puedan mantenerse con las rent., si bien según el último arreglo de cuando los poseía, no han de pasar de 12; en la actualidad está vacante el priorato, y sólo quedan 6 canónigos, existiendo también 2 bajos o sochantres, que son racioneros perpetuos, lo mismo que otro que sirve la secretaría capitular, y el que desempeña la cura de almas, con más un sacristán encargado de la penitenciaría, y organista, que debe ser sacerdote y regir la capilla, compuesta de un tenor, un bajonista, 2 bajetes y 5 infantes. El prior y canónigos llevan en su ropa exterior y parte iz. del pecho una cruz de terciopelo verde en forma de espada, y una medalla de plata u oro en la sotana o levita con la misma cruz, que es el distintivo e insignia de la antiquísima orden militar de Roncesvalles, a que pertenecen, y la cual mantuvo tropas en tiempos pasados, teniendo a su cargo la defensa del cast. de Seguin, cerca de Urroz, cuya fortaleza existía en 1471. Es además Roncesvalles uno de los más célebres santuarios de la cristiandad, ocupando el primer lugar después de los de Jerusalén, Roma y Santiago, y que por lo mismo ha sido frecuentado por los peregrinos y por varios personajes

ilustres, entre los cuales se cuentan muchos reyes de Navarra y príncipes extranjeros, señaladamente la reina de Portugal Sta. Isabel, que regaló a la Virgen un manto de seda encarnada bordado de oro por sus propias manos, que aún se conserva. La igl. en que primero se veneró la santa imagen de Ntra. Sra. después de su aparición, es el edificio destinado hoy a otros usos, y que sólo dista 200 pasos del sitio en que sucedió el milagro, en el cual está la llamada fuente de la Virgen. La actual fue fundada por el rey de Navarra Sancho el Fuerte, cuyas cenizas con las de su esposa Doña Clemencia descansan en el presbiterio al lado del Evangelio en una urna de jaspe, sobre la cual se hallan en actitud muy devota los bustos de ambos, trabajados con bastante perfección, y a sus lados cuelgan dos trozos de las cadenas que dicho rey ganó en la batalla de las Navas de Tolosa. La sacristía es moderna, espaciosa y alegre; se conservan en ella candeleros y ramos de plata, y especialmente cálices, cuya extraña configuración denotaba su mucha antigüedad, y los cuales enajenó la coleg. para atender a los gastos de la guerra de la Independencia. Sólo han quedado algunos relicarios; siendo notable uno de plata sobredorada en forma de cruz, que en dos canutillos tiene dos espigas de la corona de Jesús, y otro cuadrado en forma de juego de ajedrez que contiene 32 reliquias en otras tantas casillas cerradas con cristal y con sus correspondientes letreros, según lo mandó hacer D. Francisco Navarro siendo prior. También hay un cuadro de Ntra. Sra. de muchísimo mérito; varios efectos pertenecientes al pontifical del arz. de Reims, Turpín, que acompañaba al ejército de Carlo-Magno en la famosa batalla de Roncesvalles; el libro con cubiertas de plata, sobre el cual se recibía el juramento a los reyes de Navarra cuando por ausencia del ob. de Pamplona o por otra causa lo prestaban ante el prior de la coleg.; otros libros antiquísimos que contienen fundaciones y otras piezas curiosas, y un ant. calendario. La biblioteca es todavía numerosa y selecta, contando millares de volúmenes, entre los que merece particular mención la Filosofía de Confucio, escrita con caracteres chinoscos, encuadernada en pasta fina y en 2 tomos en 4º mayor. Además de la igl. mencionada existe otra pequeña con la advocación de Santiago, que está casi arruinada, y las basílicas de Ibañeta y Sancti Spiritus, levantada esta sobre la hoya en que fueron, según tradición, enterrados los oficiales de Carlo-Magno, y la cual sirve generalmente de cementerio; la primera tiene vertientes al Océano y Mediterráneo. El TÉRM. confina: N. Francia y Valcarlos; E. Orbaiceta; S. y O. Burguete; dentro de su circunferencia se cría arbolado de hayas y buenos pastos que se aprovechan para el ganado vacuno y mular. El TERRENO, fertilizado por 2 arroyos, produce heno y patatas; pesca de truchas y anguilas, y caza mayor y menor; la de palomas es abundantísima, y se cogen como en *Echalar* (V.). El CORREO se recibe de Pamplona. IND. Un molino harinero. POBL.: 34 vec., 89 alm. RIQUEZA: 40,650 reales.

HISTORIA. Mariana llamó a Roncesvalles: l. bien conocido por la matanza y destrozo que allí se hizo de la nobleza de Francia, cuando Carlo-Magno quiso por fuerza de armas, entrar en España. Hablando con precisión, fue esto en su retirada. En efecto, en el año 778, según todos los Cronicones, el emperador francés entró en España por este desfiladero, no para echar de ella a los musulmanes, como han creído muchos, ni con el único objeto de proteger a los rebeldes que se habían apoderado de Zaragoza, según han pensado otros; sino con el de apoderarse de aquella c. y sujetar a su dominio el país cispirenaico, *que sólo había buscado su protección*.^{*} Traslucido este intento, vio Carlos la oposición del país; y no habiendo conseguido apoderarse de Zaragoza, regresaba a sus estados por este mismo punto con la gran presa que arrastraba de los pueblos españoles, saqueados sin distinción de musulmanes y cristianos. Los vascones al verlo metido en este desfiladero, cayeron sobre su ejército; volcaron sobre él los peñascos de las cumbres que lo estrechaban; acorralaron su retaguardia y la hicieron víctima de su independencia ofendida. Fenecieron en el trance Rolando *Hruodlando*, prefecto de la Marca de Bretaña; Eguinhardo, prepósito de la mesa del rey; Anselmo, conde del palacio, y otros magnates. Eguinhardo, en los anales de Francia, y en la vida de Carlo-Magno, y el anónimo astrónomo de la de Ludovico Pío, hablan de esta derrota, que tan fatal fue para la gloria de su emperador y de su nación. La relación de este triunfo de los vascones se conserva aún entre los descendientes de aquellos bravos, transmitida de padres a hijos en una hermosa canción, sencilla, guerrera y muy libre, atribuida por algunos al siglo x, y aun por otros al ix: es conocida por el *Altabizaren cantua*, que puede verse en la colección de Mr. Francisco Michel. Según cierto documento de Alaón, el duque Lupo II, hijo de Wifredo, acaudilló aquella emboscada; pero la autenticidad de este código es muy dudosa: 34 años después volvió sobre la Navarra por este célebre punto el poder ultrapirinaico, y al regresar de su expedición, quisieron reproducir en él los vascones su anterior gloria; pero Luis hizo registrar todas las inmediaciones del desfiladero, y recorrer los valles; ahorcó a uno de los caudillos de sus concejos, y estos montañeses hubieron de respetar su tránsito, porque no fuesen sus mujeres y niños las primeras víctimas, viendo que iban en el centro del ejército, cuya sabia precaución de Luis pudo únicamente libertarlo. Así lo confirmó el nuevo acontecimiento de últimos del año 823: los condes Eblo y Asenario, tenientes del rey de Aquitania, en las Marcas de Vasconia, penetraron igualmente por este desfiladero, y al retirarse por el mismo, los vascones, auxiliados esta vez por los árabes, los asaltaron,

^{*} Esto, dicho por Madoz a mediados del siglo pasado, lo ratifica un autor moderno: S. Marton, *Charlemagne in Spain: The Cultural Legacy of Roncesvalles*. Droz. Ginebra, 1966 (E. E.)

derrotaron toda su hueste, y los hicieron prisioneros. Tanta es la importancia de Roncesvalles en la historia de Navarra. Esta importancia naturalmente debió atraerle desde lo más ant. la consideración y los beneficios de sus reyes: esta santa localidad, consagrada por el valor de los naturales a la independencia del país, no pudo tardar tampoco en serlo a la religión, según costumbre de los tiempos. Sin embargo, hasta el reinado de D. Sancho el Fuerte, nada consta. Este rey fundó la igl. de Sta. María, donde él y sus descendientes debían ser enterrados; y la dotó generosamente para hospedar a los peregrinos. Los reyes D. Teobaldo I y II, D. Felipe III y Doña Juana, D. Carlos III, D. Juan II y la princesa Doña Leonor, continuaron colmándola de mercedes. Un documento sin fecha, atribuido al siglo xv, contiene una súplica que los *fratres* de Roncesvalles dirigían al rey. Según este documento, D. Sancho edificó en la cumbre del monte, junto a una capilla titulada de Carlo-Magno, un hospital, donde se recibía a los peregrinos y pobres enfermos. Este hospital fue dotado y enriquecido por los reyes de Navarra, que lo miraron como a su propia cámara; existiendo en él desde lo ant. religiosos, clérigos, legos y hermanos que servían a los enfermos y recibían a los peregrinos: todos traían un mismo hábito, y al lado izq. una cruz verde; siempre habían usado este hábito y el nombre de *freires*; por tales freires los había reputado siempre la Santa Sede en los privilegios apostólicos; concediéndoles que dentro del cercado de su monasterio pudiesen llevar un sobrepelliz blanco. Después, algunos hermanos del hospital, desdeñándose de vestir el mismo hábito que los legos, y de recibir el título de hermanos, se propusieron a llevar el sobrepelliz fuera del ámbito del hospital, abrogándose el dictado de canónigos. Otros hermanos lo resistieron y particularmente el rector, prior, y el ordinario y capítulo de la igl. de Pamplona. El abad de Montearagón, juez ejecutor de ciertas constituciones, vino a este hospital a solicitud de los de aquella pretensión, e intimó y mandó al prior y demás hermanos, observasen las constituciones apostólicas como canónigos regulares. El prior y demás hermanos que sostenían el instituto primitivo, expusieron ser esto contra la fundación y estatutos; pero el mencionado abad, lejos de convencerse por ello, se llenó de indignación y fulminó contra estos sentencia de descomunión y entredicho contra el hospital. Así cesaron el oficio eclesiástico y limosnas, y carecían de sepultura eclesiástica los viajeros que aquí morían. En su consecuencia suplicaron al rey dicho *fratres* que, condoлиéndose de tales miserias, diese orden para el levantamiento de las censuras y continuación con el mismo hábito y en el estado que hasta allí habían tenido. Esto no obstante la pretensión de los freires, que habían motivado tantos trastornos, hubo de prevalecer, como resulta del principio de este artículo. Por lo que respecta al pueblo de Roncesvalles, fue concedido a la mencionada igl. En 1366 contaba 79 vec. Por los años de 1400 se incendiaron la igl. y pueblo. En 1472 murió

en Roncesvalles, Gastón, conde de Fox, aspirante a la corona de Navarra por su esposa Doña Leonor. En 4 de enero de 1559, llegó a Ronceſvalles la reina Doña Isabel de la Paz, viniendo de París, acompañada del cardenal Borbón y del duque de Vandoma: fue recibida por el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, el duque del Infantado y otras muchas personas principales: de allí se fueron a Guadalajara. En las últimas guerras con la Francia ha figurado también Roncevalles, aunque no de un modo tan considerable como en la antigüedad. Debe, sin embargo, citarse el ataque dado en este punto el 25 de julio de 1813. El ejército francés en número 35,000 hombres al mando y dirección de Soult, acometió por este punto en la mañana de dicho día, mientras que Drovett, conde de Erlon, embestía con 13,000 hombres por Maya. El general Bying, apoyado por Sir Lowry Cole, sostuvo vigorosamente la posición de Roncevalles: por la tarde la vieron expuesta a ser envuelta, y se replegaron ambos a Lizoain y cercanías de Zubiri. (Tomado de: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Por Pascual Madoz. Madrid, 1850.)



SARRACENOS

EL BERNARDO O VICTORIA DE RONCESVALLES *

DE BERNARDO DE BALBUENA

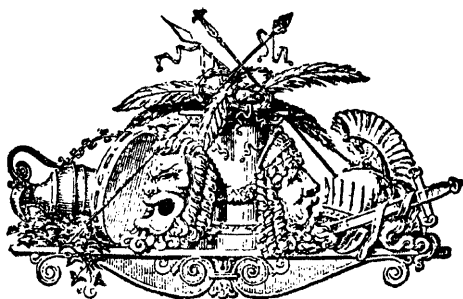
“La acción del *Bernardo* comprende las aventuras de Bernardo del Carpio, no tanto los embrollos con el Rey Alfonso el Casto, su hermana y el Conde Saldaña, aunque éstos se bosquejen, cuanto la tradición posterior de su intervención en Roncesvalles y su victoria sobre Orlando, junto con el triunfo del ejército español sobre el francés. Citemos algunas palabras del prólogo: ‘y así, digo que, deseando yo en los principios de mis estudios y por alivio de ellos, poner en ejecución y práctica las reglas de humanidad que en la poética y retórica nos acababan de leer (clase por donde todos en la niñez pasamos), y celebrar en un poema heroico las grandezas y antigüedades de mi patria en el sujeto de alguno de sus famosos héroes. . .’ y luego: ‘escogí la más célebre victoria de Roncesvalles, donde con la gente española el rey Don Alfonso el Casto, su tío, por cuyo general iba, destruyó la potencia de Carlo Magno, que venía a dar sobre Asturias, venciendo por su persona y las de sus españoles los tan celebrados paladines de Francia, y dando de sus manos, con el último de sus golpes, muerte a Roldán, el principal de todos, en que se remata la acción y el libro; porque, siendo aquella muerte la del hombre más famoso que por aquellos siglos había, pasar adelante en sus victorias fuera descrecer en la grandeza y majestad de ellas.’ Más adelante, al admitir su uso del poema de Boyardo, define su tema como la culminación y punto final de la serie de poemas carolingios: ‘este poema se puede llamar el cumplimiento, la última línea y la clave que de lleno en lleno cierra el artificio y máquina de sus fábulas, y aquellos portentos y asombros que de los príncipes de aquel siglo con tanta admiración ha celebrado lo mejor de Italia y Francia’.

“El asunto de Roncesvalles, de Orlando y de Bernardo del Carpio, fue tratado por otros poetas españoles antes de Balbuena, Nicolás de

* Tomado de John Van Horne. *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*. Guadalajara, 1940, pág. 176. Puede consultarse también José Rojas Garcidueñas. *Bernardo de Balbuena. La vida y la obra*. Instituto de Investigaciones Estéticas, U.N.A.M. México, 1958. De Balbuena, Editorial Porrúa publicó *La Grandeza Mexicana*. . . en su Colección “Sepan Cuantos. . .” Núm. 200, México, 1971.

Espinosa, Agustín Alonso, Garrido de Villena, Núñez de Oria. Es muy posible que Balbuena viera estas obras y que derivara de ellas ideas generales y particulares. Sin embargo hay tantas diferencias, y tanta independencia arrogante en Balbuena que no se puede pensar por un momento en una imitación servil.

"El asunto de Bernardo del Carpio viene enredado confusamente con infinitos temas caballerescos, moriscos, novelescos, y hasta picarescos, pero sí sirve para dar al conjunto algún fondo de unidad."



CRONOLOGÍA DEL PERIODO COMPRENDIDO DESDE LA
CONQUISTA MUSULMANA DE ESPAÑA HASTA
LA BATALLA DE RONCESVALLES *

<i>Año</i>	<i>Hégira</i>	
710	(91)	Exploración de Tarif por España.
711	(92)	Expedición de Tarik ibn Ziyad.
712	(93)	Paso de Musa ibn Nusair por España.
713	(94)	Se cierra el trato entre Teodomiro y 'Abd al-'Aziz ibn Musa ibn Nusair.
718		Alzamiento de Pelayo en Asturias. Fecha probable de la batalla de Covadonga.
729	(111)	Alzamiento de Munusa en el norte de España.
731	(113)	Nacimiento de 'Abd ar-Rahman I.
732	(114)	Batalla llamada "de Poitiers".
741	(123)	Alzamiento general de los bereberes de España.
742	(125)	Instalación en España de los djunds sirios de Baldj.
755	(138)	Desembarco de 'Abd ar-Rahman I en Almuñécar.
756	(138)	Comienzo del emirato de 'Abd ar-Rahman I.
759	(142)	Asesinato de Yusuf al-Fihri y de as-Sumail.
777		Encuentro del gobernador musulmán de Zaragoza y Carlomagno en Paderborn. **
778	(162)	Sitio de Zaragoza por Carlomagno. Batalla de Ronesvalles.

* (Tomado de: E. Levi-Provencal. *La civilisation arabe en Espagne. Vue générale.* El Cairo. 1938.)

** Población en la provincia prusiana de Westfalia. (N. de los E. E.)



BIBLIOGRAFÍA *

- ALONSO, Dámaso, *La primitiva épica francesa a la luz de una nota emilianense*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1954.
- ALVAR, Manuel, *Cantares de Gesta Medievales*, "Sepan Cuantos..." núm. 122, Editorial Porrúa, S. A. México, 2ª ed. 1972. *Cantar de Roncesvalles*, pp. 3-16.
- Romancero Viejo y Tradicional*. "Sepan Cuantos..." núm. 174, Editorial Porrúa, S. A. México, 1971.
- CALMETTE, Joseph, *Charlemagne, sa vie et son œuvre*, París, Albin Michel, 1945.
- Cantar de Roldán (El)*, Traducción de Benjamín Jarnés. *Revista de Occidente*. Madrid, 1926.
- Cantar de Roldán (El)*. Traducción de Martín de Riquer. Madrid, 1972.
- CASTRO, Américo, *La realidad histórica de España*. Biblioteca Porrúa, Núm. 4. Editorial Porrúa, S. A. México, 5ª ed. 1973.
- GALMÉS DE FUENTES, Alvaro, "Les nums d'Almace et cels de Durendal" ("Chanson de Roland", v. 2143) *Probable origen del nombre de las dos famosas espadas*. En: *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*. Gredos. Madrid, 1972, I. p. 229.
- GEDES, J., *La Chanson de Roland*. A modern French translation of Theodor Müller's text of the Oxford manuscript. With Introduction, bibliography, notes, and index. New York, Macmillan, 1936.
- HORRENT, Jules, "Chroniques espagnoles et chansons de geste", *Le Moyen Age*, 1947.
- *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au moyen âge*, París, "Les Belles Lettres", 1951.
- *Roncesvalles. Étude sur le fragment de cantar de gesta conservé a L'Archivo de Navarra (Pampelune)*. París, "Les Belles Lettres", 1951.
- JENKINS, T. Atkinson, *La Chanson de Roland*. Oxford version. Revised edition. New York, D. C. Heath and Co., 1924.
- MANDACH, André de, *Naissance et développement de la chanson de geste en Europe: I. La geste de Charlemagne et de Roland*, Ginebra, Droz, 1961.
- MARAVALL, José Antonio, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1954.

* Esta bibliografía no lleva otro fin que satisfacer a los lectores deseosos de ampliar sus conocimientos acerca del tema.

- MARTÍNEZ ALEGRÍA, Agapito. Canónigo-bibliotecario de la Real Colegiata. *La Batalla de Roncevalles y El brujo de Bargota. Historia, leyenda y folklore*. Pamplona, 1929.
- MARTON, Sholod, *Charlemagne in Spain: The Cultural Legacy of Roncevalles*. Droz. Ginebra, 1966.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, Ramón de ABADAL, et al, *Coloquios de Roncevalles* (Agosto, 1955), Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1956.
- *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo* (Orígenes de la épica romántica). Madrid, Epasa-Calpe, 1959.
- RIQUER, Martín de, *Los cantares de gesta franceses* (Sus problemas, su relación con España). Gredos, núm. 8, Madrid, 1952 (Existe versión francesa, ampliada y puesta al día. Nizet, París, 1957).



ÍNDICES*

* Los números romanos corresponden a cada una de las tiradas de *El Cantar de Roldán*.

Onomástico

- A** Abismo, CXIII, CXIV; Abraima, I, CLXXXVII, CLXXXVIII, CXCIV, CXCVI, CCI, CCLXIV-CCLXVII, CCXC, CCXCI; Acelino, XII, CCVI; Aelrot, XCIII; Aimón de Galacia, CCXXIII; Alda, CXXX, CCLXVIII, CCLXIX; Alfayén, CXVII; Almarís, LXV; Amborio de Oliferna, CCXXXVII; Ambrosio, CCLVII; Anseis, VIII, LXIV, CXX, CLXII, CLXXVII; Antelmo de Mayenza, CCXVI; Apolo, I, XXXII, CLXXXVII, CXCIV, CXCIV, CCXXXV, CCLIII; Ástor, LXIV; Atón, LXIV, CI, CLXII, CLXXVII, CLXXVIII, CCXIII, CCXXI; Austorí, CXXI.
- B** Balduino, XXIII, XXVII; Baligán, CLXXXVIII, CLXXXIX, CXCII, CXCIV, CXCVI-CC, CCI, CCXIV, CCXXVII-CCXXXI, CCXXXVI-CCXXXVIII, CCXLIII-CCXLV, CCXLVIII, CCL, CCLIII-CCLV, CCLVII-CCLXII, CCLXIV; Basán, XIV, XXIV, XXXVII; Basbrún, CCLXXXVIII; Basilio, XIV, XXXVII; Berenguer, LXIV, CII, CXXII, CLXII, CLXXVII; Besgón, CXXXVII; Bevón, CXLII; Bibiano, CCXCI; Blancandrín, II-VI, IX, XXVIII-XXXII, XXXVIII.
- C** Canabeu, CCXXXVIII, CCXLVIII, CCLIII; Capuel, CXXII; Carlomagno; Clariano, CXCH, CXCIV, CXCIX, CC; Clarís de Balaguer, V; Clarifán, CXCH; Climorin, XLIX, CXVI; Corsablín, LXXI, XCV.
- CH, D** Chernublo de Monegros, LXXVIII, CII, CIV. • Daniel, CLXXVI, CCXXVI; Dapamor, CCXXXI, CCXXXII; Droón, CLII.
- E, F** Endropín, V; Engleros de Gascuña; C, CXVI, CXVII, CLXII, CLXXVII; Enrique, XII, CCVI; Escababí, CXVII; Escremis de Valtierra, C; Espanelís, CXCH; Esteruel, LXXVI, CI, CVI; Eudes, CCXXI. • Faldrón de Puy, CXLI; Falsarón, LXX, XCIV; Florián, CCXXXI.
- G** Gaiferos, LXIV; Ganelón, XII, XV, XVI, XX-XXII, XXIV-XXXI, XXXIII, XXXVII-XLIV, XLVI-L, LII-LIV, LVI, LVIII, LIX, LXI, LXVII, LXVIII, LXXX, XC, CIX, CXII, CXVI, CXVIII, CXXXIII, CXXXIV, CXXXVII, CCLXVII, CCLXX-CCLXXVII, CCLXXXIII, CCLXXXIV, CCLXXXVI, CCLXXXVIII, CCLXXXIX; Garín, VIII, XII, LXIV, XCVI, CVIII, CXXII, CLXII, CLXXVII; Gaucelmo, CCXXII; Gebuino, CLXXXVIII, CCXIII, CCXVII, CCLI; Gemalfin, CCI, CCLIII; Gerardo de Rosellón, LXIV, CXLII, CLXII, CLXXVII; Gerer, VIII, XII, LXIV, XCVII, CVIII, CXXII, CLXII, CLXXVII; Germán, CCXIX; Gil, CLV; Godofredo de Anjou, VIII, CCVI, CCXI, CCXII, CCXXV, CCLVI, CCLVII, CCLXXV, CCLXXVII, CCLXXXVII; Grandonio, CXXII, CXXIV; Gualterio de Ulmo, LXIV, LXV, CLII-CLIV; Guido de San Antonio, CXXII; Guillermo de Blaye, CCLXXXVII; Guinemán, CCXVII, CCXL, CCXLII, CCLI; Guinemarko, XXVII.

- H, I, J Homero, CLXXXIX. • Ives, CXLII; Ivolin, CLXII, CLXXXVII. • Jangleu de Ultramar, CCLIII, CCLIV; Jocerán de Provenza, CCXVI, CCXVII, CCXX, CCXXII, CCXXIV, CCXXVI, CCLVI; Jonás, CCXXVI; Joüner, v; Juliana, CCXC; Júpiter, CVIII; Jurfaret el Rubio, CXLII, CXCIV; Justino de Valferrado, CVII.
- L, M, N Lázaro, CLXXVI; Lorant, CCLI; Ludovico, CCLXVIII. • Maheu, v; Mahoma, I, XXXII, XLVII, LXVIII, LXIX, LXXIV, CXXV, CXLII, CLXXXVII, CXCIV, CXCV, CCXXXII, CCXXXV, CCLIII, CCLVII, CCLXIV; Malbino de Ultramar, v; Malduit, LI; Malón, CVI; Malpalín de Arbana, CCXV; Malprimis de Berbegal, LXXI, XCVI, CCXIX-CCXXXI, CCXLII, CCXLIII, CCLIII; Malquid, CXX; Malquidán, CXX; Maltrayén, CXCIII; Maquiner, v; Marcules de Ultramar, CCXXVIII; Marfil, CXLII, CLXXXVII; Marganice, CXLIII, CXLV, CXLVI, CLXVI; Margaris de Sevil, LXXVII, CII, CIII; Marsil, I, II, V-VII, IX, X, XIII-XVII, XX, XXI, XXIV, XXXI, XXXIII, XXXV, XXXVII-XXXIX, XLIII-XLVIII, LII, LIV, LXVIII-LXXIV, LXXVI, XC, XCIII, XCIV, CXI-CXIII, CXVIII, CXXV, CXXXI, CXLII, CXLIII, CLXXXVII-CXC, CXCIII, CXCIV, CXCVI-CC, CCH, CCLXIV; Milón, XII, CLXXVIII, CCXIII; Murgleis, XLVI. • Naimón, XVI, LIV, LXII, LXVII, CXXXIV, CXXXV, CLXXXVII, CLXXXVIII, CCVI, CCX, CCXVI, CCXVII, CCXIX, CCXX, CCXXII-CCXXXIV, CCXXXVI, CCXLVII-CCL, CCLVII, CCLXII, CCLXXXVII; Nevelón, CCXXI.
- O, P, Q Ogier de Dinamarca, XII, CCXVIII, CCLVI, CCLVII, CCLXXIX, CCLXXXVII; Oliveros, VIII, XII, XVIII, XXIV, XLI-XLIV, LXIV, LXXII, LXXV-LXXVII, LXXIX-LXXXIII, LXXXVI-LXXXVIII, XC, XCH, XCIV, XCVII, CIII, CV-CVIII, CX, CXII, CXV, CXVII, CXXVII-CXXXII, CXL, CXLIV-CL, CLXIII, CLXIV, CLXXXIV, CLXXXIV, CXCIX, CC, CCXIII, CCXVII, CCXXX, CCLXVII, CCLXXII, CCLXXIII. • Pares, XVIII, XX, XLI, XLII, LXVII, LXX, LXXII, LXXV, LXXVII, LXXVIII, CII, CV, CX, CXV, CXXXIV, CLXIV, CLXVIII, CLXXXVII, CLXXXIV, CDCIX, CC, CCIV, CCXXX, CCLXXII; Pinabel de Sorence, XXVII, CCLXXIV, CCLXXVI, CCLXXVIII, CCLXXXII-CCLXXXVI, CCLXXXVIII; Priamón, V. Querubín, CLXXVI.
- R Rabel, CCXVII, CCXL, CCXLI; Raniero, CLXIII; Reinalte, CCXXIII; Ricardo el Viejo, XII, CCXX, CCLI; Roldán, VIII, XII, XIV, XVIII, XX, XXII, XXIV, XXVII, XXX, XLI, XLIII-XLVII, XLIX, LII, LIV, LV, LVIII-LXV, LXVIII, LXIX, LXXI-LXXX, LXXXIII, LXXXV, LXXXVI, XCI, XCIX, CIV-CVIII, CX, CXII, CXV, CXVII, CXIX, CXXIII, CXXIV, CXXVII-CXXXIX, CXLI, CXLIII, CXLIV, CXLVI-CLXXVII, CLXXX, CLXXXIV, CXCIV, CXCV, CXCIX, CC, CCIV-CCX, CCXIII, CCXVI, CCXVII, CCXXVI, CCXXIX, CCXXX, CCLXVII, CCLXVIII, CCLXXII, CCLXXIII, CCLXXV-CCLXXVII, CCLXXX.
- S Salomón, CXVIII; Samuel, CCXXXIII; San Basilio, CLXXIII; San Dionisio, CLXXIII; San Gabriel, CLXVIII, CLXXVI, CLXXXV, CCIII, CCLXI, CCXCI; San Miguel, III, IV; San Miguel del Peligro, X, CLXXVI; San Pedro, CLXXIII, CCXV; San Severino, CCLXVII; San Silvestre, CCLXXI; Sansón, duque, XCVIII, CXVIII, CXIX, CLXII, CLXXVII; Santa María, CXIII, CLXXI, CLXXIII, CCX; Satanás, XCVI; Siglorel, CVIII.
- T, V Tamarite, V, LXXVI, CII; Terrín, CCXXIV, CCLVI, CCLXXV, CCLXXXVII-CCLXXX, CCLXXXIII-CCLXXXVII; Tervagán, XLVII, CLXXX, CLXXXVII, CXCIV, CXCV, CCXXXV, CCLIII; Tibaldo de Reims, XII, CLXXVIII, CCXIII, CCXXI; Timocel, CVIII; Torleu, CCXXXI, CCXXXII, CCXLI; Turgis de Tórtolos, LXXIV, XCIX; Turolido, CCXCI; Turpin de Reims, arzobispo, XII, XIX, LXXXIX, XC, XCV, XCVIII, CV, CVIII, CX, CXI, CXIII-CXV, CXXI, CXXVII, CXXXII, CXLI, CLII-CLV, CLVIII, CLIX, CLXI-CLXVI, CLXXXVII, CCXIII, CCLXVII. • Valdabron, XLVIII, CXVIII; Virgilio, CLXXXIX.

Geográfico

- A** Abirón, xciv; África, cxx, ccix; Alejandría, xxxi, clxxxix; Alemania, ccxix, ccxc; Anjou, viii, clxxii, ccvi, ccxi, ccxii, ccxxv, cclvi, cclvii, cclxxxvii; Apulla, xxviii, ccix; Aquisgrán, iii, iv, ix, xiii, xxxiii, lvii, cix, clxxii, clxxxvi, cxciii, cciv, ccix, cclxvii, cclxviii, cclxx, cclxxi, cclxxx, cclxxxvii, ccxc; Arabia, xiii, lii, clxix, cci, ccxiv, cclii, cclvii; Arbona, ccxv; Ardena, lvii, clxxxvi; Argona, ccxxiv, cclvi; Armenia, ccxxxii; Auvernia, ccxxii, cclxxv; Avers, ccxxxiii.
- B** Babilonia, clxxxix; Bagdad, ccxxxiv; Balaguer, lxxii; Balferna, lxxv; Balisa la Fuerte, ccxxxii; Bascla, cclii; Baviera, clxxii, ccxviii, ccxc; Beaune, cxlii; Berbería, lxxi, xcv; Besançon, cx; Bira, ccxci; Biterna, ccxv; Blaye, cclxvii, cclxxxvii; Blos, ccxxxii; Borgoña, clxxii, ccxxiv; Bozanta, ccxxxii; Breñaña, clxxii; Brusa, ccxxxiii; Brusia, ccxxxii; Burdeos, c, cclxvii.
- C** Calabria, xxviii; Califeria, ccix; Capadocia, cxxii; Carcasona, xxix; Cartago, cxliii; Cazmarinas, lxxvii; Cerdeña, lxxviii; Cilicia, vii; Cize, xliv, lvi, ccx; Clarbona, ccxxxiv; Clavers, ccxxxiii; Constantinopla, clxxii; Córdoba, viii.
- CH, D, E** Cherían, ccxxxi. • Datán, xciv; Dijon, cxlii; Dinamarca, lviii, cxiv, cclxxix, cclxxxvii. • Ebro, clxxx, cxc, cxcvi, cxcviii, cc; Edesa, ccxci; Envers, cxxii; Esclavonia, ccxxxii; Escocia, clxxii; España, i, iv, xiv, xv, xix, xxxi, xxxiii, xlvi, liii, liv, lxvi-lxix, lxxii, lxxx, lxxxi, lxxxvi, lxxxvii, xci, ccxiv, ccxxii, cxxxix, clii, cliii, clvii, clxi, clxviii, clxxv, clxxvi, clxxix, clxxxix, cxc, cxcii, cxciv, cxcv, cxcvii, cxcix, ccii, ccvii, ccviii, ccxi, ccxxv, ccxxvii, cclxviii, cclxxii, ccxc; Etiopía, cxliii.
- F, G** Flandes, clxxii; Floridea, ccxxxviii; Francia, ii-iv, vii-ix, xi, xxxii, xxxiv, xxxvii, xliii, xliv, liv, lv, lvii, lxv, lxvii, lxviii, lxxvii, lxxviii, lxxxiii, lxxxiv, lxxxvi, xci, xciii, xciv, cix, cx, ccxviii, cxxxi, cxxxix, cxl, cxliii, cxlviii, cl, clvii, clviii, clx-clxii, clxxvi, clxxviii, clxxix, clxxxiii, clxxxvi, clxxxvii, cxcii, cxciii, cxcvi, cxcix, ccviii-ccx, ccxvi, ccxviii, ccxxv, ccxxx, ccxxxii, ccxxxviii, ccxxxix, ccxlii, ccxlvii, ccxlviii, cclii, cclix, cclxii, cclxvi-cclxviii, cclxxiii, ccxc; Frisa, ccxxxiii; Fronda, ccxxxiv. • Galicia, ccxiii, ccxxxii; Galicia, cxiii; Gascuña, xii, lxvi, cxvi; Girona, cclxvii; Gresalle, cxiv; Guarlán, v.
- H, I, J** Heraclea, ccxxxiv, cclii, cclv. • Inglaterra, xxviii, clxxii. • Jericó, ccxxxii; Jerusalén, cxviii.
- L, M** Laon, clv, ccviii; Lombardía, clxxii; Lorena, ccxxiv. • Maine, clxxii; Malpersa, ccxxxiv, ccxxxvi; Maluenda, ii; Mallorca, cxc; Marasca, ccxxxiv; Marsuna, ccxv; Mauritania, ccxxxii; Mayenza, ccxvi; Menorca, cxc; Milcenia, ccxxxii; Monteagudo, clii; Monubles, xiv; Moriana, lxxiii, clxxii.
- N, O, P** Napal, xiv, cxxxiv; Narbona, cclxvii; Nigricia, ccxxxii; Nínive, ccxxvi; Normandía, clxxii; Nubia, ccxxxii. • Occitania, ccxxxiii, ccxxxvi, cclii, ccliv, cclv; Oliferna, ccxxxvii; Oriente, xxx, xlii, cclx. • Palermo, ccix; Peraltila, xiv, xxxvii; Poitou, clxxii; Polonia, clxxii; Premirán, lxxvii; Provenza, clxxii, ccxvi.

- R Reims, XII, XIX, CLIV, CLV, CLXXVIII, CCXXI; Ródano, CXXII; Roncesvalles, LXXI-LXXIII, LXXVI-LXXVIII, CLXV, CLXXVII, CLXXXI, CLXXXIV, CXCv, CC, CCIII, CCIV, CCXLVI; Roma, I; Romania, CLXXII; Rose-lón, LXIV, CXLII, CLXII, GLXXVII.
- S Sajonia, CLXXII; San Antonio, CXXII; San Dionisio, LXXVII; San Miguel del Peligro, CX; San Pedro (de Roma), XXVIII, LXXIV, CCXXV; San Román, CCLXVII; Serbia, CCXXXII; Sevil, XIV; Sorabia, CCXXXII; Sorence, CCLXXIV, CCLXXXV.
- T, U Toledo, CXXI; Tórtolos, LXXIV, XCIX; Tracia, CCXIX. • Ulmo, LXV, CLII, CLIV; Ultramar, V, CCXXVIII, CCLIII.
- V, W, Z Val de las Tinieblas, CLXXX; Val de Runer, CLXIII; Val Mestas, CXIV; Valence, CXXII; Valferrado, CVII; Valfrutas, CCXXXIII; Valmarqués, CCXXXI; Valpenosa, CCXXXIV; Valsevré, CCXXXVIII; Valtierra, LXXV, C; • Wisant, CX. • Zaragoza, I, II, XIV, XVII, XVIII, XXI, XXIII, XXXI, LIV, LXVIII, LXXIX, CIX, CXVI, CLXXX, CLXXXVII-CLXXXIX, CXCI, CXCH, CXCIV, CXCvII-CXCIX, CCI, CCII, CCLXIV-CCLXVII.

Caballos

Barbamosca, CXVI. • Gañún, CXLII; Gramimundo, CXVIII. • Marmorio, CXXII. • Paso-de-Ciervo, CVIII. • Saltoperdido, CXX; Sorel, CVIII. • Tachebrún, XXVII; Tencedo, CCXV, CCXXXIX, CCLXII. • Vigilante, XCI, CLI, CLVIII, CLX, CLXI.

Espadas

Almaza, CLV; Altaclara, CVI, CXII, CXVII, CXLVI, CLX. • Durandarte, LXXIV, LXXVIII, LXXXIII, LXXXIV, LXXXVIII, CIV, CV, CXII, CXIX, CXLI, CLIX, CLXVIII, CLXXI-CLXXIII, CXCIX. • Gozosa, CLXXXIII, CCXV (V. Montjoie). • Montjoie, XCII, XCIV, XCV, CV, CVII, CXV, CXLVII, CLX, CCXXV, CCXXXVII, CCLVIII, CCLXII (V. Gozosa). • Preciosa, CCXXVIII, CCXXXVII, CCLI, CCLVIII.



SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL
DÍA 10 DE ENERO DE 1998 EN LOS
TALLERES DE LITO ADELANTE
Y PROGRESO, S.A. DE C.V.,
LERMA EDO. DE
MEXICO

COLECCION "SEPAN CUANTOS..."

*Los números que aparecen a la izquierda corresponden
a la numeración de la Colección*

128.	ALARCON, Pedro A. de: <i>El Escándalo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón.	\$15.00
134.	ALARCON, Pedro A. de: <i>El niño de la bola. El sombrero de tres picos. El capitán veneno</i> . Notas preliminares de Juana de Ontañón.	18.00
225.	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>La Regenta</i> . Introducción de Jorge Ibargüen-goitia.	36.00
449.	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>Cuentos. Pipá. Zurita. Un candidato. El rana. Adiós "Cordera". Cambio de luz. El gallo de Sócrates. El Sombrero del Cura y 35 cuentos más</i> . Prólogo de Guillermo de la Torre.	18.00
572.	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>Su único hijo. Doña Berta. Cuervo. Superchería</i> . Prólogo de Ramón Pérez de Ayala.	18.00
	ALCEO. Véase: PINDARO	
126.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Mujercitas</i> . Más cosas de Mujercitas.	18.00
273.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Hombrecitos</i>	15.00
182.	ALEMAN, Mateo: <i>Guzmán de Alfarache</i> . Introducción de Amancio Bolaño e Isla.	22.00
609.	ALENCAR, José Martiniano de: <i>El guaraní</i> . Novela indigenista brasileña. ...	22.00
	ALFAU DE SOLALINDE, Jesusa. Véase: ARROYO, Anita	
229.	ALFONSO EL SABIO: <i>Antología. Cantigas de Santa María. Cantigas profanas. Primera crónica general. General e grand storia. Espéculo. Las siete partidas. El setenario. Los libros de astronomía. El lapidario. Libros de ajedrez, dados y tablas. Una carta y dos testamentos</i> . Con un estudio preliminar de Margarita Peña y un vocabulario.	22.00
15.	ALIGHIERI, Dante: <i>La Divina Comedia. La vida nueva</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca.	17.00
61.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>El zarco. La navidad en las montañas</i> . Introducción de María del Carmen Millán.	12.00
62.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Clemencia. Cuentos de invierno. Julia. Antonia. Beatriz. Atenea</i>	12.00
275.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Paisajes y leyendas. Tradiciones y costumbres de México</i> . Introducción de Jacqueline Covo.	30.00
43.	ALVAR, Manuel: <i>Poesía tradicional de los judíos españoles</i>	22.00
122.	ALVAR, Manuel: <i>Cantares de Gesta medievales. Caniar de Roncesvalles. Cantar de los siete infantes de Lara. Cantar del cerco de Zamora. Cantar de Rodrigo y el rey Fernando. Cantar de la campana de Huesca</i>	22.00
151.	ALVAR, Manuel: <i>Antigua poesía española lírica y narrativa. Jarchas. Libro de la infancia y muerte de Jesús. Vida de Santa María Egipcíaca. Disputa del alma y el cuerpo. Razón de amor con los desnudos del agua y el vino. Elena y María (disputa del clérigo y el caballero). El planto. ¡Ay Jerusalén! Historia troyana en prosa y verso</i>	22.00
174.	ALVAR, Manuel: <i>El romancero viejo y tradicional</i>	29.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

	ALVAREZ QUINTERO, Hna. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
244.	ALVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín: <i>Malvaloca. Amores y amorios. Puebla de las mujeres. Doña Clarines. El genio alegre.</i> Prólogo de Ofelia Garza de del Castillo.	\$15.00
131.	AMADIS DE GAULA. Introducción de Arturo Souto A.	18.00
157.	AMICIS, Edmundo de: <i>Corazón. Diario de un niño.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	14.00
505.	AMIEL, Enrique Federico: <i>Fragments de un diario íntimo.</i> Prólogo de Bernard Bouvier.	22.00
	ANACREONTE. Véase: PINDARO.	
83.	ANDERSEN, Hans Christian: <i>Cuentos.</i> Prólogo de María Edmée Alvarez.	18.00
	ANDREYEV. Véase: CUENTOS RUSOS	
636.	ANDREYEV, Leónidas: <i>Los siete ahorcados. Saschka Yegulev.</i> Prólogo de Ettore Lo Gato.	27.00
428.	ANONIMO: <i>Aventuras del Picaro Till Eulenspiegel.</i> WICKRAM, Jorge: <i>El librito del carro.</i> Versión y prólogo de Marianne Oeste de Bopp.	15.00
432.	ANONIMO: <i>Robin Hood.</i> Introducción de Arturo Souto A.	12.00
635.	ANTOLOGIA DE CUENTOS DE MISTERIO Y DE TERROR. Selección e introducción de Ilán Stavans.	36.00
	APULEYO. Véase: LONGO	
301.	AQUINO, Tomás de: <i>Tratado de la ley. Tratado de la justicia. Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes.</i> Traducción y estudio introductivo por Carlos Ignacio González. S. J.	36.00
317.	AQUINO, Tomás de: <i>Suma contra los gentiles.</i> Traducción y estudio introductivo por Carlos Ignacio González, S. J.	51.00
406.	ARCINIEGAS, Guzmán: <i>Biografía del Caribe.</i>	27.00
76.	ARCIPRESTE DE HITA: <i>Libro de buen amor.</i> Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla.	15.00
	ARENAL, Concepción. Véase: FABULAS	
67.	ARISTOFANES: <i>Las once comedias.</i> Versión directa del griego con introducción de Angel María Garibay K.	27.00
70.	ARISTOTELES: <i>Ética Nicomachea. Política.</i> Versión española e introducción de Antonio Gómez Robledo.	22.00
120.	ARISTOTELES: <i>Metafísica.</i> Estudio introductivo, análisis de los libros y revisión del texto por Francisco Larroyo.	15.00
124.	ARISTOTELES: <i>Tratados de lógica. (El organón).</i> Estudio introductivo, preámbulo a los tratados y notas al texto por Francisco Larroyo.	36.00
	ARQUILOCO. Véase: PINDARO	
82.	ARRANGOIZ, Francisco de Paula: <i>México desde 1808 hasta 1867.</i> Prólogo de Martín Quirarte.	100.00
103.	ARREOLA, Juan José: <i>Lectura en voz alta.</i>	18.00
638.	ARRILLAGA TORRÉNS, Rafael: <i>Grandeza y decadencia de España en el siglo XVI.</i>	27.00
195.	ARROYO, Anita: <i>Razón y pasión de Sor Juana.</i> Refutación a Pfandl. <i>El Barroco en la vida de Sor Juana</i> , por Jesusa Alfau de Solalinde.	22.00
	ARTSIBASCHEV. Véase: CUENTOS RUSOS	
431.	AUSTEN, Jane: <i>Orgullo y prejuicio.</i> Prólogo de Sergio Pitol.	15.00
327.	AUTOS SACRAMENTALES. (El auto sacramental antes de Calderón). LOAS: <i>Dice el sacramento. A un pueblo. Loa del auto de acusación contra el género humano.</i> LOPEZ DE YANGUAS: <i>Farsa sacramental de 1521. Los amores del alma con el príncipe de la luz. Farsa sacramental de la residencia del hombre. Auto de los hierros de Adán. Farsa del sacramento del entendimiento niño.</i> SANCHEZ DE BADAJOZ: <i>Farsa de la</i>	

	iglesia. TIMONEDA: <i>Auto de la oveja perdida. Auto de la fuente de los siete sacramentos. Farsa del sacramento llamado premática del pan. Auto de la fe.</i> LOPE DE VEGA: <i>La adúltera perdonada. La ciega. El pastor lobo y cabaña celestial.</i> VALDIVIELSO: <i>El hospital de los locos. La amistad en el peligro. El peregrino. La Serena de Plasencia.</i> TIRSO DE MOLINA: <i>El colmenero divino. Los hermanos parecidos.</i> MIRA DE AMESCUA: <i>Pedro Telonario.</i> Selección, introducción y notas de Ricardo Arias.	\$24.00
625.	BABEL, Isaac: <i>Caballería roja. Cuentos de Odesa.</i> Prólogo de Ilán Stavans. .	29.00
293.	BACON, Francisco: <i>Instauratio Magna. Novum Organum.</i> Nueva Atlántida. Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo.	18.00
649.	BAINVILLE, Jacques: <i>Napoleón.</i> El hombre del mundo por Ralph Waldo Emerson.	44.00
200.	BALBUENA, Bernardo de: <i>La grandeza mexicana y compendio apologético en alabanza de la poesía.</i> Prólogo de Luis Adolfo Domínguez.	15.00
53.	BALMES, Jaime L.: <i>El criterio.</i> Estudio preliminar de Guillermo Díaz-Plaja.	12.00
241.	BALMES, Jaime L.: <i>Filosofía elemental.</i> Estudio preliminar por Raúl Cardiel.	18.00
112.	BALZAC, Honorato de: <i>Eugenia Grandet. La piel de Zapa.</i> Prólogo de Carmen Galindo.	15.00
314.	BALZAC, Honorato de: <i>Papá Goriot.</i> Prólogo de Rafael Solana.	15.00
442.	BALZAC, Honorato de: <i>El lirio en el valle.</i> Prólogo de Jaime Torres Bodet. .	15.00
	BAQUILIDES. Véase: PINDARO	
580.	BAROJA, Pío: <i>Desde la última vuelta del camino. (Memorias). El escritor según él y según los críticos. Familia. Infancia y juventud.</i> Introducción de Néstor Luján.	29.00
581.	BAROJA, Pío: <i>Desde la última vuelta del camino. (Memorias). Final del siglo XIX y principios del siglo XX. Galería de tipos de la época.</i>	29.00
582.	BAROJA, Pío: <i>Desde la última vuelta del camino. (Memorias). La intuición y el estilo. Bagatelas de otoño.</i>	29.00
592.	BAROJA, Pío: <i>Las inquietudes de Shanti Andia.</i>	22.00
335.	BARREDA, Gabino: <i>La educación positivista.</i> Selección, estudio introductivo y preámbulos por Edmundo Escobar.	18.00
334.	BATALLAS DE LA REVOLUCION Y SUS CORRIDOS. Prólogo y preparación de Daniel Moreno.	15.00
426.	BAUDELAIRE, Carlos: <i>Las flores del mal. Diarios íntimos.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce.	22.00
17.	BECQUER, Gustavo Adolfo: <i>Rimas, leyendas y narraciones.</i> Prólogo de Juana de Ontañón.	15.00
	BENAVENTE. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
35.	BERCEO, Gonzalo de: <i>Milagros de Nuestra Señora. Vida de Santo Domingo de Silos. Vida de San Millán de la Cogolla. Vida de Santa Orta. Martirio de San Lorenzo.</i> Prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla.	29.00
491.	BERGSON, Henry: <i>Introducción a la metafísica. La Risa. Filosofía de Bergson</i> por Manuel García Morente.	15.00
590.	BERGSON, Henry: <i>Las dos fuentes de la moral y de la religión.</i> Introducción de John M. Oesterreicher.	18.00
	BERMUDEZ, Ma. Elvira. Véase: VERNE, Julio	
	BESTEIRO, Julián. Véase: HESSEN, Juan	
580.	BIBLIA DE JERUSALEN. Nueva edición totalmente revisada y aumentada. .	70.00
	Tela.	81.00
380.	BOCCACCIO: <i>El Decamerón.</i> Prólogo de Francisco Montes de Oca.	29.00
487.	BOECIO, Severino: <i>La consolación de la filosofía.</i> Prólogo de Gustave Bardy.	15.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

522.	BOISSIER, Gastón: <i>Cicerón y sus Amigos. Estudio de la sociedad Romana del tiempo de César. Prólogo de Augusto Rostagni.</i>	\$18.00
495.	BOLIVAR, Simón: <i>Escritos políticos. El espíritu de Bolívar por Rufino Blanco y Fombona.</i>	18.00
	BOSCAN, Juan. Véase: VEGA: <i>Garcilaso de la</i>	
278.	BOTURINI BENADUCI, Lorenzo: <i>Idea de una nueva historia general de la América Septentrional. Estudio preliminar por Miguel León-Portilla.</i>	29.00
420.	BRONTÉ, Carlota: <i>Jane Eyre. Prólogo de Marga Sorensen.</i>	20.00
119.	BRONTÉ, Emily: <i>Cumbres Borrascosas. Prólogo de Sergio Pitol.</i>	15.00
584.	BRUYERE, LA: <i>Los caracteres. Precedidos de los caracteres de Teofrasto.</i>	22.00
516.	BULWER-LYTON. <i>Los últimos días de Pompeya. Prólogo de Santiago Galindo.</i>	18.00
441.	BURCKHARDT, Jacob: <i>La Cultura del Renacimiento en Italia. Prólogo de Werner Kaegi.</i>	24.00
606.	BURGOS, Fernando: <i>Antología del cuento hispanoamericano.</i>	58.00
104.	CABALLERO, Fernan: <i>La gaviota. La familia de Alvareda. Prólogo de Salvador Reyes Nevares.</i>	25.00
222.	CALDERON, Fernando: <i>A ninguna de las tres. El torneo. Ana Bolena. Herman o la vuelta del cruzado. Prólogo de María Edmée Alvarez.</i>	15.00
74.	CALDERON DE LA BARCA, Madame: <i>La vida en México. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor.</i>	36.00
41.	CALDERON DE LA BARCA, Pedro: <i>La vida es sueño. El alcalde de Zalamea. Prólogo de Guillermo Díaz-Plaja.</i>	12.00
331.	CALDERON DE LA BARCA, Pedro: <i>Autos Sacramentales: La cena del Rey Baltasar. El gran Teatro del Mundo. La hidalga del valle. Lo que va del hombre a Dios. Los encantos de la culpa. El divino Orfeo. Sueños hay que verdad son. La vida es sueño. El día mayor de los días. Selección, introducción y notas de Ricardo Arias.</i>	29.00
252.	CAMOENS, Luis de: <i>Los Lusíadas. Traducción, prólogo y notas de Ildefonso Manuel Gil.</i>	18.00
329.	CAMPOAMOR, Ramón de: <i>Doloras. Poemas. Introducción de Vicente Gao.</i>	50.00
435.	CANOVAS DEL CASTILLO, Antonio: <i>La campana de Huesca. Prólogo de Serafin Estébanez Calderón.</i>	15.00
285.	CANTAR DE LOS NIBELUNGOS. Traducción al español e introducción de Marianne Oestre de Bopp.	18.00
279.	CANTAR DE ROLDAN, EL. Versión de Felipe Teixidor.	12.00
624.	CAPELLAN, Andrés El: <i>Tratado del amor cortés. Traducción, introducción y notas de Ricardo Arias y Arias.</i>	29.00
640.	CARBALLO, Emmanuel: <i>Protagonistas de la literatura mexicana. José Vasconcelos. Genaro Martínez McGregor. Martín Luis Guzmán. Julio Torri. Alfonso Reyes. Artemio de Valle-Arizpe. Julio Jiménez Rueda. Octavio G. Barreda. Carlos Pellicer. José Gorostiza. Jaime Torres Bodet. Salvador Novo. Rafael F. Muñoz. Agustín Yáñez. Mauricio Magdaleno. Nellie Campobello. Ramón Rubín. Juan Rulfo. Juan José Arreola. Elena Garro. Rosario Castellanos. Carlos Fuentes.</i>	65.00
307.	CARLYLE, Tomás: <i>Los Héroes. El culto a los héroes y lo heroico de la historia. Estudio preliminar de Raúl Cardiel Reyes.</i>	12.00
215.	CARROLL, Lewis: <i>Alicia en el país de las maravillas. Al otro lado del espejo. Ilustrado con grabados de John Tenniel. Prólogo de Sergio Pitol.</i>	20.00
57.	CASAS, Fr. Bartolomé de las: <i>Los Indios de México y Nueva España. Antología. Edición, prólogo, apéndices y notas de Edmundo O'Gormann. Con la colaboración de Jorge Alberto Manrique.</i>	18.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

318.	CASIDAS DE AMOR PROFANO Y MÍSTICO. Ibn Zaydum. Ibn Arabi. Estudio y traducción de Vicente Cantarino.	\$18.00
223.	CASONA, Alejandro: <i>Flor de leyendas. La sirena varada. La dama del alba. La barca sin pescador.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel.	20.00
249.	CASONA, Alejandro: <i>Otra vez el diablo. Nuestra Natacha. Prohibido suicidarse en primavera. Los árboles mueren de pie.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel.	18.00
357.	CASTELAR, Emilio: <i>Discursos. Recuerdos de Italia. Ensayos.</i> Selección e introducción de Arturo Souto A.	15.00
372.	CASTRO, Américo: <i>La realidad histórica de España.</i>	36.00
268.	CASTRO, Guillén de: <i>Las mocedades del Cid.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez.	12.00
643.	CELLINI, Benvenuto: <i>Autobiografía.</i> Prólogo de Manuel Ramírez. Rústica. ..	44.00
25.	CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: <i>México en 1554 y Tímulo Imperial.</i> Edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman.	18.00
6.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.</i> Prólogo y esquema biográfico por Américo Castro.	40.00
9.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Novelas ejemplares.</i> Comentario de Sergio Fernández.	17.00
98.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Entremeses.</i> Introducción de Arturo Souto A.	14.00
422.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Los trabajos de Persiles y Sigismunda.</i> Prólogo de Mauricio Serrahima.	18.00
578.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Don Quijote de la Mancha.</i> Edición abreviada. Introducción de Arturo Usler Pietri.	20.00
20.	CESAR, Cayo Julio: <i>Comentarios de la guerra de las Galias y Guerra Civil.</i> Prólogo de Xavier Tavera.	18.00
320.	CETINA, Gutierre de: <i>Obras.</i> Introducción de D. Joaquín Hazañas y la Rúa. Presentación de Margarita Peña.	44.00
230.	CICERON: <i>Los oficios o los deberes. De la vejez. De la amistad.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa.	22.00
234.	CICERON: <i>Tratado de la República. Tratado de las leyes Catilnarias.</i>	18.00
	CID: Véase: POEMA DE MIO CID	
137.	CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS DE LA LENGUA CASTELLANA, LAS. Selección y advertencia preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo.	15.00
29.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia antigua de México.</i> Edición y prólogo de Mariano Cuevas.	36.00
143.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia de la Antigua o Baja California.</i>	
	PALOU, Fr. Francisco: <i>Vida de Fr. Junipero Serra y Misiones de la California Septentrional.</i> Estudios preliminares de Miguel León-Portilla.	36.00
60.	COLOMA, P. Luis: <i>Boy.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa.	12.00
91.	COLOMA, P. Luis: <i>Pequeñeces. Jeromín.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa.	22.00
167.	COMENIO, Juan Amós: <i>Didáctica Magna.</i> Prólogo de Gabriel de la Mora.	22.00
340.	COMTE, Augusto: <i>La filosofía positiva.</i> Proemio, estudio introductivo, selección y un análisis de los textos por Francisco Larroyo.	22.00
7.	CORTES, Hernán: <i>Cartas de relación.</i> Nota preliminar de Manuel Alcalá. Ilustraciones. Un mapa plegado.	18.00
313.	CORTINA, Martín: <i>Un rosillo inmortal. (Leyendas de los llanos). Un tlacuache vagabundo. Maravillas de Attepepan (leyendas mexicanas).</i> Introducción de Andrés Henestrosa.	29.00
181.	COULANGES, Fustel de: <i>La ciudad antigua. (Estudio sobre el culto. El derecho y las instituciones de Grecia y Roma).</i> Estudio preliminar de Daniel Moreno.	20.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

100.	CRUZ, Sor Juana Inés de la: <i>Obras completas</i> . Prólogo de Francisco Monterde.	\$58.00
121.	CUENTOS DE GRIMM. Prólogo y selección de María Edmée Alvarez.	18.00
342.	CUENTOS RUSOS: Gógol. Turguénev. Dostoievski. Tolstoi. Garín. Chéjov. Gorki. Andréiev. Kuprin. Artsibáshev. Dimov. Tasin. Surguchov. Korolenko. Gonchárov. Sholójov. Introducción de Rosa M. Phillips.	18.00
256.	CUYAS ARMENGOL, Arturo: <i>Hace falta un muchacho</i> . Libro de orientación en la vida para los adolescentes. Ilustrada por Juez.	15.00
382.	CHATEAUBRIAND, René: <i>El genio del cristianismo</i> . Introducción de Arturo Sotua A.	29.00
524.	CHATEAUBRIAND, René: <i>Atala</i> . René. <i>El último Abencerraje</i> . Páginas autobiográficas. Prólogo de Armando Rangel.	12.00
623.	CHAUCER, Geoffrey: <i>Cuentos de Canterbury</i> . Prólogo de Raymond Las Vergnas.	29.00
148.	CHAVEZ, Ezequiel A.: <i>Sor Juana Inés de la Cruz</i> . Ensayo de psicología y de estimación del sentido de su vida para la historia de la cultura y de la formación de México.	22.00
	CHEJOV, Antón: Véase: CUENTOS RUSOS	
411.	CHEJOV, Antón: <i>Cuentos escogidos</i> . Prólogo de Somerset Maugham.	22.00
454.	CHEJOV, Antón: <i>Teatro: La gaviota. Tio Vania. Las tres hermanas. El jardín de los cerezos</i> . Prólogo de Máximo Gorki.	15.00
633.	CHEJOV, Antón: <i>Novelas cortas. Mi vida. La sala número seis. En el barranco. Campesinos. Un asesino. Una historia aburrida</i> . Prólogo de Marc Slonim.	36.00
478.	CHESTERTON, Gilbert K.: <i>Ensayos</i> . Prólogo de Hilario Belloc.	12.00
490.	CHESTERTON, Gilbert K.: <i>Ortodoxia. El hombre eterno</i> . Prólogo de Augusto Assia.	18.00
42.	DARIO, Rubén: <i>Azul... El salmo de la pluma. Cantos de vida y esperanza. Otros poemas</i> . Edición de Antonio Oliver.	15.00
385.	DARWIN, Carlos: <i>El origen de las especies</i> . Introducción de Richard W. Leakey.	36.00
377.	DAUDET, Alfonso: <i>Tartarin de Tarascón. Tartarin en los Alpes. Port-Tarascón</i> . Prólogo de Juan Antonio Guerrero.	18.00
140.	DEFOE, Daniel: <i>Aventuras de Robinson Crusoe</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares.	15.00
154.	DELGADO, Rafael: <i>La calandria</i> . Prólogo de Salvador Cruz.	15.00
280.	DEMOSTENES: <i>Discursos</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	22.00
177.	DESCARTES: <i>Discurso del método. Meditaciones metafísicas. Reglas para la dirección del espíritu. Principios de la filosofía</i> . Estudio introductivo. análisis de las obras y notas al texto por Francisco Larroyo.	10.00
604.	DIAZ COVARRUBIAS, Juan: <i>Gil Gómez el Insurgente o la hija del médico</i> . Apuntes biográficos de Antonio Carrión. <i>Los mártires de Tacubaya</i> por Juan A. Mateos e Ignacio M. Altamirano.	27.00
5.	DIAZ DEL CASTILLO, Bernal: <i>Historia verdadera de la conquista de la Nueva España</i> . Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Con un mapa.	30.00
127.	DICKENS, Carlos: <i>David Copperfield</i> . Introducción de Sergio Pitó.	35.00
310.	DICKENS, Carlos: <i>Canción de Navidad. El grillo del hogar. Historia de dos ciudades</i> . Estudio preliminar de María Edmée Alvarez.	24.00
362.	DICKENS, Carlos: <i>Oliver Twist</i> . Prólogo de Rafael Solana.	18.00
648.	DICKENS, Carlos: <i>Almacén de antigüedades</i> . Prólogo de Juan Diego Mayoux.	41.00
	DIMOV. Véase: CUENTOS RUSOS	

28.	DON JUAN MANUEL: <i>El Conde Lucanor</i> . Versión antigua y moderna e introducción de Amancio Bolaño e Isla.	\$15.00
	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: Véase: CUENTOS RUSOS	
84.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>El Príncipe idiota</i> . <i>El sepulcro de los vivos</i> . Notas preliminares de Rosa María Phillips.	22.00
106.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Los hermanos Karamazov</i> . Prólogo de Rosa María Phillips.	30.00
108.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Crimen y castigo</i> . Introducción de Rosa María Phillips.	29.00
259.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Las noches blancas</i> . <i>El jugador</i> . <i>Un ladrón honrado</i> . Prólogo de Rosa María Phillips.	12.00
341.	DOYLE, Conan Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: Un crimen extraño</i> . <i>El intérprete griego</i> . <i>Triunfos de Sherlock Holmes: Los tres estudiantes</i> . <i>El mendigo de la cicatriz</i> . K.K.K. <i>La muerte del coronel</i> . <i>Un protector original</i> . <i>El novio de Miss Sutherland</i> . <i>Las aventuras de una ciclista</i> . <i>El misterio de Boscombe</i> . <i>Policia fina</i> . <i>El casado sin mujer</i> . <i>La diadema de Berilos</i> . <i>El carbuclo azul</i> . "Silver Blaze". <i>Un empleo extraño</i> . <i>El ritual de los Musgrave</i> . <i>El "Gloria Scott"</i> . <i>El documento robado</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez.	18.00
343.	DOYLE, Conan Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: El perro de Baskerville</i> . <i>La marca de los cuatro</i> . <i>El pulgar del ingeniero</i> . <i>La banda moteada</i> . <i>Nuevos triunfos de Sherlock Holmes: El ingenio de Napoleón</i> . <i>El campeón de "Foot-Ball"</i> . <i>El cordón de la campanilla</i> . <i>Los Cunningham's</i> . <i>Las dos manchas de sangre</i>	18.00
345.	DOYLE, Conan Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: La resurrección de Sherlock Holmes: Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes</i> . <i>La caja de laca</i> . <i>El embudo de cuero</i> , etc.	18.00
73.	DUMAS, Alejandro: <i>Los tres mosqueteros</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares.	30.00
75.	DUMAS, Alejandro: <i>Veinte años después</i>	27.00
346.	DUMAS, Alejandro: <i>El Conde de Monte-Cristo</i> . Prólogo de Mauricio González de la Garza.	36.00
364.	DUMAS, Alejandro: <i>El Vizconde de Bragelonne</i> . 2 tomos.	87.00
365.	DUMAS, Alejandro: <i>El paje del Duque de Saboya</i>	18.00
407.	DUMAS, Alejandro: <i>Los cuarenta y cinco</i>	22.00
415.	DUMAS, Alejandro: <i>La dama de Monsoreau</i>	22.00
452.	DUMAS, Alejandro: <i>La dama de Monsoreau</i>	22.00
502.	DUMAS, Alejandro: <i>La Reina Margarita</i>	18.00
504.	DUMAS, Alejandro: <i>La mano del muerto</i>	18.00
601.	DUMAS, Alejandro: <i>Mil y un fantasmas</i> . Traducción de Luisa Sofovich.	20.00
349.	DUMAS, Alejandro (hijo): <i>La dama de las Camelias</i> . Introducción de Arturo Souto A.	22.00
309.	ECA DE QUEIROZ: <i>El misterio de la carretera de Cintra</i> . <i>La ilustre casa de Ramirez</i> . Prólogo de Monserrat Alfau.	22.00
444.	ECKERMANN: <i>Conversaciones con Goethe</i> . Introducción de Rudolf K. Goldschmidt Jentner.	29.00
596.	EMERSON, Ralph Waldo: <i>Ensayos</i> . Prólogo de Edward Tinker.	18.00
283.	EPICETETO: <i>Manual y máximas</i> . MARCO AURELIO: <i>Soliloquios</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	24.00
99.	ERCILLA, Alonso de: <i>La Araucana</i> . Prólogo de Ofelia Garza de del Castillo.	29.00
	ESOPHO: Véase: FABULAS	
233.	ESPINEL, Vicente: <i>Vida de Marcos Obregón</i> . Prólogo de Juan Pérez de Guzmán.	15.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

202.	ESPRONCEDA, José de. <i>Obras poéticas. El pelayo, Poesías líricas. El estudiante de Salamanca. El diablo mundo. Prólogo de Juana de Ontañón.</i>	\$15.00
11.	ESQUILO: <i>Las siete tragedias. Versión directa del griego, con una introducción de Angel María Garibay K.</i>	11.00
24.	EURIPIDES: <i>Las diecinueve tragedias. Versión directa del griego, con una introducción de Angel María Garibay K.</i>	26.00
602.	<i>Evangelios Apócrifos. Introducción de Daniel Rops.</i>	22.00
16.	FABULAS. (<i>Pensador mexicano, Rosas Moreno, La Fontaine, Samaniego Iriarte, Esopo, Fedro, etc.</i>). Selección y notas de María de Pina.	22.00
	FEDRO. Véase: FABULAS	
593.	FEIJOO, Benito Jerónimo: <i>Obras escogidas. Introducción de Arturo Souto Alabarce.</i>	29.00
387.	FENELON: <i>Aventuras de Telémaco. Introducción de Jeanne Renée Becker.</i>	18.00
503.	FERNANDEZ DE AVELLANEDA, Alonso: <i>El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Que contiene su tercera salida y que es la quinta parte de sus aventuras. Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo.</i>	24.00
1.	FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>El Periquillo sarniento. Prólogo de J. Rea Spell.</i>	18.00
71.	FERNANDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>La Quijotita y su prima. Introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda.</i>	18.00
173.	FERNANDEZ DE MORATIN, Leandro: <i>El sí de las niñas. La comedia nueva o el café. La derrota de los pedantes. Lección poética. Prólogo de Manuel de Ezcurdia.</i>	14.00
521.	FERNANDEZ DE NAVARRETE, Martín: <i>Viajes de Colón.</i>	29.00
211.	FERRO GAY, Federico: <i>Breve historia de la literatura italiana.</i>	36.00
512.	FEVAL, Paul: <i>El jorobado o Enrique de Lagardere.</i>	18.00
641.	FICHTE, Johann Gottlieb: <i>El destino del hombre. Introducciones a la teoría de la ciencia. Prólogo de Federico Jodl.</i>	29.00
	FILOSTRATO. Véase: LAERCIO, Diógenes	
352.	FLAUBERT, Gustavo: <i>Madame Bovary. Costumbres de provincia. Prólogo de José Arenas.</i>	15.00
	FRANCE, Anatole: Véase: RABELAIS	
375.	FRANCE, Anatole: <i>El crimen de un académico. La azucena roja. Tais. Prólogo de Rafael Solana.</i>	22.00
399.	FRANCE, Anatole: <i>Los dioses tienen sed. La rebelión de los ángeles. Prólogo de Pierre Josseland.</i>	22.00
654.	FRANK, Ana: <i>Diario. Prólogo de Daniel Rops.</i>	18.00
391.	FRANKLIN, Benjamin: <i>Autobiografía y otros escritos. Prólogo de Arturo Uslar Pietri.</i>	18.00
92.	FRIAS, Heriberto: <i>Tomóchic. Prólogo y notas de James W. Brown.</i>	14.00
494.	FRIAS, Heriberto: <i>Leyendas históricas mexicanas y otros relatos. Prólogo de Antonio Saborit.</i>	18.00
534.	FRIAS, Heriberto: <i>Episodios militares mexicanos. Principales campañas, jornadas, batallas, combates y actos heroicos que ilustran la historia del ejército nacional desde la Independencia hasta el triunfo definitivo de la República.</i>	22.00
608.	FURMANOV, Dimitri: <i>Chapáev. Prólogo de Dionisio Rosales.</i>	36.00
354.	GABRIEL Y GALAN, José María: <i>Obras completas. Introducción de Arturo Souto A.</i>	27.00
311.	GALVAN, Manuel de J.: <i>Enriquillo. Leyenda histórica dominicana (1503-1533). Con un estudio de Cocha Meléndez.</i>	18.00
305.	GALLEGOS, Rómulo: <i>Doña bárbara. Prólogo de Ignacio Díaz Ruiz.</i>	20.00
368.	GAMIO, Manuel: <i>Forjando patria. Prólogo de Justino Fernández.</i>	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

251.	GARCIA LORCA, Federico: <i>Libro de poemas. Poema del Canto Jondo. Romancero Gitano. Poeta en Nueva York. Odas. Llanto por Sánchez Mejías. Bodas de Sangre. Yerma. Prólogo de Salvador Novo.</i>	\$22.00
255.	GARCIA LORCA, Federico: Mariana Pineda. <i>La zapatera prodigiosa. Así que pasen cien años. Doña Rosita la soltera. La casa de Bernarda Alba. Primeras canciones. Canciones. Prólogo de Salvador Novo.</i>	20.00
164.	GARCIA MORENTE, Manuel: <i>Lecciones preliminares de filosofía.</i>	18.00
621.	GARCIA MORENTE, Manuel: <i>Estudios y ensayos. Prólogo de Luis Aguirre Pardo.</i>	29.00
	GARCILASO DE LA VEGA. Véase: VEGA, Garcilaso de la	
22.	GARIBAY K., Angel María: <i>Panorama literario de los pueblos nahuas.</i>	15.00
31.	GARIBAY K., Angel María: <i>Mitología griega. Dioses y héroes.</i>	18.00
626.	GARIBAY K., Angel María: <i>Historia de la literatura Náhuatl. Prólogo por Miguel León-Portilla.</i>	65.00
	GARIN. Véase: CUENTOS RUSOS	
373.	GAY, José Antonio: <i>Historia de Oaxaca. Prólogo de Pedro Vázquez Colmenares.</i>	36.00
433.	GIL Y CARRASCO, Enrique: <i>El señor de Bembibre. El lago de Carucedo. Artículos de costumbres. Prólogo de Arturo Souto A.</i>	18.00
21.	GOETHE, J. W.: <i>Fausto. Werther. Introducción de Francisco Montes de Oca.</i>	15.00
400.	GOETHE, J. W.: <i>De mi vida. Poesía y verdad. Prólogo de Ernst Robert Curtius.</i>	44.00
132.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Las almas muertas. La tercera orden de San Vladimir. (Fragmentos de comedia inconclusa). Prólogo de Rosa María Phillips.</i>	18.00
457.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Taras Bulba. Relatos de Mirgorod. Prólogo de Emilia Pardo Bazán.</i>	18.00
627.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Novelas breves petersburguesas. Diario de un loco. La nariz. El copete. El retrato. El carruaje. La perspectiva Nevski. Prólogo de Pablo Schostakovski.</i>	27.00
	GOGOL, Nikolai V. Véase: CUENTOS RUSOS	
461.	GOMEZ ROBLEDO, Antonio: <i>El magisterio filosófico y jurídico de Alonso de la Veracruz. Con una antología de textos.</i>	15.00
	GONCHAROV. Véase: CUENTOS RUSOS	
262.	GONGORA: <i>Poesías. Romances. Letrillas. Redondillas. Décimas. Sonetos atribuidos. Poemas. Soledades. Polifemo y Galatea. Panegirico. Poesías sueltas. Prólogo de Anita Arroyo.</i>	22.00
568.	GONZALEZ OBREGON, Luis: <i>Las calles de México. Leyendas y sucesos. Vida y costumbres de otros tiempos. Prólogo de Carlos G. Peña y Luis G. Urbina.</i>	20.00
44.	GONZALEZ PEÑA, Carlos: <i>Historia de la literatura mexicana. (Desde los orígenes hasta nuestros días).</i>	22.00
254.	GORKI, Máximo: <i>La madre. Mis confesiones. Prólogo de Rosa María Phillips.</i>	14.00
397.	GORKI, Máximo: <i>Mi infancia. Por el mundo. Mis universidades. Prólogo de Marc Slonim.</i>	29.00
118.	GOYTORTUA SANTOS, Jesús: <i>Pensativa. Premio "Lanz Duret" 1944.</i>	27.00
315.	GRACIAN, Baltasar: <i>El discreto. El crítico. El héroe. Introducción de Isabel C. Tarán.</i>	15.00
	GUILLÉN DE NICOLAU, Palma. Véase: MISTRAL, Gabriela	
169.	GÜIRALDES, Ricardo: <i>Don segundo sombra. Prólogo de María Edmée A. .</i>	15.00
	GUITTON, Jean. Véase: SERTILANGES, A. D.	
19.	GUTIERREZ NAJERA, Manuel: <i>Cuentos y cuaresmas del Duque Job. Cuentos frágiles. Cuentos de color de himno. Primeros cuentos. Últimos cuentos. Prólogo y capítulo de novelas. Edición e introducción de Francisco Monterde.</i>	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

438.	GUZMAN, Martín Luis: <i>Memorias de Pancho Villa</i>	\$51.00
508.	HAGGARD, Henry Rider: <i>Las minas del Rey Salomón</i> . Introducción de Allan Quatermain.	18.00
396.	HAMSUN, Knut: <i>Hambre</i> . Pan. Prólogo de Antonio Espina.	15.00
631.	HAWTHORNE, Nathaniel: <i>La letra escarlata</i> . Prólogo de Ludwig Lewisohn.	27.00
484.	HEBREO, León: <i>Diálogos de Amor</i> . Traducción de Garcilaso de la Vega, El Inca.	22.00
187.	HEGEL: <i>Enciclopedia de las ciencias filosóficas</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo.	29.00
429.	HEINE, Enrique: <i>Libro de los cantares. Prosa escogida</i> . Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo.	15.00
599.	HEINE, Enrique: <i>Alemania. Cuadros de viaje</i> . Prólogo de Maxime Alexandre.	22.00
	HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. Véase: URBINA, Luis G.	
271.	HEREDIA, José María: <i>Poesías completas</i> . Estudio preliminar de Raimundo Lazo.	15.00
216.	HERNANDEZ, José: <i>Martin Fierro</i> . Estudio preliminar por Raimundo Lazo.	10.00
176.	HERODOTO: <i>Los nueve libros de la historia</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman.	29.00
323.	HERRERA Y REISSIG, Julio: <i>Poesías</i> . Introducción de Ana Victoria Mondada.	15.00
206.	HESÍODO: <i>Teogonía. Los trabajos y los días. El escudo de Heracles. Idilios de Bión. Idilios de Mosco. Himnos órficos</i> . Prólogo de Manuel Villalaz.	15.00
607.	HESSE, Hermann: <i>El lobo estepario. Relatos autobiográficos</i> . Prólogo de F. Martini.	24.00
630.	HESSE, Hermann: <i>Demian. Siddhartha</i> . Prólogo de Ernest Robert Curtius. ...	20.00
351.	HESSEN, Juan: <i>Teoría del conocimiento</i> . MESSER, Augusto: <i>Realismo crítico</i> . BESTEIRO, Julian: <i>Los juicios sintéticos "A priori"</i> . Preliminar y estudio introductivo por Francisco Larroyo.	14.00
156.	HOFFMAN, E. T. G.: <i>Cuentos</i> . Prólogo de Rosa María Phillips.	18.00
2.	HOMERO: <i>La Iliada</i> . Traducción de Luis Segala y Estalella. Prólogo de Alfonso Reyes.	11.00
4.	HOMERO: <i>La Odisea</i> . Traducción de Luis Segala y Estalella. Prólogo de Manuel Alcalá.	11.00
240.	HORACIO: <i>Odas y éodos. Satiras. Epístolas. Arte poética</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	22.00
77.	HUGO, Víctor: <i>Los miserables</i> . Nota preliminar de Javier Peñalosa.	44.00
294.	HUGO, Víctor: <i>Nuestra Señora de París</i> . Introducción de Arturo Souto A.	18.00
586.	HUGO, Víctor: <i>Noventa y tres</i> . Prólogo de Marcel Aymé.	22.00
274.	HUGON, Eduardo: <i>Las veinticuatro tesis tomistas</i> . Incluye, además <i>Enciclica Aeterni Patris, de León XIII. Motu Proprio Doctoris Angelici, de Pío X Motu Proprio non multo post. De Benedicto XV. Enciclica Studiorum Ducem, de Pío XI</i> . Análisis de la obra precedida de un estudio sobre los orígenes y desenvolvimiento de la Neoescolástica, por Francisco Larroyo.	18.00
	HUIZINGA, Johan. Véase: ROTTERDAM, Erasmo de	
39.	HUMBOLDT, Alejandro de: <i>Ensayo político sobre el reino de la Nueva España</i> . Estudio preliminar, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina.	58.00
326.	HUME, David: <i>Tratado de la naturaleza humana. Ensayo para introducir el método del razonamiento humano en los asuntos morales</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo.	24.00
587.	HUXLEY, Aldous: <i>Un mundo feliz. Retorno a un mundo feliz</i> . Prólogo de Theodor W. Adorno.	20.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

78.	IBARGÜENGOTTIA, Antonio: <i>Filosofía mexicana. En sus hombres y en sus textos</i>	\$22.00
348.	IBARGÜENGOTTIA CHICO, Antonio: <i>Suma filosófica mexicana. (Resumen de historia de la filosofía en México)</i>	15.00
303.	IBSEN, Enrique: <i>Peer Gynt. Casa de muñecas. Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato silvestre. Juan Gabriel Borkman</i> . Versión y prólogo de Ana Victoria Mondada	18.00
47.	IGLESIAS, José María: <i>Revistas históricas sobre la intervención francesa en México. Introducción e índice de materias de Martín Quirarte</i>	58.00
63.	INCLAN, Luis G.: <i>Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los charrós contrabandistas de la rama</i> . Prólogo de Salvador Novo	29.00
207.	INDIA LITERARIA, LA. <i>Mahabarata. Bagavad Gita. Los vedas. Leyes de Manú. Poesía. Teatro. Cuentos. Apología y leyendas. Antología, introducciones históricas; notas y un vocabulario del hinduismo por Teresa E. Rohde</i>	18.00
270.	INGENIEROS, José: <i>El hombre mediocre</i> . Introducción de Raúl Carrancá y Rivas	22.00
	IRIARTE. Véase: FABULAS	
79.	IRVING, Washington: <i>Cuentos de la Alhambra</i> . Introducción de Ofelia Garza de del Castillo	18.00
46.	ISAACS, Jorge: <i>Maria</i> . Introducción de Daniel Moreno	12.00
245.	JENOFONTE: <i>La expedición de los diez mil. Recuerdos de Sócrates. El banquete. Apología de Sócrates</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca	18.00
66.	JIMENEZ, Juan Ramón: <i>Platero y yo. Trescientos poemas (1903-1953)</i>	25.00
374.	JOSEFO, Flavio: <i>La guerra de los judíos</i> . Prólogo de Salvador Marichalar	27.00
448.	JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: <i>Obras históricas. Sobre la legislación y la historia. Discursos sobre la geografía y la historia. Sobre los espectáculos y diversiones públicas. Descripción del Castillo de Bellver. Disciplina eclesiástica sobre sepulturas</i> . Edición y notas de Elvira Martínez	22.00
23.	JOYAS DE LA AMISTAD ENGARZADAS EN UNA ANTOLOGIA. Selección y nota preliminar de Salvador Novo	22.00
390.	JOYCE, James: <i>Retrato del artista adolescente. Gente de Dublin</i> . Prólogo de Antonio Marichalar	22.00
467.	KAFKA, Franz: <i>La metamorfosis. El proceso</i> . Prólogo de Milán Kundera	20.00
486.	KAFKA, Franz: <i>El castillo. La condena. La gran Muralla China</i> . Introducción de Theodor W. Adorno	18.00
656.	KAFKA, Franz: <i>Carta al padre y otros relatos</i> . Prólogo de José Ma. Alfaro	25.00
203.	KANT, Mannel: <i>Crítica de la razón pura</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo	29.00
212.	KANT, Mannel: <i>Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Crítica de la razón práctica. La paz perpetua</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo	18.00
246.	KANT, Mannel: <i>Prolegómenos a toda metafísica del porvenir. Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime. Crítica del juicio</i> . Estudio preliminar de las obras por Francisco Larroyo	22.00
30.	KEMPIS, Tomás de: <i>Imitación de Cristo</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca	15.00
204.	KIPLING, Rudyard: <i>El libro de las tierras vírgenes</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce	24.00
545.	KOROLENKO, Vladimir G.: <i>El sueño de Makar. Malas compañías. El clamor del bosque. El músico ciego y otros relatos</i> . Introducción por A. Jhabrovitski	15.00
	KOROLENKO: Véase: CUENTOS RUSOS	

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

637.	KRUIF, Paul de: <i>Los cazadores de microbios</i> . Introducción de Irené E. Motts.	\$29.00
598.	KUPRIN, Alejandro: <i>El desafío</i> . Introducción de Ettore lo Gatto.	22.00
	KUPRIN: Véase: CUENTOS RUSOS	
427.	LAERCIO, Diógenes: <i>Vidas de los filósofos más ilustres</i> . FILOSTRATO: <i>Vidas de los sofistas</i> . Traducciones y prólogos de José Ortiz-Sanz y José M. Riaño.	29.00
	LAERCIO, Diógenes. Véase: LUCRECIO CARO, Tito	
	LAFONTAINE. Véase: FABULAS.	
520.	LAFRAGUA, José María y OROZCO Y BERRA, Manuel: <i>La ciudad de México</i> . Prólogo de Ernesto de la Torre Villar. Con la colaboración de Ramiro Navarro de Anda.	36.00
155.	LAGERLOFF, Selma: <i>El maravilloso viaje de Nils Holgersson</i> . Introducción de Palma Guillén de Nicolau.	18.00
549.	LAGERLOFF, Selma: <i>El carretero de la muerte. El esclavo de su finca y otras narraciones</i> . Prólogo de Agustín Loera y Chávez.	22.00
272.	LAMARTINE, Alfonso de: <i>Graziella. Rafael</i> . Estudio preliminar de Daniel Moreno.	15.00
93.	LARRA, Mariano José de. "Figaro": <i>Artículos</i> . Prólogo de Juana de Cotañón.	29.00
459.	LARRA, Mariano José de. "Figaro": <i>El doncel de Don Enrique. El doliente. Macías</i> . Prólogo de Arturo Souto A.	18.00
333.	LARROYO, Francisco: <i>La filosofía Iberoamericana. Historia, formas, temas, polémica, realizaciones</i> .	29.00
34.	LAZARILLO DE TORMES, EL. (Autor desconocido). <i>Vida del buscón Don Pablos</i> de FRANCISCO DE QUEVEDO. Estudio preliminar de ambas obras por Guillermo Díaz-Plaja.	35.00
38.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El período colonial (1492-1780)</i> .	22.00
65.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX (1780-1914)</i> .	18.00
179.	LAZO, Raimundo: <i>La novela Andina. (Pasado y futuro. Alcides. Arguedas. César Vallejo. Ciro Alegria. Jorge Icaza. José María Arguedas. Previsible misión de Vargas Llosa y los futuros narradores)</i> .	18.00
184.	LAZO, Raimundo: <i>El romanticismo. (Lo romántico en la lírica hispanoamericana, del siglo XVI a 1970)</i> .	29.00
226.	LAZO, Raimundo: <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda. La mujer y la poesía lírica</i> .	15.00
	LECTURA EN VOZ ALTA. Véase: ARREOLA, Juan José	
247.	LE SAGE: <i>Gil Blas de Santillana</i> . Traducción y prólogo de Francisco José de Isla. Y un estudio de Sainte-Beuve.	36.00
321.	LEIBNIZ, Godofredo G.: <i>Discurso de metafísica. Sistema de la naturaleza. Nuevo tratado sobre el entendimiento humano. Monadología. Principios sobre la naturaleza y la gracia</i> . Estudio introductorio y análisis de las obras por Francisco Larroyo.	36.00
145.	LEÓN, Fray Luis de: <i>La perfecta casada. Cantar de los cantares. Poesías originales</i> . Introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa.	22.00
632.	LESSING, G. E.: <i>Laocoonte</i> . Introducción de Wilhelm Dilthey.	29.00
48.	<i>Libro de los Salmos</i> . Versión directa del hebreo y comentarios de José González Brown.	29.00
304.	LIVIO, Tito: <i>Historia Romana. Primera década</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	27.00
276.	LÓNDON, Jack: <i>El lobo de mar. El mexicano</i> . Introducción de Arturo Souto A.	18.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

277.	LONDON, Jack: <i>El llamado de la selva. Colmillo blanco.</i>	\$25.00
284.	LONGO: <i>Dafnis y Cloé.</i> APULEYO: <i>El asno de oro.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	18.00
12.	LOPE DE VEGA Y CARPIO, Félix: <i>Fuenteovejuna. Peribáñez y el comendador de ocaña. El mejor alcalde, el Rey. El caballero de Olmedo.</i> Biografía y presentación de las obras por J. M. Lope Blanch.	18.00
566.	LOPEZ DE GOMARA, Francisco: <i>Historia de la conquista de México.</i> Estudio preliminar de Juan Miralles Ostos.	29.00
	LOPE DE VEGA. Véase: AUTOS SACRAMENTALES	
	LOPEZ DE YAGUAS. Véase: AUTOS SACRAMENTALES	
298.	LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS, José: <i>Fuertes y débiles.</i> Prólogo de Ramiro Villaseñor y Villaseñor.	15.00
	LOPEZ RUBIO. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
574.	LOPEZ SOLER, Ramón: <i>Los bandos de Castilla. El caballero del cisne.</i> Prólogo de Ramón López Soler.	18.00
218.	LOPEZ Y FUENTES, Gregorio: <i>El indio. (Novela mexicana.)</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel.	15.00
297.	LOTI, Pierre: <i>Las desencantadas.</i> Introducción de Rafael Solana.	15.00
	LUCA DE TENA. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
485.	LUCRECIO CARO, Tito: <i>De la naturaleza.</i> LAERCIO, Diógenes: <i>Epicuro.</i> Prólogo de Concetto Marchessi.	22.00
353.	LUMMIS, Carlos F.: <i>Los exploradores españoles del siglo XVI.</i> Prólogo de Rafael Altamira.	15.00
595.	LLUL, Ramón: <i>Blanquerna. El doctor iluminado por Ramón Xirau.</i>	22.00
639.	MACHADO DE ASSIS, Joaquín María: <i>El alienista y otros cuentos.</i> Prólogo de Ilán Stavans.	27.00
324.	MAETERLINCK, Maurice: <i>El pájaro azul.</i> Introducción de Teresa del Conde.	12.00
178.	MANZONI, Alejandro: <i>Los novios. (Historia milanese del siglo XVIII).</i> Con un estudio de Federico Baraibar.	22.00
152.	MAQUIAVELO, Nicolás: <i>El príncipe.</i> Precedido de Nicolás Maquiavelo en su quinto centenario por Antonio Gómez Robledo.	11.00
	MARCO AURELIO: Véase: EPICTETO	
192.	MARMOL, José: <i>Amalia.</i> Prólogo de Juan Carlos Ghiano.	29.00
652.	MARQUES DE SANTILLANA — GOMEZ MANRIQUE — JORGE MANRIQUE. <i>Poesía.</i> Introducción de Arturo Souto A.	
367.	MARQUEZ STERLING, Carlos: <i>José Martí. Síntesis de una vida extraordinaria.</i>	22.00
	MARQUINA. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
141.	MARTI, José: <i>Sus mejores páginas.</i> Estudio, notas y selección de textos, por Raimundo Lazo.	18.00
236.	MARTI, José: <i>Ismaelillo. La edad de oro. Versos sencillos.</i> Prólogo de Raimundo Lazo.	18.00
338.	MARTINEZ DE TOLEDO, Alfonso: <i>Arcipreste de Talavera o Corbacho.</i> Introducción de Arturo Souto A. Con un estudio del vocabulario del Corbacho y colección de refranes y locuciones contenidos en el mismo por A. Steiger.	18.00
214.	MARTINEZ SIERRA, Gregorio: <i>Tú eres la paz. Canción de cuna.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez.	15.00
193.	MATEOS, Juan A.: <i>El cerro de las campanas. (Memorias de un guerrillero).</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando.	29.00
197.	MATEOS, Juan A.: <i>El sol de mayo. (Memorias de la intervención).</i> Nota preliminar de Clementina Díaz y de Ovando.	24.00
514.	MATEOS, Juan A.: <i>Sacerdote y caudillo. (Memorias de la insurrección).</i>	29.00
573.	MATEOS, Juan A.: <i>Los insurgentes.</i> Prólogo y epílogo de Vicente Riva Palacio.	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

344.	MATOS MOCTEZUMA, Eduardo: <i>El negro poeta mexicano y el dominicano. ¿Realidad o fantasía. Exordio de Antonio Pompa y Pompa.</i>	\$15.00
565.	MAUGHAM W., Somerset: <i>Cosmopolitas. La miscelánea de siempre. Estudio sobre el cuento corto de W. Somerset Maugham.</i>	18.00
410.	MAUPASSANT, Guy de: <i>Bola de sebo. Mademoiselle Fifi. Las hermanas Rondoli.</i>	22.00
423.	MAUPASSANT, Guy de: <i>La becada. Claror de luna. Miss Harriet.</i> Introducción de Dana Lee Thomas.	18.00
642.	MAUPASSANT, Guy de: <i>Bel-Ami.</i> Introducción de Miguel Moure. Traducción de Luis Ruiz Contreras.	36.00
506.	MELVILLE, Herman: <i>Moby Dick o la ballena blanca.</i> Prólogo de W. Somerset Maugham.	35.00
336.	MENENDEZ, Miguel Angel: <i>Nayar.</i> (Novela). Ilustró Cadena M.	29.00
370.	MENENDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles. Erasmistas y protestantes. Sectas místicas. Judaizantes y moriscos. Artes mágicas.</i> Prólogo de Arturo Farinelli.	50.00
389.	MENENDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles. Regalismo y enciclopedia. Los afrancesados y las Cortes de Cádiz. Reinados de Fernando VII e Isabel II. Krausismo y Apologistas católicos.</i> Prólogo de Arturo Farinelli.	44.00
405.	MENENDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles. Epocas romana y visigoda. Priscilianismo y adopcionismo. Mozárabes. Acordobeses. Panteísmo semítico. Albigenses y valdenses. Arnaldo de Vilanova. Raimundo Lulio. Herejes en el siglo XV. Advertencia y discurso preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo.</i>	44.00
475.	MENENDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las ideas estéticas en España. Las ideas estéticas entre los antiguos griegos y latinos. Desarrollo de las ideas estéticas hasta fines del siglo XVII.</i>	51.00
482.	MENENDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las ideas estéticas en España. Reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XVIII.</i>	44.00
483.	MENENDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las ideas estéticas en España. Desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XIX.</i>	58.00
	MESSER, Augusto: Véase: HESSEN, Juan	
	MIHURA: Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
18.	MIL Y UN SONETOS MEXICANOS. Selección y nota preliminar de Salvador Novo.	22.00
136.	MIL Y UNA NOCHES, LAS. Prólogo de Teresa E. de Rhode.	30.00
194.	MILTON, John: <i>El paraíso perdido.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. ...	12.00
	MIRA DE AMEZCUA: Véase: AUTOS SACRAMENTALES	
109.	MIRO, Gabriel: <i>Figuras de la pasión del Señor. Nuestro Padre San Daniel.</i> Prólogo de Juana de Ontañón.	22.00
68.	MISTRAL, Gabriela: <i>Lecturas para mujeres. Gabriela Mistral (1922-1924).</i> Por Palma Guillén de Nicolau.	12.00
250.	MISTRAL, Gabriela: <i>Desolación. Ternura. Tala. Lagar.</i> Introducción de Palma Guillén de Nicolau.	15.00
144.	MOLIERE: <i>Comedias. Tartufo. El burgués gentilhomme. El misántropo. El enfermo imaginario.</i> Prólogo de Rafael Solana.	15.00
149.	MOLIERE: <i>Comedias. El avaro. Las preciosas ridículas. El médico a la fuerza. La escuela de las mujeres. Las mujeres sabias.</i> Prólogo de Rafael Solana.	18.00
32.	MOLINA, Tirso de: <i>El vergonzoso en palacio. El condenado por desconfiado. El burlador de Sevilla. La prudencia en la mujer.</i> Edición de Juana de Ontañón.	15.00

MOLINA, Tirso de: Véase: AUTOS SACRAMENTALES

600.	MONTAIGNE: <i>Ensayos completos</i> . Notas prologales de Emiliano M. Aguilera. Traducción del francés de Juan G. de Luaces.	\$65.00
208.	MONTALVO, Juan: <i>Capítulos que se le olvidaron a Cervantes</i> . Estudio introductivo de Gonzalo Zaldumbide.	22.00
501.	MONTALVO, Juan: <i>Siete tratados</i> . Prólogo de Luis Alberto Sánchez.	22.00
381.	MONTES DE OCA, Francisco: <i>Poesía hispanoamericana</i>	29.00
191.	MONTESQUIEU: <i>Del espíritu de las leyes</i> . Estudio preliminar de Daniel Moreno.	50.00
282.	MORO, Tomás: <i>Utopía</i> . Prólogo de Manuel Alcalá.	18.00
129.	MOTOLINIA, Fray Toribio: <i>Historia de los indios de la Nueva España</i> . Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman.	25.00
588.	MUNTHER, Axel: <i>La historia de San Michele</i> . Introducción de Arturo Uslar-Pietri.	22.00
286.	NATORP, Pablo: <i>Propedéutica filosófica. Kant y la escuela de Marburgo</i> . Curso de pedagogía social. Presentación introductiva. (El autor y su obra). Y preámbulos a los capítulos por Francisco Larroyo.	12.00
527.	NAVARRO VILLOSLADA, Francisco: <i>Amaya o los Vascos en el siglo VIII</i>	36.00
171.	NERVO, Amado: <i>Plenitud, perlas negras. Místicas. Los jardines interiores. El estanque de los Lotos</i> . Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez.	18.00
175.	NERVO, Amado: <i>La amada inmóvil. Serenidad. Elevación. La última luna</i> . Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez.	18.00
443.	NERVO, Amado: <i>Poemas: Las voces. Lira heroica. El éxodo y las flores del camino. El arquero divino. Otros poemas. En voz baja. Poesías varias</i>	22.00
	NEVILLE. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
395.	NIETZSCHE, Federico: <i>Así hablaba Zaratustra</i> . Prólogo de E. W. F. Tomlin.	20.00
430.	NIETZSCHE, Federico: <i>Más allá del bien y del mal. Genealogía de la moral</i> . Prólogo de Johann Fischl.	18.00
576.	NUÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar: <i>Naufragios y comentarios. Apuntes sobre la vida del adelantado por Enrique Vedia</i>	12.00
356.	NUÑEZ DE ARCE, Gaspar: <i>Poesías completas</i> . Prólogo de Arturo Souto A.	18.00
45.	O'GORMAN, Edmundo: <i>Historia de las divisiones territoriales en México</i>	44.00
8.	OCHO SIGLOS DE POESIA EN LENGUA ESPAÑOLA. Introducción y Compilación de Francisco Montes de Oca.	87.00
	OLMO: Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
	ONTAÑON, Juana de: Véase: SANTA TERESA DE JESUS	
462.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>En torno a Galileo. El hombre y la gente</i> . Prólogo de Ramón Xirau.	36.00
488.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>El tema de nuestro tiempo. La rebelión de las masas</i> . Prólogo de Fernando Salmerón.	22.00
497.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>La deshumanización del arte e ideas sobre la novela. Velázquez. Goya</i>	27.00
499.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>¿Qué es filosofía? Unas lecciones de metafísica</i> . Prólogo de Antonio Rodríguez Húscar.	15.00
436.	OSTROVSKI, Nicolai: <i>Así se templó el acero</i> . Prefacio de Ana Kareváyeva. ...	18.00
316.	OVIDIO: <i>Las metamorfosis</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. .	18.00
213.	PALACIO VALDES, Armando: <i>La hermana San Sulpicio</i> . Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa.	18.00
125.	PALMA, Ricardo: <i>Tradiciones peruanas</i> . Estudio y selección por Raimundo Lazo.	18.00
	PALOU, Fr. Francisco: Véase: CLAVIJERO, Francisco Xavier	
421.	PAPINI, Giovanni: <i>Gog. El libro negro</i> . Prólogo de Ettore Allodoli.	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

424.	PAPINI, Giovanni: <i>Historia de Cristo</i> . Prólogo de Victoriano Capánaga.	\$22.00
644.	PAPINI, Giovanni: <i>Los operarios de la viña y otros ensayos</i>	29.00
266.	PARDO BAZAN, Emilia: <i>Los pazos de Ulloa</i> . Introducción de Arturo Souto A.	15.00
358.	PARDO BAZAN, Emilia: <i>San Francisco de Asís. (Siglo XIII)</i> . Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo.	24.00
496.	PARDO BAZAN, Emilia: <i>La madre naturaleza</i> . Introducción de Arturo Souto A.	18.00
577.	PASCAL, Blas: <i>Pensamientos y otros escritos</i> . Aproximaciones a Pascal de R. Guardini. F. Mauriac, J. Mesnier y H. Küng.	29.00
	PASO: Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO	
3	PAYNO, Manuel: <i>Los bandidos de Río Frío</i> . Prólogo de Antonio Castro Leal.	40.00
80.	PAYNO, Manuel: <i>El pistol del diablo. (Novela de costumbres mexicanas.)</i> Texto establecido y estudio preliminar de Antonio Castro Leal.	58.00
605.	PAYNO, Manuel: <i>El hombre de la situación. Retratos históricos. Moc-tezuma II. Cuauhtémoc. La Sevillana. Alfonso de Avila. Don Martín Cortés. Fray Marcos de Mena. El Tumulto de 1624. La Familia Dongo. Allende. Mina. Guerrero. Ocampo. Comonfort</i> . Prólogo de Luis González Obregón.	18.00
622.	PAYNO, Manuel: <i>Novelas cortas</i> . Apuntes biográficos por Alejandro Villaseñor y Villaseñor.	27.00
	PEMAN: Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO	
	PENSADOR MEXICANO: Véase: FÁBULAS	
64.	PEREDA, José María de: <i>Peñas arriba. Sotileza</i> . Introducción de Soledad Anaya Solórzano.	18.00
165.	PEREYRA, Carlos: <i>Hernán Cortés</i> . Prólogo de Martín Quirarte.	15.00
493.	PEREYRA, Carlos: <i>Las huellas de los conquistadores</i>	18.00
498.	PEREYRA, Carlos: <i>La conquista de las rutas oceánicas. La obra de España en América</i> . Prólogo de Silvio Zavala.	22.00
188.	PEREZ ESCRICH, Enrique: <i>El mártir del Gólgota</i> . Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa.	29.00
69.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Miau. Marianela</i> . Prólogo de Teresa Silva Tena. ...	39.00
107.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Doña perfecta. Misericordia</i>	18.00
117.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Episodios nacionales: Trafalgar. La corte de Carlos IV</i> . Prólogo de María Eugenia Gaona.	22.00
130.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Episodios nacionales: 19 de marzo y el 2 de mayo. Bailén</i>	15.00
158.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Episodios nacionales: Napoleón en Chamartín. Zaragoza</i> . Prólogo de Teresa Silva Tena.	15.00
166.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Episodios nacionales: Gerona. Cádiz</i> . Nota preliminar de Teresa Silva Tena.	15.00
185.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Fortunata y Jacinta. (Dos historias de casadas)</i> . Introducción de Agustín Yáñez.	51.00
289.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Episodios nacionales: Juan Martín el Empe-cinado. La batalla de los Arapiles</i>	15.00
378.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>La desheredada</i> . Prólogo de José Salavarría.	22.00
383.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>El amigo manso</i> . Prólogo de Joaquín Casaldueño.	18.00
392.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>La fontana de oro</i> . Introducción de Marcelino Menéndez Pelayo.	22.00
446.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Tristán. Nazarín</i> . Prólogo de Ramón Gómez de la Serna.	18.00
473.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Angel Guerra</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. ...	22.00
489.	PEREZ GALDOS, Benito: <i>Torquemada en la hoguera. Torquemada en la cruz. Torquemada en el purgatorio. Torquemada y San Pedro</i> . Prólogo de Joaquín Casaldueño.	27.00
231.	PEREZ LUGIN, Alejandro: <i>La casa de la Troya. Estudiantina</i>	12.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

235.	PEREZ LUGIN, Alejandro: <i>Currito de la Cruz</i>	\$18.00
263.	PERRAULT, CUENTOS DE: <i>Griselda. Piel de asno. Los deseos ridículos. La bella durmiente del bosque. Caperucita roja. Barba azul. El gato con botas. Las hadas. Cenicienta. Riquete el del copete. Pulgarcito. Prólogo de María Edméé Alvarez</i>	15.00
308.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Cómo Gertrudis enseña a sus hijos. Cartas sobre la educación de los niños. Libros de educación elemental. Prólogos, estudio introductivo y preámbulos de las obras por Edmundo Escobar</i>	12.00
369.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Canto del cisne. Estudio preliminar de José Manuel Villalpando</i>	18.00
492.	PETRARCA: <i>Cancionero. Triunfos. Prólogo de Ernst Hatch Wilkins</i>	22.00
221.	PEZA, Juan de Dios: <i>Hogar y patria. El arpa del amor. Noticia preliminar de Porfirio Martínez Peñalosa</i>	18.00
224.	PEZA, Juan de Dios: <i>Recuerdos y esperanzas. Flores del alma y versos festivos</i>	25.00
557.	PEZA, Juan de Dios: <i>Leyendas históricas tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México. Prólogo de Isabel Quiñonez</i>	22.00
594.	PEZA, Juan de Dios: <i>Memorias. Reliquias y retratos. Prólogo de Isabel Quiñonez</i>	27.00
248.	PINDARO: <i>Odas. Olímpicas. Píticas. Nemeas. Istmicas y fragmentos de otras obras de Pindaro. Otros liricos griegos: Arquiloco. Tirteo. Alceo. Safo. Simónides de Ceos. Anacreonte. Baquilides. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca</i>	15.00
13.	PLATON: <i>Diálogos. Estudio preliminar de Francisco Larroyo</i>	41.00
139.	PLATON: <i>Las leyes. Epinomis. El político. Estudio introductivo y preámbulos a los diálogos de Francisco Larroyo</i>	36.00
258.	PLAUTO: <i>Comedias: Los mellizos. El militar fanfarrón. La olla. El gorgojo. Anfitrón. Los cautivos. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca</i>	18.00
26.	PLUTARCO: <i>Vidas paralelas. Introducción de Francisco Montes de Oca</i>	33.00
564.	POBREZA Y RIQUEZA. En obras selectas del cristianismo primitivo por Carlos Ignacio González S. J.	18.00
210.	POE, Edgar Allan: <i>Narraciones extraordinarias. Aventuras de Arturo Gordon. Pym. El cuervo. Prólogo de Ma. Elvira Bermúdez</i>	18.00
85.	POEMA DE MIO CID. Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. Seguida del ROMANCERO DEL CID.....	14.00
102.	POESIA MEXICANA. Selección de Francisco Montes de Oca.....	36.00
371.	POLO, Marco: <i>Viajes. Introducción de María Elvira Bermúdez</i>	15.00
510.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>Hazañas de Rocambole. Tomo I...</i>	29.00
511.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>Hazañas de Rocambole. Tomo II.</i>	29.00
518.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>La resurrección de Rocambole. Tomo I. Continuación de "Hazañas de Rocambole"</i>	29.00
519.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>La resurrección de Rocambole. Tomo II. Continuación de "Hazañas de Rocambole"</i>	29.00
36.	POPOL WUJ. Antiguas historias de los indios Quiché de Guatemala. Ilustradas con dibujos de los códices mayas. Advertencia, versión y vocabulario de Albertina Saravia E.....	25.00
150.	PRESCOTT, William II.: <i>Historia de la conquista de México. Anotada por Don Lucas Alamán. Con notas, críticas y esclarecimientos de Don José Fernando Ramírez. Prólogo y apéndices por Juana A. Ortega y Medina</i>	44.00
198.	PRIETO, Guillermo: <i>Musa callejera. Prólogo de Francisco Monterde</i>	15.00
450.	PRIETO, Guillermo: <i>Romancero nacional. Prólogo de Ignacio M. Altamirano</i>	22.00
481.	PRIETO, Guillermo: <i>Memorias de mis tiempos. Prólogo de Horacio Labastida</i>	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

54.	PROVERBIOS DE SALOMON Y SABIDURIA DE JESUS DE BEN SIRAK. Versión directa de los originales por Angel María Garibay K.	\$18.00
	QUEVEDO, Francisco de: Véase: LAZARILLO DE TORMES	
646.	QUEVEDO, Francisco de: <i>Poesía.</i> Introducción de Jorge Luis Borges.	29.00
332.	QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: <i>Sueños. El sueño de las calaveras. El alguacil alguacilado. Las zahúrdas de Plutón. Visita de los chistes. El mundo por dentro. La hora de todos y la fortuna con seso. Poesías.</i> Introducción de Arturo Souto A.	22.00
97.	QUIROGA, Horacio: <i>Cuentos.</i> Selección, estudio preliminar y notas críticas e informativas por Raimundo Lazo.	30.00
347.	QUIROGA, Horacio: <i>Más cuentos.</i> Introducción de Arturo Souto A.	20.00
360.	RABELAIS: Gargantúa y Pantagruel. Vida de Rabelais por Anatole France. Ilustraciones de Gustavo Doré.	36.00
219.	RABINAL-ACHI: El varón de Rabinal. Ballet-drama de los indios Quichés de Guatemala. Traducción y prólogo de Luis Cardoza y Aragón.	15.00
	RANGEL, Nicolás. Véase: URBINA, Luis G.	
366.	REED, John: <i>México insurgente. Diez días que estremecieron al mundo.</i> Prólogo de Juan de la Cabada.	20.00
597.	RENAN, Ernesto: <i>Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo.</i> Precedido de la plegaria sobre la acrópolis.	27.00
101.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Cuentos del general.</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando.	15.00
474.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Las dos emparedadas. Memorias de los tiempos de la inquisición.</i>	18.00
476.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Calvario y Tabor.</i>	18.00
507.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>La vuelta de los muertos.</i>	18.00
162.	RIVA, Duque de: <i>Don Alvaro o la fuerza del Sino. Romances históricos.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel.	15.00
172.	RIVERA, José Eustasio: <i>La vorágine.</i> Prólogo de Cristina Barros Stivalet.	18.00
87.	RODO, José Enrique: <i>Ariel. Liberalismo y Jacobinismo. Ensayos: Rubén Darío, Bolívar, Montalvo.</i> Estudio preliminar, índice biográfico-cronológico y resumen bibliográfico por Raimundo Lazo.	10.00
115.	RODO, José Enrique: <i>Motivos de Proteo y nuevos motivos de Proteo.</i> Prólogo de Raimundo Lazo.	27.00
88.	ROJAS, Fernando de: <i>La Celestina.</i> Prólogo de Manuel de Ezcurdia. Con una cronología y dos glosarios.	11.00
650.	ROPS, Daniel: <i>Jesús en su tiempo. Jesús ante la crítica</i> por Daniel Rops.	58.00
	ROMANCERO DEL CID: Véase: POEMA DE MIO CID	
	ROSAS MORENO: Véase: FABULAS	
328.	ROSTAND, Edmundo: <i>Cyrano de Bergerac.</i> Prólogo, estudio y notas de Angeles Mendieta Alatorre.	12.00
440.	ROTTERDAM, Erasmo de: <i>Elogio de la locura. Coloquios. Erasmo de Rotterdam.</i> Por Johan Huizinga.	15.00
113.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>El contrato social o principios de Derecho Político. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen de la desigualdad.</i> Estudio preliminar de Daniel Moreno.	12.00
159.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Emilio o de la educación.</i> Estudio preliminar de Daniel Moreno.	18.00
470.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Confesiones.</i> Prólogo de Jeanne Renée Becker. ...	18.00
265.	RUEDA, Lope de: <i>Teatro completo. Eufemia. Armelina. De los engañados. Medora. Colloquio de Camelia. Colloquio de Tymbria. Diálogo sobre la invención de las Calcas. El deleitoso. Registro de representantes. Colloquio llamado prendas de amor. Colloquio en verso. Comedia llamada discordia y cuestión de amor. Auto de Naval y Abigail. Auto de los desposorios de Moisés. Farsa del sordo.</i> Introducción de Arturo Souto A.	18.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

10.	RUIZ DE ALARCON, Juan: <i>Cuatro comedias. Las paredes oyen. Los pechos privilegiados. La verdad sospechosa. Ganar amigos.</i> Estudio, texto y comentarios de Antonio Castro Leal.	\$25 00
451.	RUIZ DE ALARCON, Juan: <i>El examen de maridos. La prueba de las promesas. Afudarse por mejorarse. El tejedor de Segovia.</i> Prólogo de Alfonso Reyes.	18.00
	RUIZ IRIARTE: Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
51.	<i>Sabiduría de Israel. Tres obras de la cultura judía.</i> Traducciones directas de Angel María Garibay K.	25.00
	SABIDURÍA DE JESUS BEN SIRAK: Véase: PROVERBIOS DE SALOMON	
300.	SAHAGUN, Fr. Bernardino de: <i>Historia general de las cosas de la Nueva España.</i> La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices Angel María Garibay K.	72.00
299.	SAINT-EXUPERY, Antoine de: <i>El principito.</i> Nota preliminar y traducción de María de los Angeles Porrúa.	12.00
322.	SAINT-PIERRE, Bernardino de: <i>Pablo y Virginia.</i> Introducción de Arturo Souto A.	22.00
456.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: su alteza serenísima: Memorias de un Polizonte.</i> Prólogo biográfico de Ana Salado Alvarez.	18.00
460.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: el golpe de Estado. Los mártires de Tacubaya.</i>	18.00
464.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: la reforma. El plan de pacificación.</i>	18.00
466.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: las ranas pidiendo rey. Puebla.</i>	18.00
468.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: la Corte de Maximiliano. Orizaba.</i>	18.00
469.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: Porfirio Díaz. Ramón Corona.</i>	18.00
471.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales: Santa Anna. La reforma. La intervención. El imperio: la emigración. Querétaro.</i>	18.00
477.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Memorias. Tiempo viejo. Tiempo Nuevo.</i> Nota preliminar de José Emilio Pacheco. Prólogo de Carlos González Peña.	24.00
220.	SALGARI, Emilio: <i>Sandokan. La mujer del pirata.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	20.00
239.	SALGARI, Emilio: <i>Los piratas de la Malasia. Los estranguladores.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	18.00
242.	SALGARI, Emilio: <i>Los dos rivales. Los tigres de la Malasia.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	18.00
257.	SALGARI, Emilio: <i>El rey del mar. La reconquista de Mompracem.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	15.00
264.	SALGARI, Emilio: <i>El falso Bracman. La caída de un imperio.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	15.00
267.	SALGARI, Emilio: <i>En los junglares de la India. El desquite de Yañez.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	15.00
292.	SALGARI, Emilio: <i>El capitán Tormenta. El León de Damasco.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	15.00
296.	SALGARI, Emilio: <i>El hijo del León de Damasco. La galera del Bajá.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	15.00
302.	SALGARI, Emilio: <i>El corsario negro. La venganza.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	20.00
306.	SALGARI, Emilio: <i>La reina de los caribes. Honorata de Wan Guild.</i>	15.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

312.	SALGARI, Emilio: <i>Yolanda. Morgan.</i>	\$15.00
363.	SALGARI, Emilio: <i>Aventuras entre los pieles rojas. El rey de la pradera.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	15.00
376.	SALGARI, Emilio: <i>En las fronteras del Far-West. La cazadora de cabelleras.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	18.00
379.	SALGARI, Emilio: <i>La soberana del campo de oro. El rey de los cangrejos.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	18.00
465.	SALGARI, Emilio: <i>Las "Panteras" de Argel. El filtro de los Califas.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	15.00
517.	SALGARI, Emilio: <i>Los naufragos del Liguria. Devastaciones de los piratas.</i>	15.00
533.	SALGARI, Emilio: <i>Los mineros de Alaska. Los pescadores de ballenas.</i>	15.00
535.	SALGARI, Emilio: <i>La campana de plata. Los hijos del aire.</i>	15.00
536.	SALGARI, Emilio: <i>El desierto de fuego. Los bandidos del Sahara.</i>	15.00
537.	SALGARI, Emilio: <i>Los barcos filibusteros.</i>	15.00
538.	SALGARI, Emilio: <i>Los misterios de la selva. La Costa de Marfil.</i>	15.00
540.	SALGARI, Emilio: <i>La favorita del Mahdi. El profeta del Sudán.</i>	15.00
542.	SALGARI, Emilio: <i>El capitán de la "D'Juana". La montaña de luz.</i>	15.00
544.	SALGARI, Emilio: <i>EL hijo del corsario rojo.</i>	20.00
547.	SALGARI, Emilio: <i>La perla roja. Los pescadores de perlas.</i>	15.00
553.	SALGARI, Emilio: <i>El mar de las perlas. La perla del río rojo.</i>	15.00
554.	SALGARI, Emilio: <i>Los misterios de la India.</i>	15.00
559.	SALGARI, Emilio: <i>Los horrores de Filipinas.</i>	15.00
560.	SALGARI, Emilio: <i>Flor de las perlas. Los cazadores de cabezas.</i>	15.00
561.	SALGARI, Emilio: <i>Las hijas de los faraones. El sacerdote de Phtah.</i>	15.00
562.	SALGARI, Emilio: <i>Los piratas de las Bermudas. Dos abordajes.</i>	18.00
563.	SALGARI, Emilio: <i>Nuevas aventuras de cabeza de piedra. El castillo de Montecarlo.</i>	15.00
567.	SALGARI, Emilio: <i>La capitana del Yucatán. La heroína de Puerto Arturo.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	20.00
579.	SALGARI, Emilio: <i>Un drama en el Océano Pacífico. Los solitarios del Océano.</i> ...	18.00
583.	SALGARI, Emilio: <i>Al Polo Norte a bordo del "Taimyr".</i>	15.00
585.	SALGARI, Emilio: <i>El continente misterioso. El esclavo de Madagascar.</i>	18.00
288.	SALUSTIO: <i>La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta.</i> Estudio pre- liminar de Francisco Montes de Oca.	15.00
	SAMANIEGO: Véase: FABULAS	
393.	SAMOSATA, Luciano de: <i>Diálogos. Historia verdadera.</i> Introducción de Sal- vador Marichalar.	29.00
59.	SAN AGUSTIN: <i>La ciudad de Dios.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca.	36.00
142.	SAN AGUSTIN: <i>Confesiones.</i> Versión, introducción y notas de Francisco Montes de Oca.	15.00
40.	SAN FRANCISCO DE ASIS. <i>Floreccillas.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca.	15.00
228.	SAN JUAN DE LA CRUZ: <i>Obras completas. Subida del Monte Carmelo.</i> <i>Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Poesías.</i> Prólogo de Gabriel de la Mora.	22.00
199.	SAN PEDRO, Diego de: <i>Cárcel de amor. Arnalde e Lucenda. Sermón. Poe- sías. Desprecio de la fortuna. Seguidas de cuestión de amor.</i> Introducción de Arturo Souto A.	22.00
	SANCHEZ DE BADAJOZ: Véase: AUTOS SACRAMENTALES	
655.	SAND, George: <i>Historia de mi vida.</i> Prólogo de Ramón Argueta	35.00
50.	SANTA TERESA DE JESUS: <i>Las moradas. Libro de su vida. Biografía de</i> <i>Juana de Ontañón.</i>	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

645.	SANTAYANA, George: <i>Tres poetas filósofos. Lucrecio - Dante - Goethe. Diálogos en el Limbo.</i> Breve historia de mis opiniones de George Santayana. ...	\$29.00
49.	SARMIENTO, Domingo F.: <i>Facundo. Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga.</i> Ensayo preliminar e índice cronológico por Raimundo Lazo.	15.00
	SASTRE: Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
138.	SCOTT, Walter: <i>Ivanhoe o El Cruzado.</i> Introducción de Arturo Souto A.	15.00
409.	SCOTT, Walter: <i>El monasterio.</i> Prólogo de Henry Thomas.	18.00
416.	SCOTT, Walter: <i>El pirata.</i> Prólogo de Henry Thomas.	18.00
401.	SCHILLER, Federico: <i>Maria Estuardo. La doncella de Orleans.</i> Guillermo Tell. Prólogo de Alfredo S. Barca.	18.00
434.	SCHILLER, Federico: <i>Don Carlos. La conjuración de Fiesco. Intriga y amor.</i> Prólogo de Wilhelm Dilthey.	18.00
458.	SCHILLER, Federico: <i>Wallenstein. El campamento de Wallenstein. Los Piccolomini. La muerte de Wallenstein. La novia de Mesina.</i> Prólogo de Wilhelm Dilthey.	18.00
419.	SCHOPENHAUER, Arturo: <i>El mundo como voluntad y representación.</i> Introducción de E. Friedrick Sauer.	22.00
455.	SCHOPENHAUER, Arthur: <i>La sabiduría de la vida. En torno a la filosofía. El amor, las mujeres, la muerte y otros temas.</i> Prólogo de Abraham Waismann. Traducción del alemán por Eduardo González Blanco.	22.00
603.	SCHWOB, Marcel: <i>Vidas imaginarias. La cruzada de los niños.</i> Prólogo de José Emilio Pacheco.	22.00
281.	SENECA: <i>Tratados filosóficos. Cartas.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	18.00
653.	SERRANO MIGALLON, Fernando: <i>El grito de Independencia. Historia de una pasión nacional.</i> Prólogo de Andrés Henestrosa.	35.00
658.	SERRANO MIGALLON, Fernando: <i>Toma de Posesión: el rito del Poder.</i> Presentación de Lorenzo Meyer.	30.00
437.	SERTILANGES, A. D.: <i>La vida intelectual.</i> GUITTON, Jean: <i>El trabajo intelectual.</i>	22.00
86.	SHAKESPEARE: <i>Hamlet. Penas por amor perdidas. Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de verano. Romeo y Julieta.</i> Con notas preliminares y dos cronologías.	18.00
94.	SHAKESPEARE: <i>Otelo. La fierecilla domada. Y vuestro gusto. El rey Lear.</i> Con notas preliminares y dos cronologías.	18.00
96.	SHAKESPEARE: <i>Macbeth. El mercader de Venecia. Las alegres comadres de Windsor. Julio César. La tempestad.</i> Con notas preliminares y dos cronologías.	12.00
	SHOLOJOV: Véase: CUENTOS RUSOS	
160.	SIENKIEWICZ, Enrique: <i>Quo vadis?</i> Prólogo de José Manuel Villalaz.	20.00
146.	SIERRA, Justo: <i>Juárez: su vida y su tiempo.</i> Introducción de Agustín Yáñez.	22.00
515.	SIERRA, Justo: <i>Evolución política del pueblo mexicano.</i> Prólogo de Alfonso Reyes.	22.00
81.	SITIO DE QUERETARO, EL: Según sus protagonistas y testigos. Selección y notas introductorias de Daniel Moreno.	29.00
14.	SOFOCLES: <i>Las siete tragedias.</i> Versión directa del griego con una introducción de Angel María Garibay K.	14.00
89.	SOLIS Y RIVADENEIRA, Antonio de: <i>Historia de la conquista de México.</i> Prólogo y apéndices de Edmundo O'Gorman. Notas de José Valero.	29.00
472.	SOSA, Francisco: <i>Biografías de mexicanos distinguidos. (Doscientas noventa y cuatro).</i>	29.00
319.	SPINOZA: <i>Ética. Tratado teológico-político.</i> Estudio introductivo, análisis de las obras y revisión del texto por Francisco Larroyo.	29.00
651.	STAVANS, Ilán: <i>Cuentistas judíos. Sforim. Schultz. Appelfeld. Perera. Kafka. Peretz. Bratzlav. Kis. Aleichem. Goldemberg. Ash. Oz. Goloboff. Yehoshua.</i>	

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

	Shapiro. Agnon. Amichai. Svevo. Singer. Paley. Szichman. Stavans. Babel. Gerchunoff. Bellow. Roth. Dorfman. Lubitch. Ozic. Sliar. Bleister. Roenmacher. Introducción <i>Memoria y literatura</i> por Ilán Stavans.	\$53.00
105.	STENDHAL: <i>La cartuja de Parma</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca.	15.00
359.	STENDHAL: <i>Rojo y negro</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca.	22.00
110.	STEVENSON, R. L.: <i>La isla del tesoro</i> . <i>Cuentos de los mares del sur</i> . Prólogo de Sergio Pitó.	20.00
72.	STOWE, Harriet Beecher: <i>La cabaña del tío Tom</i> . Introducción de Daniel Moreno.	30.00
525.	SUE, Eugenio: <i>Los misterios de París</i> . Tomo I.	29.00
526.	SUE, Eugenio: <i>Los misterios de París</i> . Tomo II.	29.00
628-629.	SUE, Eugenio: <i>El judío errante</i> . 2 tomos.	144.00
355.	SUETONIO: <i>Los doce Césares</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca.	20.00
	SURGUCHOV. Véase: CUENTOS RUSOS	
196.	SWIFT, Jonathan: <i>Viajes de Gulliver</i> . Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau.	18.00
291.	TACITO, Cornelio: <i>Anales</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. .	18.00
33.	TAGORE, Rabindranath: <i>La luna nueva</i> . <i>El jardinero</i> . <i>El cartero del rey</i> . <i>Las piedras hambrientas y otros cuentos</i> . Estudio de Daniel Moreno.	30.00
647.	TAINE, Ilipólito: <i>Filosofía del arte</i> . Prólogo de Raymond Dumay.	36.00
232.	TARACENA, Alfonso: <i>Francisco I. Madero</i>	18.00
386.	TARACENA, Alfonso: <i>José Vasconcelos</i>	18.00
610.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1901-1911)</i> . Prólogo de José Vasconcelos.	51.00
611.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1912-1914)</i> . Palabras de Sergio Golwarz.	51.00
612.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1915-1917)</i> . Palabras de Jesús González Schmal.	51.00
613.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1918-1921)</i> . Palabras de Enrique Krauze.	51.00
614.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1922-1924)</i> . Palabras de Ceferino Palencia.	51.00
615.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1925-1927)</i> . Palabras de Alfonso Reyes.	51.00
616.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1928-1929)</i> . Palabras de Rafael Solana, Jr.	51.00
617.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1930-1931)</i> . Palabras de José Muñoz Cota.	51.00
618.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1932-1934)</i> . Palabras de Martín Luis Guzmán.	51.00
619.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1935-1936)</i> . Palabras de Enrique Álvarez Palacios.	51.00
620.	TARACENA, Alfonso: <i>La verdadera Revolución Mexicana. (1937-1940)</i> . Palabras de Carlos Monsiváis.	51.00
	TASIN: Véase: CUENTOS RUSOS	
403.	TASSO, Torcuato: <i>Jerusalén libertada</i> . Prólogo de M. Th. Laignel.	18.00
325.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO: BENAVENTE: <i>Los intereses creados</i> . <i>La malquerida</i> . MARQUINA. <i>En Flandes se ha puesto el sol</i> . HNOS. ALVAREZ QUINTERO: <i>Malvaloca</i> . VALLE INCLAN: <i>El embrujado</i> . UNAMUNO: <i>Sombras de sueño</i> . GARCIA LORCA: <i>Bodas de sangre</i> . Introducción y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillo-Feliú.	27.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

330.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO: LOPEZ RUBIO: <i>Celos del aire</i> . MIHURA: <i>Tres sombreros de copa</i> . LUCA DE TENA: <i>Don José, Pepe y Pepito</i> . SASTRE: <i>La mordaza</i> . CALVO SOTELO: <i>La muralla</i> . PEMAN: <i>Los tres etcéteras de Don Simón</i> . NEVILLE: <i>Alta fidelidad</i> . PASO: <i>Cosas de papa y mamá</i> . OLMO: <i>La camisa</i> . RUIZ IRIARTE: <i>Historia de un adulto</i> . Introducción y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillo-Feliú.	\$22.00
350.	TEIXIDOR, Felipe: <i>Viajeros mexicanos. (Siglos XIX y XX)</i>	22.00
37.	TEOGONIA E HISTORIA DE LOS MEXICANOS. <i>Tres opúsculos del Siglo XVI</i> . Edición de Angel M. Garibay K.	15.00
253.	TERENCIO: <i>Comedias: La andriana. El eunuco. El atormentador de sí mismo. Los hermanos. La suegra. Formión</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca.	15.00
	TIMONEDA: Véase: AUTOS SACRAMENTALES	
201.	TOLSTOI, León: <i>La guerra y la paz</i> . De "La guerra y la paz" por Eva Alexandra Uchmany.	65.00
205.	TOLSTOI, León: <i>Ana Karenina</i> . Prólogo de Fedro Guillén.	36.00
295.	TOLSTOI, León: <i>Cuentos escogidos</i> . Prólogo de Fedro Guillén.	18.00
394.	TOLSTOI, León: <i>Infancia-Adolescencia-Juventud. Recuerdos</i> . Prólogo de Salvador Marichalar.	29.00
413.	TOLSTOI, León: <i>Resurrección</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán.	29.00
463.	TOLSTOI, León: <i>Los Cosacos. Sebastopol. Relatos de guerra</i> . Prólogo de Jaime Torres Bodet.	18.00
479.	TORRE VILLAR, Ernesto de la: <i>Los Guadalupe y la independencia</i> . Con una selección de documentos inéditos.	15.00
550.	TRAPE, Agostino: <i>San Agustín. El hombre, el pastor, el místico</i> . Presentación y traducción de Rafael Gallardo García O.S.A.	29.00
290.	TUCIDIDES: <i>Historia de la guerra del Peloponésico</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman.	29.00
453.	TURGUENEV, Iván: <i>Nido de Hidalgos. Primer amor. Aguas primaverales</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán.	18.00
	TURGUENEV: Véase: CUENTOS RUSOS	
591.	TURNER, John Kenneth: <i>México bárbaro</i>	20.00
209.	TWAIN, Mark: <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce.	20.00
337.	TWAIN, Mark: <i>El príncipe y el mendigo</i> . Introducción de Arturo Souto A.	18.00
	UCHMANY, Eva: Véase: TOLSTOI, León	
	UNAMUNO, Miguel de. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
384.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Cómo se hace una novela. La tía Tula. San Manuel bueno, o mártir y tres historias más. Retrato de Unamuno</i> por J. Cassou y comentarios de Unamuno.	20.00
388.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Niebla. Abel Sánchez. Tres novelas ejemplares y un prólogo</i>	24.00
402.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Del sentimiento trágico de la vida. La agonía del cristianismo</i> . Introducción de Ernst Robert Curtius.	15.00
408.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Por tierras de Portugal y España. Andanzas y visiones españolas</i> . Introducción de Ramón Gómez de la Serna.	18.00
417.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Vida de Don Quijote y Sancho. En torno al casticismo</i> . Introducción de Salvador de Madariaga.	15.00
523.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Antología poética</i> . Prólogo de Arturo Souto A.	22.00
480.	URBINA, Luis G. y otros: <i>Antología del centenario</i> . Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de independencia 1800-1821. Obra compilada bajo la dirección de Don Justo Sierra.	29.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

237.	USIGLI, Rodolfo: <i>Corona de sombra. Corona de fuego. Corona de luz.</i>	\$27.00
52.	VALDES, Juan de: <i>Diálogo de la lengua.</i> Prólogo de Juan M. Lope Blanch. .	15.00
	VALDIVIELSO: Véase: AUTOS SACRAMENTALES	
56.	VALERA, Juan: <i>Pepita Jiménez y Juanita la Larga.</i> Prólogo de Juana de Ontañón.	18.00
190.	VALMIKI: <i>El Ramayana.</i> Prólogo de Teresa E. Rohde.	14.00
135.	VALLE-INCLAN, Ramón del: <i>Sonata de primavera. Sonata de estío. Sonata de otoño. Sonata de invierno. (Memorias del Marqués de Bradomin.</i> Estudio preliminar de Allen W. Phillips.	18.00
287.	VALLE-INCLAN, Ramón del: <i>Tirano Banderas.</i> Introducción de Arturo Souto A.	12.00
	VALLE-INCLAN, Ramón del. Véase: TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO	
55.	VARGAS MARTINEZ, Ubaldo: <i>Morelos: siervo de la nación.</i>	22.00
95.	VARONA, Enrique José: <i>Textos escogidos.</i> Ensayo de interpretación, acotaciones y selección de Raimundo Lazo.	22.00
425.	VEGA, Garcilaso de la y BOSCAN, Juan: <i>Poesías completas.</i> Prólogo de Dámaso Alonso.	27.00
439.	VEGA, Garcilaso de la "El Inca": <i>Comentarios reales.</i> Introducción de José de la Riva-Agüero.	27.00
217.	VELA, Arqueles: <i>El modernismo. Su filosofía. Su ética. Su técnica.</i>	22.00
243.	VELA, Arqueles: <i>Análisis de la expresión literaria.</i>	18.00
339.	VELEZ DE GUEVARA, Luis: <i>El diablo cojuelo. Reinar después de morir.</i> Introducción de Arturo Souto A.	15.00
111.	VERNE, Julio: <i>De la tierra a la luna. Alrededor de la luna.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	18.00
114.	VERNE, Julio: <i>Veinte mil leguas de viaje submarino.</i> Nota de María Elvira Bermúdez.	25.00
116.	VERNE, Julio: <i>Viaje al centro de la Tierra. El doctor Ox. Maese Zacarías. Un drama en los aires.</i> Nota de María Elvira Bermúdez.	18.00
123.	VERNE, Julio: <i>La isla misteriosa.</i> Nota de María Elvira Bermúdez.	22.00
168.	VERNE, Julio: <i>La vuelta al mundo en 80 días. Las tribulaciones de un chino en China.</i>	20.00
180.	VERNE, Julio: <i>Miguel Strogoff.</i> Con una biografía de Julio Verne por María Elvira Bermúdez.	15.00
183.	VERNE, Julio: <i>Cinco semanas en globo.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	12.00
186.	VERNE, Julio: <i>Un capitán de quince años.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	18.00
189.	VERNE, Julio: <i>Dos años de vacaciones.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	15.00
260.	VERNE, Julio: <i>Los hijos del capitán Grant.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	22.00
361.	VERNE, Julio: <i>El castillo de los Cárpatos. Las indias negras. Una ciudad flotante.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	18.00
404.	VERNE, Julio: <i>Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros.</i>	27.00
445.	VERNE, Julio: <i>Héctor Servadac.</i> Prólogo de María Elvira Bermúdez.	22.00
509.	VERNE, Julio: <i>La Jangada. Ochocientos leguas por el Río de las Amazonas.</i>	18.00
513.	VERNE, Julio: <i>Escuela de los Robinsones.</i> Nota preliminar de María Elvira Bermúdez.	18.00
539.	VERNE, Julio: <i>Norte contra Sur.</i>	15.00
541.	VERNE, Julio: <i>Aventuras del capitán Hatteras. Los ingleses en el Polo Norte. El desierto de hielo.</i>	18.00
543.	VERNE, Julio: <i>El país de las pieles.</i>	15.00
551.	VERNE, Julio: <i>Kerabán el testarudo.</i>	15.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

552.	VERNE, Julio: <i>Matías Sandorf</i> . Novela laureada por la Academia Francesa. ...	\$18.00
569.	VERNE, Julio: <i>El archipiélago de fuego</i> . Clovis Dardentor. De Glasgow a Charleston. Una invernada entre los hielos.	18.00
570.	VERNE, Julio: <i>Los amotinados de la Bounty</i> . Mistress Branican.	15.00
571.	VERNE, Julio: <i>Un drama en México</i> . Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el África Austral. Claudio Bombarnac.	18.00
575.	VERNE, Julio: <i>César Cascabel</i>	18.00
163.	VIDA DEL BUSCON DON PABLOS: Véase: LAZARILLO DE TORMES. VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ. Prólogo de Juana de Ontañón.	15.00
227.	VILLAVEVERDE, Cirilo: <i>Cecilia Valdés</i> . Novela de costumbres cubanas. Estudio crítico de Raimundo Lazo.	24.00
147.	VIRGILIO. <i>Eneida</i> . <i>Geórgicas</i> . <i>Bucólicas</i> . Edición revisada por Francisco Montes de Oca.	15.00
261.	VITORIA, Francisco de: <i>Reelecciones</i> . Del estado, de los indios y del derecho de la guerra. Con una introducción de Antonio Gómez Robledo.	15.00
447.	VIVES, Juan Luis: <i>Tratado de la enseñanza</i> . Introducción a la sabiduría. Escolta del alma. Diálogos. Pedagogía pueril. Estudio preliminar y prólogos por José Manuel Villalpando.	22.00
27.	VOCES DE ORIENTE. <i>Antología de textos literarios del cercano Oriente</i> . Traducciones, introducciones, compilación y notas de Angel María Garibay K.	15.00
398.	VOLTAIRE: <i>Cándido</i> . <i>Zadig</i> . <i>El ingenuo</i> . <i>Micrómegas</i> . <i>Memnon</i> y otros cuentos. Prólogo de Juan Antonio Guerrero.	18.00
634.	VON KLEIST, Heinrich. <i>Michael Kohlhaas</i> y otras narraciones. Heinrich Von Kleist por Stefan Zewig.	27.00
170.	WALLACE, Lewis: <i>Ben-Hur</i> . Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa.	25.00
	WICKRAM, Jorge: Véase: ANONIMO	
133.	WILDE, Oscar: <i>El retrato de Dorian Gray</i> . <i>El príncipe feliz</i> . <i>El ruiseñor y la rosa</i> . <i>El crimen de Lord Arthur Saville</i> . <i>El fantasma de Canterville</i> . Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau.	20.00
238.	WILDE, Oscar: <i>La importancia de llamarse Ernesto</i> . <i>El abanico de Lady Windermere</i> . <i>Una mujer sin importancia</i> . <i>Un marido ideal</i> . <i>Salomé</i> . Traducción y prólogo de Monserrat Alfau.	22.00
161.	WISEMAN, Cardenal: <i>Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas</i> . Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa.	15.00
90.	ZARCO, Francisco: <i>Escritos literarios</i> . Selección, prólogo y notas de René Avilés. ...	22.00
546.	ZAYALA, Silvio: <i>Recuerdo de Vasco de Quiroga</i>	18.00
269.	ZEA, Leopoldo: <i>Conciencia y posibilidad del mexicano</i> . <i>El occidente y la conciencia de México</i> . Dos ensayos sobre México y lo mexicano.	15.00
528.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo I: <i>En las garras del monstruo</i> . <i>La espía de la Médicis</i> . Horrible revelación.	22.00
529.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo II: <i>El círculo de la muerte</i> . <i>El cofre envenenado</i> . <i>La cámara del tormento</i>	22.00
530.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo III: <i>Sudor en sangre</i> . <i>La sala de las ejecuciones</i> . <i>La venganza de Fausta</i>	22.00
531.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo IV: <i>Una tragedia en la Bastilla</i> . <i>Vida por vida</i> . <i>La crucificada</i>	22.00
532.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo V: <i>El vengador de su madre</i> . <i>Juan el Bravo</i> . <i>La hija del Rey Hugonote</i>	22.00
548.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo VI: <i>El tesoro de Fausta</i> . <i>La prisionera</i> . <i>La casa misteriosa</i>	22.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

555.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Paradaillán. Tomo VII: El día de la justicia. El santo oficio. Ante el César.</i>	\$22.00
556.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Paradaillán. Tomo VIII: Fausta la diabólica. Paradaillán y Fausta. Tallo de lirio.</i>	22.00
558.	ZEVACO, Miguel: <i>Los Paradaillán. Tomo IX: La abandonada. La dama blanca. El fin de los Paradaillán.</i>	22.00
412.	ZOLA, Emilio: <i>Naná. Prólogo de Emilia Pardo Bazán.</i>	18.00
414.	ZOLA, Emilio: <i>La taberna. Prólogo de Guy de Maupassant.</i>	20.00
58.	ZORRILLA, José: <i>Don Juan Tenorio. El puñal del Godo. Prólogo de Salvador Novo.</i>	18.00
153.	ZORRILLA DE SAN MARTIN, Juan: <i>Tabaré. Estudio crítico por Raimundo Lazo.</i>	15.00
418.	ZWEIG, Stefan: <i>El mundo de ayer.</i>	22.00
589.	ZWEIG, Stefan: <i>Impaciencia del corazón.</i>	15.00

TENEMOS EJEMPLARES ENCUADERNADOS EN TELA

PRECIOS SUJETOS A VARIACION SIN PREVIO AVISO

EDITORIAL PORRUA, S. A.

BIBLIOTECA JUVENIL PORRUA

**LAS OBRAS MAESTRAS ADAPTADAS AL ALCANCE DE NIÑOS Y JOVENES
CON ILUSTRACIONES EN COLOR**

BIBLIOTECA JUVENIL PORRUA

1	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. — Aventuras de Don Quijote . Primera parte. adaptadas para los niños por Pablo Vila. 2a. edición. 1994. 112 pp. Rústica.	\$15.00
2	— Aventuras de Don Quijote . Segunda parte. Adaptadas para los niños por Pablo Vila. 2a. edición. 1994. 144 pp. Rústica.	15.00
3	Amadís de Gaula . Relatada a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1992. 103 pp. Rústica.	15.00
4	Historia de Guillermo Tell . Adaptada a los niños por H. E. Marshall. 2a. edición. 1994. 82 pp. Rústica.	15.00
5	MILTON, John. — El Paraíso Perdido . Adaptadas para los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1992. 77 pp. Rústica.	15.00
6	Hazañas del Cid Campeador . Adaptación para los niños por María Luz Morales. 2a. edición. 1994. 113 pp. Rústica.	15.00
7	CAMOENS, Luis de. — Los Lusíadas . Poema épico. Adaptada para los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1992. 77 pp. Rústica.	15.00
8	ALIGHIERI, Dante. — La Divina Comedia . Adaptación a los niños por Mary McGregor. 1a. edición. 1992. 101 pp. Rústica.	15.00
9	Aventuras del Barón de Munchhausen . Relatadas a los niños. 1a. edición. 1992. 125 pp. Rústica.	15.00
10	La Iliada o El Sitio de Troya . Relatada a los niños por María Luz Morales. 2a. edición. 1994. 98 pp. Rústica.	15.00
11	SCOTT, Walter. — Ivanhoe . Adaptación para los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1992. 119 pp. Rústica.	15.00
12	Cantar de Roldán, El . Adaptación para los niños por H. E. Marshall. 1a. edición. 1992. 93 pp. Rústica.	15.00
13	TASSO, Torcuato. — La Jerusalén Libertada . Adaptada para los niños por José Baeza. 1a. edición. 1992. 105 pp. Rústica.	15.00
14	Historias de Ruiz de Alarcón . Relatadas a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1992. 105 pp. Rústica.	15.00
15	RODAS, Apolonio de. — Los Argonautas . Adaptado a los niños por Carmela Eulate. 1a. edición. 1993. 101 pp. Rústica.	15.00
16	Aventuras de Gil Blas de Santillana . Adaptado para los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1992. 115 pp. Rústica.	15.00
17	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de. — La Gitanilla. El Amante Liberal . Adaptado a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1992. 103 pp. Rústica.	15.00
18	Cuentos de Hoffman . Relatados a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1992. 101 pp. Rústica.	15.00
19	HOMERO. — La Odisea . Relatada a los niños por María Luz Morales. 2a. edición. 1994. 109 pp. Rústica.	15.00
20	Cuentos de Edgard Allan Poe . Relatados a los niños por Manuel Vallvé. 2a. edición. 1994. 78 pp. Rústica.	15.00
21	ARIOSTO, Ludovico. — Orlando Furioso . Relatado a los niños. 1a. edición. 1993. 91 pp. Rústica.	15.00
22	Historias de Wagner . Adaptado a los niños por C. E. Smith. 1a. edición. 1993. 105 pp. Rústica.	15.00
23	Tristán e Isolda . Adaptado a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 87 pp. Rústica.	15.00
24	Historias de Molière . Relatadas a los niños por José Baeza. 1a. edición. 1993. 73 pp. Rústica.	15.00

Precios sujetos a variación sin previo aviso

25	Historias de Lope de Vega. Relatadas a los niños por Ma. Luz Morales. 1a. edición. 1993. 93 pp. Rústica.	\$15.00
26	Mil y una Noches, Las. Narradas a los niños por C. G. 1a. edición. 1993. 85 pp. Rústica.	15.00
27	Historias de Tirso de Molina. Relatadas a los niños. 1a. edición. 1993. 95 pp. Rústica.	15.00
28	Cuentos de Schmid. Relatada a los niños por E.H.H. 1a. edición. 1993. 124 pp. Rústica.	15.00
29	IRVING, Washington. — Cuentos de la Alhambra. Relatada a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 78 pp. Rústica.	15.00
30	WAGNER, R. — El Anillo del Nibelungo. Relatada a la juventud por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 109 pp. Rústica.	15.00
31	Historias de Juan Godofredo de Herder. Adaptado a los niños por Leonardo Panizo. 1a. edición. 1993. 75 pp. Rústica.	15.00
32	Historias de Plutarco. Adaptado a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 93 pp. Rústica.	15.00
33	IRVING, Washington. — Más Cuentos de la Alhambra. Adaptado a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 91 pp. Rústica.	15.00
34	Descubrimiento del Perú. Relatadas a los niños por Fray Celso García (Agustino). 1a. edición. 1993. 125 pp. Rústica.	15.00
35	Más Historias de Hans Andersen. Traducción y adaptación de Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 83 pp. Rústica.	15.00
36	KINGSLEY, Charles. — Los Héroes. Relatado a los niños por Mary MacGregor. 1a. edición. 1993. 103 pp. Rústica.	15.00
37	Leyendas de Peregrinos. (Historia de Chaucer.) Relatadas a los niños por Janet Harvey Kelma. 1a. edición. 1993. 89 pp. Rústica.	15.00
38	Historias de Goethe. Relatado a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1993. 107 pp. Rústica.	15.00
39	VIRGILIO MARON, Publio. — La Eneida. Relatada a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 81 pp. Rústica.	15.00
40	Los Caballeros de la Tabla Redonda. Leyendas relatadas a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 95 pp. Rústica.	15.00
41	Historias de Shakespeare. Explicadas a los niños por Jeanie Lang. 1a. edición. 1993. 127 pp. Rústica.	15.00
42	Historias de Calderón de la Barca. El Alcalde de Zalamea. La Vida es Sueño. Relatadas a los niños por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1993. 87 pp. Rústica.	15.00
43	Historias de Eurípides. Narradas a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1993. 103 pp. Rústica.	15.00
44	SWIFT, Jonathan. — Viajes de Gulliver a Lilibut y Brobdingnag. Relatados a los niños por John Lang. 1a. edición. 1993. 100 pp. Rústica.	15.00
45	Historias de Rojas Zorrilla. Adaptadas a la juventud por José Baeza. 1a. edición. 1994. 107 pp. Rústica.	15.00
46	Más Historias de Shakespeare. Relatadas a los niños por Jeanie Lang. 1a. edición. 1994. 101 pp. Rústica.	15.00
47	Cuentos de Perrault. Relatada a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 101 pp. Rústica.	15.00
48	Historias de Lucano. Relatadas a los niños por Francisco Esteve. 1a. edición. 1994. 100 pp. Rústica.	15.00
49	CERVANTES, Miguel de. — Entremeses. Adaptación por José Baeza. 1a. edición. 1994. 97 pp. Rústica.	15.00
50	La Cabaña del Tío Tom. Relatada a los niños por H. E. Marshall. 1a. edición. 1994. 103 pp. Rústica.	15.00
51	Ramayana de Valmiki, El. Relatado a la juventud por Carmela Eulate. 1a. edición. 1994. 112 pp. Rústica.	15.00

Precios sujetos a variación sin previo aviso

52	Conde Lucanor , El. Relatado a la juventud por Francisco Esteve. 1a. edición. 1994. 134 pp. Rústica.	\$15.00
53	FENELON, M. de. — Las Aventuras de Telémaco . Adaptación por José Baeza. 1a. edición. 1994. 103 pp. Rústica.	15.00
54	Croce, Della: — Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno . Adaptación por José Baeza. 1a. edición. 1994. 91 pp. Rústica.	15.00
55	Historias de Hans Andersen . Relatadas a los niños por Mary Mac Gregor. 1a. edición. 1994. 100 pp. Rústica.	15.00
56	Historias de Esquilo . Relatadas a la juventud por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 111 pp. Rústica.	15.00
57	Más mil y una Noches . Relatadas a la juventud por C. G. 1a. edición. 1994. 97 pp. Rústica.	15.00
58	Fausto . Célebre poema de Goethe. Adaptado para la juventud por Francisco Esteve. 1a. edición. 1994. Rústica.	15.00
59	Tienda del anticuario , La. Adaptación para la juventud por José Baeza. 1a. edición. 1994. 105 pp. Rústica.	15.00
60	Sakuntala de Kalidasa . Adaptación de Carmela Eulate. 1a. edición. 1994. 104 pp. Rústica.	15.00
61	Trovas de otros Tiempos . Leyendas españolas. Relatadas a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 83 pp. Rústica.	15.00
62	Leyendas de Oriente . Relatadas a los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 121 pp. Rústica.	15.00
63	Historias de Sófocles . Adaptadas para los niños por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 97 pp. Rústica.	15.00
64	HURTADO DE MENDOZA, Diego. — El Lazarillo de Tormes . Adaptación para los niños por José Escofet. 1a. edición. 1994. 93 pp. Rústica.	15.00
65	Historias de Lord Byron . Relatadas a la juventud por José Baeza. 1a. edición. 1994. 93 pp. Rústica.	15.00
66	Historias de Plauto: Los Cautivos. La Aulularia. Gorgojo . Adaptadas a la juventud por José Baeza. 1a. edición. 1994. 113 pp. Rústica.	15.00
67	Cuentos de Grimm . Adaptada a la juventud por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 107 pp. Rústica.	15.00
68	Más Cuentos de Grimm . Adaptada a la juventud por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 95 pp. Rústica.	15.00
69	DICKENS, Carlos. — El Canto de Navidad . Adaptada a la juventud por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 81 pp. Rústica.	15.00
70	SCHLEMIHL, Pedro. — El Hombre que Vendió su Sombra . Adaptada a la juventud por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 89 pp. Rústica.	15.00
71	Historias de Till Eulenspiegel . Adaptada a la juventud por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 91 pp. Rústica.	15.00
72	Beowulf . Leyendas Heróicas. Relatado para la juventud por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 91 pp. Rústica.	15.00
73	Fábulas de Samaniego . Cuidadosamente elegidas y adaptadas para los niños. 1a. edición. 1994. 144 pp. Rústica.	15.00
74	HURTADO DE MENDOZA, Diego. — Los Siete Infantes de Lara . Leyendas del Romancero Castellano por Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 97 pp. Rústica.	15.00
75	Fábulas de Esopo . Relatadas a la juventud. 1a. edición. 1994. 120 pp. Rústica.	15.00
76	Leyenda de Sigfrido , La. Adaptada para la juventud por María Luz Morales. 1a. edición. 1994. 116 pp. Rústica.	15.00
77	DEFOE, Daniel. — Aventuras de Robinson Crusoe . Relatadas a la juventud por Jeanie Lang. Versión española de Manuel Vallvé. 1a. edición. 1994. 92 pp. Rústica.	15.00

Precios sujetos a variación sin previo aviso

DICCIONARIO PORRÚA DE HISTORIA, BIOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA DE MÉXICO

SEXTA EDICIÓN

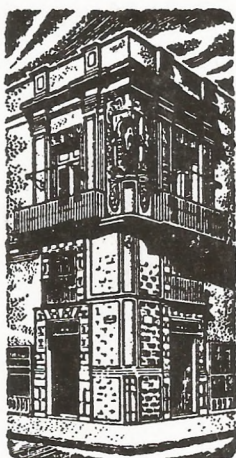
4 volúmenes encuadernados en tela

EL "*DICCIONARIO PORRÚA*" (DIVULGADO YA CON ESTAS DOS SOLAS PALABRAS) ES SINÓNIMO DE FUENTE DE INFORMACIÓN VERÍDICA E IMPARCIAL. ES ÁRBITRO DE DISCUSIONES, COMPAÑERO DE TODA LA VIDA, INDISPENSABLE EN TODO CENTRO DE ESTUDIOS, EN LA BIBLIOTECA FAMILIAR Y, EN FIN, PARA CUANTOS QUIERAN PENETRAR EN EL MUNDO DEL MÉXICO DE AYER Y DE HOY.

Actualizado hasta octubre de 1995

42 mapas y 51 fotografías a todo color.

UNA OBRA DE TODOS PARA TODOS



LIBRERÍA PORRÚA

1900-1997

JUSTO SIERRA Y ARGENTINA

CIUDAD DE MÉXICO

